

EDICION CHILENA

revista INTERNACIONAL

NUESTRA EPOCA No. 2

FEBRERO 1990

**LOS COLORES
POLITICOS DEL
'OTOÑO DE PRAGA'**



**EL EUROCOMUNISMO:
UNA MIRADA
RETROSPECTIVA**



**G. MARCHAIS:
EL SOCIALISMO
Y NOSOTROS**



**DISCUSION:
¿UN NUEVO
ANTIIMPERIALISMO?**



LA 'PERESTROIKA' DEL CAPITALISMO MUNDIAL

Entrevista a Orlando Caputo —Economista, Experto en Economía internacional, investigador de CISPO— aparecida en Pluma y Pincel N° 61.

Pregunta: ¿Cuáles son, según sus observaciones y su opinión, las grandes tendencias de la economía en el mundo de hoy? ¿Estamos todavía dentro de una crisis, como algunos piensan, o se ha salido de ella?

Caputo: En la economía mundial se está dando un proceso profundo de reestructuración, que se expresa tanto en el sistema capitalista como en el sistema socialista.

Pregunta: ¿"Perestroika" en los dos sistemas?

Caputo: Sí. Ambas reestructuraciones tienen, en común, el elemento de que están siendo pensadas desde el punto de vista del funcionamiento cada vez más universal de la economía mundial, lo que representa una nueva etapa de desarrollo de la sociedad humana. Eso se debe a que el desarrollo de las fuerzas productivas adquiere cada vez más ese nivel, ese carácter universal, por encima de las fronteras. Me refiero al desarrollo de la ciencia, de la tecnología, de las ciencias básicas, de la informática, de las comunicaciones. Entonces, es ese desarrollo de las fuerzas productivas el que exige que las relaciones sociales de producción, que se definen más a nivel de las economías nacionales y en el seno de los dos sistemas, se adapten, digamos, a esta situación, a esta tendencia.

Pregunta: Para el sistema capitalista, ¿esa reestructuración es resultado de la crisis? ¿Y se está todavía dentro de ella?

Caputo: Desde el punto de vista del capitalismo, la reestructuración es una exigencia que deriva de la crisis de crecimiento lento, a la que el sistema capitalista ingresó en la década de los 70. En la etapa anterior, el crecimiento de la economía capitalista registraba niveles muy elevados.

Ahora bien, junto con este crecimiento lento, el capitalismo se vio afectado por crisis cíclicas, que afectaron a la totalidad de los países capitalistas, y que se expresaron como crisis del mercado mundial de mercancías y también como crisis de otros mercados.

Este período ha sido caracterizado por la ciencia económica de varias maneras: "crisis estructural", "crisis de regulación", "crisis de la fase descendente de un ciclo largo", etc.

Nosotros, el grupo de economistas de CISPO, coincidimos bastante con la caracterización de "crisis estructural"; ligada a crisis cíclica, que se define fundamentalmente como una crisis de largo alcance, y que está exigiendo modificaciones de las bases técnicas en que ha venido funcionando el sistema. Es decir, ya no se trata, como en las crisis anteriores o de más corta duración, de mejorar los equipos y maquinarias sobre la misma base técnica, sino de crear equipos y maquinarias sobre una base tecnológica nueva, que el desarrollo de las fuerzas productivas ya está en condiciones de permitir.

Pregunta: ¿Y está sucediendo eso? ¿Tiende el capitalismo a superar los dos decenios de crecimiento lento o bien afronta una nueva crisis cíclica?

Caputo: Vamos por parte. Según nuestros estudios, el capitalismo estuvo muy cerca de una posible crisis cíclica en 1986. Sabemos que hubo una crisis de 1980 a 1982. La recuperación de esta crisis llegó a un nivel máximo en 1984. En el 85, todavía crece el producto, pero es bastante inferior al del 84. En el 86, hay un descenso neto con respecto al 85. Ese año 86, la producción industrial permaneció casi estancada varios trimestres en los principales países capitalistas desarrollados. La tasa de ganancia, que venía recuperándose, dejó de recuperarse. Este fue el momento en que se pensó que venía una nueva crisis cíclica. Para el capitalismo, la situación era extremadamente grave a comienzos de 1987.

Esa situación grave llevó a reuniones especiales, urgentes, de coordinación de las políticas económicas internacionales del Grupo de los Siete, constituido por los principales países capitalistas desarrollados: EEUU, Alemania, Japón, Francia, Inglaterra, Italia y Canadá.

Pregunta: ¿Y se logra esa coordinación?

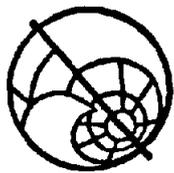
Caputo: Se logran, en los inicios de 1987, acuerdos que anteriormente no se habían alcanzado, en relación a cierta estabilidad del tipo de cambio del dólar con las otras monedas; cierta coordinación para la fijación de la tasa de interés y acuerdos sobre políticas fiscales, en el sentido de un mayor control presupuestario y de medidas tendientes a apoyar la reactivación económica.

Pregunta: ¿Esto es algo nuevo? ¿Representa una etapa nueva en la internacionalización de la política económica de capitalismo?

Caputo: Sí, es una etapa de internacionalización nueva dentro del funcionamiento global de la economía mundial desde hace mucho tiempo. Es decir, el proceso de internacionalización profunda de los procesos económicos exige una adecuación de las políticas económicas en general.

Pregunta: ¿Cuáles fueron los resultados de esa coordinación frente a la amenaza de crisis del 87?

Caputo: Yo decía que la situación era grave. Pero a través de estas medidas de carácter subjetivo, el capitalismo logró producir cambios en elementos objetivos, como, por ejemplo, el aumento de la tasa de ganancia en los principales países capitalistas desarrollados, que estuvo determinado por la reducción drástica del precio del petróleo y también por la disminución, que se registró hacia el 86, de los precios de las materias primas.



REVISTA INTERNACIONAL

(Problemas de la Paz y del Socialismo)

**PUBLICACION
TEORICA E INFORMATIVA
DE LOS PARTIDOS
COMUNISTAS Y OBREROS**



APARECE DESDE 1958

(378) **2**
FEBRERO
1990

FORMAN PARTE DEL COLEGIO Y DEL CONSEJO DE REDACCION DE *REVISTA INTERNACIONAL* REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS DE ARABIA SAUDITA, ARGELIA, ARGENTINA, AUSTRIA, BELGICA, BOLIVIA, BRASIL, BULGARIA, CANADA, COLOMBIA, COSTA RICA, CUBA, CHECOSLOVAQUIA, CHILE, CHIPRE, DINAMARCA, ECUADOR, EGIPTO, EL SALVADOR, ESPAÑA, EE.UU., FILIPINAS, FINLANDIA, FRANCIA, GRAN BRETAÑA, GRECIA, GUATEMALA, GUYANA, HONDURAS, HUNGRIA, INDIA, INDONESIA, IRAK, IRAN, IRLANDA, ISRAEL, JAMAICA, JAPON, JORDANIA, LESOTHO, LIBANO, LUXEMBURGO, MARRUECOS, MEXICO, MONGOLIA, NORUEGA, PALESTINA, PANAMA, PARAGUAY, PERU, POLONIA, PORTUGAL, RDA, REPUBLICA DOMINICANA, RDPY, RFA, RDPC, RSA, RUMANIA, SENEGAL, SIRIA, SRI LANKA, SUDAN, SUECIA, SUIZA, TURQUIA, URSS, URUGUAY, VENEZUELA Y VIETNAM

SUMARIO

LA NUEVA MENTALIDAD POLITICA Y LA PRACTICA

- A. VASSALLO (Malta). El fin de la guerra fría 3
G. MARCHAIS (Francia). El socialismo y nosotros 5
A. DANSOKHO (Senegal). La perestroika no se detiene en Moscú 9
F. RODE (Vaticano). ¿Crisis o renacimiento del humanismo? 15
El reto ecológico
D. McTAGGART (Greenpeace Internacional). Por un planeta limpio y exento de peligros 19
A. SAJAROV. No podemos prescindir de las centrales nucleares, pero... 22
S. UNO (Japón). El camino hacia la eliminación de las armas nucleares y la vitalidad del materialismo histórico 23
O. URRIOLOA (Panamá). La invasión a Panamá y las perspectivas para Iberoamérica 29

POR UN SOCIALISMO DEMOCRATICO Y HUMANISTA

- Los colores políticos del "otoño de Praga"**
La revolución de terciopelo vista por representantes de diferentes fuerzas políticas de Checoslovaquia
L. ADAMEC, Presidente del PCCh. Para ganar el apoyo de la ciudadanía 31
CRONICA DE LOS ACONTECIMIENTOS
(noviembre—diciembre de 1989) 32
Por qué hemos salido a las calles. Entrevista con estudiantes y comentarios de M. ULČÁK, Presidente de la Unión Socialista de la Juventud de Checoslovaquia 33
V. KOMÁREK, Primer Vicepresidente del Gobierno de la República Socialista de Checoslovaquia. No podemos aislarnos del mundo 38
L. HANÁK. El arma sin usar se oxida 43
Č. ČÍSAŘ. Actuar con honestidad y buena voluntad 44
Presentamos a... 46
Opiniones sobre la revalorización de Agosto de 1968. Comunistas de diversos países comentan la Declaración de cinco Estados del Tratado de Varsovia 47

- E. PRŮŠA, obrero de la fábrica Motorlet (Praga), miembro del PCCh. No condeno a quienes nos han vuelto la espalda 49
Hacia la unidad de la Izquierda. Entrevista con dirigentes de organizaciones que defienden la opción socialista 53
M. LUKEŠ, ministro de Cultura de la República Socialista Checa. El artista y la política 56
CORRESPONDENCIA DE RI. T. REIMANOVÁ. Tres semanas antes del 21 de agosto. A. VOLKOV. ¡Un monumento a Jan Palach! 60

TRIBUNA DE DISCUSION

- ¿ES NECESARIO EL CONCEPTO DEL 'NUEVO ANTIIMPERIALISMO'? 64
S. MENSNIKOV (URSS), E. MANDEL (Bélgica). Diálogo con un trotskista sobre el futuro del capitalismo 70
LOS COMUNISTAS Y LA POLITICA DE ALIANZAS.
M. ANACLETO JUNIOR (Brasil). Ahora tienen la palabra las fuerzas de izquierda 74
KIM CHANG WON (RDPC). El imperialismo al desnudo 78
R. BANEGAS (Honduras). Combinando firmeza y flexibilidad 79
NUEVOS LIBROS
J. BERGSTEIN. Valioso aporte contra el dogmatismo 82

LAS ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA Y EL PRESENTE

- S. ALVAREZ (España). Teníamos razón cuando rechazamos la 'doctrina Brézhnev' 85
LLAMAMIENTO A LA SOLIDARIDAD 88
EL EUROCOMUNISMO: LOS MAS Y LOS MENOS DE LA EXPERIENCIA HISTORICA. Mesa Redonda en Praga 89
CONTRA LA REPRESION Y LAS PERSECUCIONES.
M. AZAD. Irán: ejecución de presos políticos.
A. AT-TAYEB. Horcas y balas en Sudán 2^a pág. de la portada
EN MEMORIA DE RODNEY ARISMENDI 3^a pág. de la portada

Dirección de la Redacción y la Editorial: Thákurova 3, Praga 6, Checoslovaquia.

Teléfono: 331-51-11, télex 123 542 WMR.

Firmado para la edición el 23 de enero de 1989.

Talleres gráficos de la Editorial Rudé právo.

Toda reproducción de los materiales de esta publicación debe hacerse, señalándose como fuente *Revista Internacional*.

El fin de la guerra fría

(Reflexiones después de la Cumbre de Malta)

ANTHONY VASSALLO,
Secretario General del Partido Comunista de Malta

En la diplomacia mundial hay acontecimientos sobre los cuales deberían escribir no tanto los políticos y politólogos, cuanto los poetas: tan ricos son en símbolos gráficos y polivalentes. En efecto, en diciembre de 1989, en las costas de nuestra Isla y, podría decirse, por primera vez en la historia, los temibles buques de guerra de la URSS y los EE.UU. se encontraron, mas no para intimidarse, sino para fortalecer la confianza mutua, hacer el balance de todo un período en la historia de las relaciones internacionales, y ponerle punto final. No debe olvidarse que, en el pasado, las naciones del Mediterráneo estaban acostumbradas a ver con cierto recelo las flotas de las grandes potencias. Precisamente por esta razón, en el verano de 1988, los portuarios, saliendo en defensa del *status* neutral y no nuclear de Malta, bloquearon la entrada al Gran Puerto de La Valetta a una escuadra naval británica. Pero, esta vez, los sentimientos del pueblo eran diferentes: los malteses tenían grandes esperanzas y querían que el nombre de su república se convirtiera en símbolo de una nueva etapa en la diplomacia mundial.

“Los encuentros en la cumbre entre los líderes de la Unión Soviética y los Estados Unidos de América —se señala en una declaración especial de nuestro partido— han contribuido invariablemente a la solución de problemas que enfrenta nuestro planeta. También han ayudado a romper barreras innecesarias entre las dos grandes naciones. El pueblo maltés tiene todos los fundamentos para sentirse feliz por el hecho de que, el escoger a nuestro país como lugar de la cumbre, fue resultado directo y lógico de la decisión tomada por el Gobierno y el Parlamento malteses de refrendar en nuestra

Constitución los principios de la neutralidad y el no alineamiento.” Por esta razón, los comunistas expresaron la esperanza de que los dos principales partidos políticos de Malta se abstendrían de sus frenéticos intentos de ganar capital político, aprovechándose de la situación.

Quisiera destacar especialmente que las conversaciones soviético-norteamericanas no fueron un episodio aislado en la política internacional, sino que han reflejado en forma concentrada las tendencias globales de los últimos años.

En cinco minutos o cinco días no se crea una atmósfera favorable para la comprensión mutua. Se requieren pasos consecuentes a varios niveles y en varias áreas. Incluso encuentros tan importantes como el de Malta no pueden por sí mismos cambiar radicalmente el clima internacional: ellos representan en forma concentrada los cambios acumulados, siendo una divisoria entre períodos cualitativamente diferentes de la política mundial. A la cumbre de Malta le antecedió una visita sumamente productiva a Italia, durante la cual el Secretario General del CC del PCUS, Mijaíl Gorbachov, mantuvo una histórica conversación con el Papa Juan Pablo II. Ambas partes expresaron su interés en atenuar las tensiones internacionales, eliminar la confrontación entre los bloques y promover la solidaridad internacional. El sentido de este acontecimiento no es simplemente el de ser un preludio psicológico a lo que sucedió en Malta. Me parece que todavía están por valorar las consecuencias de largo alcance que tendrá el encuentro en el Vaticano para el clima general en el mundo.

Y si estamos hablando de símbolos, ¿acaso no es elocuente el propio hecho de que una tormenta sin precedentes en nuestro soleado suelo hiciera imposible

que las conversaciones soviético-norteamericanas se celebraran a bordo de buques de guerra, como estaba previsto, debiendo ser transferidas a la cubierta del *Máximo Gorki*, un pacífico trasatlántico de pasajeros?

Un comentarista del periódico maltés *The Sunday Times* expresó: “Malta ha mostrado que el Mediterráneo puede dar lecciones de atlantismo”. El juego de palabras es, por supuesto, puramente formal: en esta ocasión no se dejó sentir ese cacareado “espíritu atlántico” que muchos están acostumbrados a ver como sinónimo de antisovietismo y confrontación. Los interlocutores conversaban ante una mesa tan angosta que los papeles de ambas delegaciones casi se rozaban, amenazando con mezclarse. Pero fue mucho más significativa la aproximación de las posiciones y puntos de vista. Las partes llegaron al acuerdo de celebrar, en junio de 1990, una nueva cumbre en Washington. Expresaron su intención de acelerar los trabajos relacionados con el convenio sobre la reducción del 50% de los armamentos estratégicos ofensivos, así como de intensificar las negociaciones de Viena sobre armamentos convencionales, a fin de que los correspondientes acuerdos sean suscritos en los plazos señalados. Lo fundamental es que, al solventar todas las cuestiones (entre las que, por supuesto, había algunas controversiales), tanto la URSS como los EE.UU. están dispuestos a actuar exclusivamente por medios políticos.

No se puede dejar de advertir el hecho de que ahora los dirigentes de la URSS y los EE.UU. ponen el acento no tanto en lo que les separa, cuanto en lo que les une. ¿Acaso esto no confirma la creciente unidad e interdependencia del mundo contemporáneo, resultado de la afirma-

ción de la nueva mentalidad política! La cumbre de Malta ha sido comparada con muchas otras: con la de Yalta, con la entrevista en la Isla de los Gobernadores (Nueva York, 1988)... Una comparación puede ser particularmente elocuente. Nikita Jruschov escribe en sus memorias que en los días de la crisis del Caribe, él no tenía pruebas documentales de la intención de los norteamericanos de invadir Cuba, y no las necesitaba: "Nosotros conocíamos la pertenencia de clase, la ceguera de clase de los Estados Unidos, y esto era suficiente para esperar lo peor". Hoy en día, los dirigentes soviéticos demuestran al mundo otros enfoques y destacan la importancia de la **conflanza y el control recíproco en los asuntos internacionales**. La cumbre en el Mediterráneo se organizó precisamente para promover este espíritu.

E incluso quienes han tratado de expresar un fingido desencanto por los resultados del encuentro, no pueden negar que se ha logrado superar la **susplicacia**, que se ha encontrado en la base de muchas confrontaciones. La ausencia de recelos y prejuicios se manifestó asimismo en la facilidad con que el Presidente de los EE.UU., prácticamente sin vacilaciones, consintió en trasladar las conversaciones a bordo del trasatlántico soviético, y también cuando, al comentar las diferencias sustanciales en lo que respecta al conflicto en América Central, procuró evitar un tono acusatorio y se refirió a la otra parte tratándola de "amigos". Algo semejante no se había observado en el léxico de las relaciones soviético-norteamericanas de la postguerra.

La confianza no sólo permite cambiar rápidamente el programa de las conversaciones, en dependencia del estado del tiempo, sino que también hace más fácil la búsqueda de soluciones políticas mutuamente aceptables. En efecto, cómo no recordar en este punto que "la guerra empieza en la mente de la gente". Apenas unos cuantos años atrás, la atmósfera ideológica que imperaba en la URSS y en los EE.UU. habría hecho improbable y dudoso que la cumbre de Malta tuviera lugar, que se firmara el Tratado sobre las Fuerzas Nucleares Intermedias, que se discutiera la reducción del 50% de los armamentos estratégicos y muchas otras cosas. En cambio, la revaloración realista de muchos enfoques simplistas en los círculos pragmáticos, tanto del Este como del Oeste, hizo posible que se resolvieran muchas cuestiones militares estratégicas que parecían totalmente insuperables. Cuántos años han durado ya las negociaciones de Viena sobre los armamentos

convencionales en Europa y las relacionadas con las armas químicas, y parecía que continuarían indefinidamente. Y he aquí que en la cumbre de Malta se ha configurado la posibilidad real de que las reducciones se realicen ya en 1990.

NUESTRA POLITICA INTERNA está altamente polarizada y se caracteriza por una lucha social y de clases irreconciliable. Y, sin embargo, se ha llegado a un consenso nacional sobre las cuestiones de la neutralidad, el no alineamiento y el *status* no nuclear, aunque ha tomado tiempo y ha sido necesario superar problemas. Este es el resultado final de los esfuerzos emprendidos para tomar conciencia de los intereses vitales de la seguridad de Malta. Por supuesto, no cabría hacer una analogía directa y mecánica con la situación internacional, pero, ¿acaso la nueva fase de las relaciones soviético-norteamericanas, sus consecuencias y resonancia no dan fundamentos para mirar de manera nueva las formas y los niveles de las contradicciones a nivel global? ¿Tan utópico sería adoptar un llamamiento exhortando a los dos sistemas a renunciar recíprocamente a acciones unilaterales, que no tengan en cuenta los intereses de los demás? En las condiciones de interdependencia tales acciones, a más de ser destructivas, podrían provocar el aniquilamiento del género humano. Estamos acostumbrados a decir que somos dialécticos. Entonces, al analizar la política mundial, ¿partamos no sólo de la lucha, sino también de la unidad de los contrarios!

Con el período de la guerra fría están firmemente asociados un estilo de pensamiento —que se distingue por su carácter unilateral y beligerante— y el afán de recurrir en política no tanto a la realidad histórica, cuanto a los propios deseos. Únicamente si se toman en consideración las realidades del mundo de la postguerra, así como los condicionamientos históricos y el contexto de los procesos que tienen lugar, en particular en Europa Oriental, se podrá evitar esa peligrosa inestabilidad que, en el pasado, más de una vez ha llevado a los pueblos del continente al borde de una catástrofe bélica. Y es alentador que precisamente este enfoque se manifestara durante la cumbre de Malta. George Bush expresó su disposición a coadyuvar a que mejoraran la situación, la atmósfera y las relaciones mutuas, a que se consolidaran la estabilidad y la seguridad. Si en los años 60 recorrió el mundo la fotografía de un Presidente de los Estados Unidos posando cerca de la frontera que dividía Berlín Orien-

tal y Occidental, ahora el jefe de la Administración norteamericana, aduciendo el principio de la inamovilidad de las fronteras aprobado en Helsinki, y haciendo un llamamiento a la cautela, declaró: "No hay que organizar manifestaciones sobre el muro de Berlín para demostrar cuán felices estamos de este cambio...". Esto es consonante con las palabras de Mijaíl Gorbachov, quien exhortó a partir de las realidades históricas tanto en esta, como en otras cuestiones relacionadas con los cambios en Europa Oriental.

LAS DOS PRINCIPALES SUPERPOTENCIAS, que encarnan a sistemas políticos e ideológicos rivales e incluso contrapuestos, han dado otro paso de aproximación. ¿Qué significa esto? ¿Pasar a unas relaciones interestatales libres de la ideología? Si es así, esto no implica, por lo visto, la renuncia de cada una de las partes a sus intereses específicos o a su identidad.

Los dos líderes subrayaron especialmente que una mejor comprensión mutua, e incluso la simpatía personal, no les obligarían a sacrificar sus posiciones. Pero, a lo que sí están realmente dispuestos a renunciar es a la política de fuerza, a la confrontación, a la carrera armamentista, a la desconfianza y a las contiendas psicológicas e ideológicas. Y el mundo, como declaró Gorbachov, "está saliendo de una época, la de la guerra fría, y entrando en una nueva época". Verdad es que todos nosotros comprendemos que por ahora hay que hablar en "presente indefinido": todavía muchos hábitos, rasgos y métodos del pasado inciden en la política actual. De allí la reacción de George Bush ante las insistentes iniciativas de la URSS de reducir la presencia militar en el Mediterráneo ("No respondí muy positivamente...", reconoció el Presidente), la falta de comprensión mutua sobre algunas circunstancias del conflicto en América Central y cierta vaguedad en la posición de los EE.UU. respecto a la propuesta soviética de celebrar una conferencia Helsinki II, manteniendo una adhesión general al proceso paneuropeo. Los enfoques de estas cuestiones pueden ser diversos. Hay quienes no ven el progreso deseado y están listos a declarar que casi todo el encuentro fue inútil. Pero, la política es el arte de lo posible, y quien aspira a un éxito real parte de esta premisa y no de los buenos deseos.

NUESTRO PUEBLO, que vive en una encrucijada de las comunicaciones mundiales, tiene especiales razones históricas para manifestar gran interés tanto

por el estado del comercio internacional con los países de ambos sistemas, como por el nivel general de los nexos políticos, económicos y culturales entre ellos. Al propio tiempo, países como Malta hacen hincapié en la importancia de preservar su total "libertad de opción" y su apertura tanto hacia el Este como hacia el Oeste. ¿Cómo las relaciones soviético-norteamericanas influyen en el grado de esta independencia en lo que respecta a "terceros" países?

Vemos que hoy día en las relaciones internacionales hay todas las oportunidades para establecer un clima, en el cual los pequeños países no sean considerados como objetivos de la rivalidad geopolítica de las superpotencias, de la atracción mutuamente excluyente de diferentes "esferas de influencia". Como destacó el líder soviético al arribar a nuestra república, la política de neutralidad y no alineamiento ha reportado a Malta prestigio internacional. Nuestro país ha demostrado que cada Estado, cualquiera que sea su tamaño y su sistema social, puede hacer una contribución real al establecimiento de un clima de confianza y comprensión recíproca. Este reconocimiento es particularmente valioso si recordamos cuán difícil fue el camino hacia esa auténtica política exterior independiente, que en la ac-

tualidad se ha hecho acreedora al respeto y el respaldo de las grandes potencias.

El Partido Comunista de Malta ha atesorado una valiosa experiencia en lo que se refiere a la destrucción persistente de los prejuicios antisoviéticos y anticomunistas en nuestro país. Los dos principales partidos políticos —el Nacionalista, hoy en el poder, y el Laborista, en la oposición— comenzaron con posiciones abiertamente antisoviéticas y gradualmente las fueron cambiando hasta llegar a una revaloración positiva de los beneficios que reportan el diálogo político franco, el comercio, la cooperación económica y cultural y, por último, lo que es más importante, el fortalecimiento de la seguridad universal. El Partido Laborista logró el acuerdo de los nacionalistas para refrendar en nuestra Constitución los principios de la neutralidad y el no alineamiento. Tanto el Gobierno como la oposición aplaudieron el propio hecho del encuentro entre el Secretario General del CC del PCUS y el Presidente de los Estados Unidos.

EN EL VOCABULARIO POLITICO, algunos nombres geográficos designan hitos en la historia, períodos de rivalidad o cooperación entre los Estados. Así, ahora, la palabra Malta han comenzado a compararla con otra: Yalta. Si la

última, en opinión de muchas personas en Occidente (con uno u otro grado de fundamento), encarna el período de la división de Europa en agrupaciones opuestas de Estados, en el nombre de nuestra Isla la gente quisiera ver el comienzo de un período cualitativamente nuevo de la historia.

En los días de la cumbre de Malta, Mijaíl Gorbachov fue galardonado con la Orden de la Nueva Mentalidad, instituida por la Organización Supranacional por el Pensamiento Independiente, encabezada por el Dr. Edward de Bono, quien, en la ceremonia que tuvo lugar en La Valetta, explicó que una condecoración era concedida usualmente por méritos militares, pero que ahora se la otorgaba por un nuevo pensamiento constructivo, lo que es más importante que las virtudes guerreras. Nosotros vemos esto como un modesto reconocimiento, por parte de gente alejada del marxismo, de los impulsos que ahora dimanan de la Unión Soviética y encuentran respuesta entre las más diversas fuerzas políticas. Así, van quedando en el pasado la confrontación, la guerra fría y todo lo que constituye un obstáculo para el progreso económico y social. Retroceden, mas no por su propia voluntad y no sin dejar de ofrecer resistencia, pero retroceden.

El socialismo y nosotros

GEORGES MARCHAIS,
Secretario General del
Partido Comunista Francés

Actualmente, en los comentarios de muchos periodistas y políticos franceses encontramos una y otra vez dos ideas que se repiten. La primera es que, en Francia, el Partido Comunista tiene supuestamente miedo a la perestroika y a las reformas iniciadas en varios países socialistas. La segunda viene a decir que las dificultades con que tropiezan esos países demuestran que el socialismo está en quiebra y que los partidos comunistas no tienen ninguna razón de ser...

Veamos, pues, la primera idea: los comunistas franceses, digan lo que digan, están en el fondo muy molestos por lo que está pasando en la Unión Soviética y piensan que lo de antes era mejor... Y cuando refutamos esta afirmación, cuando expli-

camos que, por el contrario, aplaudimos fervorosamente las reformas emprendidas en ese inmenso país y nos pronunciamos en apoyo de los comunistas soviéticos comprometidos en la perestroika, se nos contesta: "¡Sí, claro, hoy estáis contentos con Gorbachov, pero ayer lo estabais también con Brézhnev! ¡Cuando se trata de algo que ocurre en Moscú, los comunistas franceses siempre estáis contentos!".

¡Pues, no! Durante años y años no hemos estado "contentos" con lo que ocurría en la Unión Soviética y en otros países socialistas. Y no nos hemos quedado con nuestros sentimientos en el pecho. Nunca hemos tardado en expresar nuestra inquietud frente a la evolución en esos países y jamás hemos dejado de insistir sobre la necesidad de dar otras respuestas que las que prevalecían entonces.

No vamos a remontarnos a 1968 y a nuestra condena de la intervención de los países del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia. Nos limitaremos a recordar

que ya en 1975, hace catorce años, al denunciar el estalinismo como "un conjunto de concepciones y prácticas totalmente ajenas a nuestro ideal y a nuestra política", manifestamos nuestra voluntad de "criticar abiertamente, cada vez que sea necesario, lo que a nuestro juicio constituya, en un país u otro, abandono de los principios de la democracia socialista". Porque, agregábamos, "es intolerable que el ideal comunista, cuyo principal objetivo es la felicidad del hombre, sea mancillado por actos injustos e injustificables". En 1976, en nuestro XXII Congreso, explicamos que, "sobre este punto, teníamos divergencias con el Partido Comunista de la Unión Soviética". En 1977, comenté que no se trataba "de una cuestión de detalle, sino de un asunto de fondo", y Jean Kanapa apuntó que esas divergencias tenían que ver "con nuestras respectivas concepciones del socialismo". En 1978, publicamos un libro colectivo titulado *La URSS y nosotros*, del que recomendamos la lectura y en el que mos-

tramos que los problemas con que se enfrentaba la Unión Soviética, a nuestro juicio, eran no sólo de orden democrático, sino también problemas económicos y sociales; hablamos entonces de "una crisis de la sociedad soviética" entendida como "un período en que diversas contradicciones internas ya maduras seguían pendientes de solución", y lamentábamos que "el mantenimiento prolongado de los mismos hombres en la dirección haya originado una especie de situación de espera". En 1979, en nuestro XXIII Congreso, llegamos a la conclusión de que en la Unión Soviética "subsistían prácticas y defectos" enraizados en el pasado estaliniano y que existían "problemas de importancia relacionados con una subestimación del significado universal de la demanda democrática, de la cual el socialismo es portador".

Terminemos aquí esta enumeración. Durante todo ese período, desde mediados de los años 70 hasta mediados de los 80, jamás hemos dejado de sentir preocupación por el estado de cosas en las sociedades socialistas. Porque nos dábamos cuenta de que dichas sociedades tardaban en responder al llamado "triple reto" con que se enfrentaban: "lograr la eficacia económica, asegurar el progreso social y desarrollar la participación democrática", como dijimos en nuestro XXIV Congreso, en 1982.

Ahora la URSS y otros países socialistas se han volcado en la solución de estos problemas. La sociedad está en eferescencia en todos los dominios. Como ha dicho recientemente Mijaíl Gorbachov, "el país está cambiando". Y lo que los comunistas franceses queremos decir con este motivo no es: "¡Lástima!", sino: "¡Por fin!".

Es posible que nos contesten: "Bueno, es verdad que dijisteis todo eso. Pero también dijisteis otras cosas durante ese mismo período. Siempre os habéis negado a reconocer que el socialismo era nefasto. ¡Nunca habéis roto vuestras relaciones con los comunistas soviéticos!". Desde luego. Y no nos arrepentimos de ello.

¿Reconocer que el socialismo es nefasto? Nunca tuvimos esa tentación. Hemos sido críticos, pero nunca hemos perdido de vista —volveré más adelante a tratar de este punto— el aporte del socialismo al desarrollo histórico de los países donde fue instaurado y al de la humanidad en conjunto. Hemos sentido inquietudes, pero jamás hemos perdido confianza en la capacidad de las sociedades socialistas para encontrar en ellas mismas las fuerzas que les permitirían desbloquear todas sus potencialidades. Y hoy,

cuando vemos al pueblo y a los comunistas soviéticos empeñados en una inmensa obra de renovación para hacer que su sociedad no sea menos socialista, sino más socialista, pensamos que, al conservar la esperanza, hemos dado muestras no sólo de optimismo, sino también de lucidez.

Es cierto igualmente que durante ese período no hemos roto con el Partido Comunista de la Unión Soviética ni con los partidos comunistas de otros países socialistas, a pesar de las profundas divergencias que nos separaban. Porque nosotros rechazamos la opción absurda de estar de acuerdo en todo o de negarnos a tener encuentros, a discutir y, eventualmente, a actuar juntos donde exista tal posibilidad. Nuestras relaciones con otros partidos no son relaciones basadas en el juramento de fidelidad del vasallo, sino relaciones entre interlocutores independientes, iguales y diferentes. El respeto de esas diferencias y, cuando las haya, de las divergencias de opinión es condición necesaria para poder sostener un diálogo leal y eficaz que permita revelar puntos de acuerdo y áreas de acción conjunta. Son relaciones de este tipo las que mantenemos con todos los partidos comunistas, con los movimientos de liberación nacional, los partidos socialistas y socialdemócratas, las formaciones progresistas, pacifistas y ecologistas. ¡Y nadie piensa que estamos en todo punto de acuerdo con cada uno de ellos!

Independencia, igualdad, no injerencia, respeto mutuo, reconocimiento de las divergencias, tales son las nuevas bases sobre las cuales en 1980, después de varios años en el transcurso de los cuales no tuvimos ningún encuentro "en la cumbre", establecimos nuestras relaciones con el Partido Comunista de la Unión Soviética, y las restablecimos, en 1982, con el Partido Comunista de China. Durante esos años, hemos mantenido una actitud principista, que es la misma que mantenemos hoy: "Los pueblos que construyen una sociedad socialista tienen asegurada nuestra solidaridad. Y pueden contar también con nuestra lucidez: examinamos sus realizaciones sin viseras y sin prejuicios, lo cual nos lleva a formular advertencias o críticas cuando lo consideramos oportuno e indispensable, porque así lo reclaman los propios intereses de nuestro ideal humanista común".

Pero se nos hace también otra objeción a la que ya me he referido antes. "Ayer —nos dicen— no estabais contentos, ¿y ahora ya estáis satisfechos? Pues, ¡con bien poco os basta!" Y agregan: "En la Unión Soviética, la gente pasa hambre,

y si no son de la misma nacionalidad, se matan los unos a los otros... ¡Valiosos éxitos, los que está cosechando el socialismo! ¡El capitalismo, a pesar de todo, es mejor!".

Señalemos que, antes, a los países socialistas se les hacía un reproche muy diferente: el de no respetar los derechos humanos, cosa que, desgraciadamente, era en muchos casos verdad. Ahora no se los puede criticar de ese lado. Todo el mundo reconoce que, en la Unión Soviética y en otros países socialistas, los opositores tienen la posibilidad de expresar su opinión; la prensa y las elecciones son libres; Sájarov fue elegido Diputado del Pueblo de la URSS; y las obras de Solzhenitsin ya se están publicando en Moscú...

Por eso ahora se ha pasado a hablar de otra cosa: de las dificultades económicas e interétnicas. La existencia de tales dificultades es innegable. Pero de ahí a concluir —como lo hace a voz en cuello la derecha y como lo explicaba hace poco un dirigente del Partido Socialista— que el socialismo está en quiebra y que el capitalismo ha demostrado definitivamente su superioridad, hay un abismo.

Porque vamos a ver, fijémosnos en las realidades. El pasado mes de julio se reunieron en París los "siete países ricos" del mundo capitalista, como suelen llamarse a sí mismos. No cabe duda de que son ricos. Tomemos, por ejemplo, el caso de Francia: desde hace siglos y siglos, desde mucho antes de que se instaurara el capitalismo, ha venido desempeñando de manera ininterrumpida un papel relevante en la historia y se ha mantenido en vanguardia del progreso económico e intelectual. Es un país que cuenta con riquezas materiales y humanas considerables. Un país con fuertes índices de productividad, acrecentados de manera constante por la introducción de las nuevas tecnologías. Este año las ganancias patronales han aumentado en otro 20% y la Bolsa continúa en auge. Sí, hay en Francia gente que vive en una opulencia verdaderamente inimaginable, a tal punto que un casino de la Costa Azul ha llegado a proponer este verano a sus clientes que hicieran sus apuestas con fichas de 10 millones de francos.

Pero ¿a qué precio se crean estas inmensas ganancias? A costa de la destrucción de todo lo que no contribuya a inflarlas, del sacrificio de todo empleo, de toda actividad económica, de investigación o de formación profesional que sean considerados insuficientemente "rentables" desde el punto de vista financiero. Al precio de una constante presión sobre los

salarios y las pensiones de retiro, del deterioro de las condiciones de trabajo y de incesantes ataques contra las conquistas sociales y los derechos sindicales. Al precio de considerables inversiones que se malgastan en el ámbito de la especulación financiera o en la fabricación de armas cada vez más terribles...

No quiero entrar aquí en una descripción detallada, pero el hecho es que **las injusticias y los serios desequilibrios de nuestra sociedad capitalista, lejos de desaparecer, se están agravando.** El desempleo afecta actualmente al 10% de la población activa, y se prevé que en 1992 ascenderá al 11,2%. Millones de familias están siendo asfixiadas por las dificultades; se nos anuncia que se mantendrá la política de austeridad. Las garantías sociales y los estatutos de los asalariados sufren constantes atentados; ya están a punto nuevos planes que programan un deterioro general de la situación en el mundo del trabajo. La droga, la inseguridad, la corrupción y el racismo provocan gangrena en el organismo de la sociedad, y todo indica que estos flagelos se extenderán aún más. Francia se está convirtiendo en una sociedad de creciente desigualdad, cada vez más dura y violenta, en un país que, día tras día, está perdiendo su independencia y su identidad.

El modelo ya ha sido trazado: es el de los EE.UU., el país capitalista más poderoso. Ahí no hace falta arremeter contra las estructuras de seguridad social: prácticamente no existen tales estructuras, y la jubilación es ya un sistema de seguros privados, como el que se quiere implantar en nuestro país. Allí, los pobres se encuentran ya en los *ghettos* y uno puede reconocerlos en muchos casos por el color de la piel. El 13,5% de los norteamericanos —más de 30 millones de personas— viven por debajo de la raya de la pobreza, y las estimativas oficiales prevén que, para el año 2000, esa suerte espera a uno de cada cuatro niños. Allí, las escuelas dignas de este nombre y las universidades son establecimientos privados y su calidad depende del precio que puedan pagar los estudiantes. Allí, seis de cada diez ciudadanos no acuden a las urnas, asqueados por la politiquería; a quienes solicitan trabajo se les hace pasar la prueba del detector de mentiras, y recientemente hemos sabido que el número de delitos racistas cometidos en centros de enseñanza escolar y universitaria ha aumentado en el 50%.

¡Y eso es lo que ocurre en "países ricos"! Pero el capitalismo es también México, Brasil y la casi totalidad de los países de América Latina. Son decenas de

naciones de Asia y de Africa, que han estado largo tiempo bajo el yugo colonial de países como el nuestro. En esa área del mundo, cada día mueren de hambre 20.000 niños menores de cinco años. Desnutrición, epidemias, analfabetismo, desempleo generalizado, comercio de órganos infantiles, apartheid, sangrientas represalias... El precio de la riqueza de los grandes países capitalistas es también el estrangulamiento del Tercer Mundo por el garrote de la deuda, la expropiación de esos pueblos por las transnacionales, el mantenimiento de la esclavitud por dictaduras feroces sometidas a los "países ricos".

Pues bien, en un momento como éste, en que el capitalismo demuestra claramente su nocividad, en un momento en que el martirio que inflige al Tercer Mundo y el porvenir inhumano que promete a nuestro pueblo provocan la indignación y la inquietud de tantas fuerzas sociales, eclesíasticos, intelectuales, no vamos nosotros a buscar soluciones por ese lado. Ciertamente, el socialismo se enfrenta con varios problemas. Pero lo que necesitamos para superar los males inmensos que el subdesarrollo y la dominación capitalista siguen imponiendo a dos terceras partes de la humanidad, es precisamente el socialismo, que ha dado y sigue dando muestras de su superioridad.

En efecto, hay que comparar lo que es comparable. En un país como el nuestro nos parecen cosas del todo naturales votar por el partido que más nos agrade y comprar lo que queremos en las tiendas, cuando tenemos el dinero necesario. Pero ¿en qué país hoy socialista era posible hacer eso mismo cuando eran estados capitalistas o feudales? ¿Acaso antes de 1917 se le hubiera ocurrido a alguien comparar la suerte de los obreros y los campesinos franceses con la de los obreros y los *mujiks* rusos? En Francia hacía ya más de un siglo que se había proclamado la Declaración de los Derechos del Hombre; la escuela pública era gratuita y obligatoria desde hacía casi dos generaciones; París era la Ciudad Luz, la gente se desplazaba en ella en taxis y autobuses; la jornada laboral era de diez horas, con descanso semanal obligatorio... ¡En la Rusia zarista, nadie jamás había tenido ocasión de votar; de cada diez habitantes, nueve no sabían leer ni escribir, y el grueso de la población apenas acababa de salir del régimen de servidumbre!

La historia quiso que esas circunstancias de atraso extremo marcaran el punto de partida de las sociedades socialistas. En 1945, lo que es hoy la RDA era la parte de Alemania más devastada por la

guerra. En 1946, Hungría era el "país de un millón de mendigos". En 1949, ser chino significaba estar muerto de hambre. En 1959, Cuba era una isla de lujo para los norteamericanos y de miseria para los cubanos. Y hasta 1976, se descargaron sobre Vietnam más bombas que todas las que habían sido arrojadas sobre todos los estados del orbe en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.

En cada uno de esos países era necesario construirlo o reconstruirlo todo. Han tenido que enfrentar las presiones y las intervenciones económicas, políticas y militares a las que los estados capitalistas, mucho más ricos y más potentes, han recurrido en todas partes donde nacía el socialismo. Sin embargo, esos países, que lo tenían todo en contra de ellos, han logrado dar de comer a sus pueblos, eliminar las epidemias, vencer el analfabetismo, fomentar una industria y una agricultura modernas, crear un sistema de protección social y de servicios inexistentes en el período anterior, asegurar a un número creciente de hombres, de mujeres y de jóvenes el acceso a los conocimientos, a la cultura, al deporte. Ningún país dominado por el capitalismo y enfrentado a tales problemas ha logrado superarlos. ¡Ninguno! ¡Los países socialistas han demostrado que, para avanzar por la vía del progreso social y del desarrollo económico, se podía prescindir de la explotación del hombre por el hombre!

Ahora bien, está claro que el estado de atraso económico y cultural a partir del cual se inició la construcción de esas sociedades socialistas y las pruebas a que han sido sometidas han influido notablemente sobre su desarrollo. Es evidente, por ejemplo, que el pasado burocrático de la vieja Rusia ha tenido repercusiones en la Unión Soviética. La ausencia de una mínima tradición de vida democrática ha contribuido al resurgimiento de la crueldad y el cinismo de los zares en el período estalinista. Y esto ocurrió en un país en que las guerras, particularmente la guerra contra el agresor nazi, y la necesidad de construir de nueva planta una economía verdaderamente fuerte hicieron que se asignara al Estado un papel omnipotente. Los métodos autoritarios y la divinificación del guía se erigieron en regla. En la Unión Soviética y otros países socialistas, el socialismo ha podido desarrollarse durante un período bastante prolongado, a pesar de esos graves defectos, de esas supervivencias del pasado capitalista y, a menudo, precapitalista. Pero, cuando se trata de construir una sociedad socialista moderna, esas deformaciones se convierten en frenos de los que es abso-

lutamente indispensable liberarse. Este es el objetivo que se han fijado los comunistas soviéticos.

“¿Por qué, entonces, las cosas no mejoran más rápidamente?”, somos preguntados a veces. Mijaíl Gorbachov reconoció en julio pasado: “El país está atravesando un período crítico de la perestroika. Ahora vemos con más claridad la gravedad de la crisis con la que se enfrentó el país a comienzos de los años 80 y de la que no acabamos de salir. Es más, algunos procesos de nuestro desarrollo económico y socioeconómico se han agravado”.

Y es que se trata de una tarea verdaderamente grandiosa. Se trata, como ha explicado Gorbachov, “de recuperar los valores intrínsecos del socialismo: la democracia, el poder del pueblo, la justicia social, los derechos humanos”. En otras palabras, se trata de desarrollar —y, a veces, de crear— elementos básicos de la economía moderna como el espíritu de empresa, la iniciativa personal, la capacidad de innovación, la cualificación y la conciencia profesional, la aspiración al consumo diversificado. Y se trata de lograrlo no como ocurre en el ámbito capitalista, sobre el telón de fondo de la guerra económica que sostienen los gigantes transnacionales, de la fiebre de las ganancias y del temor al desempleo, sino, como ha dicho Mijaíl Gorbachov, procurando “orientar la economía hacia el hombre, hacia sus necesidades materiales e intelectuales”, desarrollando la participación activa de los ciudadanos y superando la alienación del hombre respecto al poder. Las costumbres de rutina, de inercia e incluso de pereza adquiridas en el período anterior, los problemas cuya existencia era negada ayer, las rivalidades interétnicas frenan seriamente este proceso, tanto más cuanto que son estimulados por fuerzas hostiles a la perestroika, por las que añoran los tiempos pasados y por las que sueñan con el retorno al capitalismo.

Las dificultades a vencer son, por tanto, considerables. Pero vemos con satisfacción que no desalientan a los comunistas soviéticos y no les impiden avanzar. En el verano de 1989 se reunió por primera vez un Parlamento verdaderamente representativo y dotado de plenos poderes. Se han adoptado medidas de justicia social —en el plano de las pensiones, de la sanidad y de la escuela—, de supresión de los privilegios, de aceleración de la autogestión y la autonomía de las empresas, y de reorganización del sistema judicial. El salario medio de los obreros ha aumentado durante el primer semestre de 1989 en un 9,7% y los ingresos de los koljosianos,

en el 7,3%. Estamos convencidos de que esta política va por buen camino. Es cierto que en la Unión Soviética se está librando una dura batalla. Pero no es porque el socialismo esté moribundo, sino porque ha llegado a la edad de su segunda juventud.

Los países capitalistas son conscientes de ello. Y si insisten tanto en las dificultades actuales de la Unión Soviética y de algunos otros países socialistas, es porque tienen miedo de sus futuros éxitos. Saben que, frente a un socialismo estancado y deformado, el capitalismo en crisis tiene por delante buenos tiempos. En cambio, tiene razones de sobra para temer la competencia por parte del socialismo moderno y democrático, el socialismo del que se están sentando los cimientos en el marco de la perestroika. Es evidente que quienes hablan hoy a gritos de la “quiebra del comunismo” no creen mucho en sus alucinaciones. El futuro demostrará a buen seguro que quienes hicieron en Rusia la Revolución de Octubre y quienes fundaron en Francia, en 1920, el Partido Comunista Francés, acertaron en su opción.

Hace ya mucho tiempo que no buscamos fuera de las fronteras nacionales ningún “modelo” para definir nuestro propio proyecto de sociedad socialista y el camino que conviene seguir para plasmarlo en la práctica. Nos esforzamos por construir por vía democrática una sociedad socialista cuyos rasgos se deriven de la propia realidad de nuestro país, de los gustos, necesidades y aspiraciones de nuestro pueblo: el socialismo a la francesa. No nos proponemos, por tanto, copiar lo que está pasando en Moscú. Pero seamos francos: cuando vemos que los comunistas soviéticos plantean en el terreno económico el objetivo de satisfacer las necesidades sociales, asegurando el pleno empleo, e impulsan en todos los dominios de su sociedad la democracia, la autogestión y la participación de los interesados a la hora de tomar decisiones, pensamos que esos principios surtirían en Francia mejores resultados que la política de austeridad, de desempleo y de ofensiva contra las conquistas y los derechos de los asalariados que se viene aplicando en nuestro país.

Hasta el momento me he referido principalmente a la Unión Soviética, porque los cambios que se están operando allí apasionan con razón a la opinión pública. Obviamente, la historia y la situación de los demás países socialistas de Europa, de Asia y de América presentan rasgos distintos, y es a los pueblos de cada uno de esos países a quienes corresponde

construir una sociedad socialista a tono con las condiciones concretas de cada caso.

Otro mérito de la Unión Soviética y de los países socialistas, de su acción conjunta con las fuerzas de la paz del mundo entero, son los progresos históricos logrados en el terreno del desarme nuclear, los pasos que se han dado de cara a la solución política de varios conflictos regionales y las negociaciones entabladas en otros dominios, en particular sobre la reducción de los armamentos convencionales.

Está claro que estos avances no se producen automáticamente. El género humano está adquiriendo poco a poco los medios necesarios para alcanzar un grado más alto de civilización. Pero esta ascensión se realiza al precio de un reñido combate contra las fuerzas cuya potencia se basa en la explotación del hombre, las desigualdades sociales, la expoliación de los recursos naturales, la subyugación de los pueblos y la carrera de los armamentos. En este gran enfrentamiento que —tanto en Francia como en el mundo entero— en el que se oponen las fuerzas del pasado y las que actúan en favor de la justicia, la libertad y la paz, los comunistas franceses eligieron hace tiempo su campo.

Luchamos por el derecho de los hombres y las mujeres a vivir con libertad e igualdad en una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales; por el derecho de los pueblos a vivir en condiciones de independencia, de justicia, de libertad, de un nuevo orden económico internacional; por el derecho de la humanidad a vivir en un mundo solidario y sin armas, que domine el progreso científico y tecnológico y respete los equilibrios ecológicos.

Buscamos el diálogo y la acción —a nivel nacional e internacional— con todas las fuerzas que comparten alguno de esos objetivos o varios. Por nuestra parte, estamos convencidos de que es hora de promover nuevas formas de concertación, de acción conjunta o convergente, en Europa y en escala mundial, entre fuerzas políticas, sociales, pacifistas, religiosas, dentro de la diversidad y sobre la base del respeto a la identidad de cada cual. Lo deseamos ardientemente y contribuiremos a ello en la medida de nuestras posibilidades.

No, el futuro, desde luego, no pertenece al capitalismo. Pertenece a las fuerzas populares, a las fuerzas progresistas, democráticas y pacifistas. ¡Pertenece al socialismo!

La perestroika no se detiene en Moscú

AMATH DANSOKHO,
Secretario General del CC
del Partido
de la Independencia
y del Trabajo de Senegal
(PITS)

En los últimos días de aquel agosto de 1968, el calor extremaba en Praga. Parecía que de un momento a otro empezaría a derretirse la coraza de los tanques soviéticos, que habían inundado la ciudad y uno de los cuales se había emplazado frente a la entrada principal del edificio de la Redacción de *Revista Internacional*, en donde yo representaba a mi partido. No menos caldeado estaba también el clima en los interiores del propio edificio: allí se libraban acaloradas polémicas sobre cómo valorar la entrada de los ejércitos de cinco países del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia y qué consecuencias tendría ese acto para los comunistas y las fuerzas progresistas del mundo entero, así como para los destinos del socialismo.

Mi actitud personal al respecto estuvo determinada por el hecho de haber ingresado en el partido marxista de mi país, un partido muy joven en aquel entonces, movido por la ola de entusiasmo y esperanzas despertados en 1956 por el XX Congreso del PCUS y la denuncia del culto a la personalidad de Stalin. Profundamente convencido de que aquella intervención armada contra un país soberano era nefasta y perpetrada, para colmo, bajo la consigna de defender el socialismo, mandé un cable de solidaridad a los líderes de Checoslovaquia y del PCCh en aquel entonces: Alexander Dubcek, Ludvík Svoboda, Oldrich Cerník y Josef Smrkovsky.

A MI PARECER, nuestros camaradas en muchos países socialistas se exponen ahora a una dura prueba, pues habiendo consignado en las respectivas Constituciones su papel dirigente han dejado de luchar, en fin de cuentas, por las masas, han dejado de luchar por que las ideas y la práctica del socialismo permanezcan atractivas a los ojos de la gente.

Sin embargo, tanto en 1968, cuando me encontraba en Checoslovaquia, como ahora, sigo creyendo que el socialismo es una necesidad objetiva del desarrollo de la sociedad, y que no se puede darle marcha atrás al proceso histórico. La *primavera de Praga* fue un primer intento de democratizar y humanizar la sociedad socialista, fue una opción hecha por la gran mayoría de los checos y los eslovacos. La intervención armada dejó truncado ese intento y me conmocionó profundamente. La imposición del derecho del más fuerte iba a contrapelo de cuanto había aprendido yo del marxismo.

En 1968, el movimiento comunista logró superar una serie de graves discrepancias en su seno, aproximándose las posiciones de la mayoría de los partidos sobre la base de reconocer que, en el siglo nuclear, la cuestión de la guerra y la paz era la primordial, y que se debía apoyar por todos los medios los esfuerzos de la URSS destinados a lograr la distensión internacional y robustecer la seguridad universal.

La invasión a Checoslovaquia cambió por completo la visión que millones de personas tenían sobre la política soviética, y significó una abierta ruptura con el ideario del XX Congreso del PCUS y con el rumbo hacia las reformas en la URSS. Esto se hizo evidente a mediados de los años 70, cuando sobrevino el inmovilismo, acompañado de represiones contra los disidentes.

En el campo de la teoría volvieron a prevalecer las viejas tesis que preconizaban el monolitismo y la uniformidad de opiniones y enfoques, para poder edificar el socialismo. Surgió la contradicción entre la visión del comunismo como plena emancipación y liberación del hombre, y la violación real de los derechos y libertades del individuo a lo largo de un trayecto calificado como avance hacia dicho ideal.

Continuamos publicando respuestas de líderes de partidos hermanos sobre cómo reestructuran ellos su actividad teórica y práctica a la luz de las nuevas realidades. Véase *Revista Internacional*, N.ºs. 7, 8, 9, 11 y 12 de 1989; No. 1 de 1990. Las respuestas de A. Dansokho fueron grabadas por un colaborador de RI.

La uniformación de la sociedad soviética ejerció un pernicioso efecto no solamente en la política, sino también en la economía, la ciencia y la cultura. Comenzaron a primar la hipocresía y el cinismo, inevitables cuando el individuo está intimidado, deprimido y privado de la posibilidad de manifestar libremente sus criterios. La gente se replegó en sí misma, su potencial creativo se vio sustraído al desarrollo de la edificación socialista.

Igual cosa presencié en Checoslovaquia durante el llamado período de *normalización*. Ofendido en lo hondo de sus mejores sentimientos y traumatizado por aquel acto de violencia y subsiguientes represiones contra sus mejores representantes, el pueblo optó por ensimismarse.

La invasión fue tanto más injustificada, cuanto que, a excepción de algunas consignas irresponsables, no hubo ninguna manifestación real de anticomunismo, o de antisovietismo, durante la *primavera de Praga*. Vivimos y trabajamos junto con nuestros compañeros soviéticos, juntos pasamos nuestros ratos de esparcimiento, y jamás vimos en las calles de Praga ninguna muestra de hostilidad.

Incluso después de la entrada de tropas en el país, cuando a todos los colaboradores extranjeros de RI se nos propuso que enviáramos a la URSS a nuestras familias, me negué a evacuar a Moscú a mi esposa y a mi pequeña hija, porque estuve seguro de que, no obstante la amargura y la indignación de los pragueños, ellos no cometerían actos de vandalismo. Y tuve la razón.

Por eso, me sentí muy satisfecho al leer, en diciembre de 1989, la Declaración de los cinco países y la de los gobiernos de la URSS y Checoslovaquia condenando la burda intromisión en los asuntos internos de esta última 21 años atrás. Mi satisfacción se debió no sólo al triunfo de la justicia histórica, sino, además, a que la reevaluación crítica de aquel tremendo error significaba, en mi opinión, un encomiable aporte a los esfuerzos por depurar a todo el movimiento comunista de los sedimentos del stalinismo y del período de estancamiento, que habían socavado en mucho el prestigio de los comunistas y de las ideas socialistas a los ojos de los pueblos.

ES OBVIO POR COMPLETO que nuestro movimiento, mejor dicho el conjunto de los partidos comunistas y obreros, está atravesando por una crisis, tal vez la más profunda de toda su agitada y variada historia. A diferencia del pasado, los años 60 por ejemplo, la crisis actual atañe a casi todos los partidos de los países socialistas, los países capitalistas industrializados y los países en desarrollo. Hay partidos que consiguen avanzar en un momento determinado, pero sus éxitos, comprendidos los electorales, resultan temporales, pues en ninguna parte logran estabilizarse y consolidarse por mucho tiempo. Muchos partidos comunistas, que al término de la guerra contra el fascismo se convirtieron en una gran fuerza nacional, hoy han quedado relegados a segundo plano.

Asombra, pero es cierto: hasta un partido tan numeroso, influyente y pensador como es el italiano, actualmente experimenta dificultades. Y digo asombra, porque muchas de las tesis teóricas contenidas en artículos o intervenciones de Mijaíl Gorbachov, en una u otra forma, las había encontrado en los trabajos de Enrico Berlinguer. Este político y pensador merece honda estimación por haber sabido, si no proponer la solución de problemas planteados por la realidad contemporánea, al menos prever la aparición de los mismos. No obstante eso, el PCI continúa ahí mismo en donde se había detenido, y no se vislumbra ningún asomo de serio avance.

En el Tercer Mundo existen sólo unos cuantos partidos realmente grandes; pero no nos engañemos: no somos nosotros, ni mucho menos, quienes determinamos el rumbo del acontecer actual. Otras fuerzas, incluidos los partidos burgueses, protagonizan el papel decisivo en los destinos de los países donde habita la mayor parte de la humanidad.

El desarrollo histórico de los países socialistas a más de complicar la acción de los comunistas en todo el mundo, dio origen a una crisis de ideales. Diez años antes de arribar al siglo XXI no podemos enfocar el comunismo de la misma manera que Marx y Engels, abstrayéndonos de todo lo bueno y lo malo ocurrido en los años que nos separan de la Revolución de Octubre.

Creo que sólo la perestroika puede salvarnos, pero su influencia es contradictoria. Por un lado, ha ayudado a esclarecer las causas de la crisis y ha propuesto una alternativa; pero, por el otro, ha sacado a la luz pública tanta cantidad de problemas latentes sin resolver y de errores,

criminales a veces, que ha terminado por afectar sensiblemente el prestigio de los partidos comunistas, sean gobernantes ahora o en el pasado, en sus respectivos países. Y es que la gente les atribuye precisamente a ellos toda la responsabilidad por la situación creada, y muchos les niegan su confianza.

Por otra parte, resulta paradójico que las dificultades presentes ahora en los países socialistas no deterioran la imagen de éstos en el exterior. Efectivamente, la democracia y la transparencia informativa ponen de manifiesto muchos problemas reales que el socialismo enfrenta, y sin embargo, se agrandan notablemente las simpatías que experimentan por él el pueblo y diversas fuerzas políticas en un país como es el mío: las campañas anticomunistas han cesado prácticamente en la prensa, se nos invita a intervenir en la prensa nacional, a participar en debates televisivos, etc.

Lenin decía que sólo la verdad era revolucionaria. ¿Qué provecho se puede sacar, entonces, en el siglo de la informática, haciéndole cuentos a la gente y tratando de inculcarle que todos los soviéticos disponen de cuanto necesiten, y que todo marcha a pedir de boca? Aun cuando intentemos hacerlo, no nos creerían. Considero inmoral mentir y encubrir las privaciones que se están pasando en la URSS desde hace 72 años, por el simple afán de crear en el exterior una imagen idílica del socialismo.

No quiero autoflagelarme, pero debemos mirar los hechos de frente: durante mucho tiempo hemos visto el camino hacia el socialismo como una especie de predestinación divina. A propósito, el propio Lenin había advertido, más de una vez, contra ello. Por lo visto, en el curso de la perestroika también habrá que proceder a la definición teórica de la perspectiva y encontrar sus parámetros.

Durante un largo tiempo estuvimos equivocados en relación a los procesos del desarrollo capitalista. Cualquier dificultad real la presentábamos como una manifestación de la crisis general e irreversible del capitalismo; la realidad, sin embargo, no lo ha confirmado. Afirmábamos que el capitalismo era incapaz de adaptarse a las necesidades de la revolución científico-técnica, tal como lo había proclamado, por ejemplo, el Programa del PCUS aprobado por su XXII Congreso. Hoy, empero, estamos viendo a las claras que no es precisamente el socialismo, sino el capitalismo el que avanza a la vanguardia del progreso en la ciencia, la tecnología y el desarrollo socioeconómico en general.

Los comunistas nos hemos olvidado —y la responsabilidad por ello recae, ante todo, sobre los que estaban en el poder—, la tesis fundamental de Marx sobre el papel decisivo del factor económico. Cuántos discursos altisonantes se pronunciaron desde las tribunas oficiales enfatizando la necesidad de estimular el progreso científico-técnico y esforzarse por alcanzar la mayor productividad del trabajo posible, y sin embargo, es el capitalismo, el que aún se mantiene como ganador en la emulación económica entre los dos sistemas.

Por error fue situada en el primer lugar la ideología. Se comenzó a enseñar el marxismo-leninismo a todos los niveles, casi desde la primaria. En un momento dado hasta se decidió formar al hombre nuevo y remodelar a fondo su mentalidad sirviéndose de una propaganda masiva. Sin embargo, no nos sirvió nuestro propio método científico para analizar los cambios operados en la conciencia humana y comprender las nuevas realidades surgidas en todos los terrenos. Fenómenos desagradables para los comunistas los pretendimos presentar como maniobras de los enemigos de clase y como cosas puramente coyunturales, cuando se trataba, en realidad, de procesos realmente de fondo.

Trágicas han resultado las consecuencias de esos errores. La historia no perdona el que un movimiento político de la envergadura del nuestro evalúe erróneamente la realidad y plantee lineamientos falsos. Cuántas veces auguramos grandes triunfos a nuestros partidarios, y luego quedamos varados, viendo cómo otros se nos adelantaban. Al fin y al cabo, la gente dejó de hacernos caso, al menos en la mayoría de los países capitalistas desarrollados.

La tragedia del movimiento comunista consiste en no haber sabido dar a tiempo respuestas adecuadas a los nuevos problemas de la época y ponerse a la cabeza de movimientos contemporáneos tan poderosos como son el ecologista y la lucha por un orden económico internacional justo. Y, después de esto, ¡incluso nos atrevemos a llamarnos vanguardia!

PREOCUPA SOBREMNERA el envejecimiento de los partidos comunistas, fenómeno presente por todas partes. En Occidente, la juventud tiende hacia los *verdes*; en Europa Oriental, hacia toda clase de foros sociales. También las uniones de juventudes comunistas van perdiendo a sus miembros. Igual sucede en el Tercer Mundo, en donde la gran mayoría de la población es joven, pero nuestros

partidos rara vez llegan a ser numerosos. En los años de la lucha por la independencia de Senegal, la influencia de los comunistas fue considerablemente mayor que ahora, porque ellos actuaban entonces como promotores de la idea de liberación nacional. No son pocos los jóvenes que aceptan y aprueban nuestra línea, pero no se afilian a nuestro partido. ¿Cómo se puede aprobar, entonces, programas a largo plazo, que trascienden incluso hasta el siglo XXI, sin tener la seguridad de que agraden a la juventud? Porque le tocará precisamente a ella cumplir lo programado. Lamentablemente, no puedo afirmar que tal seguridad exista.

Con lo recién dicho guarda relación otro aspecto más de la actual crisis del movimiento comunista: el orgánico. El tipo de organización surgido en los tiempos de Lenin como instrumento para la conquista del poder ha cumplido su cometido, habiéndose agotado ya en gran medida. Se lo había elaborado a principios del siglo, cuando no existía un sistema democrático desarrollado, y cuando la cuestión del poder era solventada por la fuerza, incluido el empleo de la lucha armada. Hoy, la situación es completamente diferente. El mundo rechaza, en creciente grado, no sólo las armas de exterminio masivo, sino la violencia misma y los métodos que impliquen la aplicación de la fuerza para la solución de problemas.

No es casual por eso que, en los dos últimos decenios, ninguna revolución, ningún movimiento de liberación haya gozado de tan pujante y duradero apoyo como el prestado en su tiempo al pueblo vietnamita. A las manifestaciones promovidas por Amnistía Internacional asiste mayor número de personas que a los mítines y otros actos de solidaridad convocados tradicionalmente por los comunistas. Los tiempos han cambiado; han cambiado también la conciencia social y la percepción del mundo de cada habitante del planeta.

El rechazo a la violencia está íntimamente ligado al hecho de promover a primer plano la democracia que, para mí, constituye el valor universal más importante. Ahí es donde el tipo de organización otrora eficiente ha dejado de ser un recurso movilizador de las masas, para convertirse en un freno del movimiento comunista. En nuestro partido, este tema es objeto de una animada discusión; pero, por el momento, no veo cómo salir de esa situación. En todo caso, creo que el centralismo democrático no debe convertirse en instrumento de represión del pensa-

miento vivo y de castigo a quienes no estén de acuerdo en algo con la mayoría.

La gente que se afilia hoy al partido es muy distinta a la de decenios atrás. En aquel entonces, el comunista se consagraba de lleno a una sola idea y una sola causa. Hoy, el militante es más pluralista, sus intereses pueden trascender fácilmente mucho más allá del quehacer partidista. Está dispuesto a luchar junto con todos por los cambios positivos en la sociedad, pero se reserva el derecho a ocuparse no sólo de la política sino también de la ecología, la moral, la ética y muchos otros aspectos de la vida real en las postrimerías de este siglo. Y además de todo esto, debe sentirse bien en el seno del partido.

No me inclino a idealizar en modo alguno el tipo de organización existente en el seno de otras corrientes políticas. Los socialdemócratas, por ejemplo, suelen estructurar su partido en torno a destacadas personalidades. Sin embargo, no surge ningún culto a la personalidad, porque la estructura partidaria permanece flexible, y la práctica es tolerante. En cambio, en nuestro caso es tradicional que toda discusión grande en torno a cuestiones de principios desemboque o en la expulsión de militantes inconformes o en la transformación de éstos en una especie de *exiliados internos* en el seno de la organización.

Tales son algunas causantes y manifestaciones de la crisis del movimiento comunista; una crisis universal, repito, porque abarca tanto a los partidos que, a principios de los años 60, se habfan pronunciado a favor de la coexistencia pacífica, como a aquellos que habfan exhortado, tras de Mao, a "rodar de campo la ciudad". Están viviendo esta crisis tanto los que habfan apoyado la intervención en Checoslovaquia, en 1968, como quienes la habfan condenado resueltamente, igual que 11 años más tarde condenaran la injerencia soviética en Afganistán. Pretendimos afianzar nuestro papel dirigente y de vanguardia, habiéndonos olvidado de la célebre tesis de Marx de que la historia no es obra de los partidos sino de las masas. O encontramos el camino que nos conduzca a las masas, o nos convertiremos definitivamente en unos marginales. Otra disyuntiva no existe.

EL PARTIDO DE LA INDEPENDENCIA Y DEL TRABAJO DE SENEGAL fue fundado por intelectuales de extracción pequeñoburguesa. No obstante, logramos conquistar la confianza de la clase obrera y convertirnos en la segunda fuerza en el movimiento sindical,

después del Partido Socialista (PS) en el poder. Ese logro nuestro se debió en buen grado al hecho de haber renunciado resueltamente, mucho tiempo antes de la perestroika, al llamado sindicalismo partidario, a una estrecha interpretación de la tesis sobre los sindicatos como correas de transmisión.

No quiero, sin embargo, que se piense que una correcta política sindical del partido resuelva todos sus problemas. Primero, porque las simpatías de los obreros no se han traducido hasta ahora en un incremento de nuestra militancia. Segundo, porque la política de ajuste emprendida en la esfera económica del país y la renuncia al proteccionismo conllevan una verdadera destrucción del sector industrial. En 1989 fue clausurada una fábrica de calzado Bata, una de las más antiguas empresas industriales de Senegal. En cinco años transcurridos desde el segundo Congreso del PITS, las filas de la clase obrera en el país han experimentado sensibles bajas.

Estoy de acuerdo en que importa mucho para los comunistas ampliar la base social de sus partidos; pero estimo que más importante es aplicar una política que beneficie a los trabajadores. En un país subdesarrollado, con recursos limitados, el partido de la clase obrera debe velar, ante todo, por los intereses de la nación. Padecemos el dominio imperialista, pero comprendemos que no podemos librarnos de él, de un día para otro. Lo único que podemos hacer realmente es ir extendiendo la esfera de la independencia donde esto sea posible. El hecho de que Senegal dependa de la ayuda en alimentos es una verdadera tragedia para el país. Si un barco cargado de arroz no llega a Dakar, sobrevendrá el hambre, porque no producimos este alimento básico de los senegaleses.

De ahí, la singular importancia del trabajo con los campesinos, que constituyen el grueso de la población del país y son su principal mano de obra. Aparte de la tierra no tenemos otras riquezas naturales, de modo que, por encima de cualesquiera proyectos políticos nuestros, siempre será importante cultivarla y recoger la cosecha. Incluso si las empresas transnacionales deciden, el día de mañana, inaugurar en Senegal sus sucursales industriales, esto no salvará al país, porque no dispone de recursos ni de medios para una industrialización verdadera, y en el mejor de los casos, podrá viabilizar sólo el procesamiento de productos agropecuarios. Si lográramos tan sólo autoabastecernos de arroz, esto sería un triunfo histórico.

El PITS tiene un programa para los

campesinos, que es bien comprendido por ellos. Ese respaldo de los pobladores del campo ha obligado a las autoridades a tenernos en cuenta. En cualquier aldea, la gente acude a escuchar nuestras intervenciones. Para los creyentes —y éstos constituyen la gran mayoría de la población rural— importa mucho el que el líder de los comunistas peregrine junto con ellos a lugares sagrados, se entreviste con regularidad tanto con los marabutos musulmanes como con el cardenal católico.

El papel patriótico de nuestro partido es reconocido en el país, incluso por los socialistas, actualmente en el poder. Así lo ha declarado en el último Congreso del Partido Socialista su Secretario General y Presidente de la República, Abdou Diouf, quien recaló su disposición a trabajar en común y dijo extendernos la mano para colaborar. El PS y el PITS mantienen un intensivo diálogo que no nos proponemos interrumpir, a pesar de las dificultades que se presentan.

Hay que ocuparse, ante todo, de los problemas que podemos solucionar y no ponernos a echar cuentas sobre qué y cómo harán los comunistas a mediados del siglo XXI. Lo que importa hoy es qué soluciones pueden ofrecerle los marxistas senegaleses a su pueblo ante la crisis que azota al país, y si serán o no sus propuestas lo suficientemente convincentes como para despertar el interés de otras fuerzas y llegar al acuerdo y la colaboración.

Es por eso que estamos diciendo a todos los niveles —a los campesinos y los obreros, a los empresarios, los líderes religiosos y los políticos, incluidos los del partido gobernante—: vamos a sentarnos en torno a una mesa, y que cada cual traiga sus proyectos. Cuando proponemos el nuestro, decimos, estamos subrayando que se trata de una hipótesis y no de una solución definitiva, porque, hoy por hoy, nadie —ni la izquierda, ni la derecha, ni los científicos burgueses, ni los estudiosos marxistas— tienen una solución definitiva para los gravísimos problemas que enfrentan los países africanos.

La mayoría de nuestros Estados son formaciones artificiales, de modo que su sobrevivencia está puesta al orden del día. Sin resolverla no cabe ni hablar de ninguna revolución. No se puede salvar al país promoviendo al primer plano reivindicaciones de grupo o intereses de algunas capas sociales. Se precisa para ello una visión nacional, el **consenso de la nación**. Supongamos que el gobierno haya sido derrocado. ¿Quién ocupará su lugar? Si lo ocupamos nosotros, ¿qué hemos de hacer entonces? ¿Cuánto tiempo nos concederán el pueblo y la historia

para verificar hipótesis no puestas a punto todavía? Por eso decimos: estamos a favor de los cambios, pero nos preocupa, ante todo, el **mantenimiento de la estabilidad**. Parece paradójico, pero tal es la lógica de la vida.

En la primera ronda de conversaciones con el Partido Socialista insistí en que era necesario llegar a una vida política civilizada y evitar la barbarie que nos amenaza. Y más que una guerra civil, en la que suelen haber dos evidentes bandos en pugna en el país, puede presentarse más bien una situación al estilo del Líbano, con un enmarañado manejo de fuerzas imposible de controlar. Repito una vez más: se precisa **una democracia lo más amplia posible**, capaz de brindar a todos la oportunidad de exponer sus ideas e intereses y defenderlos por medios políticos. En nuestro país son muchos quienes comparten ese punto de vista.

CONSIDERO que, después de la Revolución de Octubre, el ala revolucionaria del movimiento obrero fue demasiado categórica al definir como puramente formales las libertades burguesas. La historia y la experiencia de los pueblos han demostrado que no es así. La libertad de expresión, la de asociación, la de efectuar manifestaciones y la de trasladarse dentro y fuera del país son conquistas medulares que no se debió subestimar. Mientras tanto, a los comunistas se nos ha asociado siempre a lo que ocurría en países socialistas, donde la gente no podía decir lo que pensaba, y se le negaba de hecho todos los derechos, por los que estábamos luchando en nuestros respectivos países. Antes de que se produjera la *revolución informática*, se podía alegar la "falaz propaganda burguesa"; pero después, semejante actitud ya era sencillamente ridícula.

Tuvieron razón los socialdemócratas, quienes por encima de todo izaron la bandera de los valores humanos fundamentales. Es verdad que su actuación no siempre fue encomiable, sobre todo cuando estuvieron en el poder; libraron, por ejemplo, sucias guerras coloniales. Eso sí, las libraron más allá de las fronteras nacionales, de modo que las mismas no produjeron en su respectivo pueblo el mismo efecto que las represiones stalinianas en la Unión Soviética.

Siempre hemos acusado de reformismo a los socialdemócratas, al tiempo que nos presentábamos a nosotros mismos como revolucionarios consecuentes. Nos olvidábamos, sin embargo, de lo que Lenin había advertido reiteradamente: hay que saber a ciencia cierta cuándo y cuáles

métodos deben emplearse para conseguir determinados fines políticos. Un **partido empeñado en hacer la revolución cada día, está condenado no sólo a la derrota en el combate contra el enemigo de clase sino, además, al descabro dentro de sus propias filas.**

Los socialdemócratas han aprovechado correctamente los sentimientos naturales de la gente. Los pueblos se lanzan a la revolución una o, quizás, dos veces por siglo, independientemente de que sea victoriosa o no. Las masas, empero, y no sólo la élite, desean a diario mejoras y reclaman reformas. Al rechazarlas una vez por cuestión de principios, arrojamos el agua de la tina junto con el niño. Hoy, al reconocerlo en lo tocante a numerosas cuestiones esenciales, podemos encontrar **no sólo puntos de contacto sino hasta puntos de acuerdo con los socialdemócratas.**

En Senegal, siempre hemos definido al Partido Socialista como un partido de la **burguesía burocrática parasitaria**. El Banco Mundial ha hecho pública la lista de personas que han acumulado grandes capitales y no desean invertirlos en el desarrollo del país, sino que los transfieren al exterior para participar en especulaciones financieras. A causa de ese pillaje han quebrado más de diez bancos senegaleses. Un puñado de individuos tienen recursos que equivalen casi al monto total del presupuesto anual del país.

Sin embargo, la susodicha valoración del Partido Socialista no impide comprender su carácter contradictorio. Al igual que los demócratas cristianos en Italia, ese partido representa los intereses de la **burguesía**, pero se mantiene como la **mayor fuerza política del país** que en el curso de toda su historia reúne a su alrededor a la **abrumadora mayoría del pueblo**. El partido no puede sino tomar en cuenta los ánimos de su base, integrada también por obreros y campesinos, y no sólo por elementos pequeñoburgueses de la ciudad y del campo.

La adhesión a la Internacional Socialista ejerció un hondo efecto sobre el partido gobernante. Precisamente por eso, el ex presidente Léopold Sédar Senghor optó, a su tiempo, por introducir el sistema de pluralismo político. Nosotros consideramos que la democratización del país ha creado las mejores condiciones para la defensa de los intereses populares. En el seno mismo del Partido Socialista se libra una lucha enérgica, ganando en dinamismo las fuerzas deseosas de renovarlo y hacerlo realmente un partido socialdemócrata. En muchas cuestiones, los par-

tidarios de ese rumbo coinciden con nosotros.

Después de las elecciones de febrero de 1988, la situación en el país se agudizó en extremo, amenazando con escapar al control. A pesar de que algunos líderes políticos, yo inclusive, sufrimos cortas detenciones, se pudo evitar lo peor: el desenfreno de represiones y la violencia. También en eso veo el afán del partido gobernante de preservar su imagen socialdemócrata y su nueva fisonomía dentro y fuera del país. El PS ha optado por practicar una política de ajuste, pero sin excesos dictatoriales. La realidad dirá si prosigue este camino razonable, o si los elementos extremistas recurrirán a la fuerza para aplastar a la oposición.

Estamos acostumbrados a que la oposición rechace sin falta medidas propuestas por el gobierno, habiéndose formado algo así como un automatismo de la negación. Es por eso que la decisión del PITS de iniciar conversaciones con el Partido Socialista, en medio de la crisis, causó un verdadero estupor en los círculos políticos de Senegal. Todos pensaban que jamás daríamos un paso semejante, pero se habían olvidado de que un partido serio suele analizar la situación en el país y en el exterior, y darse cuenta de lo que es posible y de lo que no lo es. Conscientes de nuestra responsabilidad histórica dimos un viraje verdaderamente revolucionario en la política.

Es cierto que el Partido Socialista experimenta dificultades, pero dispone de suficientes fuerzas y recursos. Si se asume en relación con él una actitud intransigente, los problemas se agudizarán, y la inestabilidad podrá desembocar en enfrentamientos sangrientos. Por eso, sin rechazar una política encaminada a reforzar el capital de especulación, creemos deber nuestro obligar al Partido Socialista —y éste tiene que tomar en cuenta los ánimos de las masas populares que lo apoyan— a convenir en elaborar un programa de trabajo capaz de acercar a todos los senegaleses.

LOS SOCIALDEMOCRATAS prestan una gran atención a la problemática del Tercer Mundo, Africa incluida. Aunque su enfoque sigue siendo reformista, contiene, no obstante, muchas cosas interesantes. Por ejemplo, la tesis de que nuestro continente no debe copiar el trayecto recorrido por Europa. Africa es muy vulnerable en el plano ecológico, de modo que una industrialización intensiva puede provocar consecuencias irreversibles. Desde luego, cuando la gente pasa hambre, cuando millones de africa-

nos no tienen trabajo, existe la tentación de calificar tal idea de divagaciones de intelectuales "con la panza llena". La cuestión, sin embargo, está bien planteada, en principio.

Numerosos problemas no pueden esperar la materialización del luminoso ideal de la humanidad, sino que claman urgentemente por su solución inmediata. Consideramos que no es hora de ponernos a echar cuentas por cuál vía llegará Senegal al futuro: por la capitalista o la socialista. No estamos discutiendo de eso con el gobernante Partido Socialista, sino de cómo sacar de la crisis al país y cómo salvarlo de la catástrofe que le amenaza.

A mi entender, la forma en que se había realizado la Revolución Socialista en octubre de 1917, ha agotado ya sus posibilidades. Tengo en cuenta la teoría de *eslabón débil*. Efectivamente, con el mismo se puso fin al dominio incompartido del imperialismo. Pero ese mismo eslabón sigue débil, por lo general, aun cuando emprende el camino del socialismo. El hecho de incorporarse a él nuevos países de bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas no permitirá que el nuevo régimen aventaje al viejo y se vuelva atractivo a los ojos de los pueblos.

La trayectoria seguida por nosotros con anterioridad a la perestroika ha resultado falsa. No repitamos entonces los errores del pasado. Todos los países que proclaman su adhesión al socialismo esperan obtener ayuda de la URSS y de otros Estados socialistas más desarrollados, quienes están atravesando ahora por enormes dificultades, razón por la que simplemente no están en condiciones de cargar con un fardo adicional. Porque esto significaría el fin del socialismo como tal, y es que sus pueblos no pueden vivir esperando infinitamente el futuro luminoso e inspirarse en consignas internacionalistas, cuando escasean cosas elementales.

Estimo que el sucesivo desarrollo de la humanidad seguirá una trayectoria bien distinta. Los Estados socialistas irán integrándose en la economía mundial controlada todavía por el capitalismo. Por otro lado, también en éste surgen situaciones imprevisibles y explosivas.

Hacia los comienzos del siglo XXI, en el Tercer Mundo vivirán más de 5.000 millones de personas, y en los países desarrollados, unos 1.800 millones, de modo que la cuestión: *¿o capitalismo o socialismo?* no está en el orden del día. Lenin enseñaba que los cambios sociopolíticos eran convenientes únicamente cuando contribuyen a desarrollar las fuerzas productivas. Hacemos constar que en

todas partes de Africa donde se haya realizado el experimento socialista, éste no ha surtido éxito hasta ahora.

Un camino real a seguir consiste en promover la idea de establecer un nuevo orden económico mundial, auxiliándose en la ONU, el Movimiento de los No Alineados, los países socialistas y las fuerzas de la razón, cada vez más influyentes, en las ciudadelas del capitalismo. Solamente con los esfuerzos mancomunados de la humanidad se podrá resolver los problemas de la economía mundial, actuando siempre dentro de la democracia y no a través de enfrentamientos Este-Oeste o Norte-Sur.

El PITS da bienvenida a las inversiones extranjeras, siempre y cuando sean recíprocos los beneficios y los intereses. Los capitales no llegarán, si decimos que nos proponemos construir el socialismo con su concurso. Pueden generar puestos de trabajo y brindar tecnologías, pero el país receptor deberá garantizarles las correspondientes utilidades. Estoy convencido de que hoy, cuando la amenaza de guerra universal está pasando a un segundo plano y en el mundo predomina la tendencia a la cooperación, los problemas que aquejan a países como el nuestro pueden solucionarse sobre una base razonable: con nuestras propias fuerzas, ante todo, y con el concurso de la comunidad internacional.

Facilitarán la situación de sus respectivos pueblos aquellos gobiernos que sepan elaborar y llevar a la práctica una política óptima para la nueva situación mundial, una política que brinde prioridad a las consideraciones de racionalidad y no a una u otra ideología. Por eso es que no combatimos al capitalismo y ni siquiera la política de ajuste que impone el Banco Mundial. Deseamos únicamente que esa política no golpee a los más indefensos y desposeídos, porque es peligroso acumular la desesperación. Esta no ayudará a potenciar hondos cambios sino que puede sumir al país en el caos, con implicaciones impredecibles.

Importa mucho más desterrar la mentalidad parasitista, de la que también adolecen, lamentablemente, países de orientación socialista. Son demasiados en Africa los que aguardan un milagro, pero ni el capital foráneo ni los países socialistas resolverán nuestros problemas. Debemos trabajar nosotros mismos, considerando como el valor fundamental la disciplina laboral. El parasitismo de abajo no es menos peligroso que el originado por la burguesía burocrática. Es necesario reducir la deuda externa y el déficit del presupuesto estatal. No se puede distri-

buir algo que no se ha producido. Primero la producción, y después la distribución.

El PITS apoya las ideas de la economía abierta y libre, de una amplia democracia económica y política. Decimos SI al capital foráneo y al capital privado nacional. Le extendemos la mano hasta a la burguesía burocrática. No exigimos sonados procesos judiciales contra los malversadores, no es esto lo que necesita el país ahora. Vale más que el dinero sea reintegrado e invertido rentablemente en la producción. Esto es más importante que ponerse a esclarecer de qué modo se lo había conseguido. No ansiamos una revancha sino deseamos un progreso real.

Los comunistas senegaleses subordinamos los medios a los objetivos. Si, por diversas razones, nuestra incorporación al gobierno implica nuevas dificultades para el país, no insistiremos en ella. Lo principal son los intereses de la nación, y una política certera es la política de lo posible. No insistimos en yuxtaponer la derecha a la izquierda ni las fuerzas gobernantes a la oposición. Hay que conceder la palabra y el lugar —en el marco del consenso nacional— a cuantos puedan y deseen sugerir vías para salir de la crisis.

Vemos nuestro cometido comunista en ayudar al pueblo y no en involucrar a las masas en aventuras que resultan demasiado caras para la gente, ante todo para los desposeídos. Otra cosa es cómo se van a resolver, el día de mañana, los problemas de la elección de la vía a seguir. Bien puede ser que los senegaleses se pronuncien democráticamente a favor de un socialismo idóneo a nuestra realidad nacional. Por ahora, lo principal consiste en viabilizar las premisas políticas para un trabajo productivo y para movilizar todas las fuerzas de la nación.

VOLVIENDO SOBRE LAS CUESTIONES del movimiento comunista internacional, quiero patentizar mi preocupación por el debilitamiento de los vínculos entre los partidos comunistas, mientras que otras fuerzas los robustecen. Deliberamos sobre el internacionalismo proletario, sobre el nuevo internacionalismo, etc., y no he oído decir a nadie que se debería reducir los nexos solidarios. Estimamos que la falta de estructuras orgánicas en el movimiento comunista, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de otros movimientos, es el reverso del stalinismo, un resultado de hondos traumas causados a los comunistas por los errores y los crímenes cometidos en aquel período. Hoy, con la perestroika en marcha, debemos buscar nuevas formas de interacción

y la unidad en la diversidad, para así conservarnos como corriente ideológica y política.

Por otro lado, el carácter de nuestra época y de los problemas originados por ella requiere para la cooperación y solidaridad un alcance mucho más amplio que antes. En el espectro de las izquierdas están los socialdemócratas, los *verdes* y otras fuerzas. En el bando de la burguesía no faltan individuos, corrientes y partidos razonables, conscientes de que ya no se puede seguir viviendo como antes, y que **hace falta cambiar las cosas y cambiar nosotros mismos**. No es casual, por ejemplo, que el jefe del Departamento de África Tropical en el Banco Mundial declarara más o menos lo siguiente, dejando perplejos a los periodistas reunidos en una conferencia de prensa en Dakar: **no piensen que la perestroika se detiene en Moscú**. Hoy, todo gobierno que considere que ella no le concierne, pone en peligro su propio destino.

A la humanidad no solamente le amenaza la hecatombe nuclear, pues 5.000 millones de pobres constituyen un enorme potencial explosivo. Pero, al mismo tiempo, representan un mercado perdido para el capital internacional, y si no se llega a mejorar su capacidad adquisitiva, en un futuro la burguesía verá amenazadas sus ganancias. Existen los problemas de la ecología, la salud pública, la enseñanza, la delincuencia, la drogadicción. Ahí está también la lucha contra el flagelo del SIDA.

Todo esto conforma una base objetiva para la colaboración entre fuerzas que rebasan en mucho el marco de la izquierda. Desde luego, ésta última sigue desempeñando su papel tradicional, sigue siendo necesaria. Pero la cuestión está enfocada ahora de un modo mucho más amplio: mancomunar de hecho los esfuerzos de la mayoría de la humanidad, los esfuerzos de cuantos razonan con sensatez y se sienten preocupados por su propio destino y el de sus hijos.

Los comunistas deben encontrar su lugar en ese consenso mundial, y entonces sabrán garantizar su vitalidad como una influyente corriente social. **Ni la modificación de programas, de estatutos y nombres, ni hasta la desintegración de algunos partidos destruirán el ideario y la praxis del comunismo**. Hasta tanto existan problemas que lo han originado, el comunismo no desaparecerá. La explotación es intolerable no sólo para nosotros sino también para la mayoría de los creyentes, por ejemplo. Los enfoques y los métodos de acción son distintos, pero el objetivo es el mismo: edificar una socie-

dad justa, exenta de la explotación del hombre por el hombre, una sociedad de libertad, auténtica igualdad y prosperidad para todos.

Lo dicho sitúa en un contexto nuevo la contradicción, que yo sigo considerando como la principal: la existente entre el trabajo y el capital, y —vistas las cosas a escala mundial— la existente entre el capitalismo y el socialismo, a pesar de que tanto el uno como el otro cambian con rapidez y en pocas partes perduran en su forma pura, tal como la habían descrito y diseñado los clásicos del marxismo.

El problema consiste, además, en que los países socialistas optaron, en un momento dado, por separarse de la economía mundial. Tanto es así que hasta el Programa de Colaboración Científico-Técnica del CAME planteaba, por ejemplo, como finalidad suya viabilizar la plena independencia con respecto al resto del mundo. La realidad ha refutado ese enfoque autárquico, al que la perestroika, en suma, le puso punto final, cuestión que no puede sino causar optimismo.

La integración a nivel planetario ocasionará, sin duda, nuevos cambios en los mecanismos funcionales de ambos sistemas. El cómo los ocasionará y con qué proyección, dependerá de la correlación de fuerzas y del ritmo a que los países socialistas sepan superar su rezago tecnológico. En todo caso, está claro que la vieja visión de la emulación-enfrentamiento y de antagonismo en todos los aspectos ya se ha vuelto obsoleta.

Hoy se precisa como nunca antes una creativa búsqueda común de respuestas a las interrogantes motivadas por las nuevas realidades de las postrimerías del siglo XX. Tenemos suerte, en este sentido, en que se conserva aún el único recinto de encuentros entre los comunistas de todo el mundo: el encuentro en torno a su común *Revista Internacional*.

Nuestra publicación ha cambiado mucho en cuanto a su forma y contenido. En todo caso, en Senegal la gente la busca, mientras antes se la distribuía a duras penas, porque sus artículos eran, en su mayoría, monótonos, flojos en el plano teórico y poco informativos, y porque no era capaz de hacerse eco de problemas acuciantes.

Hoy es una revista más vivaz, enjundiosa y polifacética que, en el contexto de la natural búsqueda de nuestro lugar como corriente política a escala mundial, puede, ahora y en el futuro, desempeñar un papel constructivo.

¿Crisis o renacimiento del humanismo?

FRANC RODÉ
(Vaticano)

□ *Sobre el mundo se cierne el peligro de una catástrofe nuclear. En relación con este hecho, algunas personalidades de la cultura hablan de una crisis del humanismo; otras, por el contrario, advierten en la situación actual una tendencia al renacimiento del humanismo. ¿Cuál es su opinión al respecto?*

— Lo uno y lo otro. Ciertamente, asistimos a una crisis del humanismo. Pero observamos también un deseo inmenso y esfuerzos muy serios para salir de esa crisis. Y esta aspiración abarca a sectores muy amplios de la población de todos los países.

El filósofo católico Jacques Maritain afirma que "el humanismo tiende esencialmente a hacer que el hombre sea realmente humano y a poner de manifiesto su grandeza original, haciéndole participar en todo lo que puede enriquecerlo en sus relaciones con la naturaleza y con la historia; requiere, a la vez, que el hombre desarrolle las potencialidades que contiene en sí, sus fuerzas creativas y la vida de la razón, y que trabaje para que las fuerzas del mundo físico se transformen en instrumentos de su libertad"¹.

Si contrastamos la situación actual de la humanidad con esta descripción, que, creo yo, puede ser aceptada también por los marxistas, veremos que estamos lejos aún de la meta. ¿Cuántos hombres y mujeres tienen acceso a las realizaciones del progreso técnico, disfrutan del desarrollo económico y de las conquistas sociales y políticas de estos últimos decenios? ¿Cuántos tienen la posibilidad de desarrollar sus potencialidades y sus fuerzas creativas? Es, sin duda, una minoría entre los cinco mil millones de seres que componemos hoy la humanidad. "Una multitud incalculable de hombres y de mujeres, de niños, de adultos y de ancianos sufren el peso intolerable de la miseria", dice Juan Pablo II en su reciente encíclica *Sollicitudo rei socialis* (núm. 13).

Cuando comparamos la producción y la distribución de víveres, la higiene, la

El 1 de diciembre de 1989 tuvo lugar en el Vaticano una entrevista de Mijail Gorbachov, Secretario General del CC del PCUS y Presidente del Soviet Supremo de la URSS, y el papa Juan Pablo II. Este encuentro ha sido comentado en el mundo como un acontecimiento de excepcional importancia, que ha resultado posible gracias a los profundos cambios registrados en muchos países y en las relaciones internacionales en su conjunto. Los interlocutores constataron el alto grado de entendimiento y de disposición para complementar su diálogo con hechos concretos, especialmente en el campo de la defensa de los intereses del individuo.

La Redacción de *Revista Internacional* se dirigió al papa pidiéndole que contestara a una serie de preguntas relacionadas con el presente y las perspectivas del humanismo. Las respuestas han sido preparadas por Franc Rodé, secretario del Secretariado del Vaticano para los No-Creyentes. En una audiencia concedida a un grupo de periodistas, JUAN PABLO II dijo a nuestro colaborador Guennadi Chérnikov que el texto de dichas respuestas reflejaba la posición del conjunto de la Iglesia. Esperamos que la discusión de estos problemas tan importantes de nuestros tiempos proseguirá.

sanidad y el habitat, las posibilidades de acceder a la instrucción, las condiciones de trabajo, la duración de la vida, etc., entre el tercer Mundo y los países desarrollados, se hace difícil hablar de humanismo en la sociedad contemporánea. A estos males de naturaleza económica y social se agregan otros de carácter político e ideológico, que tampoco son compatibles con el verdadero humanismo: la discriminación racial, la negación o limitación de la libertad religiosa, del derecho a participar en pie de igualdad en la construcción de la sociedad, de la libertad de asociarse y de constituir sindicatos, del derecho a la iniciativa económica. Todos estos fenómenos —muy frecuentes en las sociedades de nuestros días— son contrarios a la esencia del humanismo, porque obstaculizan el desarrollo de las potencialidades y fuerzas creativas del ser humano y generan en él actitudes de apatía y de sumisión al aparato burocrático, conducen a la frustración y a la desesperación. Por otra parte, las contradicciones ideológicas entre los bloques han engendrado profundos recelos entre el Este y el Oeste, que dan lugar por vía de consecuencia a la carrera armamentista, a la explotación de conflictos locales, cuyas víctimas son siempre pueblos pobres, y al persistente peligro de enfrentamiento nuclear.

Ante esas injusticias que, a causa de nuestro egoísmo, no hemos tratado de suprimir con la debida energía, ante esas vulneraciones de la libertad del individuo

que hemos erigido en sistema por miedo a perder nuestros privilegios, ante el escandaloso despilfarro de los recursos invertidos en armamentos cada vez más sofisticados a causa de nuestra voluntad de potencia, es verdaderamente difícil hablar del humanismo de la sociedad contemporánea. ¿Asistimos, pues, a una crisis del humanismo? Desde luego, y muy profunda.

Pero, gracias a Dios, hay también indicios que atestiguan la fuerza y la permanencia del humanismo en estas postrimerías del siglo XX. Me refiero, ante todo, a una toma de conciencia cada vez más intensa y generalizada de la unidad del género humano, de los vínculos que unen a los hombres y los pueblos más allá de los estados, de los bloques, de las ideologías y de las tradiciones religiosas. Cada día más, nos damos cuenta de que un Estado, un bloque, un pueblo no pueden vivir en condiciones de paz y de felicidad, mientras otros estén viviendo en la miseria y la opresión. Nos percatamos mejor de que vivimos en la misma casa y que ésta es nuestra única casa. Debemos, por tanto, buscar soluciones en escala mundial a los problemas más urgentes: la paz, el desarrollo, los derechos humanos.

En este sentido, no podemos menos de aplaudir todo lo que se ha venido haciendo en el transcurso de los últimos años en favor de la paz, y, particularmente, el Tratado de Washington firmado por la Unión Soviética y los Estados Unidos

en diciembre de 1987, la búsqueda de una solución al problema de Afganistán, etc. Señalemos también el documento de la Comisión Pontifical *Justitia et Pax*, del 27 de diciembre de 1986, sobre el endeudamiento internacional, documento que propone una especie de plan Marshall en favor de los países del Tercer Mundo; la cancelación de una parte de la deuda de esos países por parte de algunos estados occidentales, la ayuda de la comunidad internacional en favor de los países azotados por el hambre, la actividad de tantas organizaciones religiosas, como Caritas Internationalis, o laicas, como la Cruz Roja, en las regiones subdesarrolladas, el potente llamamiento formulado por Juan Pablo II en la encíclica *Sollicitudo rei socialis* en favor del desarrollo del Tercer Mundo, etc. En la cuestión clave de los derechos humanos, venciendo oposiciones inveteradas, también se han dado pasos adelante. En el transcurso de los últimos años han sido liberados muchos presos políticos o de conciencia; el apartheid ha sido condenado unánimemente por la comunidad internacional, y cada vez les resulta más difícil a las dictaduras militares o a las "del proletariado" justificar su existencia.

Todos estos hechos, y otros muchos que sería imposible enumerar aquí, indican claramente que la humanidad cuenta con enormes reservas de buena voluntad, con una potente aspiración a la fraternidad universal, con partidarios desinteresados de la justicia y valientes defensores de los derechos del hombre. Y todo esto nos permite mirar al futuro con esperanza.

□ *El humanismo ha presupuesto siempre desvelo por el individuo, por el bien de los hombres. A su juicio, ¿qué se puede hacer hoy para promover los ideales del humanismo, para asegurar la salvación del género humano y de los valores universales? ¿Qué medidas se podrían adoptar para conjurar la catástrofe?*

— Cada cual debe buscar en su concepción del mundo los elementos de humanismo que estén presentes en ella. Cada cual debe tener la valentía de rechazar los elementos antihumanistas que puedan haberse infiltrado en su modo de pensar o hayan condicionado la actividad práctica del grupo al que pertenezca.

Por lo que se refiere al cristiano, no le es difícil encontrar las bases de un verdadero humanismo en la visión del mundo y del hombre que le ofrecen el Antiguo y

el Nuevo Testamento, concepción que tiene para él valor de norma.

La afirmación fundamental que rige las relaciones entre los hombres se halla en el comienzo de la Biblia: el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Todo ser humano es imagen, icono del Dios invisible. En cada rostro humano resplandece la gloria de la Divinidad. Por tanto, toda persona es sagrada, es portadora de un valor absoluto que nunca podrá servir de medio para la realización de una u otra causa concreta. Todo ser humano es único, original, absolutamente nuevo, irrepetible, dotado de una dignidad inalienable. Toda persona tiene una tarea a cumplir, una palabra a decir, un mensaje a transmitir durante su breve paso por la Tierra. Respetar esa singularidad, reconocerle el derecho a expresarse, acoger ese mensaje —por humilde que sea—, significa respetar la imagen de Dios de la que el hombre es portador. Es sirviendo al hombre como se sirve a Dios; es traicionando al hombre como se hace traición a Dios.

El mensaje de Jesús en el Nuevo Testamento nos ayuda a adentrarnos aún más en el camino del humanismo, de un humanismo heroico. La esencia del mensaje cristiano consiste en la obligación que tiene todo discípulo de Cristo de preocuparse por el prójimo. El cristiano asegura su porvenir cuando se preocupa por el prójimo. En virtud de este principio el cristianismo pudo crear una civilización, es decir, una verdadera patria espiritual, en la que cada cual se sentía libre y protegido, porque cada cual era el prójimo para los demás. (Evidentemente, hay muchas cosas que no se han realizado en la práctica; no lo negamos. Pero ¿dónde hay una civilización en la que se haya logrado todo a la perfección?) El amor al prójimo es el núcleo de la cultura cristiana. En este sentido, la parábola del Buen Samaritano es un programa permanente y una inagotable fuente de inspiración para el quehacer cristiano. Hacer el bien a toda persona, sin excepciones de raza, de clase, de religión, he aquí la regla absoluta del cristiano, una regla que excluye por entero el odio. Si se han dado casos en que los cristianos se valieron del odio como medio de lucha, ha sido una catástrofe y una vergüenza para el cristianismo, en flagrante contradicción con el mensaje de Jesús que nos invita a amar a nuestros enemigos, a hacer el bien a quienes nos hacen daño y a practicar el perdón sin límite alguno.

En el mensaje cristiano hay un "optimismo del bien" que puede parecer ingenuo, poco realista, ineficaz en las condi-

ciones concretas de la vida social y política. Sin embargo, es el verdadero realismo. ¿Cuántas catástrofes hubieran podido ser evitadas en el curso de la historia si el amor al prójimo hubiese sido la regla de la acción política? Veamos un ejemplo. Cuando, en agosto de 1917, el papa Benedicto XV se dirigió a los países beligerantes exhortándoles a que pusieran fin a la masacre, su llamamiento tropezó con resistencias furibundas. En Francia, el famoso dominicano Sertillanges contestó al papa: "Vuestra Santidad, por el momento no podemos atender sus llamamientos a la paz". Y León Bloy, un escritor católico muy conocido en aquel entonces, calificó al papa de "Judas". A tal punto eran fuertes la sed de venganza y la esperanza de ver humillado al adversario. Sabemos cuáles fueron los resultados de esa guerra: el pueblo alemán humillado, sanciones en forma de enormes pagos de reparación, la ocupación militar de la cuenca del Ruhr por tropas francesas, cifras astronómicas de inflación, la economía alemana paralizada. ¿Y cuáles fueron los efectos a largo plazo de todo eso? La ascensión de Hitler en 1933, con las bien conocidas y trágicas consecuencias que tuvo para Europa y para el mundo entero. ¡Lástima que no se prestara oído a la voz de Benedicto XV, a la voz de la razón y del corazón! Como vemos: en definitiva, la única lógica realista es la lógica del bien.

Además de los ideales humanistas, de los que acabamos de hablar, la pregunta hace referencia a la salvaguardia de la humanidad y de los valores humanos.

Salvaguardia quiere decir, ante todo, conservación, protección, combate en pro de los valores humanos. En nuestro siglo XX, la amenaza más grave para los valores del humanismo provino del nazismo y del estalinismo, basados ambos en una visión materialista del hombre y del mundo. Los efectos de esas dos ideologías antihumanas han sido, sobre poco más o menos, los mismos. Ambos originaron inmensos sufrimientos, terribles actos de violencia sobre el hombre, innumerables devastaciones. ¿Cómo se comportó la *intelligentia* europea frente a esas ideologías? La Europa intelectual desenmascaró pronto el verdadero rostro del nazismo y puso en guardia al mundo contra el alma cruel y vulgar, describiendo con precisión la geografía de sus horrores, pero, en cambio, permaneció durante largo tiempo ciega ante el fenómeno del estalinismo. Y eso que los crímenes de este último fueron semejantes a los del nazismo. En el éxtasis de lo irracional, se sacrificaron multitudes a utopías mortíferas, pueblos enteros fueron privados de

su libertad, se aniquilaron culturas y tradiciones, se destruyeron obras de arte. Dentro de la lógica de los iconoclastas, lo que se quería era cambiar el alma del pueblo. Pero, al precio de sufrimientos inauditos, los pueblos martirizados supieron preservar su alma.

Proteger, conservar los valores humanos, significa ante todo oponerse con idéntico vigor a todas las ideologías antihumanistas, ya sean de derecha o de izquierda. Para el humanismo, no hay derecha ni izquierda, sino solamente el hombre.

El problema de la salvaguardia de los valores humanos se plantea cada vez más en escala planetaria. Por lo tanto, además del respeto debido a toda persona, debemos acostumbrarnos a tratar con respeto a cada pueblo, con su cultura y su lengua, su historia y sus tradiciones religiosas. Tiene especial importancia el formar en este espíritu a los jóvenes. En este sentido, la ONU, la UNESCO y otros organismos internacionales de este tipo pueden hacer un importante aporte. Y también las Iglesias.

Deben tomarse medidas concretas e inmediatas con miras a facilitar el acercamiento de los pueblos y un mejor conocimiento recíproco: abrir las fronteras, permitir la libre circulación de personas y de ideas, estimular el intercambio cultural. Es conociéndonos mejor como podremos establecer lazos de amistad y de respeto y, como dijo el papa Juan XXIII —ya en mayo de 1963—, “descubrir más allá de todas las fronteras, rostros de hermanos, rostros de amigos”. Para hacer que la atmósfera sea menos agobiante, para erradicar los recelos y el miedo, para liberar los corazones y predisponerlos a la bienquerencia hacia el prójimo, lo más urgente es continuar el proceso de desarme tan felizmente iniciado en los últimos tiempos.

□ *La humanidad se enfrenta hoy con múltiples problemas de carácter global (ecología, alimentos, recursos de los mares y océanos, etc.). ¿Cuál es, a su modo de ver, el camino humanista para resolver estos problemas?*

— Para resolver los problemas globales de la humanidad, hace falta un cambio radical de las mentalidades, necesitamos una nueva orientación, una conversión del corazón, una perestroika del espíritu. Es indispensable que la voluntad de dominación ceda sitio al espíritu de solidaridad, que las relaciones de fuerza se transformen en relaciones de colaboración, que los recelos dejen paso a la voluntad de diálogo.

Imaginémonos que un ser racional de

otro planeta visita nuestra tierra y se pone a observar a la humanidad. ¿Qué podría pensar de nosotros? Probablemente, sacaría la impresión de que vivimos todavía en un estadio prehistórico, salvaje, y que estamos un poco tocados del ala. Podría constatar que dos terceras partes de la humanidad viven en la miseria, que 50 millones de personas mueren de hambre todos los años y que un gran porcentaje de la humanidad no sabe leer ni escribir, aunque el alfabeto existe desde mediados del segundo milenio antes de Cristo. Quedaría horrorizado por el deterioro de la naturaleza y del entorno urbano, y sentiría fuerte preocupación ante el agotamiento de los recursos energéticos. Pero, además, se quedaría con la boca abierta al enterarse de que fabricamos millares de misiles nucleares, bombarderos y cazas supersónicos, buques de guerra y submarinos atómicos, e innumerables cantidades de cañones y fusiles. ¿Para qué? ¿Para terrorizar al adversario y tener buenos negocios con los países subdesarrollados? ¿Dónde está el buen sentido? ¿Dónde está el humanismo?

La humanidad debe recapacitar, comprender que lleva mal camino y cambiar de rumbo. Sólo una civilización basada en la solidaridad y la fraternidad, sólo una civilización del amor —expresión de Pablo VI, que Juan Pablo II ha vuelto a usar— estará en medida de afrontar los graves problemas de la humanidad y darles una respuesta adecuada. Porque el problema de fondo es de orden espiritual.

□ *¿Cómo se puede conjugar la lucha ideológica con la defensa de los ideales humanistas?*

— ¡La lucha ideológica! Independientemente de lo que piense cada cual sobre su importancia y de lo que se haga para perpetuarla, el hecho es que los hombres de hoy están hartos ya de ideologías, se muestran escépticos frente a sus promesas utópicas y se convencen cada vez más de que es posible resolver los problemas sociales, económicos y políticos sin recurrir a las ideologías; es más, crece el convencimiento de que éstas obstaculizan a menudo la solución de los verdaderos problemas. Así se desprende, en particular, de una encuesta internacional sobre el papel de las ideologías en las sociedades contemporáneas, realizada por el Secretariado para los No-Creyentes de 1985 a 1988 y cuyos resultados han sido publicados en su revista *Atesmo y diálogo*.

He aquí, muy resumidas, las conclusiones de ese sondeo: la generación de los años 80 está hastiada de ideologías. Re-

chaza los elementos de coacción y de uniformización intelectual que todas ellas comportan casi ineluctablemente. Esta actitud ha dado lugar a una verdadera desmovilización ideológica en escala mundial. En Occidente, tras las encarnizadas luchas ideológicas y los combates sociales del siglo XIX y de la primera mitad de la actual centuria, ahora se han vuelto predominantes la mentalidad tecnológica, el pragmatismo utilitario, la búsqueda de la eficacia y, por vía de consecuencia, la mentalidad consumista, el hedonismo y la persecución del éxito económico y social. En los países del Este, el marxismo-leninismo parece haber perdido gran parte de la fascinación que ejercía antaño, sobre todo en lo que respecta a los jóvenes. Cierto es que se mantiene, a causa de su posición oficial, garantizada por las constituciones de los países socialistas. Pero ¿cuál es su fuerza real de convicción? Y, sobre todo, ¿en qué medida ha sido confirmado por los hechos? No puede decirse que haya sido un factor extraordinario de progreso económico y de desarrollo tecnológico ni que haya propiciado la libertad individual y los derechos del hombre.

Por lo tanto, la cuestión de la lucha ideológica nos parece hoy algo anacrónica. No obstante, por cuanto de todos modos las ideologías existen, deben abrirse, evolucionar y renovarse internamente para responder a los retos reales del presente, tomando en consideración las aspiraciones de las generaciones jóvenes. Toda ideología estancada es una ideología muerta. Esto es algo que el señor Gorbachov ha comprendido muy bien.

Ante las corrientes de pensamiento en evolución y en proceso de búsqueda, ante esos “nuevos modos de pensar” menos dogmáticos, caracterizados por su apertura de cara a los problemas de la humanidad y su preocupación por la salvaguardia de los valores humanos auténticos, la “lucha ideológica” podría ceder sitio a un diálogo fecundo. Y ello significará progreso. Porque la ideología es casi siempre sectaria, exclusivista, y tiende —abierta u ocultamente— a eliminar al adversario. El diálogo, en cambio, implica respeto al interlocutor, esfuerzo por comprender sus posiciones, búsqueda de eventuales puntos de convergencia y condiciones propicias para intercambios que redunden en beneficio de ambas partes. Por eso, es mucho más apto que la lucha ideológica para servir de vector de ideales humanitarios.

□ *¿Cómo ve usted las posibilidades de cooperación entre creyentes y*

no-creyentes en el plano de la defensa de los ideales del humanismo?

— La respuesta a esta pregunta consta de varios elementos. Hay que ver, primero, la cuestión de la cooperación entre creyentes y no-creyentes en el interior de las sociedades socialistas y, luego, la de la colaboración entre ellos a nivel internacional para defender los valores humanistas. Es evidente que la primera cuestión condiciona la segunda.

Dos interrogantes fundamentales se plantean ante los creyentes de los países socialistas cuando se les invita a colaborar con los no-creyentes: 1) ¿Es que la sociedad socialista los acepta y los reconoce en tanto que creyentes, asegurándoles un margen de libertad suficiente para el ejercicio normal de la fe?, y 2) ¿Cuál es el objetivo final de la construcción de una sociedad socialista y qué lugar se reserva en ella a los creyentes? Estas dos cuestiones dejan entrever las dificultades con que tropieza la integración digna y leal de los creyentes en la sociedad socialista.

La primera dificultad tiene que ver con el papel dirigente del partido comunista. El creyente, el cristiano como tal, no tendría objeciones decisivas contra ese rol dirigente si el partido comunista asegurase el bien de todos y garantizase los derechos humanos fundamentales. La dificultad proviene del hecho de que el partido comunista profesa en calidad de *Weltanschauung*² oficial el marxismo-leninismo, una de cuyas partes integrantes es el ateísmo. Este disfruta, por tanto, de una posición oficial y pública que relega a las demás concepciones del mundo a la esfera de lo privado. Como lógica consecuencia, el cristianismo se ve marginado, ignorado, descalificado, tildado de opio para los débiles, de aguardiente en que los esclavos ahogan su rostro humano. Ante esta ideología oficial, ¿cómo podrían los creyentes sentirse ciudadanos a parte entera, cómo podrían integrarse con plena lealtad en semejante sociedad?

La segunda pregunta que se hacen los creyentes es la siguiente: ¿Cuál es la meta última de la construcción del socialismo? Es el advenimiento de la sociedad comunista, una de cuyas características esenciales sería la desaparición total de la religión. Cooperar a la construcción del socialismo significa, pues, —para el creyente— cooperar a la destrucción de la religión, de la fe, de la Iglesia. ¿Cómo puede el creyente comprometerse en esa empresa, cuando sabe que el objetivo de su compromiso es la desaparición de lo que, para él, constituye el valor supremo que da sentido a su vida y a su muerte? Estas

son cuestiones muy graves que no puede menos de plantearse el creyente en un país socialista respecto a la idea de la cooperación con los no-creyentes.

Se me dirá que no debemos considerar la sociedad socialista con óptica demasiado ideologizada, fijándonos únicamente en su esencia puramente utópica. Bien, pero ¿por qué, entonces, no se dice abiertamente que el proyecto de sociedad comunista como sociedad atea ha sido abandonado y que la nueva sociedad comunista será la casa de todos, una casa en que habrá sitio para los creyentes, igual que para los demás, y donde la Iglesia será respetada y tendrá libertad para cumplir su misión? Los creyentes, que aman a su patria y están dispuestos a sacrificarse por ella, celebran las medidas concretas que se adopten en este sentido. Y cuando llegue el momento, se desprenderán con alegría de sus sospechas —por ahora fundadas— de ser tomados por unos imbéciles y tratados como unos "idiotas útiles".

Algo está cambiando en este sentido. En el coloquio celebrado en octubre de 1986 en Budapest por el Secretariado del Vaticano para los no-creyentes y la Academia Húngara de Ciencias, los señores Berend y Garadzha³ reconocieron que el fenómeno religioso tenía carácter duradero, que no se podía confiar en su próxima desaparición y que durante mucho tiempo habría que contar todavía con la presencia de creyentes en la sociedad. Pero el veredicto final no ha cambiado: se mantiene la utopía de una sociedad atea, cuya construcción implica necesariamente la desaparición de los creyentes. A mí me parece que, para el condenado a muerte, el que se le venga a decir que se posterga su ejecución es un consuelo muy débil. Tales son las terribles causas de perplejidad de los creyentes que desearían cooperar al máximo con los no-creyentes en las sociedades socialistas.

Huelga subrayar que estas reflexiones reflejan las dificultades de principio de una coexistencia activa entre creyentes y no-creyentes. Por lo demás, en el marco de la vida cotidiana, al creyente no le resulta nada difícil cooperar con sus hermanos no-creyentes en toda empresa de promoción humana, en todo lo que vaya en el sentido de la justicia y de la fraternidad, en todo lo que alivie el sufrimiento y la miseria física y espiritual de los demás, en todo lo que signifique progreso auténtico de la sociedad. No tiene dificultad alguna para reconocer los elementos positivos de la sociedad socialista: su ideal de justicia, de solidaridad y de fraternidad humanas, etc. En ello sigue la consigna de San Pablo: "Hermanos, todo lo que es

verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si alguna alabanza, en esto pensad... Y el Dios de paz será con vosotros" (*Epístola a los filipenses*, 4, 8-9).

La cuestión de la cooperación internacional entre creyentes y no-creyentes en defensa de los ideales humanistas presenta menos dificultades y suscita menos aprehensiones que la de la colaboración entre creyentes y no-creyentes de un país socialista. Pero ésta condiciona necesariamente aquélla. En efecto, cuando entramos en contacto con los comunistas para establecer el diálogo y la cooperación, no podemos hacer abstracción del trato reservado a nuestros hermanos cristianos. Este es un dato que debe ser tenido en cuenta.

Con todo, creyentes y no-creyentes, cristianos y marxistas tienen tareas comunes "con miras a la construcción del mundo en que vivimos juntos"⁴. Empezando por los grandes problemas actuales de la humanidad: la justicia en el mundo, la ayuda a los países subdesarrollados, el respeto a las culturas nacionales y la salvaguardia del entorno. Los graves peligros que se ciernen sobre la humanidad contemporánea constituyen otra razón que debe unir a los creyentes y no-creyentes en el marco de una acción común: obrar en pro de una paz justa y duradera, promover la amistad entre los pueblos, luchar contra la discriminación racial, ideológica y religiosa, defender la vida contra todas las amenazas, contra los abortos, la droga y el alcoholismo.

En esta tarea de defensa del hombre, deben ser movilizadas todas las buenas voluntades, tanto las de los creyentes como las de los no-creyentes. Así nos lo recordó el papa Juan Pablo II en mayo de 1985 durante su visita a Ravena: "Es en el plano del compromiso en pro del hombre donde pueden realizarse el encuentro, el diálogo y la colaboración con quien, aunque no comparta la misma fe religiosa, haga suyos los valores fundamentales conformes a la dignidad humana".

¹ J. Maritain. *Humanisme intégral*. París, 1936, p. 10.

² *Weltanschauung*: en alemán, concepción del mundo, ideología. (N. de la Red.)

³ I. Berend: presidente de la Academia Húngara de Ciencias; V. Garadzha: director del Instituto de Ateísmo Científico (URSS). (N. de la Red.)

⁴ Cf. Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, núm. 21, del Concilio Vaticano II.

Por un planeta limpio y exento de peligros

David McTaggart,
presidente de Greenpeace International

□ *Ud. es fundador de una organización ecologista conocida en todo el mundo. ¿Cuándo fue fundada y cómo se ha ido desarrollando?*

— Creo que la expresión Greenpeace se dio a conocer a comienzos de la década del 70. Allá, por el año 1971, un pequeño grupo embarcó en un velero desde Vancouver rumbo a Amchitka, una isla cerca de Alaska, en donde se realizaban pruebas nucleares norteamericanas. El grupo no pudo llegar a la isla, pero sí logró despertar en el seno de la opinión pública todo un vendaval de airadas protestas que acabó con el polígono: éste fue clausurado.

En 1972, el gobierno francés ensayó sus armas nucleares en el atolón de Mururoa, en el Pacífico. En el curso de aquellas pruebas, las autoridades francesas demarcaron una extensa zona de aguas internacionales prohibida para la navegación. Debo reconocer que aquella ilegítima decisión me indignó mucho más que el hecho mismo de efectuarse los ensayos, pues la libertad de alta mar estaba garantizada desde el siglo XII, y los franceses hicieron caso omiso de ella. Al enfilarse rumbo a la zona de ensayos mi yate *Vega*, al que pinté el nombre de *Greenpeace III* en uno de los costados, me proponía impedir la explosión de uno de esos artefactos atómicos.

La forma de protesta era muy sencilla: no se podía llevar a cabo la prueba sin poner en peligro mi vida, ni se me podía arrestar sin violar la legislación internacional, pues tenía pleno derecho a permanecer en aguas neutrales. Por lo tanto, estuve vigilado continuamente; las tripulaciones de dos buques, por lo menos, se dedicaron de lleno a vigilarme. Trataron por todos los medios de lograr que mi velero cruzara la zona de las 12 millas, hecho que les habría dado pretexto para arrestarme, pero yo lo evité. Entonces la paciencia se les agotó: mi velero fue embestido por los buques, y fui obligado a retornar al Canadá.

Sin embargo, al año siguiente, la situación cambió considerablemente. El movi-

Este canadiense de 57 años de edad, antiguo hombre de negocios al que es casi imposible de localizar, porque está viajando continuamente, accedió amablemente a contestar las preguntas de un colaborador de *Revista Internacional*.

miento antinuclear en el Pacífico se volvió más fuerte y se amplió, a medida que aumentaba el número de personas enteradas de los casos de leucemia, del nacimiento de niños con deformaciones congénitas, y de otras consecuencias de la radiación. Las pasiones iban caldeándose, y también las de las autoridades francesas, al extremo que apenas nuestro velero se asomó en las proximidades de Mururoa, fue tomado literalmente por abordaje. Nuestra tripulación fue maltratada; también yo recibí un golpe que me privó de la vista temporalmente en un ojo. Los franceses declararon que yo me había golpeado, al resbalar en el puente; sin embargo, desconocían que uno de los miembros de nuestro grupo había logrado fotografiar la agresión y guardar el rollo. Las presiones de la opinión pública cobraron tanta fuerza que obligaron a París a terminar los ensayos nucleares en el aire. Y puesto que en aquel ataque se me había causado daño, presenté una querrela contra el gobierno de ese mismo país y luego de litigar durante cuatro años gané el pleito.

Mientras duraban los trámites judiciales, surgieron las oficinas de Greenpeace en París, Londres y después en Amsterdam, que comenzaron a funcionar en estrecha colaboración como elementos nacionales de una estructura internacional.

□ *En 1985, todo el mundo se enteró del drama causado por los servicios secretos franceses cuando hicieron explotar el *Rainbow Warrior* (*Guerrero del Arco Iris*), cuando és-*

te se dirigía nuevamente hacia el atolón de Mururoa. El sacrificio ofrendado ante el altar de la ecología y por un mundo desnuclearizado no hizo más que elevar el prestigio de Greenpeace. ¿Qué actividades desarrolla esta organización en el presente? ¿Cuáles son sus objetivos y formas de trabajo?*

— En la actualidad, nuestra organización cuenta con más de 30 oficinas en 18 países, unos 2 millones de miembros, y el número de nuestros simpatizantes probablemente supera en diez veces esta última cifra.

Desde el comienzo venimos actuando en base a principios muy sencillos: estamos a favor de la no violencia y permanecemos al margen de plataformas y declaraciones políticas, al margen de la lucha por los votos de los electores. Ponemos por encima de todo el método y no las reglas, y aquél consiste en hacer todo lo necesario según el análisis de cada situación concreta. Procuramos combinar la ciencia, la política y el activismo. Nunca acometemos ningún proyecto, si no tenemos un objetivo bien claro y factible de alcanzar. Basta ya de exhortaciones y llamamientos generales a salvar el planeta; es mejor dar pasos sencillos pero prácticos para mejorar la calidad del aire, del agua y de la tierra. Nunca nos proponemos un objetivo, si no hay razones para confiar en el éxito.

En la actualidad, Greenpeace se ocupa de la siguiente problemática: la ecología del océano, el estado de la atmósfera y de la energética, las sustancias químicas tóxicas, el desarme. Cada oficina nuestra ha adoptado este esquema, y aplicando el mismo, trabajamos a escala global, en cada uno de dichos problemas. Esto nos distingue de todos los demás grupos.

Un sistema electrónico de comunicación vía satélite enlaza a nuestros representantes en todo el mundo. Disponemos de una estructura de dirección que, capaz de reaccionar con rapidez ante los acontecimientos, nos permite promover iniciativas inmediatas. Greenpeace dispone

de sus propios barcos, científicos y abogados. Somos una organización que se autofinancia, y nadie puede clausurarnos. Nuestros fondos se forman gracias a pequeños donativos provenientes de los más amplios sectores de la población. No aspiramos a obtener cuantiosos donativos o subvenciones de grandes corporaciones transnacionales o partidos políticos. De ese modo, jamás experimentamos presiones o nos exponemos a amenazas de cortar las fuentes de ingresos. Nuestros fondos proceden de personas sencillas, y en ello radica nuestra fuerza.

Cuando decidimos emprender una campaña, primero analizamos la situación con mucha calma, diríamos a nivel de investigación. Identificamos a los culpables y a los aliados. Determinamos los puntos vulnerables en las posiciones de los gobiernos o las compañías en cuestión. Si se trata de un gobierno que actúa en un país democrático, nos dirigimos al electorado. Si se trata de una corporación, entonces nuestro "blanco" son las ganancias de éstas. Vemos nuestra tarea en "golpear en donde duela más". Pero no lo hacemos por broma o por gusto, pues la mayoría de nosotros hubiera preferido irse a sus respectivas casas, reunirse con sus familias y descansar. Las más de las veces no decimos que tal o cual compañía echa a perder un hermoso y prístino rincón del planeta, sino que hablamos de las muertes, de enfermedades y defectos congénitos, de lo que priva de vida a nuestros propios hijos y nietos. Nadie tiene semejante derecho.

Disculpe por la extensa explicación.

□ *Pero así y todo: ¿por qué fue precisamente Ud.? ¿Qué indujo, en fin de cuentas, a emprender esta senda a un hombre de negocios próspero? Además, ¿cómo explicar tanta tenacidad?*

— Creo que todo empezó por una interrogante: ¿quién decide de cuáles derechos puedo disfrutar y de cuáles no? Esto fue, ante todo, lo que me indujo a luchar. Las autoridades francesas habían declarado que yo, hombre libre en alta mar, no podía cruzar una línea imaginaria en el océano por la simple razón de que alguien lo prohibía. Así comenzó la lucha,

en la que recibí golpes en la cabeza y me vi arrinconado. Yo, por mi parte, decidí ofrecer resistencia.

Además, me da mucha alegría ver a mi hijita de cinco años, y me preocupa en extremo la siguiente cuestión: ¿qué mundo recibirá en herencia de la actual generación? La pequeña tiene todo su derecho a vivir en un planeta habitable, con agua pura, aire libre de emanaciones tóxicas, alimentos no contaminados. Como padre no puedo permanecer al margen y permitir que alguien la prive de esos derechos naturales.

□ *Hoy no sólo vemos a grupos de activistas demandando el cierre de industrias nocivas o impidiendo el paso a barcos con desechos radiactivos o químicos; por televisión estamos presenciando también conciertos de música rock y video-clips, escuchando discos con grabaciones de Greenpeace, y en todas partes percibimos el llamado a una mayor armonía entre el hombre y la naturaleza. ¿Significa esto que se puede hablar del reforzamiento de los esfuerzos educativos por parte de Greenpeace?*

— Primero, quiero señalar lo siguiente: lo que la gente ve en la pantalla del televisor, no expone totalmente nuestras actividades. Siempre estamos combinando acciones públicas, bien visibles, con otras menos notorias, para la sociedad. De hecho, jamás se ha dado publicidad a nuestros triunfos más significativos, y posiblemente jamás se los resaltará debidamente.

En cuanto a la labor educativa, vemos como tal la entrega de nuestro ideario a la juventud, a esa mitad de la población de nuestro planeta que hoy tiene menos de 25 años. Precisamente a ella le tocará modificar realmente los enfoques de la humanidad sobre los problemas globales, pues, en la centuria que viene, continuar denunciando los distintos casos de perjuicio ecológico causado al planeta no será la mejor manera de protegerlo. Mucho más prometedor parece cultivar una mentalidad ecologista nueva, o sea, poner en práctica normas éticas completamente distintas, orientadas hacia la pre-

servación de la naturaleza y adoptadas por vastos sectores de la sociedad, independientemente de la posición social de la gente, de su nacionalidad o edad. En eso consiste el reto educacional.

La música es un formidable medio para influir en la juventud. Los políticos sólo pueden soñar con esa atención con que se escucha a los músicos. Creo que pocas veces se ve entre los políticos esa sinceridad de sentimientos tan habitual entre los artistas. Y si estamos en una época en la que los políticos llegan a ser una especie de *estrellas* en popularidad, entonces ¿por qué no pueden convertirse en políticos las estrellas del arte? Cuando el grupo U 2, Bryan Adams o Annie Lennox cantan, exhortando a proteger el medio ambiente, no lo hacen para conquistar popularidad entre los electores; ellos no necesitan esto, pues gozan de amplia popularidad. Ellos actúan movidos por una genuina preocupación y sincera voluntad de ayudar. A mi modo de ver, son los mejores embajadores que puede tener Greenpeace.

Recientemente hemos lanzado un álbum de discos, una compilación internacional, titulado *Ruptura* (en Europa Oriental) y *Rainbow Warriors* (en Occidente). Ha sido un paso sumamente importante para la divulgación de nuestras ideas en países en donde todavía no existen oficinas de Greenpeace.

Los artistas que han donado sus creaciones para dicho álbum, ayudan con ello a borrar las fronteras entre Este y Oeste, entre Norte y Sur. Es un hecho bien simple: todos nosotros estamos girando alrededor del Sol en un planeta pequeño, y una de dos: o preservamos a éste o perecemos todos. Pero, a veces debe ser un artista quien nos haga recordarlo, quien nos diga que no cabe hablar de la sobrevivencia de una sola nación, de un solo sistema económico, de un solo modo de vida, a expensas de la salud y la sobrevivencia del planeta en el que todos habitamos. Quien nos lo diga, ha de ser un artista —no importa de qué país sea—, y no un político, que siempre enfatiza las fronteras, las diferencias entre "nosotros" y "ellos". Pero precisamente semejantes ideas constituyen la causa para el surgimiento de las armas nucleares, o para que

Qué es Greenpeace

Greenpeace se pronuncia a favor del desarme nuclear, exhorta a implantar rígidas normas internacionales para evitar la contaminación del suelo, las aguas y el aire, y exige el cumpli-

miento de la ley sobre la protección de la fauna silvestre.

Formas de actividad: preparación y distribución de informes documentados; fotografía y videofilmación de los casos de infracción de normas ecológicas y

la entrega de esos testimonios a la prensa y la TV; trabajo de investigación; actos de protesta no violentos (colocación de carteles acusatorios y reivindicativos en puntos de difícil acceso, expediciones, bloqueo pacífico en las

rutas de cargamentos peligrosos, etc.); procesos judiciales.

Recientes resultados de su actividad: prohibición de que naves con desechos tóxicos a bordo entren en puertos de Europa Occidental, y retirada de los bar-

los residuos tóxicos que se vierten en un río lleguen hasta los habitantes de otro país. Los artistas que nos han ayudado en la producción de dicho álbum reconocen que la tarea primordial común es garantizar la vida de nuestros hijos en el siglo XXI. Si no llegamos a darnos cuenta de todo esto, si no hacemos nada, entonces lo único que nos quedará será discutir acerca de los colores de la bandera que ondeará sobre las ruinas del planeta.

¿Cuál es su actitud hacia quienes deseen ayudarle instituyendo oficinas de Greenpeace?

— Somos cuidadosos a la hora de fundar nuevas oficinas nuestras, pues procuramos no extendernos demasiado y deseamos estar seguros de que la gente que se llame representante de Greenpeace, se adhiera estrictamente a los lineamientos de esta organización internacional. Protegemos muy diligentemente nuestro hombre de cualquier utilización del mismo sin nuestra autorización. La tarea es bastante compleja, pero necesaria, si deseamos continuar como un movimiento realmente global. Acogemos con beneplácito el respaldo y ayuda económica desde todos los rincones del mundo. Nuestra sede central en Amsterdam proporciona a todos los interesados en ello la información sobre sus oficinas en otros países o sobre la manera de cómo ayudarnos en países donde éstas no existan todavía.

A pesar de que su organización se llama PAZ VERDE (Green Peace), ustedes prestan, sin embargo, más atención a las áreas AZULES del planeta, al mundo de las aguas. La gente manifiesta su alarma ante los casos de barcos con residuos radiactivos, vertidos de desechos químicos en los océanos, escapes de hidrocarburos desde petroleros naufragados y torres de perforación, accidentes nucleares en el mar, etc. ¿Cabe afirmar que la colaboración constructiva entre las organizaciones no gubernamentales, entre las fuerzas populares, en esa esfera ya sea esencial? ¿Cómo valora Ud. la lucha de la gente sencilla contra ese SIDA ecológico,

que se propaga a través de las arterias azules de la Tierra?

— El agua es la vida. Esto es un hecho evidente. Al contaminar las aguas nos estamos contaminando a nosotros mismos. Greenpeace interviene sobre todo activamente por la protección de los océanos, en virtud de que prácticamente se encuentran indefensos ante los abusos. Porque, fíjese en una cuestión: más allá de las fronteras nacionales comienza un espacio común, que aparentemente no pertenece a nadie... Y hoy, esto también DEBE suponer la cooperación de todas las naciones por conservar ese espacio. La interdependencia de la vida en la tierra y en el mar se acentúa a medida de que la gente va dándose cuenta de que los residuos tóxicos se vierten cerca de sus hogares. La solución más sencilla es llevarlos a alguna parte, pero bien lejos. Sin embargo, esos residuos retornan a nosotros con el pescado que comemos, con el aire que respiramos, con el agua que bebemos. Por lo tanto, la solución correcta será, en primer lugar, la disminución del enorme volumen de residuos que se vierten a los ríos y los mares, y acortar drásticamente, a la vez, la producción de sustancias tóxicas.

La opinión pública debe integrarse en la creación de convenciones para la protección de los mares, el aire y la superficie terrestre más allá de las fronteras nacionales. Así las cosas, considero realmente esencial la cooperación no gubernamental a este nivel. La contaminación desconoce fronteras, y no se puede abordar la protección del planeta inspirándose en la obsoleta mentalidad de creer que tabiques o barreras artificiales puedan ponerlo a salvo.

En su opinión ¿qué se debe combatir, en primer término, para lograr la armonía entre la humanidad y la naturaleza?

— Yo considero como principal enemigo de la mentalidad planetaria el nacionalismo. Los problemas ecológicos se deben, en lo fundamental, al hecho de que la gente no ve las consecuencias destructivas de su actividad. Y la existencia de fronteras viene a ser entonces un enorme

freno, un obstáculo: como que trazamos una línea imaginaria, y de repente nos parece del todo aceptable trasladar la "basura" desde nuestra "cabaña" hacia el otro lado de dicha raya, cuestión que, para colmo, aparentemente no nos afecta. Pero, en realidad no es así. Vivimos en un mismo planeta pequeño, respiramos un mismo aire y bebemos una misma agua. Mientras este hecho no guíe nuestro comportamiento, difícilmente logremos resolver problemas verdaderamente globales, tales como el efecto de invernadero y la destrucción de la capa de ozono. Ha pasado ya la época cuando podíamos ocuparnos únicamente de problemas internos, tan insignificantes en comparación con los peligros que amenazan a todo el planeta.

¿Ve Ud. motivos para abrigar esperanzas de éxito?

— Pienso que la esperanza no tanto es fe cuanto más bien acción. La sobrevivencia de la humanidad depende por entero de dos factores: nuestra capacidad de aprender de nuestros propios errores y la posibilidad de evitar una tragedia tal que nadie pueda ya aprender de ella. Al presente ya tenemos bastantes amenazas que, provocadas por el hombre mismo, requieren un estudio primordial: Chernóbil, Bhopal, lluvias ácidas, agotamiento de la capa de ozono, desertización, ensayos nucleares en la atmósfera, el DDT, libertad en las relaciones sexuales como factor del SIDA, etc. La gente en todo el mundo parece estar dispuesta a sacar enseñanzas; un buen indicio de ello es la creciente preocupación por el estado del medio ambiente. Por otro lado, queda mucho que realizar todavía, aunque sea para subsanar el perjuicio causado anteriormente. Sin embargo, disponemos de poco tiempo. Desde luego, siempre queda la esperanza, aunque yo no quisiera confiar únicamente en ella.

* Para más detalles véase: G. Lenker. *El eco de la explosión del Rainbow Warrior*, en *Revista Internacional*, N° 2 de 1988.

cos ya fondeados en estos puertos; promoción de los esfuerzos destinados a vedar la caza de ballenas y crías de focas, así como el vertido de desechos radiactivos en los océanos; denuncia de los casos de infracción del

usufructo de la Antártida como territorio internacional.

Greenpeace informa y advierte: después de la Segunda Guerra Mundial se han producido en los mares más de 2 mil grandes accidentes, un 30 por ciento de

los cuales ha ocurrido directamente en puertos; actualmente los buques de guerra de EE.UU., URSS, Gran Bretaña, Francia y China llevan a bordo unas 15 mil ojivas nucleares, en total; de 1956 a 1989, las fuerzas navales

de EE.UU. y la URSS han perdido en las aguas oceánicas unas 50 municiones nucleares y 9 reactores de submarinos atómicos.

(Tomado del informe *Neptuno-3* publicado en junio de 1989.)

No podemos prescindir de las centrales nucleares, pero...

ANDREI SAJAROV

Premio Nobel, académico, diputado del pueblo de la URSS

El género humano necesita la energía nuclear, sin la cual sería difícil cumplir las tareas globales de orden económico, social y ecológico. A pesar del desarrollo de tecnologías con bajos índices de consumo energético, el planeta necesita incrementar en medida considerable la producción de electricidad. Las reservas de combustible químico (de petróleo, de gas e, incluso, de carbón) tienden a agotarse; además, su uso en plantas eléctricas y térmicas es dañino para el medio ambiente. El aprovechamiento de los recursos energéticos renovables (solar y eólico, geotermal y energía de las mareas) requiere ingentes inversiones con la particularidad de que, en los primeros dos casos, hay que resolver también el problema de la acumulación de energía, lo cual incrementa aún más los costos. Agréguese que para la obtención de energía de fuente solar se necesitan enormes áreas.

Las centrales nucleares deben y pueden ser realmente fiables. La solución radical del problema implica la instalación de reactores nucleares a profundidades que garanticen la seguridad incluso en los casos de los accidentes más peligrosos. Antes aún de que ocurriera la catástrofe de Chernóbil, ya se habían elaborado y descrito en publicaciones especializadas proyectos técnicos de centrales de ese tipo. Contamos incluso con cierta experiencia, si bien modesta, en ese dominio. Según dichos proyectos, el incremento de las inversiones quedaría dentro de los límites de lo aceptable (cerca de 20%) y la duración de las obras no se alargaría sobremanera (1 ó 2 años). Se ha logrado asimismo resolver el problema del aislamiento de las instalaciones en caso de emergencia para evitar la contaminación de las aguas del subsuelo. Además, en el futuro será posible construir las centrales nucleares en zonas apropiadas para ello desde el punto de vista ecológico (por ejemplo, en la Península de Kola, para la parte europea de la URSS) y transmitir

La energética, particularmente la nuclear, es uno de los temas centrales del debate acerca de la protección del entorno y el mantenimiento del equilibrio ecológico. ¿Qué conclusiones se imponen a raíz del accidente de Chernóbil? ¿Debemos renunciar del todo a las plantas nucleares? O, sin llegar a tal extremo, ¿a qué tipo de reactores nucleares conviene dar preferencia?

A continuación publicamos un artículo del académico ANDREI SAJAROV centrado en estas cuestiones, artículo que fue escrito expresamente para nuestra revista, pero que, lamentablemente, no vio la luz en vida del autor.

sin pérdidas la energía eléctrica por líneas superconductoras. Cabe suponer que el fenómeno recientemente descubierto de la superconducción a altas temperaturas permitirá tender semejantes líneas de transmisión.

Pienso que es necesario concertar un acuerdo de principio a nivel mundial (por ejemplo, un tratado) que prohíba a todos los estados instalar nuevos reactores en superficie y les obligue a dismantelar gradualmente los que no satisfagan las normas de seguridad. Al parecer, es sólo por este camino como se podrá fomentar la construcción de centrales nucleares subterráneas, la cual hoy por hoy tropieza con la resistencia de dos bandos que mantienen posiciones diametralmente opuestas: el de los adversarios de las nucleares en cualquier forma y el de quienes estiman que los reactores instalados en superficie ofrecen también suficientes garantías de seguridad. En la práctica, se trata generalmente de los llamados reactores de agua-agua provistos de cascos y envolturas protectores. Desde luego, se-

mejantes instalaciones (en que el agua actúa como agente portador de calor y moderador de neutrones a la vez) son más seguras que los reactores con moderadores de grafito, mientras que el casco protector reduce la probabilidad de escapes radiactivos de mediana gravedad. En cambio, no se puede descartar tal contingencia en caso de accidentes graves. Persisten también los riesgos de actos de sabotaje y de destrucción de reactores en una guerra convencional. Además, las actuales plantas nucleares son peligrosas no sólo en el caso de averías. El combustible nuclear puede ser robado y utilizado con fines militares o terroristas.

Volviendo al tema de los accidentes imprevisibles, apuntemos que ningún especialista creía en la posibilidad de una catástrofe como la de Chernóbil. Hoy, el sentido común exige que obremos con la debida prudencia.

Veamos ahora cuáles son las perspectivas en el campo de los proyectos relacionados con la reacción termonuclear controlada. Para solucionar el problema de la fusión nuclear, se está trabajando en varias direcciones. Por lo visto, algunas versiones (aislamiento térmico-magnético del plasma en reactores tipo Tokamak, compresión por láser y, quizá, catálisis muónico) son, en principio, viables, pero inconmensurablemente más complejas en el plano técnico y tecnológico, mucho mayores que los reactores de fisión. No obstante, el desarrollo de estos sistemas es muy importante. Lo más probable es que en la fase inicial de las aplicaciones industriales —aproximadamente, en las primeras décadas del siglo entrante—, los trabajos en el campo de la síntesis termonuclear permitan integrar en el ciclo energético el isótopo básico del uranio, uranio 238 (que constituye el 99,3% de la mezcla natural), y el torio. Se trata del llamado *breeding* termonuclear, que es posible conseguir —y ya ha sido logrado en la práctica— en reactores especiales de neutrones rápidos y en los de agua pesada.

Sin embargo, estas tecnologías son probablemente menos eficientes desde el punto de vista económico y técnico que los eventuales reactores termonucleares. En un futuro más lejano, en la segunda etapa, es previsible el desarrollo de sistemas sin *breeding*, con un ciclo puramente

termonuclear, que utilicen sólo deuterio en calidad de combustible.

Las ventajas relacionadas con la búsqueda conjunta de las claves para lograr la reacción termonuclear controlada son evidentes. Es una tarea tan compleja que reclamará ingentes gastos y esfuerzos en

el plano científico y técnico. De ahí que la cooperación internacional revista particular importancia para evitar paralelismos.

El camino hacia la eliminación de las armas nucleares y la vitalidad del materialismo histórico

SABURO UNO,
miembro
del Buró Permanente
de la Presidencia del CC
del Partido Comunista de
Japón, director del Instituto
de Ciencias Sociales
adjunto al CC del Partido
Comunista de Japón

damentales que se están operando en el desarrollo de la civilización”.

¿Es que realmente se están operando tales cambios? Permítanme exponer la posición del Partido Comunista de Japón sobre las siguientes cuestiones: cuál es la situación actual en la esfera de la prevención de una guerra termonuclear y la eliminación de las armas de exterminio masivo; cuál debe ser la orientación del movimiento pacifista y antinuclear; por qué caminos puede desarrollarse la lucha contra las armas nucleares en interés de la paz y del progreso social, y qué nexos recíprocos existen entre estos problemas y la lucha de clases.

La situación mundial tras la firma del Tratado INF

Examinemos, en primer lugar, la situación en el plano de la prevención de una guerra nuclear y la eliminación de las armas nucleares, tema al que se hace referencia en la Declaración Conjunta del PCJ y del PCUS (1984) en tanto que “tarea urgente y vital” para la humanidad. La validez de una teoría o de un modo de

pensar se comprueba cotejándolos con la realidad objetiva.

Hay quienes, al evaluar la situación actual, hablan de un “nuevo período de distensión” y del “inicio de una nueva era”. Y en calidad de argumento aducen la firma del Tratado INF.

Ciertamente, cualquier paso encaminado a la eliminación de las armas nucleares— aunque se trate sólo de un pequeño porcentaje de las reservas actuales— es alentador para la opinión pública mundial y para el movimiento pro paz. Si tenemos en cuenta que las negociaciones sobre control de armamentos que se venían sosteniendo desde el final de la Segunda Guerra Mundial poco o nada habían reportado (a excepción de algunas medidas que limitaban la expansión de dichas armas), este primer paso en esa dirección merece una valoración positiva, en tanto que resultado de las acciones del vasto movimiento antinuclear que se ha extendido por todo el planeta y de la correspondiente iniciativa soviética en favor de la paz.

Pero esto no debe hacernos perder de vista otros aspectos del problema. Como

El “nuevo pensamiento”, centrado básicamente en la tesis de la “prioridad de los valores universales”, está siendo tema de controversia en los medios comunistas del mundo entero. A pesar de las diferencias de matices y de cierta evolución de las posiciones sostenidas por los abogados de este “nuevo modo de pensar”, hemos oído y oímos con frecuencia que el hecho de que “en algunos partidos se tengan nociones erróneas acerca del nuevo pensamiento se deriva de una subestimación de los cambios fun-

ha señalado reiteradas veces el Partido Comunista de Japón, el Tratado INF no conduce automáticamente a la eliminación de las armas nucleares. Sobre la base de un minucioso análisis político apoyado en diferentes cálculos, los EE.UU. se han preocupado de que la firma de este documento no obstaculice el desarrollo de los programas estratégicos nucleares que tenían trazados, incluido el SDI. Los círculos gobernantes de los EE.UU. y otras fuerzas de Occidente recurren a tales maniobras para preservar y acrecentar su superioridad militar sobre la URSS. Es evidente, y así lo confirman muchos datos, que el núcleo dominante del capital monopolista no quiere renunciar a la estrategia de disuasión nuclear.

Al aplaudir el rumbo de la diplomacia soviética inspirado en el "nuevo pensamiento", la Administración Bush parte de que precisamente la política de fuerza y la estrategia de disuasión nuclear han obligado a la URSS a hacer concesiones y concertar el Tratado INF. Los dirigentes de los EE.UU. no estiman necesario corresponder a esos cambios de la política exterior soviética. Así, James Baker, al ser confirmado en el cargo de secretario de Estado, declaró: "Estoy convencido de que la fuerza de Occidente y la debilidad interna de la URSS han determinado el remarcable realismo por el que se distingue la política del señor Gorbachov".

La Administración Bush impulsa el reforzamiento cualitativo del potencial de disuasión nuclear, en particular, mediante el desarrollo de misiles balísticos intercontinentales y la modernización de los cohetes de corto alcance. Es más, la Administración de EE.UU. exige que la Unión Soviética suspenda la ayuda a los movimientos de liberación nacional en los países de Centroamérica, incluida Nicaragua.

En mayo de 1989, la sesión del Consejo de la OTAN ratificó la postura de no renuncia a las armas nucleares como elemento fundamental de la política única del bloque noratlántico, haciendo caso omiso de las insistentes demandas de la opinión pública mundial y de los movimientos antinucleares y desplegando una ofensiva ideológica en torno al tema de la elección del sistema social, con profusa propaganda de la llamada "victoria del capitalismo sobre el comunismo".

El pasado mes de julio se reunieron en París los *siete grandes*. En la Declaración Política adoptada en ese encuentro leemos: "En el futuro previsible, para ninguno de nosotros, dentro de las alianzas existentes, no hay alternativa posible al mantenimiento de la estrategia de disua-

sión basada en una combinación apropiada de fuerzas nucleares y convencionales adecuadas y efectivas". Y esto fue dicho a pesar de que la Organización del Tratado de Varsovia había propuesto con anterioridad la disolución simultánea de ambas alianzas y a pesar del auge del movimiento social que en diferentes países —sobre todo, en la RFA— se pronunciaba contra las armas nucleares y por la neutralidad. Vemos, pues, que la estrategia nuclear guarda relación indisoluble con la existencia de alianzas militares y que urge insistir más y más en la demanda de disolución de dichas alianzas con miras a la eliminación de las armas nucleares.

Los sucesivos gobiernos liberal-democráticos de Japón se encuentran en una situación de dependencia respecto al potencial norteamericano de disuasión en virtud del acuerdo nipo-norteamericano de alianza militar nuclear y justifican la situación creada arguyendo que la "disuasión y el equilibrio" constituyen la viga maestra de la paz internacional.

El ex Primer Ministro Nakasone llegó incluso a declarar que las armas nucleares serán indispensables mientras existan armamentos convencionales, aplazando así por tiempo indefinido la solución del problema de la desnuclearización de los ejércitos en calidad de meta final. El gabinete de Kaifu ha expuesto su posición al respecto en términos similares. El argumento de que se valen los gobiernos japoneses para postergar hasta un futuro remoto la eliminación de las armas nucleares es inseparable de la estrategia orientada al mantenimiento y potenciación de la alianza militar nuclear entre Japón y los EE.UU. La opción relativa a la eliminación de las armas nucleares en un futuro lejano o en un futuro inmediato adquiere, por tanto, en nuestro país importante carácter político.

El Partido Liberal Democrático (PLD), que es hostil a las decisiones de los "municipios desnuclearizados" sobre "la creación de zonas de paz libres de armas nucleares", editó en diciembre de 1985 un folleto titulado *La proclamación de municipios desnuclearizados es perjudicial para la causa de la paz en Japón*. El PLD ha desplegado una campaña en contra de la eliminación de las armas nucleares, calificándola de idea peligrosa para la paz. A pesar de esta injerencia, hacia finales de julio de 1989 el número de municipios que habían proclamado zonas desnuclearizadas ascendía a 1.422. En esas zonas residía el 63,9% de la población total de Japón.

Sin hacer caso a los sentimientos antinucleares y pacifistas de la opinión públi-

ca de nuestro país, los sectores gobernantes de Japón y de los EE.UU. afianzan las posiciones de la estrategia nuclear en la región asiática, incluido Japón. Las maniobras conjuntas iniciadas en agosto del año pasado en el Pacífico con participación de Japón, Canadá, Australia, Corea del Sur, Filipinas y Tailandia han adquirido un carácter y envergadura sin precedente (el escenario de estos ejercicios militares abarcó una vasta región que se extendía desde el Pacífico hasta el Índico).

Vemos, pues, que, cuando han pasado ya dos años desde la firma del Tratado INF, las fuerzas que en EE.UU. y otros países occidentales abogan en pro de las armas nucleares no han cesado sus maniobras y que la agresividad que les es inherente no ha sufrido ningún cambio.

¿Ayudará el "nuevo pensamiento" a resolver los problemas de la humanidad?

Los abogados del "nuevo pensamiento" hablan del inicio de "una era en que el progreso es determinado por los intereses comunes de toda la humanidad" y de las mutaciones de que están siendo objeto todas las "partes integrantes del mundo", por haber tomado conciencia de la "crisis de la civilización" y de la amenaza que supone la "aparición de las armas nucleares" para la "supervivencia de todo el género humano".

Sin embargo, el análisis de la situación internacional después de la firma del Tratado INF no confirma esos asertos. No observamos cambio alguno en la línea estratégica de los sectores gobernantes de los países del capitalismo monopolista, que constituyen una de las principales "partes integrantes" del mundo. La política de fuerza, basada en la teoría de la *disuasión nuclear*, sigue siendo elemento determinante de dicha estrategia. Como hemos señalado antes, Occidente no ha respondido a la propuesta de eliminar las armas nucleares, que entrañan riesgos de autoexterminio para toda la humanidad.

Las fuerzas agrupadas en torno de las siete principales potencias industriales, es decir, las que hacen hincapié en la política de disuasión nuclear, superan considerablemente a los países socialistas en cuanto a poder económico y político; no sólo no han puesto fin a la dominación sobre sus propios pueblos, sino que prosiguen la explotación neocolonial de los países en vías de desarrollo, vulnerando el derecho de autodeterminación; aprovechando su posición dominante en el marco de la comunidad capitalista, donde es-

tán concentradas dos terceras partes de la población mundial, ejercen enorme influencia sobre las tendencias mundiales y tratan de salir al paso del movimiento antinuclear y pacifista. Por eso nos resultan del todo incomprensibles las afirmaciones según las cuales las relaciones basadas en el equilibrio de fuerzas militares habrían cambiado básicamente en favor de la prevención de la guerra nuclear y la eliminación de las armas de exterminio masivo.

En las circunstancias actuales, adquiere importancia decisiva la necesidad de potenciar sensiblemente la lucha de los pueblos en torno a demandas concretas en cada país, de unificar sus esfuerzos a nivel internacional y de aislar así a las fuerzas que han apostado por las armas nucleares. En este sentido opinamos que es particularmente necesario y urgente el despliegue de la lucha en los países capitalistas industrializados para arrinconar a los círculos gobernantes, de modo que no puedan conservar por mucho tiempo las riendas del poder si se niegan a renunciar a las armas nucleares.

Es sólo eliminando estas armas como se podrá evitar una guerra nuclear. Esa es la tarea central, la clave para combinar todas las formas de lucha y de acción en escala global. Para lograr un cambio radical en la esfera militar es imprescindible que se haga valer la portentosa fuerza de los pueblos mediante la formación a nivel internacional de un amplio frente único antinuclear. El poderío unificado de los pueblos, que rechazan las armas nucleares y exigen la paz, es el resorte para prevenir el holocausto y eliminar dichas armas. Esta línea de acción se desprende del principio fundamental del materialismo histórico, según el cual es el pueblo mismo quien hace la historia.

Por eso nos parece dudosa la tesis según la cual "el ulterior progreso global pasa necesariamente por la búsqueda de un consenso universal con miras a un nuevo orden mundial", lo cual presupone "una forma de cooperación que podría ser denominada *co-creación* o *co-desarrollo*". La equivocación en este caso se debe a que los abogados del "nuevo pensamiento" cifran esperanzas exageradas en un posible cambio de actitud de las fuerzas partidarias de las armas nucleares, basándose en la noción errónea de prioridad de la "supervivencia de la humanidad" y la salvación de la "civilización" frente a los demás problemas.

Los partidarios del "nuevo pensamiento" han perdido contacto con la cruda realidad y, al dar prioridad a los "valores universales" como "médula" de la

teoría que "refleja los imperativos de la hora en el mundo de nuestros días", se pronuncian por la "co-creación" o el "co-desarrollo" con quienes se oponen al movimiento por la paz y la eliminación de las armas nucleares.

Hace tres años, los abogados del "nuevo pensamiento", al hacer propaganda en favor de las teorías de la "integridad" del mundo y la "prioridad de lo universal", especificaban al menos que la esencia agresiva del imperialismo no cambiaría nunca. Pero hoy cometen un craso error al poner énfasis en la "co-creación" y el "co-desarrollo" con las fuerzas hostiles a la paz, fundando su razonamiento en la firma del Tratado INF y algunos otros datos.

Para interpretar correctamente las realidades de nuestros días hay que apoyarse en el materialismo dialéctico, del cual dimana que el cambio progresista será resultado de la potenciación de la lucha de las masas populares de cada país por la paz, contra el peligro nuclear, y no puede ser fruto de una posición expectante, que significa de hecho renunciar a esa lucha.

En respuesta a las "incompresiones", a las preguntas y a las críticas por parte de partidos comunistas y obreros y movimientos de liberación de diferentes regiones del mundo, los abogados del "nuevo pensamiento" procuran superar el atraso en las elaboraciones teóricas del mismo.

Ultimamente, ponen énfasis en la necesidad de "desideologizar las relaciones entre los estados", separando de este concepto y dejando de lado las relaciones internacionales en general. Ante las críticas dirigidas a esa "desideologización", que puede desembocar en un esfuerzo de contención de la lucha de clases, explican que esta última es inaplicable a las relaciones entre estados, si bien no puede ser descartada en el plano de las relaciones internacionales. Afirman también que las relaciones entre estados pertenecientes a diferentes sistemas sociales —coexistencia pacífica, reconocimiento de la soberanía e inviolabilidad territorial, no injerencia en los asuntos internos, igualdad y provecho mutuo— no deben ser consideradas como una plataforma para el despliegue de la lucha de clases, la cual está vinculada fundamentalmente al desarrollo social de cada país.

En la Declaración Conjunta del PCJ y del PCUS de 1979 se confirmó el rechazo de ambos partidos a la *exportación de la revolución* y la *exportación de la contra-revolución*. Este es un principio fundamental del socialismo científico. Pero en el marco de las relaciones entre estados,

los países socialistas no deben condonar nunca la política de agresión y de guerra aplicada por los países imperialistas. Aunque ellos mismos no sean agredidos, su deber es denunciar y criticar severamente semejante política internacional. Los países socialistas no deben interrumpir en ningún momento la lucha política e ideológica contra el imperialismo. En lo que se refiere a las relaciones entre estados y a la coexistencia pacífica, los comunistas no pueden adoptar una posición neutral o *desideologizada*. Y en momentos como estos, en que los países de la OTAN y otras potencias intensifican sus ataques ideológicos, como puede verse por sus afirmaciones acerca de "la victoria del capitalismo sobre el socialismo" o las declaraciones del secretario de Estado James Baker de que "la Unión Soviética es hostil al punto de vista norteamericano sobre los valores occidentales", en estas condiciones el llamamiento a la *desideologización* es evidentemente peligroso.

Los principios de la coexistencia pacífica entre estados, tales, por ejemplo, como el de no injerencia en los asuntos internos, son cuestiones ideológicas importantes. Dado que el mantenimiento y la consolidación de la coexistencia pacífica dependen en gran medida de las luchas de los pueblos, en especial de los pueblos de los países capitalistas, el respeto a la soberanía y la no injerencia exterior constituyen principios esenciales que los países socialistas deben observar estrictamente a fin de asegurar la intensificación de esas luchas. Por lo que se refiere a la Unión Soviética, no basta con que critique la intervención militar de los EE.UU. en Nicaragua y en el Oriente Medio, sino que debe proceder a una autocrítica pública, omnicompreensiva y principista de los graves errores que significaron la invasión de Checoslovaquia y la intervención militar en Afganistán, acciones contrarias a los principios del socialismo científico.*

Por si fuera poco, la línea orientada "al diálogo y a la cooperación" o al embellecimiento de las fuerzas socialdemócratas a tono con el "nuevo pensamiento", ha tenido proyecciones en muchos países y ha provocado división o interferencias en la acción unitaria de los pueblos contra las armas nucleares y por la paz, así como en sus luchas clasistas. Esto es incompatible con la soberanía y la independencia de los pueblos de cada país y supone violación de su derecho de autodeterminación.

Frente a las críticas y el rechazo internacionales del "nuevo pensamiento", algunos de sus adeptos subrayan ahora que el fomento del movimiento pacifista y antinuclear orientado a la realización de los

valores humanos universales no va en contra de la lucha de clases.

Con el título *La revolución y la paz en la era nuclear*, *Revista Internacional* insertó, en su número de febrero de 1989, un resumen de las ponencias presentadas en un simposio internacional organizado por la Comisión de RI para problemas teóricos generales y globales. Gregory Green, autor del resumen, dice en él: "A diferencia de otros debates de esta índole, ninguno de los participantes en la reunión defendió la idea de que la garantía de la paz y de la supervivencia debe preceder a la lucha de clases y ser su inevitable 'condición previa' (...) En otras palabras, la lucha de clases no se puede 'congelar'. Esto fue aceptado por todos". ¿Cómo se las arregló en ese contexto Grigori Vodolázov (en representación del PCUS) para defender el concepto de "prioridad de lo universal"?

Después de decir que nadie está en contra del concepto de correlación o combinación de lo universal y lo clasista, G. Vodolázov plantea el siguiente tema de reflexión: "¿Qué es, no obstante, lo que ha quedado anticuado en las anteriores concepciones estratégicas? ¿Cómo repartir los acentos para conjugar la lucha por los objetivos de toda la humanidad y los intereses de clase?"

Y agrega: "La configuración de la integridad universal condujo al surgimiento de nuevos problemas, comunes a las dos formaciones socioeconómicas opuestas (la supervivencia de la humanidad, la conservación del hábitat, el aprovechamiento del espacio y de los océanos, etc.), cuya solución reclama una acción colectiva concertada". Y en otro sitio leemos: "Tal es la razón de que elementos nuevos tan importantes de la interdependencia universal como son las amenazas de exterminio nuclear o de catástrofe ecológica, influyen cada vez más sobre la estrategia de la lucha social en cada país, en cada región del planeta".

De ese contexto se infiere que en esa "acción colectiva concertada" o, dicho en otras palabras, en la "co-creación" y el "co-desarrollo" deben intervenir también las fuerzas que abogan por la conservación de las armas nucleares. Para lograr su participación, según G. Vodolázov, "las fuerzas progresistas están llamadas a tener siempre presente la relación entre la lucha de clases que libran en su país y la situación política mundial", a fin de "imprimirle formas que respondan a las nuevas realidades nacionales y mundiales". "Antes, lo principal eran las tareas de la transformación interna, en tanto que la política internacional era su continuación

lógica (...); pero ahora, estos dos componentes de la unidad dialéctica cambian de lugar."

Desde luego, el conjurar la amenaza de autoexterminio nuclear es una tarea importante que se plantea ante la humanidad, y es cierto también que se trata de un problema que atañe a los "dos sistemas opuestos". Pero no hemos visto en ningún momento que los EE.UU. y otras potencias imperialistas que se aferran a las armas nucleares hayan concedido prioridad a los "valores universales" y renunciado a su teoría de la disuasión nuclear. Resumiendo, por ahora no se ha construido ese nuevo mundo basado en la "integralidad universal" y la "interdependencia", al que se refiere Vodolázov en su argumentación.

La lucha de clases se ha venido produciendo y seguirá produciéndose sobre la base de las contradicciones internas de carácter objetivo que tienen lugar en cada país. Los partidos del socialismo científico que encabezan la revolución, deben responder a situaciones concretas. Al desarrollar la lucha de clases, deben fortalecer su solidaridad, respetando los principios de soberanía, igualdad de derechos y no injerencia en los asuntos internos. Si los países socialistas aplican una política exterior correcta, pueden desempeñar un papel positivo en el desarrollo de la lucha de los pueblos de los países capitalistas. Pero, aunque los factores externos pueden ejercer cierta influencia, la fuerza motriz del progreso y del cambio debe ser de carácter interno. Tal es la posición de principio del materialismo histórico. Los planteamientos que llaman a subordinar la política interior a la política internacional en nombre de la "prioridad de lo universal", a "tener siempre presente la relación de la lucha de clases con la situación política mundial" e imprimir a dicha lucha "formas que respondan a las nuevas realidades nacionales y mundiales" son absolutamente incompatibles con los enunciados básicos del materialismo histórico.

Los argumentos de Vodolázov tienen varios puntos en común con lo que escribe Georgui Smirnov, director del Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, quien enfoca la política imperialista desde la misma posición que la lucha por el progreso social, por ejemplo, en sus modalidades de movimiento de liberación nacional y de lucha de clases. Lo engloba todo dentro del concepto de fuerzas centrífugas, contrarias a los intereses universales.

"Así pues, la supremacía de los intereses universales sobre los de tipo centrífuga es un imperativo de nuestra

época, un imperativo histórico. Incontestablemente, está llamada a desempeñar una misión salvadora y un papel positivo. Pero la propia existencia e implementación de esa supremacía sólo es posible en tanto que unificación voluntaria de las fuerzas que representan los más diversos intereses de las distintas personas, clases, naciones y estados. Para la clase obrera, esta tarea universal es al mismo tiempo una tarea clasista" (*Pravda*, 1 de marzo de 1989).

Dicho artículo no es ni más ni menos que un intento de argumentación en favor de la conciliación de clases. Según Smirnov, el cumplimiento de las tareas que se plantean ante la humanidad "es al mismo tiempo una tarea clasista" para la clase obrera. De su peso cae que los comunistas deben esforzarse más y más por lograr la eliminación de las armas nucleares, que es una tarea urgente para toda la humanidad. El error de Smirnov consiste en enunciar un sofisma según el cual la lucha de clases podría identificarse con el deseo de lograr la conciliación de clases en nombre de la "prioridad de los intereses universales".

Como vemos, una de las características del "nuevo pensamiento" es que reconoce de palabra la lucha de clases, pero de hecho invita a contenerla y a promover la conciliación de clases.

El movimiento por la prevención de la guerra nuclear y la eliminación de las armas nucleares no se contradice con la brega por el progreso social y la lucha de clases en cada país; por el contrario, son inseparables. Las masas populares de Japón deben combatir la política de "disuasión nuclear" y expansión militar promovida por el capital monopolista. El acrecentamiento de los armamentos nucleares y el fortalecimiento de la alianza militar con los EE.UU. requieren ingentes recursos, y esos recursos son obtenidos a costa de los trabajadores. Para el pueblo, la única salida consiste en conjugar la lucha por una vida decente con el combate contra la amenaza de guerra nuclear, por la liquidación de las armas nucleares, es decir, por objetivos de carácter universal.

La tesis de la "prioridad de lo universal" se caracteriza por el desconocimiento del mecanismo de despertar de las masas populares y de potenciación de sus luchas, particularmente en los países capitalistas, por la incompreensión de la correlación dialéctica interna entre el movimiento por la paz, las batallas por el progreso social y la lucha de clases.

¿Qué resultados prácticos cabe esperar de ese "nuevo pensamiento", según el

cual "las relaciones entre estados deben ser desideologizadas" y hay que poner límites a la lucha de clases?

Como hemos visto, la política exterior basada en el "nuevo pensamiento" tiende a lograr el "consenso universal, la "co-creación" y el "co-desarrollo" en cooperación con las fuerzas que desean conservar las armas nucleares. Por esta razón, requiere que se desideologicen las relaciones interestatales y se dé prioridad a la coexistencia pacífica en tanto que "premisas de la supervivencia", "el mejor principio, universal, de las relaciones entre estados".

La política exterior concebida y llevada a la práctica desde estas posiciones conduciría inevitablemente a la búsqueda de la "comprensión mutua" con las fuerzas que se aferran a las armas nucleares; se daría prioridad a las medidas tendentes a estimular el "realismo" de esas fuerzas a través del "diálogo" y las "negociaciones". La etapa más avanzada de ese "diálogo" y de esas "negociaciones" se verificaría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, de modo que los destinos del mundo entero dependerían del desarrollo de esas conversaciones bilaterales. Pero nosotros consideramos que la prevención de la guerra nuclear y la destrucción de los armas nucleares constituyen una tarea que se plantea ante toda la humanidad y que no se podrá cumplir de esa manera.

La lucha por la supervivencia de la humanidad a través del diálogo con las fuerzas que no desean desprenderse de las armas nucleares y el esfuerzo por lograr el equilibrio de intereses con ellas se traduciría de modo ineludible en una sensible contracción, para no decir más, del marco conceptual de la paz y del desarme. Es obvio que los intereses de dichas fuerzas están vinculados con la conservación de los arsenales nucleares y se basan en la política de disuasión nuclear, en el mantenimiento de la dominación a nivel nacional e internacional. Por consiguiente, dada la actual correlación de fuerzas en la palestra mundial, la búsqueda del "equilibrio de intereses" con las mencionadas fuerzas, si no va unida a la intensificación de la lucha de los pueblos por la paz y contra las armas nucleares, puede desembocar únicamente en acuerdos o entendimientos que no impliquen la eliminación de las armas nucleares.

Desde el punto de vista de quienes hacen propaganda en favor del "nuevo pensamiento", la tarea más importante de los pueblos del mundo consiste hoy en apoyar la posición de la Unión Soviética en sus negociaciones con los EE.UU.

Esos abogados están desplegando una intensa actividad en todos los campos para difundir ese modo de pensar en escala internacional.

Resumiendo, los criterios de los propagandistas del "nuevo pensamiento" no coinciden con lo que indica el materialismo histórico, a saber, que la paz en todo el mundo y la eliminación de las armas nucleares, en tanto que tarea de toda la humanidad, deben ser conseguidas mediante la lucha activa de los pueblos de todos los países, como factor decisivo del progreso mundial. Es sólo así como se podrá llevar a cabo esa tarea.

A la luz del materialismo histórico

¿Dónde podemos encontrar el camino científico para llegar a la eliminación de la amenaza nuclear? ¿Cómo cumplir esta tarea que se plantea ante toda la humanidad? Consideramos que la Declaración Conjunta, adoptada en 1984 por el PCJ y el PCUS, da un fundamento teórico correcto para ello.

Primero, la Declaración Conjunta considera la prevención de una guerra nuclear y la eliminación de las armas nucleares como "la tarea central del movimiento antinuclear y de toda la política mundial".

Este punto de vista es muy importante, pues las fuerzas pronucleares, al mismo tiempo que hablan de "un mundo desnuclearizado", preconizan abiertamente la teoría de la "disuasión nuclear" y tratan de presentar la tarea de la eliminación de las armas de exterminio en masa como algo que será posible tan sólo en un futuro incierto. El significado de la Declaración Conjunta es evidente a la luz de lo que ocurre en el movimiento antinuclear, que en los últimos tiempos experimenta cierta tendencia a tranquilizarse como resultado de la firma del Tratado sobre las Fuerzas Nucleares Intermedias.

En la Declaración Conjunta se subraya asimismo: "La presente situación demanda insistentemente (...) que se dé prioridad en política internacional, tanto en las Naciones Unidas, las negociaciones bilaterales y las conferencias internacionales, como en el movimiento contra las armas nucleares y por la paz, a la tarea de prohibir y eliminar los armamentos nucleares, y se despliegue una lucha consecuente por lograr su cumplimiento. Es necesario que se dé un viraje radical en la historia de postguerra, eliminando para siempre la amenaza de guerra nuclear".

Por supuesto, la Declaración Conjunta señala la importancia de algunas medidas parciales que son efectivas para pre-

venir una guerra nuclear y eliminar las armas nucleares, y se refiere a medidas específicas como la concertación de un acuerdo internacional sobre el no empleo de las armas nucleares, la prevención de la carrera de armamentos nucleares en el cosmos y la prohibición total y general de los ensayos de armas nucleares. Al mismo tiempo, en el documento se dice: "La implementación de estas medidas podría ser promovida asimismo por el desarrollo del movimiento por la prohibición total de las armas nucleares y la movilización de la opinión pública". De este modo, la Declaración Conjunta deja en claro que, al impulsar medidas "parciales efectivas", jamás se debe cesar de propugnar la eliminación de las armas nucleares.

Segundo, con estas tareas como premisa, la Declaración Conjunta propone hacer todo lo posible para "materializar los acuerdos alcanzados en lo que respecta a las tareas de prevenir una guerra nuclear y prohibir y eliminar totalmente las armas nucleares".

Tercero, en la Declaración Conjunta se delinean el potencial y las perspectivas para prevenir una guerra nuclear y eliminar las armas nucleares. "Tienen gran significado las acciones vigorosas de las fuerzas de la democracia y la paz, sobre la más amplia base social y libres de toda discriminación por motivos políticos, ideológicos, religiosos o de otra índole, con el objetivo de lograr que el género humano se vea libre de la amenaza de guerra nuclear. Y si sus acciones pueden aislar a los partidarios de los armamentos nucleares, se convertirán en una enorme fuerza que abre una perspectiva real para la prohibición y eliminación total de las armas nucleares".

Los movimientos por la paz deben aislar a las fuerzas que se aferran a las armas nucleares. Es importante que los movimientos antinucleares por la paz no sean considerados como movimientos antiimperialistas. Si queremos que la influencia de los movimientos antinucleares por la paz se propague a todo el mundo, hay que comprender que ellos no pueden revelar su potencial interno, ni convertirse en mayoría, apoyándose únicamente en quienes creen que toda la culpa es de los países imperialistas y que los estados socialistas representan fuerzas antinucleares por la paz.

Los movimientos antinucleares por la paz deben incorporar a todos cuantos no consideran necesariamente que el capitalismo es un mal; pero no debe haber cooperación con las fuerzas que se aferran a las armas nucleares. Y si nos adherimos a este principio del movimiento por un

frente único, debemos excluir toda posibilidad de "co-creación" o "co-desarrollo" con las fuerzas pro armas nucleares.

¿Cómo es posible colaborar con quienes tratan de dividir los movimientos antinucleares por la paz, y seguir a las fuerzas que se aferran a las armas nucleares? En su discurso de clausura en el VII Congreso de la Internacional Comunista, Jorge Dimitrov, al referirse al frente único antifascista, señaló claramente la necesidad de desplegar una ofensiva, a fin de frustrar los intentos de escindirlo. La siguiente declaración de Dimitrov refleja un principio histórico muy importante y contiene una enseñanza para los movimientos del frente único, aunque las tareas y las circunstancias de ese momento se diferencian sustancialmente de las relacionadas con las del frente internacional antinuclear único. "Naturalmente, que en todas partes debemos esforzarnos por conseguir un amplio frente popular de lucha contra el fascismo. Pero, en toda una serie de países, no lograremos pasar de conversaciones generales sobre el frente popular, si no sabemos, mediante la movilización de las masas obreras, quebrantar la resistencia de los sectores reaccionarios de la socialdemocracia contra el frente único de lucha del proletariado" (los subrayados son nuestros. —S. U.).

La importancia de este punto es clara cuando recordamos que los partidarios del "nuevo pensamiento", respaldando y estimulando a los escisionistas, han participado en encuentros organizados por ellos, interfiriendo de esa manera en los asuntos internos del pueblo japonés. En nuestro movimiento antinuclear por la paz estos divisionistas aprueban la alianza militar Japón-EE.UU., siguen a las fuerzas que se aferran a las armas nucleares y, asimismo, rehúsan considerar la eliminación de las armas nucleares como una tarea urgente. El sentido de la Declaración Conjunta en lo que se refiere a las acciones vigorosas de las fuerzas de la paz y la democracia, que representen a las más vastas masas, se diferencia sustancialmente de la idea, carente de todo principio, de que las puertas están abiertas para todos.

Como ya hemos señalado, nos enfrentamos a la reacción de las fuerzas que están por las armas nucleares. Por tal razón, para nosotros lo fundamental es crear una poderosa opinión pública y movimientos por la eliminación de las armas nucleares en todo el mundo —siguiendo los lineamientos de la Declaración Conjunta del PCJ y el PCUS—, cambiar la correlación de fuerzas entre los partida-

rios de las armas nucleares y sus adversarios, así como lograr la concertación de un acuerdo internacional sobre la eliminación de las armas nucleares. En el punto clave de este documento se dice que "el movimiento de los pueblos del mundo y la movilización de la opinión pública son fuerzas importantes que coadyuvan al cumplimiento de esta tarea común" (la prevención de una guerra nuclear y la eliminación de las armas nucleares). Esta tesis es una expresión de la profunda confianza en las energías antinucleares y pro paz de los pueblos.

Por lo visto, hay que incluir en el frente único antinuclear internacional no sólo a quienes propugnan el materialismo histórico. Pero, desde el punto de vista de los comunistas, que consideran el socialismo científico como una base teórica, la idea del frente único antinuclear internacional es resultado de la aplicación creadora de los principios del materialismo histórico en los movimientos antinucleares por la paz. En términos del materialismo histórico, las masas populares son la fuerza motriz de la historia.

Estamos convencidos de que podremos formular una ley que abra el camino a la prevención de una guerra nuclear y a la eliminación de las armas nucleares, por cuanto estas últimas son resultado de la actividad del hombre y no de procesos naturales. Las armas nucleares son en esencia incompatibles con la propia existencia del ser humano. Ante el dilema de sobrevivir o perecer con las armas nucleares, los pueblos del mundo optarán, naturalmente, por lo primero. Esta es la ley del desarrollo social.

En este orden de ideas, también es importante la lección histórica que nos dio la delegación soviética, bajo la dirección de Lenin, en la Conferencia de Génova (1922). La delegación insistió en la prohibición de los gases venenosos como el arma más atroz de aquellos días, a diferencia de las armas convencionales. Gracias al apoyo de los pueblos del mundo, esto abrió el camino para la firma, en 1925, del Protocolo sobre la Prohibición del Empleo en la Guerra de Gases Venenosos y Métodos Bacteriológicos de hacer la Guerra (Protocolo de Ginebra).

En las condiciones del dominio del imperialismo, los delegados no cifraban sus esperanzas en la prohibición total de las armas convencionales. Sin embargo, ellos diferenciaron los tipos de armas especialmente atroces y exigieron su prohibición inmediata. Así se manifestó el carácter científico e innovador del liderazgo de Lenin.

Nosotros consideramos la Declara-

ción Conjunta del PCJ y el PCUS como una expresión de los empeños de los comunistas de los dos partidos por crear un marco compacto, concreto y legal con respecto a las posibilidades y la necesidad de prevenir una guerra nuclear y eliminar las armas nucleares. Y nosotros no debemos apartarnos de esta línea correcta.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos democráticos, antinucleares y comunistas han experimentado, a veces, serios problemas y dificultades, resultado de los intentos de imponer a estos movimientos el apoyo absoluto a las posiciones de la URSS, que se consideraban infalibles. Mientras tanto, en su tiempo, la Unión Soviética encarpetó tales demandas como la eliminación de las armas nucleares y la disolución simultánea de los bloques militares. La URSS reaccionaba al incremento de las armas nucleares norteamericanas con el correspondiente aumento de su propio potencial, sobre la base de la teoría del "equilibrio de fuerzas militares", y se involucraba así en la carrera de armamentos nucleares.

Los partidarios del "nuevo pensamiento" ahora tratan de revisar hasta cierto punto estos errores. Pero, cuando se emprenden esfuerzos para que el "nuevo pensamiento" prenda en la comunidad internacional, entonces nos estamos convirtiendo en testigos de atentados contra la independencia de la lucha de clases y de los movimientos democráticos y antinucleares de los pueblos del mundo.

La actual situación internacional exige que vinculemos las tareas universales de la prevención de una guerra nuclear y la eliminación de las armas nucleares con la lucha de clases y con la lucha por el progreso social, y también que movilizemos la energía de los pueblos de todo el mundo al cumplimiento de estas tareas, rechazando la injerencia foránea y desplegando un movimiento independiente popular en cada país, de acuerdo con las leyes de su propio desarrollo social. Es precisamente de este modo que el materialismo histórico podrá revelar su potencial interno en la solución de los problemas que se plantean ante toda la humanidad.

*El presente artículo fue escrito antes de diciembre del año pasado, cuando ambas acciones fueron condenadas oficialmente (véanse pp. 47-49). (N. de la Red.)

La invasión a Panamá y las perspectivas para Iberoamérica

ORNEL URRIOLOA,
miembro del CC del Partido
del Pueblo (Panamá)

Tras una guerra no declarada, que se inició durante el segundo período de la Administración Reagan, el 20 de diciembre, en horas de la madrugada, el Gobierno de los Estados Unidos decidió invadir y ocupar el territorio de la República de Panamá.

Los invasores lograron doblegar militarmente a las fuerzas armadas panameñas y a los batallones populares, pero no han doblegado en el pueblo, pacífico y alegre, la voluntad de ser libre, y la sangre brutalmente derramada será un baldón más en la historia de esa nación, e inexorablemente arderá en la conciencia de la presente generación de norteamericanos y de quienes avalaron el genocidio.

La experiencia panameña dentro de las relaciones Norte-Sur

La invasión a Panamá responde a una estrategia diseñada para el Hemisferio en el futuro próximo. Lejos de estar inspirada en principios éticos, es la conjugación de intereses, que desde Monroe han sido una constante en la historia de los Estados Unidos, con los intereses de las Empresas Transnacionales (ETN), no sólo norteamericanas. De ahí la posición asumida por los Gobiernos de Gran Bretaña, Japón y la RFA, entre otros.

Mi evaluación de lo acontecido, y a partir de la cual visualizo el futuro de Iberoamérica, es de que la internacionalización de las fuerzas productivas que llevan a cabo las ETN, líderes en la revolución científico-técnica (RCT), exige con creciente agudeza la internacionalización de todas las relaciones de producción. Esta demanda entra en contradicción con diversos elementos de la superestructura, particularmente con el Estado nacional, independiente y soberano. En un plano histórico superior, el proceso es similar al que ocurrió con el ascenso del capitalismo y que culminara con la integración y transformación de los feudos en el moderno Estado nacional.

Con miras a solventar esta contradic-

ción, las ETN, interesadas en expandirse en la región, se apoyan en las fuerzas más conservadoras, explotando el mesianismo arraigado en la conciencia del pueblo norteamericano, cuyo supuesto es que corresponde a los Estados Unidos la responsabilidad de civilizar y preservar el orden entre los pueblos allende el Río Bravo.

Es verdad que la mayor parte de las instituciones supraestructurales en Iberoamérica, por basarse en la revolución industrial, se han convertido en obstáculo para el desarrollo socio-económico en cada país, en fuente de permanente inestabilidad y en escollo para la expansión y el ascenso de las fuerzas productivas internacionales.

En Panamá, a la tarea histórica iniciada en 1840 y dirigida a realizar la independencia nacional y la constitución del Estado Soberano, en las últimas décadas se adicionó la de luchar por la nacionalización y estatización del Canal, el cual, por constituir esencialmente una empresa de servicios a la economía mundial, se debió concebir como factor de desarrollo e integración regional bajo la administración del SELA.

La integración de ambas tareas dentro de un mismo proyecto resultó un fardo demasiado pesado y complejo para las fuerzas sociales encargadas de realizar la liberación nacional, así como para el Estado panameño, mediatizado y sin sólidas instituciones cívicas. A ello hay que adicionar una economía de servicios, en donde los intereses geopolíticos de los EE.UU. y de los consorcios internacionales son más sensitivos que en cualquier otro país de la región.

Esto creó la coyuntura para que se coaligasen los ultraconservadores, que añoran los tiempos de las cañoneras e infantes de marina del viejo Teddy Roosevelt, con los requerimientos de las ETN norteamericanas, interesadas en desnacionalizar el Estado, asegurando para sí el control de la posición geográfica del Istmo y el Canal, dentro de las nuevas relaciones económicas que está creando la internacionalización de las fuerzas productivas a escala mundial.

La invasión, más allá de los objetivos declarados, tiene la finalidad de: desarticular a las fuerzas comprometidas con la

liberación nacional y la autodeterminación; instaurar un nuevo régimen y concertar con éste un nuevo tratado que asegure las bases militares que el recién creado Ejército Sur necesita para cumplir su función represiva en la región; reconstituir el Estado y sus instituciones de modo que, en vez de ser obstáculo para las ETN, se conviertan en promotor de su consolidación.

Lo anterior implicará la derogación de leyes y la eliminación de instituciones de seguridad y bienestar social. Siguiendo el esquema del FMI y del Banco Mundial, se privatizarán los servicios de salud; se eliminarán las leyes de protección a los trabajadores; se elitizará y encarecerá la educación, particularmente la universitaria, y se eliminarán todas las erogaciones fiscales "superfluas".

La necesidad que los pueblos tienen de ser libres, de crear instituciones democráticas, de asegurar la justicia, el progreso y el bienestar social, genera la contradicción interna y la lucha contra las burguesías monopólicas y parasitarias, cuyo control sobre el Estado nacional les permite reprimir la lucha popular en el plano interno, garantizar barreras arancelarias y subsidios para que empresas, con producción onerosa y de baja calidad, puedan vender sus productos a precios más caros que los que ofrecen las ETN.

Pero, por otro lado, dichas burguesías, cuyo control abarca casi la totalidad de la superestructura, alientan el nacionalismo y, apoyándose en fórmulas populistas, incorporan a fuerzas populares democráticas y progresistas a la defensa del Estado nacional, a pesar de su obsolescencia.

Aprender historia para comprender el presente

De la misma manera que Gran Bretaña, cuya fuente de acumulación capitalista inicial se basara en la venta de esclavos, una vez que la esclavitud entró en contradicción con la revolución industrial, e invocando principios humanitarios, condenó la esclavitud, destinó una flota de guerra a la captura de barcos negreros y bloqueó los puertos de recepción de esclavos; hoy, cuando las fuerzas productivas exigen la internacionalización y la interdependencia, los Estados Unidos han crea-

do el Ejército Sur para invadir países, desarticular las fuerzas nacionales y transformar el Estado y demás instituciones supraestructurales acorde con los intereses de las ETN.

Estas tareas se harán tanto más perentorias en la medida en que las ETN y los intereses norteamericanos sean amenazados, desde el Pacífico, por los Cinco Dragones y, desde el Atlántico, por la Comunidad Económica Europea, que se

consolida y amplía sus relaciones con los países socialistas dentro del proyecto de la Casa Común Europea.

Por lo que, si las fuerzas democráticas y progresistas de Iberoamérica no asumen urgentemente el proyecto de transformar el Estado nacional en nuevos Estados Multinacionales Integrados —al igual que el resto de la superestructura social, abriendo cauce a las nuevas fuerzas productivas—, y dado que ésta es una

tarea histórica, lo harán las ETN a su modo, de acuerdo con sus particulares intereses y en detrimento de los pueblos de la región. ■

Praga, 23 de diciembre de 1989

Los colores políticos del 'otoño de Praga'

En la sección "Por un socialismo democrático y humanista" *RI* publicará materiales sobre los cambios fundamentales que se están operando en los países socialistas. En el presente número insertamos artículos, entrevistas y documentos que dan una idea de la *revolución de terciopelo* iniciada en noviembre de 1989 en Checoslovaquia.

Para ganar el apoyo de la ciudadanía

LADISLAV ADAMEC,
Presidente del Partido
Comunista de
Checoslovaquia

Ante todo, permítame que, en nombre de nuestra revista —en cuya edición colaboran más de 70 partidos comunistas, obreros y revolucionario-democráticos y movimientos sociopolíticos—, le felicite por su elección al cargo de Presidente del Partido Comunista de Checoslovaquia. Los miembros de nuestra colectividad internacional, que residimos en Praga y seguimos con profunda atención y compenetración lo que acontece en el país y en el partido, nos damos cuenta de la complicada situación en que se inscribe su elección. ¿Con qué sentimiento asume usted, camarada Adamec, su nuevo cargo en el partido?

— Con un sentimiento de inmensa responsabilidad. Soy consciente de que va a ser muy difícil llevar a cabo el proceso de renacimiento del partido sobre nuevas bases ideológicas y organizativas, recuperar la confianza de la gente, desterrar los métodos estalinistas, terminar con el lastre del dogmatismo y el conservadurismo y convertir al PCCh en una moderna fuerza política de izquierda, capaz de granjearse el apoyo de la ciudadanía en el marco de un sistema democrático pluralista.

Durante las últimas semanas, el mundo entero ha estado atento al impetuoso desarrollo de los acontecimientos en Checoslovaquia. Usted se ha encontrado todo este tiempo en el centro del acontecer. ¿Cuál es su apreciación personal de estos sucesos?

— En estos momentos complejos y críticos se ha hecho patente el profundo desencanto de la gente con respecto al sistema burocrático de administración y, al mismo tiempo, se ha manifestado su voluntad de cambios democráticos. La

anterior dirección del partido, en lugar de proceder a una verdadera reestructuración de la sociedad, se limitaba a hablar de ella. La gente perdió confianza en la capacidad y el deseo del partido de realizar los cambios que reclamaba la situación. Por eso brindó su apoyo y sus simpatías a los grupos de iniciativa ciudadana. El PCCh debe sacar las conclusiones pertinentes y convertirse en una activa fuerza de desarrollo del socialismo democrático.

Cuando uno se fija en lo que está pasando en prácticamente todos los países socialistas, llega lógicamente a preguntarse si se trata de una crisis general, internacional, o si cada uno de los países socialistas está sufriendo una crisis específica.

— La vida acaba de darnos una severa lección, mostrándonos hasta dónde pueden llevarnos el subestimar la especificidad nacional y el copiar mecánicamente esquemas y clisés ideológicos. Ha confirmado asimismo que existen, con carácter objetivo, tendencias generales de desa-

rollo de las sociedades modernas, que los países socialistas no pueden ignorar impunemente. En otras palabras, la crisis actual es una crisis general de la concepción estalinista del socialismo. Al mismo tiempo se trata de un proceso de renovación y de renacimiento del socialismo en un espíritu auténticamente democrático y humanista. El querer frenar los cambios sociales indispensables, y, más aún, los intentos de mantener en pie un modelo caduco de socialismo utilizando con este fin los instrumentos del poder, están preñados de consecuencias negativas. Así lo confirman los trágicos acontecimientos de Rumania, que la sociedad checoslovaca y el Congreso extraordinario del PCCh han condenado resueltamente. Como es natural, el proceso de construcción socialista presenta rasgos originales relacionados con la especificidad de cada país, con sus tradiciones históricas, nacionales. Esto, por supuesto, es aplicable también en todo punto al caso de Checoslovaquia.

□ *Los sucesos de 1968 en Checoslovaquia originaron una profunda crisis en el seno del movimiento comunista internacional. ¿Qué*

apreciación hace usted, camarada Adamec, de esos acontecimientos y de los procesos actualmente en curso en el partido y la sociedad, desde el punto de vista de sus repercusiones a nivel del movimiento comunista internacional?

— La entrada de las tropas de cinco países aliados en Checoslovaquia en agosto de 1968 ha sido condenada por la nueva dirección del PCCh y por los partidos hermanos como una grave violación de las normas internacionales que deben regir las relaciones entre los países socialistas. Como es sabido, esta acción tuvo consecuencias negativas —políticas, morales e ideológicas— no sólo para Checoslovaquia, sino también para otros países socialistas, donde el neostalinismo se hizo fuerte bajo la presión de la dirección brezhneviana. En escala de todo el movimiento comunista y obrero internacional, los acontecimientos de agosto de 1968 originaron graves conflictos que han lastrado de manera muy sensible su desarrollo político e intelectual. La condena de principio de la invasión ha eliminado esa barrera que obstaculizaba el desarrollo

de la teoría marxista-leninista y despeja el camino para responder ágilmente al reto que plantean ante ella los cambios revolucionarios que se están operando en el mundo.

□ *¿Cómo ve usted el mañana del partido? ¿Cuenta el PCCh con las fuerzas y reservas necesarias para ganarse nuevamente la confianza del pueblo y recuperar para el país la perspectiva socialista?*

— Las ideas del socialismo tienen profundas raíces en las tradiciones históricas, la experiencia y los intereses del pueblo checoslovaco. La necesidad de un partido político de izquierda es determinada por el propio carácter de la sociedad moderna y el de las tareas con que ésta se enfrenta. Por eso confío en que el PCCh, cuya nueva política se apoya en las tradiciones de la vía checoslovaca hacia el socialismo y se inspira en los manantiales de las ideas que brotaron en enero de 1968, se granjeará el apoyo del pueblo checoslovaco.

Crónica de los acontecimientos

17 de noviembre de 1989. Cerca de 15.000 estudiantes salen a las calles de Praga para conmemorar el 50 aniversario de los hechos de noviembre de 1939, cuando la policía nazi disolvió a tiros una manifestación de jóvenes praguenses. Los manifestantes reclaman cambios radicales, un diálogo abierto con las autoridades y el respeto a los principios de la libertad y la democracia. Para dispersar a los manifestantes se recurre a unidades de la fuerza pública, cuya actuación deja un saldo de 143 heridos y más de cien detenidos.

18 de noviembre. Se propagan falsos rumores sobre la muerte de uno de los participantes en la manifestación de la víspera. En el centro de la capital grupos de jóvenes organizan actos en memoria del "fallecido". Los teatros de Praga y de otras

ciudades suspenden las funciones en señal de solidaridad con los estudiantes.

El periódico *Rudé právo*, del CC del Partido Comunista de Checoslovaquia, recalca que la concentración estudiantil del 17 de noviembre tenía un carácter ambiguo y patentizó no sólo la aspiración de los jóvenes a que se aceleraran los cambios en la sociedad, sino también la facilidad con que pueden dejarse influenciar por el radicalismo.

Svobodné slovo, órgano del Partido Socialista de Checoslovaquia (PSCh), escribe que el 17 de noviembre fue un primer intento de entablar una discusión abierta y que los jóvenes no están dispuestos ni mucho menos a aceptar todo lo que se les proponga. *Lidová demokracie*, órgano del Partido Popular de Checoslovaquia (PPCh), estima que la mani-

festación del 17 de noviembre demostró la aspiración de sus participantes a defender la libertad, los derechos cívicos y la dignidad nacional.

19 de noviembre. El elenco del Teatro Nacional emite una protesta con motivo de la actuación de las fuerzas de seguridad.

Por la tarde, tiene lugar en el centro de Praga una nueva manifestación. Las fuerzas de orden público no intervienen. La televisión transmite una entrevista con el estudiante supuestamente "muerto".

20 de noviembre. *Rudé právo* condena el intento de perturbar la calma pública mediante la desinformación sobre la supuesta víctima del 17 de noviembre.

Lidová demokracie, *Svobodné slovo* y otros periódicos escriben, haciendo referencia a la agencia CTK, que la propagación

de esa falsa noticia es una manipulación premeditada de la conciencia pública y no hace más que exacerbar las pasiones. La Presidencia del CC del PSCh emite una declaración en la que censura la arremetida policial contra los manifestantes pacíficos, calificándola de acto contra el alma y la conciencia del pueblo.

Los estudiantes universitarios de Praga se declaran en huelga. Se suman a ellos los alumnos de otras ciudades. El CC de la Unión de la Juventud Socialista (UJS) difunde una declaración de apoyo a los huelguistas y demanda una investigación objetiva de los hechos del 17 de noviembre. El PSCh y el PPCh hacen declaraciones análogas. En el centro de la capital se celebra un mitin de protesta al que acuden 150.000 personas. Se llama a convocar una huelga general para el

Por qué hemos salido a las calles

Una escuela de democracia

PETR USTOHAL,
alumno de quinto año
de Ingeniería Civil
de la Escuela Superior
Técnica Checa (CVUT)

El 17 de noviembre salimos a las calles para conmemorar el 50 aniversario de los trágicos acontecimientos ocurridos en Praga cuando los nazis habían ametrallado a una manifestación estudiantil. Queríamos rendir tributo a la memoria de quienes cayeron en aquella ocasión. Las autoridades habían dado permiso oficial para nuestro mitin.

Pero no solamente pensábamos en el pasado cuando nos dirigíamos al lugar de la concentración. Los jóvenes y toda la

"Cuenten a todo el mundo la verdad sobre nosotros." Portando esa pancarta, un grupo de estudiantes praguenses se acercó al edificio de la Redacción de nuestra revista, un día de noviembre pasado. No pudimos por menos que hacemos eco de ese llamado...

La violenta disolución del mitin autorizado del 17 de noviembre y la posterior huelga estudiantil, fueron el detonante que hizo estallar los cambios políticos que actualmente se producen en Checoslovaquia. ¿Por qué fueron precisamente los estudiantes, más de la mitad de los cuales son hijos de obreros, los que salieron a la calle? ¿Cómo conciben ellos el futuro de su país? A estas y otras preguntas responden en las páginas de *Revista Internacional* estudiantes que formaron parte de los comités de huelga, y Martin Ulcák, Presidente del CC de la Unión Socialista de la Juventud de Checoslovaquia.

gente de nuestro país habían vivido más de veinte años en un ambiente de fuerte represión, temerosos de manifestar abiertamente sus pensamientos y sentimientos. Habíamos decidido reunirnos frente al edificio de la Facultad de Medicina en Albertov (barrio de Praga. -N. de la Red.) para proclamar a plena voz que nos asfixiaba semejante ambiente y que estábamos cansados de esperar los cambios prometidos. Ese fue, ante todo, el motivo primordial de nuestra participación en aquel mitin, que continuaría luego en Slavín, lugar en que se encuentran

sepultadas eminentes figuras de la cultura, donde terminaría.

Repito: el mitin estuvo autorizado por el gobierno. Nosotros, jóvenes, estuvimos pletóricos del sentimiento de unidad, la conciencia de nuestra justeza y fuerza, la sensación de libertad... Nos dirigimos a la plaza de San Wenceslao, para continuar la manifestación. Pero no nos dejaron pasar. Los efectivos de las fuerzas especiales del orden público actuaron con crueldad. Los estudiantes teníamos en nuestras manos flores y velas encendidas; ellos, porras...

¿Qué reclamamos nosotros? El comité

Crónica de los acontecimientos

27 de noviembre. El periódico *Lidová demokracie* anuncia la constitución del *Foro Cívico (FC)*, organización que, según escribe el rotativo, representa los intereses de aquella parte de la ciudadanía que tiene una actitud cada vez más crítica respecto de la política de las autoridades y está conmovida por la brutal actuación de la fuerza pública contra una manifestación pacífica. El *Foro Cívico* exige que los responsables de esta acción sean castigados y que dimitan de los cargos de dirección todas las personas vinculadas directamente a la intervención militar de cinco países miembros del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia en 1968 y los culpables del estancamiento del país en los años posteriores.

Reunidos en sesiones extraordinarias, los gobiernos de la República Socialista de Checoslovaquia, la República Socialista Checa y la República Socialista Eslovaca expresan su acuerdo con la actuación de las fuerzas de seguridad. La Presidencia del CC del PCCh apoya esta posición y exhorta a los estudiantes a que regresen a las aulas.

En Bratislava, Brno, Ostrava, Olomouc y otras ciudades se celebran mítines de ciudadanos.

21 de noviembre. Milos Jakes, Secretario General del CC del PCCh, en un discurso televisado, apela a la ciudadanía a hacer prueba de responsabilidad y prudencia. En el centro de la capital vuelven a congregarse unas 150.000 personas. Por primera vez aparecen pancartas que dicen: "¡Los obreros respaldamos a los estudiantes!", "¡Aquí estamos los obreros!". Hacen uso de la palabra el dramaturgo Václav Havel y otros representantes del

Foro Cívico. El presidente del Gobierno de la RSCh, Ladislav Adamec, recibe a una delegación del FC. El Gobierno encomienda a la Fiscalía General la investigación de los sucesos del 17 de noviembre.

22 de noviembre. La Presidencia del CC del PCCh decide convocar un Pleno extraordinario del Comité Central para el 24 de noviembre. En Praga vuelve a celebrarse un mitin. V. Havel llama a efectuar una huelga general de dos horas el 27 de noviembre. Se da lectura a un mensaje de saludo de Alexander Dubcek. Mitin multitudinario en Brno, manifestaciones en Bratislava, Ustí nad Labem, Hradec Králové, České Budejovice. El cardenal Frantisek Tomásek se entrevista con Miroslav Stepán, primer secretario del Comité del PCCh en Praga.

23 de noviembre. Más de 250.000 personas se congregan en el centro de Praga. V. Havel exhorta a las fuerzas de orden público y al ejército a que se pongan de lado del pueblo. En un mitin celebrado en Bratislava, A. Dubcek expresa su apoyo a la organización *Ciudadanía Contra la Violencia (CCV)*, recién constituida en Eslovaquia.

24 de noviembre. El Comité Central acepta en su reunión la dimisión colectiva de los miembros plenos y los suplentes de la Presidencia y del Secretariado del CC del PCCh. Karel Urbánek es elegido Secretario General del CC del PCCh. Nuevo mitin multitudinario en Praga. Interviene A. Dubcek.

25 de noviembre. En la plaza Letna de Praga se concentran cerca de 750.000 personas para expresar su apoyo a las demandas

estudiantil de huelga ha expuesto nuestras demandas comunes, y el pueblo las ha apoyado. La gente ansía hondos cambios en todas las esferas de la vida. Yo las formularía así: deseo vivir en una sociedad donde no sienta temor por el futuro de mis hijos. Quiero que mis padres tengan la esperanza de que su hijo y sus nietos vivan mejor que ellos. Hasta ahora no la han tenido. Estamos conscientes de que no se puede cambiarlo todo de la noche a la mañana, pero hay que poner las manos a la obra cuanto antes.

Francamente, yo no imaginé que tanta gente nos respaldaría de palabra y obra; y con tanta rapidez y decisión. Por eso, nos sentimos orgullosos y muy agradecidos. Y a

pesar de que era algo insólito para nosotros, esos días han resultado una buena escuela. Una escuela de democracia.

¿Cómo vemos nuestro futuro? ¿Lo vinculamos al socialismo o a algún otro sistema social? Pues bien, yo opino que los estudiantes y la mayoría de nuestros ciudadanos esperan que el socialismo sea conservado en nuestro país. De por sí, las ideas del socialismo son muy atractivas. La desgracia radica en que esas buenas ideas fueron deformadas para beneficiar a quienes detentaban el poder. He visitado EE.UU. y Europa Occidental y digo francamente que allí la gente vive en mayor libertad que nosotros. Nuestra sociedad debe crear un am-

biente, en el que todo el mundo pueda desenvolverse libremente.

Muchos de los angustiosos problemas que enfrenta Occidente, no son tan graves en los países socialistas. Me refiero al desempleo, el terrorismo, la narcomanía; pero creo que hemos pagado un precio muy elevado por esas ventajas. Demasiado caro.

Desde luego, no es fácil edificar una sociedad socialista próspera y carente de los rasgos negativos que son propios del capitalismo. Pero, espero que esto sea posible, si nuestro sistema social llega a ser democrático. En aras de ello los estudiantes decidimos declararnos en huelga general.

Días inolvidables

VRATISLAV DOUBEK,
alumno de quinto año
de la Facultad de Filosofía
de la Universidad Carolina

Un pujante movimiento popular y una pacífica protesta democrática son algo más que una mera reac-

ción ante las brutales acciones de la policía aquel 17 de noviembre de 1989. Son consecuencia de complejos problemas económicos, políticos y ecológicos pendientes de solución. Durante decenios, esos problemas incidieron negativamente en la vida de la gente, que los percibía de diferente manera, según fuera su posición social. Pero todos: estudiantes, obreros, intelectuales, sentían el poder monopolista del Partido Comunista. La au-

sencia de pluralismo en política y cultura condujo a una profunda crisis.

Por supuesto que la democratización emprendida en otros países de Europa Oriental constituyó un aliento para nosotros, y el éxodo en masa de ciudadanos de la RDA vía Praga dio un impulso acelerador a la marcha de los acontecimientos en Checoslovaquia.

En enero, agosto y octubre de 1989 ya nos habíamos enfrentado a las acciones

Crónica de los acontecimientos

del *Foro Cívico*. Entre otros oradores, hablan V. Havel y A. Dubcek. Mítines en Bratislava y en otras ciudades importantes.

Por la tarde, en un mensaje al pueblo emitido por la televisión, K. Urbánek manifiesta que el PCCh está dispuesto a sentarse a la mesa de negociaciones con todas las fuerzas preocupadas por los destinos del país. Se transmite una entrevista con V. Havel.

Miroslav Štěpán renuncia a su cargo. El presidente de la RSCh ordena que se ponga en libertad a ocho militantes de distintas organizaciones de defensa de los derechos humanos.

26 de noviembre. El CC del PCCh resuelve convocar un Congreso extraordinario del partido para el 26 de enero de 1990.

Una delegación del Frente Nacional de la RSCh y del gobierno federal presidida por L. Ada-

meč se reúne con militantes del *Foro Cívico*. El PCCh emprende un diálogo con el club para la reestructuración socialista *Obroda* (Renacimiento), fundado en febrero de 1989.

En la plaza Letná se concentran medio millón de pragueños y habitantes de otras ciudades. Intervienen ante los congregados L. Adameč, A. Dubcek y V. Havel.

Miroslav Zavadil es destituido del cargo de presidente del Consejo Central de los Sindicatos Checoslovacos.

27 de noviembre. Paro general desde las 12.00 hasta las 14.00 horas. Se anuncia la creación de nuevas organizaciones: *Foro Democrático de los Comunistas* y *Foro Socialista*. Reanuda sus actividades el Partido Democracia Social Checoslovaca.

28 de noviembre. El Gobier-

no de la RSCh celebra una nueva ronda de negociaciones con los representantes de *Foro Cívico* y *Ciudadanía contra la violencia*. Se logra un acuerdo de principio para someter a consideración del Presidente de la RSCh la propuesta de formar, hasta el 3 de diciembre, un nuevo Gobierno de coalición, así como plantear ante la Asamblea Federal las demandas de suprimir de la Ley Fundamental los artículos relativos al papel rector del PCCh en la sociedad y en el Frente Nacional, y a la educación de la juventud en el espíritu del marxismo-leninismo. No obstante, el Comité Coordinador Estudiantil decide continuar la huelga por no haber sido cumplidas todas las demandas de los universitarios.

Josef Bartoněk es elegido presidente del PPCh. El y K. Urbánek convienen en que es nece-

sario desarrollar el diálogo con vastos sectores de la opinión pública.

29 de noviembre. La Asamblea Federal designa una comisión investigadora de los sucesos del 17 de noviembre y aprueba enmiendas a la Constitución de la RSCh. Quedan abolidos el artículo 4 y un párrafo del artículo 6, concernientes al papel rector del PCCh en la sociedad y en el Frente Nacional. Se da una nueva redacción al artículo 16 en el sentido de que la educación de la juventud se desarrollará en el espíritu del conocimiento científico y en concordancia con los principios del patriotismo, el humanismo y la democracia.

Alois Indra dimite el cargo de presidente de la Asamblea Federal de la RSCh.

L. Adameč pronuncia un discurso televisado en el que plantea

represivas de la policía. La zozobra y la irritación cundían entre los estudiantes.

Los promotores de la huelga fueron estudiantes de grupos culturales independientes y redactores de revistas estudiantiles. La organización oficial, la Unión Socialista de la Juventud (USJ), resultó impotente para actuar con decisión en esos días. Más tarde se unieron a nosotros algunos militantes suyos que anhelaban cambios en el seno de la USJ.

Durante la huelga fuimos perfeccionando nuestra labor organizativa. Todos los estudiantes tomaban parte en diversas acciones: unos se dedicaron a la actividad informativa en las zonas rurales, pues nuestro campo está menos politizado que la ciudad; otros crearon un grupo encargado de organizar manifestaciones y piquetes; unos terceros prestaron ayuda voluntaria en la limpieza de las estaciones del metro, las calles y locales públicos. Hubo también quienes se dirigieron a las bibliotecas a catalogar libros prohibidos en su tiempo y que recientemente habían llegado a ser asequibles a todos los ciudadanos. Esa actividad voluntaria era de suma importancia, pues demostrábamos palmariamente que los estudiantes no nos habíamos tomado unas "vacaciones". Con ello dábamos a entender a nuestro

pueblo y a nuestros opositores que habíamos emprendido una huelga política y que no teníamos miedo a afrontar duras pruebas.

En nuestra Facultad, además del comité de huelga, elegimos un consejo de estudiantes, un órgano nuevo que seguirá actuando después de la huelga y cuya finalidad será resguardar los derechos del estudiantado. En esos días, en todas partes, surgieron nuevas estructuras democráticas.

Yo estimo que el Partido Comunista ya no tiene más ninguna verdadera raíz en el seno del pueblo. Por eso, es muy importante la abolición en el futuro de la cláusula de nuestra Constitución acerca del "papel dirigente del Partido Comunista". Pero, en la práctica, es mucho lo que hay que hacer, antes de que esto sea una realidad, por cuanto nuestra sociedad se asienta precisamente sobre esa concepción antidemocrática. Espero que elecciones democráticas libres permitan formar un gobierno capaz de propiciar el surgimiento de estructuras nuevas. Yo, personalmente, no me inmiscuyo en política y no me propongo ingresar en ningún partido. Durante la huelga me he enterado de asuntos políticos más que en todos los cinco años de estudios en la Universi-

dad. Me considero historiador, pero de buena gana estoy dispuesto a participar en las profundas transformaciones de la sociedad.

No sé cómo será ésta. Para mí hay una cuestión primordial: ¿qué es la sociedad socialista? Me parece que el sistema socialdemócrata es precisamente el régimen que corresponde a nuestras concepciones, pero no estoy seguro del todo. No tengo bien claro cómo funciona la socialdemocracia occidental, pues jamás he estado en Occidente. Tengo la esperanza de que el gobierno elegido democráticamente aproveche la experiencia de otros países para mejorar la situación en Checoslovaquia.

Creo que nunca olvidaré el auge sin precedentes de la conciencia popular en ese noviembre. Literalmente, gente que parecía pasiva, apática, desentendida de la política, se transformó en cuestión de unos días. Todo el país se politizó. Tampoco olvidaré jamás a quienes siguieron defendiendo el poder monopolista, acusando de subversión a cuantos no estaban de acuerdo con ellos, pero cambiaron de actitud al ver quién había ganado...

Crónica de los acontecimientos

la necesidad de reevaluar los acontecimientos de agosto de 1968.

30 de noviembre. En Bratislava sesiona el grupo coordinador para la fundación del Partido del Socialismo Democrático.

1 de diciembre. *Rudé právo* publica el manifiesto del club *Obroda*. En una reunión con el Gobierno de la República Socialista Checa los representantes del *Foro Cívico* piden la dimisión del actual gabinete y exigen que se garantice la plena libertad de expresión.

2 de diciembre. La Presidencia del CC del PCCh condena la intervención de las tropas de cinco Estados del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia en 1968. Esta posición es recogida en el proyecto del Programa de acción del PCCh, publicado en *Rudé právo*.

3 de diciembre. Se forma un Gobierno de coalición de la RSCh presidido por L. Adamec e integrado por 21 personas, con 16 miembros del PCCh y 5 representantes de otros partidos o independientes. El Gobierno declara que la entrada de las tropas de cinco países miembros del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia en 1968 fue una violación de las normas del derecho internacional y encarga a L. Adamec de informar sobre el particular al Gobierno de la URSS. Se decide constituir una comisión de historiadores encargada de analizar los hechos de 1968.

El *Foro Cívico* y la organización *Ciudadanía contra la violencia* no reconocen al Gobierno recién formado y reclaman la constitución de un nuevo gabinete para el 10 de diciembre a más tardar. Se plantean otras demandas,

entre ellas la liberación de todos los presos políticos y la convocatoria de elecciones libres antes de julio de 1990.

4 de diciembre. Los dirigentes de Bulgaria, Hungría, la RDA, Polonia y la URSS declaran en Moscú que la entrada de las tropas de estos países en Checoslovaquia en 1968 fue una injerencia en los asuntos internos de la Checoslovaquia soberana y debe ser condenada.

El Secretario General del CC del PCUS, Mijaíl Gorbachov, el Secretario General del CC del PCCh, Karel Urbánek, y el Presidente del Gobierno Federal de la RSCh, Ladislav Adamec, discuten las condiciones de la estancia temporal del contingente soviético en la RSCh.

En la tarde Praga vuelve a ser escenario de mítines. Los congresados niegan su confianza al

nuevo Gobierno. V. Havel declara que la composición del gabinete denota falta de comprensión respecto de la gravedad de la situación en el país y que se ignora la supresión por la Asamblea Federal de la cláusula constitucional que consignaba el papel rector del PCCh en la sociedad. Se anuncia una nueva huelga general para el 11 de diciembre, si hasta el 10 del mismo mes no se remodela el gabinete tal como lo requiere la situación. Los estudiantes y la mayoría de los teatros del país deciden continuar la huelga hasta el 11 de diciembre.

El *Foro Cívico* pide que se investigue la actividad de las personas que tomaron parte en la decisión sobre la entrada de las tropas de los países del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia en 1968.

5 de diciembre. En una com-

Lo principal son las obras concretas

LIBOR SLECHTA,
alumno de cuarto año
de la Facultad
de Electrotecnia (CVUT)

Los estudiantes fuimos los primeros en salir a las calles, pues siendo jóvenes no teníamos nada que perder. No pensamos en la violencia, de ninguna manera. Por el contrario, quisimos mostrarle al pueblo que se podía obtener cambios valiéndose de medios pacíficos, sin recurrir a la violencia. Las autoridades opusieron a nuestras intenciones el argumento de la porra...

Los primeros cambios ya se han perfilado en el país. ¿Serán irreversibles? Quisiera que así sea. Las concesiones desbrozan el camino hacia el pluralismo y un

diálogo verdadero. Queremos llegar a comprenderlo todo nosotros mismos, estamos dispuestos a escuchar a todos, sin excepción alguna. Nadie tiene derecho moral a hablar en nombre de toda la sociedad. Que todo el que tenga algo que decir al pueblo exponga sus criterios, y que en elecciones libres el pueblo escoja a quienes presenten un programa que sea de su agrado. Es posible que sean personas hasta ahora desconocidas. Yo las preferiría, pues no hay la seguridad de que personalidades, que ocupen elevados cargos, sepan ser imparciales y olvidar las ofensas del pasado. En todo caso, el pueblo debe tener la posibilidad de escoger libremente.

Para cada individuo es muy importante cómo van conformándose sus relaciones con otros. No debe olvidarse que los destinos de muchos fueron dramáticos. Nuestra consigna es "Por una mejor mo-

ral". Deseamos que nuestros conciudadanos se traten unos a otros con bondad y humanismo. Precisamente así fue en aquellas jornadas de noviembre, cuando decenas de miles de manifestantes se apartaban para dejar el paso libre a las ambulancias que se dirigían a atender a los enfermos...

¿Que si creo en el socialismo democrático y humanista? Bueno, son palabras bonitas. Pero, siempre tras las palabras deben estar los hechos. También en la Facultad nos decían cosas bonitas sobre el socialismo, pero en la práctica no fue así. Por eso no quiero apresurarme por contestar, pues lo principal son las obras concretas.

Crónica de los acontecimientos

parencia televisiva, K. Urbánek informa que a raíz de la declaración adoptada por los Estados miembros del Tratado de Varsovia, queda inválido el documento *Lecciones del desarrollo de crisis en el partido y la sociedad después del XIII Congreso del PCCh*.

L. Adamec y representantes del PSCh, el PPCh, el club *Obroda* y el *Foro Cívico*, discuten cuál debe ser el Gobierno de la RSCh. L. Adamec asevera que habrá nuevos cambios en la composición del mismo.

La comisión parlamentaria encargada de investigar los hechos del 17 de noviembre concluye que Milos Jakes y Miroslav Stepán son responsables políticos directos de esos acontecimientos y de sus consecuencias.

6 de diciembre. En el encuentro de turno con los repre-

sentantes del *Foro Cívico* L. Adamec acepta sus proposiciones relativas a la composición del nuevo Gobierno.

K. Urbánek y V. Havel se entrevistaron y convienen en celebrar una mesa redonda con la participación de representantes de otras fuerzas políticas.

7 de diciembre. La presidencia del CC del PCCh expulsa del partido a M. Jakes y M. Stepán por haber cometido graves errores políticos en la solución de la tensa situación social, en particular el 17 de noviembre en Praga. La presidencia del CC propone adelantar la fecha del Congreso extraordinario del PCCh, fijándolo para el 20 y el 21 de diciembre de 1989.

8 de diciembre. El Presidente del Gobierno de la RSCh, Ladislav Adamec, renuncia a su cargo. Marián Calfa, primer vicepresi-

dente del Gobierno, inicia consultas para formar un nuevo gabinete aceptable para la oposición, en particular para el *Foro Cívico*, que presenta su propia lista de candidatos.

9 de diciembre. En una reunión de representantes de los comités promotores se constituye el Partido de los Verdes de Checoslovaquia.

10 de diciembre. Presta juramento el nuevo Gobierno de la RSCh presidido por Marián Calfa, y al que algunos medios de información califican de "Gobierno de acuerdo nacional". Integran el gabinete 10 comunistas, 7 independientes, 2 representantes del Partido Socialista de Checoslovaquia y 2 por el Partido Popular de Checoslovaquia.

Dimite el Presidente de Checoslovaquia, Gustáv Husák.

Con motivo de la Jornada de

los Derechos del Hombre, en la plaza de San Wenceslao se celebra un mitin bajo el lema *¡Nuestra fuerza es la no violencia!* Los oradores expresan su apoyo al nuevo Gobierno y llaman a desconvocar la huelga general prevista para el 11 de diciembre. Mitines análogos se celebran en otras ciudades del país.

11 de diciembre. La huelga general no tiene lugar. Después de una interrupción de más de tres semanas vuelven a abrirse los teatros praguenses, así como los de otras ciudades checoslovacas. Los estudiantes, empero, deciden continuar la huelga.

12 de diciembre. Se inaugura la sesión conjunta de las dos Cámaras de la Asamblea Federal de la RSCh. Entre otras cuestiones se debate el reglamento de las elecciones presidenciales. Las opiniones se dividen.

Del lado de los estudiantes

MARTIN ULCAK,
 Presidente del Comité
 Central de la Unión
 Socialista de la Juventud
 de Checoslovaquia

Los actuales acontecimientos en nuestro país son, en esencia, una consecuencia lógica de la crisis social que había venido madurando durante un prolongado período; pero comenzaron como una réplica inmediata a la brutal represión del mitin estudiantil.

Estudiantes no afiliados a ninguna organización social o política y el comité de Praga de la USJ habían preparado la marcha desde Albertov hasta Slavín. La espontánea continuación de la manifestación en el centro de la ciudad fue impedida por la fuerza, como se sabe. Y precisamente el comité de Praga de la USJ estuvo entre los primeros en condenar la actuación de los cuerpos de seguridad.

Cuando los órganos centrales del Parti-

do y el Estado se mostraron indecisos ante la demanda de los estudiantes y otros ciudadanos de analizar la actuación de la fuerza pública y castigar a los culpables, estalló la indignación. Con anterioridad, el desacuerdo con la dirección del Partido y del Estado se había manifestado con frecuencia tanto en el enfoque de los problemas que habían surgido después de 1968, como en la demanda de darles solución.

En aquellas jornadas de noviembre fueron precisamente los jóvenes, quienes encabezaron y organizaron huelgas y multitudinarias manifestaciones. Consciente de su responsabilidad moral, nuestra Unión se puso del lado de ellos. Justamente gracias a esta actitud, muchos dejaron de ver en nosotros únicamente a promotores de *sábados rojos*, asambleas y discotecas, actividades a las que nos habíamos dedicado durante muchos años.

Las reivindicaciones expuestas por la USJ prácticamente coincidieron con la voluntad de los comités estudiantiles de huelga independientes y del Foro Cívico, razón por la cual las apoyamos. Al mismo tiempo queremos conservar nuestra propia identidad y nuestra posición.

Nosotros estamos por el socialismo, la legalidad y el diálogo. En nuestra interpretación, el socialismo significa todo aquello positivo que tenga el modo de producción capitalista, luego de depurado de todo lo que posibilite la explotación del hombre por el hombre. Estamos a favor de la diversidad de formas de propiedad, pero concedemos el lugar prioritario al sector cooperativo y el estatal.

Nuestra organización juvenil emprenderá preparativos para el autofinanciamiento de sus actividades. Queremos simplificar nuestras estructuras orgánicas y reducir la cantidad de personal a sueldo. La tarea primordial de la dirección de la USJ consiste en desbrozar el camino ante las iniciativas de la juventud desde la base y no en exhortar al activismo, como se había hecho hasta ahora o incluso se lo había impuesto desde arriba.

Por supuesto, es importante qué vamos a decir a la gente, pero no menos importante es quién lo diga. En el futuro podrán representar a nuestra organización únicamente quienes no han perdido su calidad moral en el pasado y, sobre todo, en tiempos recientes.

Crónica de los acontecimientos

Presta juramento el nuevo Gobierno de la República Socialista Eslovaca, presidido por Milan Cic e integrado por 6 comunistas y 9 independientes.

13 de diciembre. Los comunistas de *Rudé právo* envían una carta abierta a los delegados al Congreso extraordinario del PCCh, en la cual acusan a algunos miembros de la antigua dirigencia del partido de haberse apropiado del mismo y haber mantenido en calidad de rehenes a más de 1.700.000 comunistas. En la carta se propone asimismo que el periódico no sea órgano del CC, sino de todo el partido, para impedir en adelante que quede subordinado a un estrecho grupo de personas.

14 de diciembre. Los representantes de las principales fuerzas políticas discuten algunas cuestiones vinculadas con las

próximas elecciones del Presidente de la República. Se llega al acuerdo preliminar de que se elegirá para este cargo a un ciudadano de nacionalidad checa que no esté afiliado a ningún partido.

15 de diciembre. En una conferencia de prensa del *Foro Democrático de los Comunistas* se informa que éste agrupa un total de 50.000 a 60.000 personas. Se expresa también la preocupación por un gran número de casos en que a antiguos funcionarios del aparato del PCCh, con un pasado irreprochable, se les niega la admisión en nuevos lugares de trabajo.

16 de diciembre. *Rudé právo* informa que, por decisión de la Presidencia del CC del PCCh, a partir del 31 de diciembre quedarán disueltos los órganos y organizaciones del partido en el Ejército Popular Checoslovaco, las tropas fronterizas y las del Minis-

terio del Interior, en el cuerpo de Seguridad Nacional, en los organismos de la Fiscalía, de Justicia y de Arbitraje Estatal, así como en los Comités de Control Popular y en el aparato de las Presidencias de los gobiernos federal y republicanos.

Václav Havel interviene por la TV y anuncia que ha decidido aceptar el mandato de jefe del Estado si los intereses de la sociedad lo reclaman, a condición de que, primero, se le considere Presidente en funciones hasta que la Asamblea Federal designada en los próximos comicios elija un nuevo máximo mandatario y, segundo, que Alexander Dubcek esté a su lado en cualquier calidad que sea.

20 de diciembre. El Presidente del Gobierno de la RSCh, Marián Čalfa, se entrevista en Moscú con Mijaíl Gorbachov y con el

Presidente del Consejo de Ministros de la URSS, Nikolái Rízhkov. Las partes convienen en iniciar, en la primera quincena de enero de 1990, las conversaciones sobre las tropas soviéticas acantonadas en territorio checoslovaco.

20-21 de diciembre. En Praga se celebra el Congreso extraordinario del PCCh. Ladislav Adamec es elegido Presidente del partido y Vasil Mohorita, Primer Secretario. Se suspende la militancia en el PCCh de un grupo de ex dirigentes del mismo, incluido Gustáv Husák. Vasil Bil'ak es expulsado del partido.

28 de diciembre. Alexander Dubcek es elegido Presidente de la Asamblea Federal de Checoslovaquia.

29 de diciembre. La Asamblea Federal elige a Václav Havel Presidente de la República.

No podemos aislarnos del mundo

VALTR KOMAREK

□ *¿Cómo ve Ud. el estado actual del pronóstico? ¿Qué papel desempeña esta ciencia en la elaboración de nociones relacionadas con la entrada de la humanidad en el siglo XXI?*

— No soy de aquellos que consideran que su campo de investigación es la ciencia de todas las ciencias. Pero, con todo, pienso que hoy en día se acrecienta el papel del pronóstico científico. ¿Por qué? El mundo ha entrado en una fase de impenetrable evolución, como jamás había conocido antes. Pueden decirme que a la gente siempre le es propio considerar que su época es más dinámica e interesante que las anteriores. Pero, es incuestionable que en la actualidad, y ante nuestros ojos, realmente tienen lugar grandes avances cualitativos. Está cambiando casi toda la base tecnológica de la civilización. La electrónica, la computerización, la creación de la inteligencia artificial y la nueva informática en su conjunto ya no son simplemente cambios parciales. Si a ello agregamos los descubrimientos hechos en biotecnología y algunos otros campos, nos encontramos frente a una revolución global en la ciencia y la técnica. Cada vez se ve más claramente la interacción entre la revolución en la técnica y el hombre y la sociedad. Como consecuencia de una serie de factores globales, se acelera el desarrollo social y político, está cambiando toda la esfera de la política internacional y la propia esencia de las relaciones económicas y políticas internacionales.

Hablando sucintamente, existe una poderosa tendencia a la globalización de las relaciones humanas. En el mundo de las velocidades cósmicas que se utilizan en los ordenadores y en los modernos medios de comunicación, se reducen las distancias, se acelera el metabolismo del pensamiento, los países y los seres humanos se encuentran cada vez más vinculados entre sí, intensificándose bruscamente la interdependencia de todo nuestro planeta. Se profundizan los cambios en

Esta entrevista que Valtr Komárek, Miembro Correspondiente de la Academia de Ciencias Checoslovaca y Director de su Instituto de Pronósticos, concedió a un colaborador de nuestra revista, tuvo lugar el 15 de noviembre de 1989, dos días antes de los dramáticos acontecimientos de Praga, que dieron inicio a cambios radicales en la vida política y social de Checoslovaquia. Como se desprende de la entrevista, V. Komárek correcta y puntualmente previó el curso inevitable de los acontecimientos. Y, menos de un mes después, el 10 de diciembre, fue designado Primer Vicepresidente del Gobierno de la República Socialista de Checoslovaquia. Ya posesionado de su nuevo cargo tuvimos un encuentro con él y le pedimos que agregara algunos nuevos conceptos a su entrevista. He aquí lo que nos dijo:

“Como resultado del desarrollo político de Checoslovaquia después de 17 de noviembre, se crearán nuevas y favorables condiciones para la implementación del programa económico propuesto en su momento por el Instituto de Pronósticos. Los antiguos dirigentes del PCCCh rechazaron, en esencia, nuestras posiciones fundamentales: pasar al sistema de mercado y reestructurar radicalmente la economía, que debe estar abierta al mercado mundial. En la situación política anterior, materializar estos objetivos era prácticamente imposible.

“La creación de un nuevo sistema democrático no es un proceso de corta duración. Mientras tanto, la economía no puede esperar a que concluya la reestructuración política, aunque sea en su primera etapa. Por esta razón, ya ahora el Gobierno se propone adoptar urgentemente algunas medidas de carácter sistémico, en particular, aquellas que ya habían sido elaboradas, pero que no fueron aceptadas por la anterior dirección.

“¿De qué se trata? Ante todo, de conceder a las empresas el derecho de resolver ellas mismas sus asuntos, liberándolas de la subordinación administrativa a los organismos ministeriales con poder de monopolios. Dentro de un plan, se adoptarán medidas que permitan efectuar cambios estructurales y restablecer el equilibrio económico. Se está elaborando un presupuesto estatal que pueda ejercer una creciente influencia antiinflacionaria en el mercado. Habrá que reducir drásticamente los gastos en la defensa, los organismos de seguridad y la administración del Estado, lo que permitirá crear reservas para financiar las asignaciones sociales, relacionadas con el paso de los trabajadores a nuevos lugares de trabajo y los programas de reciclaje profesional. Se prevé efectuar una limitación selectiva de las inversiones. Toda la política monetaria y crediticia será de competencia del Banco Estatal de la RS de Checoslovaquia. Se está preparando una reorganización radical del comercio exterior.

“Estas son medidas inaplazables. Al mismo tiempo se han comenzado a elaborar otras, calculadas para varios años, que deben permitir la implantación escalonada del mecanismo de mercado y el paso a la divisa convertible”.

A continuación insertamos el texto de la entrevista.

ciertos países, estos cambios inciden en el clima internacional que, a su vez, ejerce una influencia inversa en los países. Así, pues, yo diría que estamos frente a un aumento torrencial de cambios cualitativos tanto a nivel nacional como global.

Un reflejo de este proceso es el interés cada vez mayor que se manifiesta en el

mundo entero por la teoría del pronóstico. Aparecen trabajos muy serios e interesantes. Recordemos los libros *The Third Wave* y *Future Shock*, de Alvin Toffler, y *Megatrends*, de John Naisbitt. Es curioso el último pronóstico francés, hecho por un numeroso grupo de científicos y hombres de negocios, que contaron con

los auspicios del Comisariato de Planificación. Hay pronósticos a largo plazo en Suecia, Austria, Finlandia, España. A propósito sea dicho, el realizado en este último país pertenece a científicos del Partido Socialista Obrero Español. Cabría señalar que los pronósticos japoneses están orientados a la tecnología y otros cambios concomitantes en el siglo XXI, en particular, en ellos se analiza el problema de los límites de las posibilidades humanas. También han preparado sus pronósticos la ONU y el Banco Mundial.

Por supuesto, entre los pronosticadores existen bastantes divergencias tanto en lo que se refiere a los métodos como a la esencia del problema. Pero, con todo, se ve una tendencia general a la aproximación de los enfoques. Recordemos los primeros años del pronóstico, en especial, los trabajos del Instituto Hudson y de Herman Kahn en los años 60. Eran pronósticos típicos que reflejaban las ambiciones tecnológicas, el triunfo de la técnica, el optimismo técnico. El portavoz teórico de estas tendencias fue Daniel Bell con su concepción de la sociedad postindustrial.

Pero, después de este optimismo tecnológico vino el desencanto, que se expresó, por ejemplo, en los informes presentados ante el Club de Roma y en los trabajos del filósofo norteamericano Theodor Roszak, quien auguró el retorno de la humanidad, saturada de progreso técnico, al propio ser humano, a su vida emocional, a la religión. Esto es muy importante para comprender procesos como, por ejemplo, el crecimiento colosal del fundamentalismo. Hay que reconocer que nosotros, los marxistas, hemos subestimado todo esto. Con nuestra propensión a tener una concepción mecánica del mundo éramos, ante todo, partidarios del optimismo técnico. Criticábamos a Kahn como teórico de la escalada y rechazábamos sus enfoques anticomunistas e imperialistas. Pero pienso que fuimos más tecnócratas que Kahn, pues subestimábamos el mundo emocional del ser humano y, por consiguiente, el aspecto social. Ninguno de nosotros previó la solidez de la religión no sólo en Oriente, sino también en países europeos, digamos, como Polonia. Y esta es también una reacción de la humanidad frente al carácter unilateral y a cierta monotonía del progreso técnico.

En suma, en el centro de la atención deben estar los aspectos sociales y espirituales del desarrollo, es decir, la reacción del ser humano frente a las nuevas técnicas: cómo debe adaptarse a vivir con ella, cómo la humaniza. A mi, personalmente, me es muy cercana esta nueva tendencia

en el pronóstico: un mayor acento en los aspectos humanos y sociales del desarrollo. La tendencia antihumana en la técnica ya ha entrado claramente en contradicción con la propia existencia del hombre, provocando una crisis de la civilización.

Pienso que existe un gran peligro para el socialismo, si él, como antes, sigue manteniendo estereotipos tecnocráticos y mecanicistas. Y, por el contrario, veo una gran oportunidad para el socialismo precisamente en el desarrollo de la tendencia humanista. Se requiere una renovación radical de los valores esenciales del socialismo, de toda nuestra mentalidad, y no simplemente de los enfoques relacionados con el pronóstico.

□ *Pasemos de las tesis generales del pronóstico científico a cómo ve Ud. el futuro de Europa, del socialismo en Europa, y el lugar de Checoslovaquia en la evolución general del mundo y la región.*

— Creo que también nosotros estamos inmersos en cambios globales. Caen en un gran error quienes consideran que los agitados procesos que se desarrollan en los países vecinos van a pasar de lado. Hay que comprender que los cambios en la Unión Soviética, Polonia, Hungría, la RDA, Bulgaria y, por supuesto, Checoslovaquia, son elementos de una evolución común, el reflejo de los grandes cambios que acaecen en toda Europa. Estoy de acuerdo en que este impetuoso cambio se inició en la URSS, que el impulso primero vino de Moscú. Ahora se han derribado muchas barreras que mantenían en la inmovilidad a Europa Oriental y Central y, en general, a toda la región.

La profundidad de los cambios es subestimada no sólo por algunos políticos de los países socialistas, sino también de Occidente, pues ellos tampoco previeron cambios tan grandes y, por ahora, no tienen una receta preparada para reaccionar ante ellos. Hasta el presente se consideraba que los grandes avances en Europa transcurrirían por iniciativa de Occidente y conducirían a la creación del mercado europeo único. Pero, hoy día vemos que la importancia de esta medida pasa a un segundo plano frente a los cambios revolucionarios en Europa Oriental y Central. Está madurando la necesidad de crear un nuevo orden en toda Europa. Esta es una gran oportunidad para la civilización, la cultura y la integración europeas. La nueva mentalidad y las nuevas relaciones en el mundo hacen que pierdan su significado dominante los bloques tradicionales. Europa está dejando de ser una pelota en el juego entre las dos super-

potencias y, por primera vez en muchos años, tiene la posibilidad de ser ella misma, una Europa unida con sus tradiciones y su cultura.

Lo que acontece en Checoslovaquia es parte de este proceso general. Querámoslo o no, la historia de Europa es una. Si un pequeño Estado piensa que puede aislarse del desarrollo general y vivir por su propia cuenta, eso evidencia que ha perdido el sentido de lo real. Nosotros no podemos permanecer al margen.

Concretamente, ¿qué significa esto para nuestro país? Comencemos por los problemas económicos. La economía de Checoslovaquia depende muy fuertemente de la coyuntura paneuropea. Hay que tener en cuenta que el llamado mercado socialista ya no funciona como antes. En el mercado soviético está cambiando la estructura de la demanda, aparecen nuevas exigencias, y la venta en la URSS de nuestra maquinaria tradicional y de baja calidad no tiene grandes perspectivas. Se está agotando el esquema tradicional: exportación de maquinaria a cambio de materias primas, gas y petróleo. Nuestra industria puede satisfacer la demanda de 40-50 millones de personas, pero nuestro mercado interno está limitado a 15 millones. Si estamos perdiendo nuestras posibilidades de venta, entonces tenemos que resolver dónde estarán mañana nuestros mercados. No es tan fácil canalizar las exportaciones a los países no socialistas, debido a nuestro atraso en el nivel de la técnica y en la calidad.

Se plantean cuestiones muy complejas: ¿cómo competir en las nuevas condiciones? ¿Cómo tomar en consideración la coyuntura mundial e insertarse en la corriente integracionista general de Europa? ¿Cómo entablar nuevos contactos, liberalizar el comercio exterior y desarrollar una nueva cooperación productiva de nuestras fábricas? Se trata de empresas conjuntas con firmas de Europa Occidental, de nuevos vínculos políticos, sin los cuales es inconcebible fomentar los nexos productivos con los consorcios occidentales.

En suma, tienen lugar una transformación cardinal de la división internacional del trabajo en Europa, que se formó después de la Segunda Guerra Mundial; el rechazo a la existencia de dos agrupaciones económicas, en gran medida aisladas, y una reorientación sustancial del comercio exterior de los países socialistas, en particular, de Checoslovaquia. Hasta el presente, muchos camaradas en nuestros países no han tomado conciencia de esta transformación radical y siguen discutiendo acaloradamente sobre cómo

salvar el Consejo de Ayuda Mutua Económica en sus formas actuales, aunque los problemas son ya considerablemente más profundos y complejos.

La historia demuestra que la concepción de un mercado socialista aislado, con su soporte ideológico y teórico, que niega la existencia de una economía mundial única, ha resultado ser falsa, ha fracasado. Este es uno de los puntos neurálgicos centrales de la crisis del socialismo mundial, pues nuestro aislamiento del mundo exterior coadyuvó, en fin de cuentas, al atraso científico-técnico y económico, fue uno de los eslabones fundamentales del mecanismo de suicidio colectivo, al que contribuyó el sistema socialista. Y en la actualidad, cuando todos los países socialistas buscan las vías y posibilidades de salir de la crisis, la rectificación real de la política aislacionista del pasado desempeña un papel esencial. Hay que comprender que el sistema económico mundial único no dejó de existir porque nosotros hayamos salido de él, que ha logrado grandes éxitos en su desarrollo y que otra vez tenemos que aprender de él. Pensar que, sobre la base del plan de cooperación técnica elaborado por el CAME, podremos alcanzar en el año 2000 a los EE.UU. y Japón en el campo de la electrónica, así como en otros parámetros, significa rezar ante el monumento de un pensamiento no realista, ante las pirámides que han quedado de los tiempos del sistema de mando administrativo. Es necesario estructurar nuevos y flexibles mecanismos de cooperación con Japón, los EE.UU. y los grandes centros del progreso técnico en Europa. Y esto corresponde a los intereses del propio socialismo. Se requiere crear una moderna economía de mercado en los países socialistas.

Al propio tiempo, manteniéndonos en un terreno realista, debemos reconocer que tendremos que regresar a la economía mundial única debilitados, y que no podemos contar con condiciones ventajosas de ninguna clase. Pero, tampoco hay que caer de rodillas ante las dificultades, pues la economía mundial es profundamente diferenciada, y en ella tienen lugar los fenómenos más contradictorios. A la par con el desarrollo de los grandes consorcios transnacionales, se observa el renacimiento de la descentralización, y la electrónica y los ordenadores han insuflado nueva vida a cientos de miles de pequeñas firmas. Y ellas no se guían por motivos políticos ni por el anticomunismo. Ante todo les interesan los negocios, las transacciones honradas y los convenios de cooperación. Así, pues, es necesario ver que no vamos a caer en la esclavi-

tud, y que todo depende de cómo solventemos un problema tan agudo como es el de elevar nuestra capacidad competitiva. A su vez, el éxito en esta empresa depende de las reformas económicas internas, de la implantación del mercado, la competencia y una mentalidad de negocios moderna, de la elevación del nivel de preparación de nuestros ejecutivos, etc.

En suma, se requieren grandes cambios estructurales en nuestra economía y su organización. El Instituto de Pronósticos ha elaborado un programa de esta índole. Este es precisamente nuestro pronóstico social y económico hasta el año 2010.

¿De qué criterios han partido Uds. al modelar su pronóstico?

— El punto de partida de nuestro pronóstico es la situación crítica de la economía del socialismo, que contrasta objetivamente con un mundo exterior muy dinámico. Por esta razón, las trayectorias de los pronósticos no pueden ser arbitrarias. No tenemos mayores opciones, el camino es uno: reformas radicales. Nuestro pronóstico está vinculado estrechamente a la concepción de la reestructuración. No se trata de predecir un futuro luminoso, como algo ya listo que vendrá por sí mismo. Los modelos de un futuro luminoso, entre ellos los modelos de comunismo, hubo que substituirlos por un enfoque más realista, a saber: cómo crear mecanismos y condiciones reales que permitan mejorar realmente la situación. Es absurdo hacer un pronóstico partiendo del hecho de que en el actual mecanismo burocrático nada cambiará. En este caso, estamos sencillamente perdidos, las actuales autoridades serán barridas y llegarán nuevas fuerzas, quizás, antisocialistas. No se puede permitir tal cosa. Por eso nuestro pronóstico —para decirlo sucintamente— es la esperanza en una reestructuración radical, en reformas profundas.

El análisis del mundo exterior, al que ya me he referido, nos da algunos referentes que son de carácter obligatorio. A fin de desarrollarnos y llegar al nivel de las demandas contemporáneas, debemos, ante todo, transformarnos en una sociedad informatizada.

Desde luego, en un lapso tan pequeño no podemos crear una informática propia a nivel mundial. Por eso, nos planteamos una tarea más modesta: realizar una profunda modernización de la industria checoslovaca bajo este punto de vista, es decir, implantar ampliamente la electrónica, la dirección computarizada, el diseño por computadoras, etc.

¿Estamos en condiciones de cumplir

esta tarea? Nuestra actual estructura productiva se caracteriza por una gran inercia; además, los cambios afectarán los intereses de muchas personas: nuestros metalúrgicos, mineros, etc. Cuando nosotros nos referimos a la economía occidental, hacemos hincapié en los *lobby-men*, como si entre nosotros no hubiera grandes intereses de grupo, que obstaculizan los cambios estructurales: organismos ministeriales, autoridades locales, parte del aparato del partido. El actual mecanismo administrativo no acepta las iniciativas innovadoras, reaccionando ante ellas con gran retraso.

Otro referente es el ecológico. La amenaza al medio ambiente es particularmente peligrosa teniendo en cuenta nuestra superindustrialización. En el pasado, nos mofábamos injustamente de los sombríos vaticinios del Club de Roma. Desde luego, no hay que dramatizar la situación. Hay salida a la crisis ecológica. Lo que se requiere es reaccionar con mayor rapidez.

El análisis del futuro demuestra, asimismo, que cambia la actitud del propio ser humano hacia la sociedad, hacia sí mismo y la naturaleza; que se está formando, como nosotros decimos, una nueva escala axiológica de valores humanos. Al aumentar el tiempo libre, la gente puede dedicar más tiempo a sí misma, al desarrollo de sus dotes naturales; ante el hombre se abre, como jamás antes, su mundo emocional. Y nosotros debemos tener un gran respeto por las nuevas posibilidades y las nuevas demandas del hombre. Este es el referente número tres.

¿Cómo se imagina Ud. la subsiguiente elevación del nivel de vida? ¿Es posible el desarrollo de una sociedad de consumo en el socialismo?

— Todas las demandas de carácter obligatorio a las que me he referido demuestran que la sociedad ha madurado para cambios cualitativos en el nivel, el estilo y las condiciones de vida. Aunque en nuestras banderas teníamos escrita la justa previsión hecha por Marx de que el comunismo significa el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad, y de que la gente pasaría de la satisfacción de sus necesidades materiales al desarrollo de sus capacidades naturales, en la práctica hemos hecho muy poco para materializar este objetivo. En cambio, el Occidente, aunque no está de acuerdo con el comunismo, ha logrado en mayor medida dar este salto. Recuerde con cuánta frecuencia decíamos: lo principal no es la familia, sino la producción, cuál es tu ac-

itud hacia el país y el partido, cómo trabajas, si eres o no stajanovista. Pero, los intereses humanos son algo mucho más amplio. Son el amor, es decir, los hijos y la familia; son la poesía, la música, la naturaleza. Por supuesto, no todos deben ser obligatoriamente intelectuales. Pero, aun el hombre más sencillo, ama el aire puro, el buen pan y las relaciones honradas con sus semejantes. Estas son aspiraciones naturales de la gente.

El progreso económico y técnico ha llevado a la humanidad a ese Rubicón, tras el cual debe cambiar sustancialmente el propio ritmo de la vida humana y el individuo debe dejar de ser un apéndice de la industria. Si Ud. analiza el Programa del Partido Socialdemócrata de Alemania, verá que allí se plantean con toda claridad las cuestiones relacionadas con la reducción de la jornada laboral y la humanización del trabajo.

Es incuestionable que, desde el punto de vista económico, la humanidad ha llegado a una etapa de abundancia material. En los países industrialmente desarrollados la mayoría de la población ya satisface sus demandas. Esto nosotros lo identificamos con el comunismo. Pero, hoy por hoy, estas nociones están privadas de sentido histórico, por cuanto en los países desarrollados la mayoría de la gente con su dinero puede comprar, más o menos, lo que quiere. Así, pues, el problema de "a cada cual según sus necesidades" se vuelve más bien académico...

En vano nos apresuramos a criticar la sociedad de consumo, porque esta es una crítica demasiado ideológica y artificial. Ante los almacenes vacíos es absurdo lucubrar acerca de los peligros o daños del excesivo consumo.

No obstante, volvamos al tema de cómo la concepción que Uds. tienen acerca del nivel de vida se transforma concretamente en un pronóstico para Checoslovaquia.

— Si queremos igualarnos a las demandas que serán una norma en el futuro, ante todo debemos elevar el consumo real hasta el nivel de los países desarrollados. Sin esto, todo lo que proyectemos se levantará sobre la arena. No podemos plantear tareas más grandes, mientras no alcancemos un nivel de vida cualitativamente nuevo. Antes, empleamos consignas como "el comunismo es el Poder Soviético más la electrificación de todo el país". Ahora, nuestro objetivo es alcanzar un nivel de bienestar similar al de los países capitalistas desarrollados. En primer término nos atraen los ejemplos de los pequeños países de Europa: Austria y,

aún más, Suecia donde está bien desarrollada la esfera de la previsión social.

¿Podremos hacerlo? El análisis demuestra que Checoslovaquia es uno de los pocos países socialistas que cuenta con premisas favorables: una industria poderosa, mano de obra altamente calificada, tradiciones democráticas y elevado nivel cultural, o sea, todo lo que se requiere para, hasta el año 2000, o incluso un poco antes, alcanzar el nivel de los países que he mencionado.

Nosotros siempre hemos tratado de alcanzar y sobrepasar a estos países. Había el deseo, pero en la práctica ellos se alejaban cada vez más de nosotros. Hoy en día, nuestro atraso se vuelve crítico. Esto significa que el asunto no radica en los buenos deseos, sino en eliminar las barreras y los mecanismos de freno, e incorporar aquellos mecanismos que, por el contrario, nos lleven hasta esos objetivos. Puede decirse que en esto reside el quid de nuestro pronóstico. ¿Cuáles son las principales barreras? Unas tres o cuatro.

En primer término, la actual estructura de la economía checoslovaca es un obstáculo para la modernización. En nuestro país predomina el acero, el carbón, los minerales, la química tradicional y la industria del cemento. Estas ramas, que necesitan grandes insumos de capital por unidad de producción, incluso cuando se trata de la reproducción simple necesitan enormes inversiones. Esto no permite modernizar la industria transformadora y desarrollar la esfera de los servicios, que está muy atrasada en nuestro país. La vieja estructura impide acometer la electrificación y plantear la intelectualización de nuestra producción, la modernización de la química y la industria de la maquinaria, el desarrollo de la informática. Además, también se requiere efectuar una profunda modernización de las industrias ligera y alimenticia tradicionales. Esta tarea no se podrá cumplir si no superamos resueltamente la hipertrofia de nuestra metalurgia, de la extracción del carbón y de las empresas que producen en masa artículos con un bajo nivel de procesamiento de materias primas.

Pero, para nosotros está claro, y el análisis lo ha demostrado, que los cambios estructurales son inconcebibles sin una modificación del mecanismo económico. Esta es la segunda barrera que, por su importancia, habría que poner en primer lugar, pues si en el país funcionara una economía de mercado, nadie podría dejarse arrastrar por el voluntarismo y la creación de estructuras poco eficientes.

En Checoslovaquia, como país peque-

ño que depende en gran medida del comercio mundial, el desarrollo de una economía moderna de mercado deberá estar vinculado a la política del Estado. Está claro que si abrimos repentinamente nuestro mercado para la competencia exterior, se producirá indefectiblemente la ruina de muchas minas, acerías y otras empresas no rentables. Esto significaría arriesgarse a provocar una gran anarquía y el aumento de la tensión social.

Por eso, en nuestro pronóstico explicamos que la reforma económica no significa la simple introducción del mercado, que no es necesario hacer hincapié sólo en el mecanismo de mercado. La apertura de la economía está vinculada a un programa integral de avance hacia una nueva prosperidad, hacia una nueva eficacia. El Estado debe ayudar a eliminar la producción no rentable, a fin de no causar daño a grandes grupos de obreros. Hay que preparar, como sucedió en Suecia, planes especiales de recalificación de los obreros y elaborar una política de vivienda que garantice un tránsito más libre de la gente, pues en la actualidad cada uno, como un siervo, está atado a su casa.

Todo esto choca con una tercera cuestión, que es el punto central de todo el pronóstico. En las condiciones de Checoslovaquia, ni los cambios estructurales, ni los cambios en el mecanismo económico se los podrá realizar con éxito, sin una apertura total y gradual de la economía y su inserción en la división internacional del trabajo. No podremos efectuar una modernización estructural si no importamos en grandes cantidades tecnologías avanzadas, ante todo, artículos electrónicos, ordenadores. Si ponemos las miras en el desarrollo de nuestra propia producción electrónica, nos suicidaremos, ya que esto sería en extremo no rentable. En resumen, si Checoslovaquia no reanuda sus relaciones tradicionales con Europa Occidental y otros países desarrollados, si no sale de su actual aislamiento, no podrá acometer la modernización ni resolver el problema del nivel de vida. Para nosotros está claro que en el mercado de consumo debe haber un surtido mundial. Este es un imperativo categórico. Sabemos, por ejemplo, que Suiza importa anualmente cerca de 1.500 dólares per cápita en artículos de consumo; en cambio, nosotros apenas unos 12 dólares, si tenemos en cuenta la diferencia en la calidad de los artículos de amplio consumo que importamos de los países socialistas.

Así, pues, es necesario liberalizar el comercio exterior, abrir las importaciones de capitales y pasar a las empresas mixtas. Los pequeños Estados de Europa

Occidental con una industria de la maquinaria desarrollada, como, por ejemplo, Bélgica o Suecia, exportan el 70% de su propia producción de maquinaria y equipos, y una proporción igual de sus propias necesidades en maquinaria la satisface a cuenta de las importaciones. En nuestro país este índice es apenas del 30%.

Pero, aunque abrir la economía es necesario, hay que hacerlo con cuidado, pues, por ahora no tenemos capacidad competitiva. Si simplemente abrimos la economía, Occidente nos comprará, puesto que la cotización de la corona caerá bruscamente y una cantidad cada vez mayor de nuestra riqueza nacional sería transferida al extranjero. Caería el nivel de vida. Por esta razón se requiere tomar una serie de medidas a fin de elevar la capacidad competitiva de la economía checoslovaca. Y esto es obra del Estado, del mercado y de cada empresa.

Y en este punto nos acercamos a la cuarta cuestión: la reforma política. Hay que comprender que no se trata de una cuestión de opción. El asunto no es si la queremos o no. Si no comprendemos que el proceso de cambios estructurales, de modificaciones radicales en el mecanismo económico y de apertura del mercado es un proceso social, un proceso en el que se enfrentan intereses profundamente diferenciados, y si no podemos dirigirlo, la reforma estará condenada al fracaso.

La esencia de la reforma política y su sentido histórico, en la situación actual, residen en dar libre curso al desarrollo de la energía creadora de la gente. Si hasta el presente utilizamos nuestras capacidades productivas en el 30%, la riqueza de pensamiento y sentimiento de nuestro pueblo la empleamos en no más del 10%. Si no abrimos este potencial, si no desarrollamos la iniciativa creadora, no podremos dominar las tecnologías avanzadas. Vuelvo a mencionar lo que dije al principio: no hay que dejarse llevar por el optimismo tecnocrático. Sin nuevas motivaciones sociales no habrá éxito ni en la electrónica ni en la automatización. Esto es particularmente importante, pues antes, en aras de la manipulación burocráti-

ca de la economía y de la gente, no sólo no se fomentaba esta riqueza interna fundamental, sino que incluso, puede decirse, era mucho lo que quedaba como capital muerto. Hay que despertar a la gente de su letargo, de su obediencia mecánica a las autoridades centrales y sus decisiones; hay que hacer que desarrolle la iniciativa propia en sus empresas, en sus cooperativas, en sus granjas. Se trata de una profunda reestructuración social, que es imposible sin la reforma política. Sólo ella infunde confianza en la gente y crea esa nueva atmósfera social que le permite creer que tiene sentido arriesgarse, porque la economía contemporánea no puede trabajar sin riesgo, sin competencia.

Es necesario que la gente no sólo se sienta satisfecha materialmente, sino también contenta de vivir, que nadie le obligue a hacer nada en contra de su voluntad ni le diga cómo debe vivir. El hombre moderno no puede existir sin una democracia auténtica y plena, sin libertad. Por consiguiente, la reforma política no sólo es un medio para implementar la reestructuración económica, como a veces decimos con pudor. Debemos hablar claramente, y a plena voz: no sólo es el medio fundamental, sin el cual no puede haber progreso, sino también el objetivo principal. Por cuanto nosotros ahora no sólo regresamos mecánicamente a los valores intrínsecos del socialismo, sino que los reformulamos y los hacemos más atractivos para la sociedad contemporánea, procurando que reflejen los nuevos valores humanos, que corresponden al desarrollo global, a fin de que sean inscritos en las banderas de nuestro humanismo socialista.

En este sentido, nuestro pronóstico se ha convertido en Checoslovaquia en el centro de apasionadas discusiones, en el centro del debate. Cuántas amenazas hemos escuchado, cuántas veces hemos sentido desconfianza, temor, optimismo, respaldo, pero considero que tales cosas son inevitables. En fin de cuentas, nosotros no hacemos pronósticos de las cosas, sino de los intereses de la gente, que aho-

ra ya sabe firmemente cómo quiere vivir y cómo no quiere vivir. No quiere vivir en casas prefabricadas grises, no quiere tener un servicio de salud pública corrompido con su organización burocrática, defiende la ecología y necesita aire puro. Nuestro pronóstico hasta tal punto está vinculado a la gente y sus intereses, que a nuestros grandes científicos puede decirse que los conoce todo el mundo.

□ *¿Considera Ud. que el pronóstico de Uds. se hará realidad?*

— Pienso que sí. Primero, porque refleja demandas y tendencias objetivas en el planeta. Si antes nuestra teoría partía de especulaciones abstractas y ocultaba la interpretación real del mundo real, hoy partimos del mundo real y su comprensión.

Segundo, el pronóstico refleja una oportunidad objetiva, una nueva posibilidad para el socialismo y para nuestro país. Sólo es cuestión de tiempo que el pueblo emprenda el camino de la reestructuración en Checoslovaquia.

Tercero, el pronóstico refleja las demandas de la gente, los ánimos de las masas. Las reformas no deben golpear a las personas socialmente débiles, a los obreros; no deben ir contra las ideas del socialismo; no deben ser implementadas en perjuicio del nivel de vida. Sé que en Occidente consideran que la reforma tiene costos sociales, que el camino de las reformas pasa a través de crisis. Yo no creo en tal cosa. Si todo se hace con sensatez, no habrá lugar para las crisis y las injusticias.

Las masas que han soportado tantos años no deben pagar otra vez para que en el futuro sus hijos no sufran. Que por los pecados del pasado pague el Estado. Tiene suficientes recursos que se gastan en necesidades militares, en el parasitismo de la burocracia y en otros fines no productivos. Reformas que partan de estos principios no pueden dejar de tener el apoyo del pueblo.

El arma sin usar se oxida

LUMIR HANAK

Últimamente la palabra diálogo se utiliza cada vez con mayor frecuencia. Unos lo proponen, otros lo exigen y hay incluso quien trata de imponerlo. No pecaré contra la verdad si digo que entre nosotros, los comunistas, se oyen también llamados oficiales a entablar el diálogo, mientras que, en realidad, no existe mínima disposición a discutir. Durante el último período histórico los comunistas se hicieron a la idea de que "la dirección del partido y del Estado" era la que trazaba la línea y que no había espacio en el partido y en la sociedad para que esta línea pudiera ser sometida a discusión democrática alguna.

Todo esto está en franca contradicción con nuestras tradiciones revolucionarias, ya que el triunfo de la revolución socialista en Checoslovaquia fue la culminación de un diálogo en que participó todo el pueblo y en el marco del cual la propaganda y defensa verbal y escrita de nuestras ideas reveló su capacidad de organización, movilización y agitación.

Pero, como se dice, los errores se repiten. El hermetismo político sofoca la actividad de los militantes. El aparato administrativo, una ideología estatizada y la plenitud de poder estatal inducen al partido a "dormirse en los laureles". Son cosas que sabemos por experiencia propia desde hace más de 20 años.

Las enseñanzas del desarrollo crítico en el Partido Comunista de Checoslovaquia y la sociedad después del XIII Congreso del PCCh¹ habían de convertirse en el principal acto ideológico de nuestro partido a raíz de los conocidos sucesos de agosto de 1968.

Las enseñanzas... vienen a ser una síntesis de la experiencia acumulada tal como la veían entonces sus autores. Normalmente debían servir para fomentar la discusión, el diálogo, invitar a proseguir los eternos y nunca definitivos debates propios de una sociedad que se desarrolla dialécticamente. En el XIV Congreso del partido² *Las enseñanzas...* fueron aprobadas en tanto que documento oficial del partido, que luego fue editado en grandes tiradas y en muchas lenguas. Gradualmente este documento fue "canonizado", lo cual, a su vez, lo convirtió en una especie de conjuro. Así se explica que hoy, a 20 años de aquellos acon-

A principios de noviembre de 1989, el representante del Partido Comunista de Checoslovaquia en *Revista Internacional* LUMIR HANAK, escribió para el órgano del CC del PCCh, *Rudé právo*, un ensayo político titulado *Diálogo*, que no fue publicado en ese periódico. Ofrecemos a continuación a nuestros lectores una versión del texto original del mencionado ensayo, con pequeñas abreviaciones que no alteran el contenido.

tecimientos, permanezcan inmutables muchas cosas equivocadas con las que nos enfrentamos antes de enero de 1968³ y que fueron criticadas con toda justeza en *Las enseñanzas...* Este es un hecho al que deberíamos prestar más atención.

En *Las enseñanzas...* se decía que, después de enero de 1968, ante la dirección del partido se planteó una serie de importantes tareas. Una de ellas consistía en, "tomando como base y aprovechando el apoyo a los acuerdos del Pleno de enero expresado en forma espontánea por el partido y el pueblo, desplegar la actividad en la lucha por superar los obstáculos que se interponen en el camino del desarrollo ulterior del socialismo en Checoslovaquia...".

Esperábamos que la "nueva dirección" que ascendió al poder en abril de 1969 cumpliría esta tarea durante el período de consolidación. Pero, lamentablemente, en este período se habló muy poco de "enero". La "nueva dirección" no rehabilitó el "enero desacreditado" y con ello volvió a desperdiciar la oportunidad que nos brindaba "enero" para construir "un socialismo mejor". Es una lástima, porque es precisamente en los planteamientos de "enero" y en el actual y edificante ejemplo del PCUS donde debemos buscar las bases ideológicas para la reestructuración checoslovaca.

En lugar de entablar la "lucha política e ideológica" como lo exigían *Las enseñanzas...*, la "nueva dirección" se dedicó a embalsamar las viejas posturas. La actividad de las masas, que ansiaban el diálogo, no fue apoyada. La "nueva dirección" prefirió apaciguarlas mediante una política de "bienestar", que propiciaba la expansión de la ideología consumista.

El diálogo, como fuente permanente de autorrenovación, se iba extinguiendo ya que no se crearon suficientes estímulos

efectivos ni para un libre esfuerzo clarificador a nivel del lenguaje, ni para terminar con clisés que lastraban el pensamiento ni para que se pudieran expresar nuevas ideas, sin temor a los riesgos.

La proclamación de la política de reestructuración y de democratización en la RSCh debía haber desempeñado el mismo papel histórico que el enero de 1968. Trátese no sólo de entrar en una etapa superior del socialismo —ya que la forma actual del mismo ha agotado sus posibilidades— sino, ante todo, de corregir oportunamente los errores y deformaciones que marcan el presente momento de desarrollo.

Cuanto más demoramos el inicio del diálogo y de los procesos de profunda democratización en la práctica, más complicada se vuelve la situación. La experiencia de nuestros vecinos confirma esta relación.

El diálogo es una forma de conocimiento, es la clave para resolver problemas que pueden parecer irresolubles. El diálogo permite ganar nuevos partidarios y derrotar a los adversarios. Además, el diálogo permite aprehender muchos elementos nuevos e impulsar el desarrollo de la teoría y la práctica del amplio poder popular. Es también el camino para llegar a un sano acuerdo basado en concesiones recíprocas. ¡Aprendamos, pues, nuevamente a dialogar!

El diálogo debe volver a ser lo que fue antes: una parte integrante de nuestro quehacer político; que no un recurso excepcional, de cara a la galería, ni menos aún, una medida sensacionalista. Debe permitir que formulen iniciativas y propuestas todos aquellos que desean hacerlo de manera natural y en voz alta, así como hacer posible que los comunistas sean escuchados con todas sus opiniones acerca de estas propuestas. El derecho a hablar y ser escuchado pertenece a todos y a cada uno: tanto a los jóvenes de poca experiencia, como a los sectores más maduros de la sociedad, incluidos los ex miembros del partido, que no deben ser tratados como elementos antisocialistas.

El diálogo es un método para revelar la verdad. Quien no le abre la puerta, la cierra a la dialéctica. Sin el diálogo no habría leninismo. Porque el leninismo no apareció como los diez mandamientos, por obra y gracia divina, sino que surgió de las discusiones que sostuvo Lenin tanto con sus partidarios como con los adversarios. Lenin ponía de manifiesto las contradicciones dialécticas, y entablaba el diálogo no por selección

subjetiva, sino con aquellos con quienes había que dialogar.

El diálogo no es una forma de sondeo. Implica discusión, controversia, lucha.

También la sociedad socialista tiene sus contradicciones. El diálogo es el camino para resolverlas. Por parte del PCCh, presentar sus opiniones como algo indiscutible y no sujeto a confrontación con los pareceres de otros sería incurrir en un grave error. Y más grave aún sería el querer someter por fuerza a quienes manifiestan justo descontento. No es así como llegaremos al triunfo del socialismo. Por ese camino sólo se puede "argamasar" lo viejo. Sin embargo, los comunistas no hemos dado muestras suficientes de sabiduría, aunque deberíamos ser conscientes, por lo menos, de que la única vía para solucionar los problemas acumulados y corregir los errores es la reestructuración, la cual supone, como parte integrante, el diálogo. Un diálogo abierto, honesto, libre, culto y no punible. Este es el camino que lleva al conocimiento y la transformación del mundo, al conocimiento y la reconstrucción de nuestra sociedad.

Sabemos, por supuesto, que no toda discusión es fructífera, culta y honesta. Pero los avances del diálogo en nuestro país son por ahora demasiado tímidos para que podamos pensar en restringirlo. El factor decisivo para lograr cierta calidad del diálogo es la capacidad de crear las condiciones adecuadas. Y quienes deben revelar esa capacidad son, ante todo, los eventuales interlocutores de mayor veteranía, los más fuertes y sabios, los que tienen en sus manos el poder y desean afianzarlo. El diálogo es el método más apropiado para ello.

Los preparativos con miras a la renova-

ción han mostrado que en nuestra sociedad socialista crece el imperativo de emprender modificaciones estructurales, surgen nuevos sectores de trabajadores, está cambiando en parte el propio concepto de "clase obrera". Hay que luchar por esta joven generación, por los nuevos sectores de la sociedad. Lo que está en juego es la forma en que éstos van a desarrollar sus criterios políticos. La falta del diálogo empuja a quienes se consideran privados de la posibilidad de expresar libremente sus ideas acerca del socialismo, a cerrar filas en una misma multitud con aquellos elementos que, desde posiciones provocadoras, actúan contra el socialismo.

Y esto ocurre en momentos en que el partido está en condiciones de dominar con habilidad, sabiduría y cultura la situación convenciendo al mayor número posible de jóvenes y gente carente de experiencia de que, en el contexto creado, el mejor camino hacia el futuro es reconstruir el socialismo y no volver al pasado, al capitalismo.

Dialogar significa revelar más ampliamente las potencialidades del socialismo.

En la presente situación, muy compleja, pero que no es una situación revolucionaria, los partidos comunistas del mundo entero ven en el diálogo una forma de buscar aliados en su lucha por las reivindicaciones de la clase trabajadora, por la supervivencia de la humanidad. El diálogo les sirve para anudar nuevos vínculos con distintas fuerzas políticas en función de tareas que no pueden resolver por separado. De igual modo el diálogo es para nuestro partido un medio para establecer nuevas relaciones con otras fuerzas activas y creadoras que no integran el Frente Nacional de Checoslova-

quia. La incorporación de estas fuerzas al Frente Nacional en calidad de aliados sería útil tanto para nuestra reestructuración como para el propio Frente, sólido pilar de nuestro sistema político, que ha ido renovándose en todas las etapas de importantes cambios históricos. Hay una realidad: es imposible reestructurar la sociedad socialista checoslovaca sin la reestructuración de nuestro Frente Nacional.

En primer lugar, el diálogo es de vital importancia para el propio PCCh, empujando por su Comité Central. Es imprescindible para sacar al partido de la pasividad ideológica, elevar su prestigio y afianzar la fe del pueblo en el socialismo.

Temer el diálogo es propio de tontos, de gente que no sabe que el arma sin usar se oxida, que sin la afluencia de sangre nueva todo linaje degrada y se extingue, y que el estancamiento intelectual conduce a la crisis filosófica, la crisis teórica, la crisis de la práctica revolucionaria.

* * *

Nota de la Redacción. Los acontecimientos en Checoslovaquia se desarrollaron con tanta celeridad que a partir del veinte de noviembre, a lo largo y ancho del país se desplegó el diálogo en las plazas y calles, en las aulas universitarias, en las fábricas, en las organizaciones sociales e instituciones públicas, en las salas de teatros, en la televisión y la radio y en otros medios de comunicación. Se abrió el diálogo entre el PCCh y el Foro Cívico, entre otras formaciones, grupos y clubes, así como entre personalidades políticas de diferentes credos.

Actuar con honestidad y buena voluntad

CESTMIR CISAR

Después de leer el manuscrito del artículo de Lumír Hanák, quisiera, ante todo, volver a los acontecimientos de 1968 y a los años que los siguieron.

Empezaré por evocar el Pleno de enero (1968) del CC del PCCh y las posibilidades que existían a la sazón para el renacimiento del socialismo, posibilidades que fueron desaprovechadas debido al desa-

Cestmír Cisar (n. en 1920) es sociólogo y politólogo; de 1963 a 1965, desempeñó el cargo de ministro de Educación y Cultura de la RSCh y en 1968, los de secretario del CC del PCCh y Presidente del Consejo Nacional Checo; es autor de un gran número de trabajos políticos y científicos. Después de ser expulsado del PCCh, en 1970, trabajó en la Sociedad de Protección de los Monumentos Históricos; es uno de los fundadores del club *Obroda* (Renacimiento), del que salió a mediados de diciembre de 1989. Fue promovido candidato a Presidente de la RSCh.

rollo posterior de los acontecimientos, especialmente después de abril de 1969.

En mi opinión, aquel enero no hizo más que entreabrir la puerta para el despliegue de la ofensiva reformadora (tanto dentro

del CC del PCCh como en todo el partido, en general) contra la dirección de entonces con A. Novotny a la cabeza. Fue en los meses posteriores al Pleno cuando el proceso de renacimiento empezó a cobrar ver-

dadera fuerza. En el partido y en la sociedad maduraba la comprensión de las posibilidades que se abrían para desarrollar el socialismo en Checoslovaquia a través de la democratización de la vida social.

Este proceso, sin embargo, no fue exento de contradicciones. Mientras la sociedad expresaba mayoritariamente su apoyo y plena confianza a la nueva dirección del PCCh, encabezada por Alexander Dubcek y partidaria del renacimiento, en el seno del partido se libraba una batalla entre los adictos a la línea vieja y el ala reformista.

En los altos escalones del partido, así como entre los miembros del Comité Central, dominaban las fuerzas conservadoras, que temían la democratización y entendían el papel rector del PCCh sólo en términos de afianzamiento de su monopolio del poder y de dirección del Estado y la sociedad por medio de directivas.

Fue en el Pleno del Comité Central celebrado a principios de abril de 1968, cuando se logró modificar un tanto la composición de la Presidencia del CC del PCCh en favor del ala progresista. El Pleno del CC apoyó la propuesta de realizar cambios en el Gobierno y el Parlamento, presididos por O. Cerník y J. Smrkovsky, respectivamente. Sólo a partir de ese momento cabe hablar de un auténtico viraje hacia la interpretación del socialismo en tanto que democracia verdadera, cuyos objetivos y vías de consecución fueron definidos en el *Programa de Acción*, aprobado en dicho Pleno.

Es de señalar que los cambios que permitieron abrir de par en par las puertas hasta entonces apenas entreabiertas, despejar el camino hacia la democracia, se operaron como resultado del auge inusitado de la actividad de todo el pueblo y una amplia incorporación a la vida política de los trabajadores, que recibieron plena libertad de expresión y acceso a los medios de información, a lo que V. I. Lenin llamara la *bulliciosa democracia popular*. Creo que sin esa "voz del pueblo" no hubiera sido posible imprimir un viraje a la línea política del partido ni lograr los cambios proclamados en el Pleno de abril (1968) del CC del PCCh.

¿Por qué pienso así? Porque así lo indica todo lo que ocurrió luego en el partido y en la sociedad, el desarrollo mismo de los sucesos en los meses posteriores. El proceso democratizador reveló muchos puntos neurálgicos en la anterior actividad del partido y, sobre todo, en la de sus dirigentes: su incapacidad para comprender y solucionar los problemas reales de la vida económica, de política social, la cultura, la sanidad, etc. Detrás de los errores cometidos estaban personas concretas que ocupaban cargos de dirección. La oleada de transparencia infor-

mativa descubrió los yerros de esta gente e hizo posible criticarlos ampliamente. Fueron esos hombres los primeros en oponerse al nuevo rumbo político, pretextando que éste suponía un peligro para el socialismo y creaba desunión y desorden en la sociedad, aunque, las verdaderas razones eran bien diferentes: lo que los movía era el deseo de mantener intactas sus posiciones personales. Apañaban fracciones con el propósito programático de frenar el proceso renovador, revertirlo y apuntalar la vetusta concepción dogmático-sectaria —o, mejor dicho, estalinista—, del socialismo.

La actividad de las fuerzas conservadoras lastraba al partido y fue objeto de constantes y agudas críticas por parte de las masas. Los intentos de separar de la dirección por lo menos a los elementos más comprometidos por el daño causado al partido sólo tuvieron éxito parcial. De ahí que resonara cada vez con más fuerza la demanda de convocar un congreso extraordinario para elegir un nuevo Comité Central del partido. La dirección del PCCh se hizo cargo de ello. El congreso fue fijado para septiembre de 1968. Pero no llegó a celebrarse, ya que en agosto las tropas aliadas entraron en Checoslovaquia y la dramática evolución de los acontecimientos a partir de ese momento condujo a la suspensión de los procesos democráticos y, finalmente, a la caída de la dirección reformista de Dubcek, que fue sustituida por una dirección neoconservadora, encabezada por G. Husák. Ello sucedió en el Pleno del CC del PCCh, celebrado en abril de 1969.

El PCCh entró en un nuevo viraje, al que se caracterizó, desde el principio, por la falta de racionalismo político, pero estaba marcado, en cambio, por el exceso de emociones y decisiones precipitadas. Se relegaron al olvido todos los pasos reformadores de 1965-1968 y se derogó la reforma económica, que se desarrollaba con éxito y que, precisamente en 1968 y 1969, ya estaba dando excelentes resultados. Se detuvo por completo el proceso de democratización, al tiempo que desaparecía la transparencia informativa. La dirección burocrática "renovada" reimplantó formas centralizadas de administración, que encadenaban la iniciativa en la ciudad y el campo y que, en lo ulterior, condujeron a la adopción de directrices y disposiciones incompetentes en detrimento del país y de la sociedad. La cultura fue objeto de toscas reglamentaciones. En la esfera educacional, las tradiciones, avaladas por la experiencia, que partían de un enfoque diferenciado, articulado con las necesidades de la economía nacional en cuadros calificados, fueron borradas en la forma más absurda, lo cual no podía menos de

afectar el nivel de preparación en todos los eslabones de la enseñanza.

El reforzamiento del papel dirigente del PCCh —entendido de modo estalinista— se convirtió nuevamente en línea maestra de la nueva política conservadora que conducía al estancamiento. Nuestro país cuenta con tradiciones, nacidas hace más de un siglo, de libre pensamiento, de vida social democrática, de pericia profesional y desarrollo cultural. De modo que el retorno a la interpretación del papel dirigente del partido como un centro omnisciente e infalible, entraba en contradicción con toda la gama de condiciones específicas y peculiaridades de nuestra sociedad. Desde el comienzo mismo, estaba claro que rigiéndose por tal enfoque no se podía conseguir éxitos duraderos.

Los autores de tal política debían de comprenderlo, puesto que tomaban unas decisiones y creaban un régimen que violaba el enunciado fundamental de nuestra Constitución, según el cual todo el poder pertenece al pueblo. El poder se fue concentrando por entero en manos de un reducido grupo de oligarcas partidistas. Cualquier resistencia por parte del cuerpo social, aunque se tratase de una simple opinión expresada públicamente que no coincidiera con lo que decía la dirección del país, era reprimida; el "culpable" era castigado por vía administrativa o judicial. El partido dejó de apoyarse en los ideales socialistas. Buscaba soporte en los elementos represivos del poder. La situación dentro del PCCh se caracterizaba por la liquidación de la democracia interna en favor de un rígido sistema de centralismo y obediencia. Muchos funcionarios no sólo se deleitaban con el poder sino que adoptaban actitudes de autocomplacencia, incurrieron en hechos de malversación y corruptelas. Esta situación se prolongó hasta los últimos días.

Durante todo ese tiempo, la dirección del partido no prestó atención a las advertencias emitidas desde la base y también por ex comunistas, que habían sido expulsados del partido en la primavera de 1970 en el marco de la drástica purga que afectó a todos los partidarios de las reformas y a los cuadros del partido del equipo de 1968. Yo también pasé por todo eso. Me dirigí por escrito a G. Husák y, luego a M. Jakes y a otros dirigentes, señalándoles que la situación empeoraba, que el partido se aislaba cada vez más del pueblo, que aumentaban las tensiones en la sociedad y que era necesario cambiar la política y emprender reformas... Todo fue en balde.

Desde que Mijaíl Gorbachov se puso a la cabeza del PCUS y empezó la grandiosa reestructuración (perestroika) democrática del socialismo en la Unión Soviética, cientos

de politólogos, economistas, juristas y otros especialistas hicieron propuestas, basadas en profundos análisis, para evitar la crisis y realizar reformas renovadoras en Checoslovaquia. Otra vez, en vano. Se hablaba mucho de reestructuración, pero nada cambiaba...

Hasta que llegó el momento de la verdad, y la paciencia popular reventó. La soberbia de los conservadores, su ceguera, su incapacidad para dialogar con la opinión pública y sus respetables exponentes, para buscar y hallar salidas de la crisis, para acometer una renovación real, todo esto decidió la suerte de los amigos del estancamiento. El partido fue a parar a una situación de profunda crisis, y se puso en peligro el futuro del socialismo. Estos conservadores entrarán en la historia de nuestro país como sepulcros de las esperanzas y los anhelos sociales del pueblo que estaban relacionados exclusivamente con el socialismo y sus valores populares.

Veinte años atrás desaprovechamos la oportunidad de materializar nuestras ideas en una sociedad democrática, socialmente justa, culturalmente madura y libre en su desarrollo. Y ahora nos hallamos entre los

escombros de un régimen obsoleto, que hizo todo lo que se podía hacer para que el socialismo quedara desacreditado. Buscamos entre las cenizas ascuas y chispas que permitan encender de nuevo la esperanza en los corazones de la gente.

Una de estas chispas fue la aparición del club por la reestructuración socialista: *Obroda*. Su programa incluye la depuración del ideario y la praxis socialistas en un contexto de democracia, de independencia nacional, de derechos y libertades del hombre y de cooperación internacional. El periódico *Rudé právo* publicó el primero de diciembre el manifiesto de *Obroda* sobre los problemas actuales de la reestructuración en Checoslovaquia. Se están creando otras formaciones de iniciativa democrática con propósitos similares. El programa publicado a principios de diciembre de 1989 por la nueva dirección del PCCh, presidida por Karel Urbánek contiene planteamientos afines a los de dichas agrupaciones. Otro tanto han hecho los demás partidos que tradicionalmente integran el Frente Nacional de Checoslovaquia.

El que compare todos estos documentos, verá que no contienen diferencias irre-

conciliables, lo cual, ya de por sí, podría ser una garantía de que la crisis en Checoslovaquia sea superada por vía pacífica, rápida y sensatamente, siempre que todos los participantes en el acontecer actual obren con honestidad y den muestras de buena voluntad, sin poner por delante sus intereses estrechos y egoístas, sino, por el contrario, situando por encima de todo los intereses del pueblo y del Estado checoslovaco, así como los intereses de la cooperación europea en condiciones de paz y de libre opción.

¹ Documento aprobado en el Pleno de diciembre de 1970 del CC del PCCh (el XIII Congreso del PCCh se celebró en mayo-junio de 1966).

² El XIV Congreso del PCCh tuvo lugar en mayo de 1971.

³ En enero de 1968 se celebró un Pleno del CC del PCCh que realizó cambios en la dirección del partido: A. Novotny, quien encarnaba la ineficiencia del partido, fue destituido del cargo de Primer Secretario del CC, y se eligió una nueva Presidencia del CC, encabezada por A. Dubcek.

Presentamos a...

LADISLAV ADAMEC,

Presidente del Partido Comunista de Checoslovaquia, elegido para este cargo en el Congreso extraordinario del PCCh (20 al 21 de diciembre de 1989).



Ladislav Adamec, hijo de mineros, nació el 10 de septiembre de 1926 en la ciudad de Frenštát pod Radhostem. En 1946 ingresó en el PCCh. De 1945 a 1952 fue asesor de planificación y, más tarde, vicedirector de una fábrica de la empresa nacional Optimit.

De 1955 a 1956 trabajó en la empresa nacional MEZ, en Frenštát. Desde 1956 hasta 1958 presidió el Comité Nacional en el distrito de Frenštát pod Radhostem. En 1961 terminó los estudios en la Escuela Política Superior del CC del PCCh. De 1960 a 1962 encabezó una comisión provincial de planificación y ejerció la vicepresidencia del Comité Nacional de la región de Moravia del Norte. De 1963 a 1969 fue jefe de departamento del CC del PCCh. En 1966 fue elegido miembro del CC del PCCh y, en 1967, de su Presidencia.

De 1969 a 1986 ejerció la vicepresidencia y, desde 1987 hasta 1988, la presidencia del Gobierno de la República Socialista Checa y la vicepresidencia del Gobierno de Checoslovaquia. De 1988 a diciembre de 1989 presidió el Gobierno Federal.

VASIL MOHORITA,

Primer Secretario del CC del Partido Comunista de Checoslovaquia, elegido para este cargo en el mismo Congreso extraordinario del PCCh



Vasil Mohorita nació el 19 de septiembre de 1952 en la capital de Checoslovaquia. Trabajó como mecánico de automóviles. Milita en el PCCh desde 1970. Trabajó como instructor del Comité de Praga de la Unión Socialista de la Juventud (USJ). De 1971 a 1972 estudió en la Escuela Superior de la Juventud Comunista adjunta al CC de la Unión de Juventudes Comunistas Leninistas de la URSS, en Moscú; luego, se desempeñó como instructor en el Comité de Praga de la USJ. De 1973 a 1974 fue secretario de un comité distrital de la USJ en Praga. En 1976, después de hacer el servicio militar, presidió un comité distrital de la USJ en la capital del país.

De 1978 a 1982 estudió en la Escuela Política Superior del CC del PCCh. En 1982 fue elegido secretario del CC Checo de la USJ; en 1986 pasa a ejercer la presidencia de este último organismo, desempeñando al mismo tiempo la vicepresidencia del CC de la USJ de Checoslovaquia. Desde 1986, miembro suplente y, a partir de 1988, miembro efec-

tivo del CC del PCCh. Desde 1986 es diputado del Consejo Nacional Checo, de cuya Presidencia fue miembro de 1986 a 1987. Desde 1987 preside el CC de la USJ de Checoslovaquia. En 1988 fue elegido miembro del Secretariado del CC del PCCh. Desde noviembre de 1989 es miembro de la Presidencia y secretario del CC del PCCh.

Opiniones sobre la revalorización de Agosto de 1968

Comunistas de diversos países comentan la Declaración de cinco Estados del Tratado de Varsovia

ANTONIO GRANJA, miembro del CC del PC Brasileño:

Lamentablemente, aún no hemos descubierto una forma adecuada de influir en cada proceso de deterioro en gestación y, por eso, nos encontramos frente a hechos consumados, como aconteció con el culto a la personalidad y ahora con la crisis del socialismo. En mi opinión, la crisis ha sido resultado de un prolongado proceso de deterioro de las relaciones del partido y el Gobierno con el pueblo, que lleva a un abandono de la educación política e ideológica de las masas, por un lado, y a la falta de control del partido en general, lo que ha permitido el abuso del poder.

Durante los acontecimientos de 1968, nuestro Comité Central no vaciló en apoyar a la Unión Soviética, lo que era natural debido al período coyuntural que vivíamos. Los pocos camaradas que se pronunciaron contra la ocupación, considerándola una violación de la soberanía de Checoslovaquia, llevan hasta hoy el martelete de antisovietismo dentro y fuera del país.

La falta de libertad de expresión en nuestras propias filas y el miedo de ser acusados de interferir en los asuntos internos de otros partidos hermanos, nos llevaron a guardar silencio frente a claros errores y desviaciones de la burocracia, que se había desligado de las masas en los países socialistas. Ahora tenemos que pagar un doble precio: por considerar que la crítica de los errores era una injerencia, y por cuanto con nuestro silencio no contribuimos a prevenirlos.

Esta es la razón por la cual considero necesario expresar hoy abiertamente mi posición respecto a estos acontecimientos del pasado, y mirar valientemente sus desastrosas consecuencias para facilitar la salida de la crisis.

"Reunidos en Moscú, el 4 de diciembre de 1989, los dirigentes de Bulgaria, Hungría, la RDA, Polonia y la Unión Soviética han declarado que la entrada de tropas de sus Estados en la RSCy, en 1968, constituyó una injerencia—que debe ser condenada—en los asuntos internos de la Checoslovaquia soberana.

"Habiendo interrumpido el proceso de renovación democrática en Checoslovaquia, este acto injustificado tuvo consecuencias negativas a largo plazo. La historia confirma cuán importante es, incluso en las situaciones internacionales más complejas, utilizar medios políticos para solucionar cualesquiera problemas y respetar irrestrictamente los principios de la soberanía, la independencia y la no injerencia en los asuntos internos en lo que se refiere a las relaciones entre los Estados, lo que responde a los postulados del Tratado de Varsovia."

Junto con este documento, en diciembre de 1989, también se hicieron públicas sendas declaraciones de los Gobiernos de la URSS y de Checoslovaquia sobre la misma cuestión. En la primera se señala que, en 1968, la dirección soviética de aquella época adoptó, en el debate interno que tenía lugar en Checoslovaquia sobre tareas que habían madurado objetivamente, la posición de una de las partes. La justificación para este enfoque no equilibrado y no adecuado, y para la injerencia en los asuntos internos de un país amigo, se veía en aquel entonces a la luz de la aguda confrontación Este-Oeste. El Gobierno de la República Socialista de Checoslovaquia ha declarado su disposición a, junto con los cinco Estados que participaron en esa acción, crear un equipo de historiadores que estudien todas las circunstancias de los acontecimientos de Agosto de 1968.

En su tiempo, estos acontecimientos fueron evaluados de manera diversa en los documentos oficiales de los partidos comunistas y obreros del mundo, e influyeron en su actividad y en su vida interna. Es comprensible que los documentos publicados hayan sido recibidos con vivo interés por los comunistas de diversos países que trabajan en *Revista Internacional*, viven en Praga y son testigos oculares de los procesos que tienen lugar en Checoslovaquia. Algunos de ellos expresan en estas páginas sus breves comentarios sobre la Declaración Conjunta de los cinco países del Tratado de Varsovia.

BERT RAMELSON, representante del PC de Gran Bretaña en *Revista Internacional*:

Aplaudo la tardía Declaración que reconoce como un error que merece ser condenado la interferencia en los asuntos internos de la Checoslovaquia soberana. Nuestro partido caracterizó esa acción el mismo día, 21 de agosto, definiéndola como una agresión no provocada. En ese entonces yo era miembro del Comité Político del PCGB y participé en la adopción de dicha decisión.

Cabe señalar que todas nuestras peticiones posteriores con respecto a los nombres

de los "dirigentes" checoslovacos que pidieron la ayuda militar fueron ignoradas. Al mismo tiempo, la dirección del PC de Checoslovaquia en varias ocasiones, y sin ningún fundamento, sugirió que el PC de Gran Bretaña revisara su valoración de los acontecimientos de 1968.

Esta acción injustificada contra Checoslovaquia no sólo fue contraria a los principios del Tratado de Varsovia, como se señala en la Declaración Conjunta, sino también a las declaraciones de varias Conferencias de los Partidos Comunistas contra las interferencias en la vida interna de los partidos hermanos.

Al movimiento comunista en su conjun-

to se le causó un gran daño. Por ejemplo, en el Congreso del Partido Obrero Unificado Polaco, celebrado en noviembre de 1968, me vi imposibilitado de transmitir el mensaje de salud de nuestro partido, porque rehusé eliminar el párrafo en el que condenaba la invasión. Tuve que retornar a Londres, sin esperar a que terminara el Congreso. Este es apenas un ejemplo de deterioro en las relaciones entre los partidos. Aún más importante es que muchos miembros del PCGB, indignados por la invasión, abandonaron nuestras filas.

Estoy convencido que, si la invasión no hubiera tenido lugar, el desarrollo de los acontecimientos en Checoslovaquia habría sido otro, acercando y acelerando los procesos de afirmación de la transparencia informativa, las reformas económicas y la renovación multifacética del socialismo.

RAFAEL TAVAREZ, miembro del CC del PC Dominicano:

A más de veinte años de aquellos dolorosos acontecimientos de Agosto de 1968, entra nuevamente en crisis la situación que la Primavera de Praga pretendió corregir con la adopción de un camino original. Pero, hoy los hechos amenazan con borrar incluso la esencia misma del régimen social... Por ello, lo deseable sería que las fuerzas más sanas del socialismo, las que pueden imprimir un curso verdaderamente renovador, humanizando su rostro, tomen en sus manos la conducción del proceso y logren restaurar la confianza popular y, de esa manera, evitar un retroceso.

Hoy pagamos muy caro el haber tardado tanto tiempo en reconocer los errores y deformaciones del socialismo. La Declaración de los países miembros del Pacto de Varsovia es buena y muy necesaria, pero demasiado lacónica, después de haber tardado tanto, lacónica y superficial.

El PC Dominicano rechazó y condenó en aquel entonces lo que entendió como un atropello de las fuerzas del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia. Hoy no rechazamos el reconocimiento de dicho error, pero entendemos que debió profundizarse en sus causas a fin de no repetir algo semejante.

ALI ASHOUR, miembro del CC del PC de Israel:

La entrada de las tropas de cinco países del Tratado de Varsovia en Checoslovaquia en 1968, fue considerada en aquel entonces por el PC de Israel (PCI) como ayuda internacionalista prestada a las fuerzas fieles al socialismo y a todo el pueblo checoslovaco.

Nuestro partido consideraba asimismo que la defensa del socialismo en cualquier país socialista era un deber internacionalista de todos los PP.CC.

Partiendo de este supuesto, en su momento el PCI expresó su solidaridad y respaldo al PC de Checoslovaquia, empeñado en superar los errores que habían surgido en el proceso de edificación del socialismo, a su lucha contra las fuerzas antisocialistas internas, en defensa del nuevo régimen social y por nuevos éxitos del socialismo.

Hoy en día es totalmente evidente que la entrada de las tropas de los países mencionados en Checoslovaquia constituyó una injerencia en sus asuntos internos y una "ayuda" nociva al pueblo checoslovaco, pues era contraria a los principios de soberanía y no intervención en los asuntos internos que rigen las relaciones entre dichos Estados. Esta "ayuda" llevó a las negativas consecuencias que ha experimentado y sigue experimentando hasta el presente el pueblo checoslovaco.

Considero que nuestro partido, al respaldar en su tiempo la entrada en 1968 de las tropas de la URSS y otros países socialistas en Checoslovaquia, adoptó una posición equivocada. Ahora, sobre todo en vísperas de su XXI Congreso, que debe celebrarse este verano, el PCI debe reconocer francamente este error y expresar su total apoyo a la Declaración del 4 de diciembre próximo pasado, suscrita por los dirigentes de Bulgaria, Hungría, la RDA, Polonia y la URSS.

SATIADJAYA SUDIMAN, representante del PC de Indonesia en Revista Internacional:

La Declaración de los dirigentes de Bulgaria, Hungría, la RDA, Polonia y la Unión Soviética, así como la Declaración de los Gobiernos de la URSS y Checoslovaquia —ambos documentos publicados en diciembre de 1989—, dan una nueva valoración a acontecimientos que ocurrieron hace 21 años. Se supone que esta valoración es cabal y correcta.

Mis camaradas del partido y yo nos hemos pronunciado siempre en favor del socialismo, y hemos apoyado y apoyaremos todas las acciones orientadas a defenderlo y fortalecerlo. Además considero que ahora, y en adelante, es necesario prestar mayor atención a una información exacta, detallada, sopesada (no unilateral) y verídica de los acontecimientos, a fin de que desde el mismo comienzo se pueda hacer un análisis objetivo y sacar las conclusiones debidas.

En la Declaración de los cinco países se subraya, en especial, la necesidad de

"respetar irrestrictamente los principios de la soberanía, la independencia y la no injerencia en los asuntos internos, que deben regir las relaciones entre los Estados". Quisiera agregar que estos principios también son importantes para las relaciones entre los partidos hermanos, grandes o pequeños, en el poder o en la oposición, en la legalidad o en la clandestinidad.

RAFIC SAMHOUN, miembro del Buró Político del CC del PC Libanés:

Mi posición frente a los acontecimientos de 1968 quiero expresarla hoy, mas no porque los dirigentes de cinco países del Tratado de Varsovia hayan adoptado una declaración condenando la intervención en los asuntos internos de Checoslovaquia. Si me guiara sólo por esta consideración, en esencia, mi posición en nada se diferenciaría de las de quienes en el pasado apoyaron esa acción, por la única razón de que había sido emprendida por los países socialistas y, ante todo, por la Unión Soviética.

Tal enfoque sería, por mi parte, la repetición de viejos errores, pero esta vez bajo el rótulo de lo que ahora se llama nueva mentalidad política, cuya esencia estaría tergiversando. No hay que olvidar que ella en general, y también en sus detalles, es incompatible con la copia ciega de todo cuanto procede de la URSS, con el apoyo mecánico a todo cuanto allí se hace.

En el pasado, la mayoría de nuestros partidos ha respaldado algunas decisiones y pasos del PCUS que no han soportado la prueba de la historia. Lamentablemente, no se hicieron a tiempo intentos de rectificar los errores cometidos. Esta falta de independencia, originalidad y diversidad del pensamiento golpeó al mismo tiempo a ambas partes: a la Unión Soviética y a nosotros. ¡Cuánto aún tendremos que pagar los comunistas por esa pérdida de identidad!

No puedo quedarme en las posiciones de ayer, cuando en la práctica se respaldaba todo, incluso la grosera injerencia en asuntos ajenos. En aras de los más altos intereses, en aras de la causa. Se justificaba, pues estábamos envueltos en los mágicos hilos que nos vinculaban a todo lo que había nacido con el Gran Octubre.

Hoy digo: la invasión de 1968 fue una interferencia en los asuntos internos de un país hermano, que no se puede justificar bajo ningunas circunstancias. En este caso no pueden haber argumentos en "pro". Si en aquel entonces el proceso de renovación en Checoslovaquia no hubiera sido interrumpido artificialmente, habría permitido alcanzar a sus pueblos un

progreso cualitativo y, quizás, evitar el estancamiento en otros países socialistas, así como la dispersión y las divisiones en el movimiento comunista internacional.

De estos acontecimientos se puede sacar una enseñanza importante: la cooperación entre nuestros partidos debe estructurarse en los hechos, y no de palabra, sobre la base de la plena independencia de cada uno de ellos y la observancia irrestricta del principio de la unidad en la diversidad. Sólo en este caso podremos llegar a un nivel cualitativamente nuevo en el desarrollo del movimiento comunista.

MOSTAFA AZZAOUI, miembro del CC del Partido del Progreso y del Socialismo de Marruecos:

Este documento me causa profundo beneplácito, pues en agosto de 1968 mi partido condenó la invasión a Checoslovaquia por las fuerzas del Tratado de Varsovia. Nuestra decisión tenía como fundamento la seguridad de que, en el período de la Primavera de Praga, el iniciador de los cambios que necesitaba el país fue el propio PCCh, que a la sazón controlaba la situación.

En su evaluación de Agosto de 1968, el PPS partía de su profunda fidelidad a los principios de la igualdad y la independencia de los partidos hermanos, del respeto a la soberanía de los Estados y de la no intervención en sus asuntos internos. Nosotros no aceptamos ni aceptaremos la doctrina de "la soberanía limitada".

La situación geopolítica de Marruecos

y las tradiciones de nuestro pueblo, que en el transcurso de toda su historia ha defendido su independencia, rechazando toda injerencia foránea, también determinaron nuestra posición. El patriotismo, por supuesto, es inseparable del internacionalismo, pero su correlación depende de la capacidad de valorar la situación y adoptar decisiones correctas.

La injerencia de las fuerzas del Tratado de Varsovia en los asuntos internos de Checoslovaquia produjo innumerables consecuencias duraderas y nocivas. Profundizó las divergencias en el movimiento comunista y obrero internacional, deterioró las relaciones humanas entre los pueblos de la comunidad socialista, perjudicó a los países del Tercer Mundo que se inclinaban por el modelo socialista, al que se causó un gran daño con la intervención, y apartó de los comunistas a muchas fuerzas democráticas y progresistas del mundo capitalista.

Quisiera esperar que otros documentos, que contengan una revaloración crítica y autocrítica de ese trágico error, ayudarán paulatinamente a reparar el daño causado y dar nuevos pasos adelante.

STELLAN HERMANSSON, representante del Partido de Izquierda — Comunistas de Suecia en Revista Internacional:

Desde el mismo día de la invasión, nuestro partido la condenó como un crimen contra la idea del socialismo y el principio de la independencia nacional.

En aquel entonces, y en el transcurso de los dos decenios posteriores, nuestro partido, debido a su postura en esta cuestión, fue acusado por otros partidos hermanos de "fomentar el anticomunismo". Esta es la razón por la cual considero que esta histórica Declaración se la puede considerar una excusa ante el pueblo de Checoslovaquia y los partidos hermanos como el nuestro, un reconocimiento de que nosotros estuvimos en lo correcto.

Es importante la constatación de que la invasión tuvo "consecuencias negativas a largo plazo". Hoy día podemos ver el resultado de esto: una revuelta popular y pacífica contra la dirigencia del PC de Checoslovaquia, que ya no encuentra apoyo entre el pueblo.

Estoy seguro que si Alexander Dubcek y al Gobierno de 1968 les hubieran dejado continuar su trabajo para edificar un "socialismo con rostro humano", el PCCh tendría ahora un apoyo colosal. Hubiera sido un ejemplo de edificación socialista exitosa, capaz de refutar la propaganda de corte derechista y aliviar el trabajo de los partidos comunistas en Europa Occidental.

La revaloración actual es importante, pues testimonia que los países socialistas tratan de recobrar la confianza en el socialismo, que mucha gente perdió en 1968. Pero temo que, para recuperarla, se necesitarán años, si es que no decenios.

* Pravda, 5 de diciembre de 1989.

No condeno a quienes nos han vuelto la espalda

EVZEN PRUSA, obrero de la fábrica Motorlet (Praga), miembro del PCCh desde 1965

Aquel 27 de noviembre de 1989, dejó una honda huella en mi mente. Al mediodía, atendiendo el llamado del comité de huelga, del que yo tam-

bién formaba parte, los obreros de la Motorlet suspendieron el trabajo, salieron a la calle y enfilaron hacia el lugar de concentración, en donde debía celebrarse un mitin de las colectividades laborales del distrito capitalino Praga-5 que secundaban la huelga. Un pequeño grupo de obreros nos dirigimos hacia la Plaza de San Wenceslao, parte céntrica de Praga, para uniros a la manifestación general de la ciudad. Por un acuerdo con representantes del Foro Cívico, organizadores de ese acto —acuerdo que, desde luego,

había costado trabajo de alcanzar—, se me brindó la oportunidad para tomar la palabra. Y así, me encuentro en un balcón transformado en tribuna. Abajo, una gran multitud en efervescencia, ondean las banderas nacionales tricolores, se ven pancartas demandando quitarle al PCCh sus privilegios políticos y otros, formar un nuevo gabinete, disolver el Parlamento, anunciar elecciones libres y castigar a los culpables de la violenta represión de la manifestación estudiantil del 17 de noviembre. La tarea que tenía al frente pa-

recía bien sencilla: si digo que apoyo cualesquiera de esas consignas —y en efecto, yo compartía la mayoría de éstas—, la muchedumbre estallarí en ovaciones. Me acerco al micrófono y digo: "Compatriotas, camaradas..."

Sabría de antemano lo que ocurriría; lo había previsto yo mismo y sobre ello me habían advertido también en el comité urbano del Partido, al que yo había comunicado mi decisión de reclamar el derecho a intervenir en el mitin. También los organizadores de éste, deseándome bien quizás, me susurraron a los oídos, en el instante de pararme delante de los micrófonos: "No comience por decir *camaradas*, podría ser que no le entiendan". Pero hice lo que creía necesario, lo que exigía mi conciencia. Dije: "Compatriotas, camaradas..."

Se oyó por respuesta una rechifla atronadora, más bien un rugido de enojo e indignación. No sabría decir cuánto duró aquello: un minuto o más. Lo único que sé es que para mis adentros lo estaré escuchando todos los años que me quedan por vivir. No puedo afirmar que resistí con la cabeza en alto esa avalancha de indignación que se había abatido sobre mí. No tenía de qué enorgullecerme en especial. Detalles y salvedades de poca monta no cuentan. Todo está bien merecido. El Partido había sumido en una honda crisis a la sociedad, al país y a sí mismo, y hoy está cosechando lo que había sembrado.

Pero no bajé la cabeza, pues no había llegado a la plaza a pronunciar palabras de arrepentimiento, sino a manifestar que entre los comunistas había cientos de miles de personas unidas al pueblo en cuerpo y alma, y que también estaban interesadas en que nuestro país resurgiera y prosperara, en que cada cual viviera inspirado por la dignidad cívica, en que todos viviéramos en un Estado realmente libre y democrático.

Mi abuelo, veterano militante comunista, difunto ya, me contó cierta vez que, en la república burguesa, con Masaryk de Presidente, nadie podía echar de la tribuna a un orador únicamente por ser comunista; nadie le podía prohibir que se dirija a sus correligionarios llamándolos *camaradas*. Hoy, cuando alguien, aparentemente por mi propio bien, me aconseja a no poner de manifiesto mi filiación partidaria, yo respondo: "Hasta tanto sepa que entre la gente, a la que hablo, haya un solo comunista, insisto en mi derecho a dirigirme nuestro saludo partidario: *camarada*. De lo contrario, ¿qué democracia será la nuestra? ¡Una democracia asentada sobre las prohibiciones, las rechiflas y

el griterío? Ayer se acosó a unos, hoy a otros, ¿y mañana les llegará el turno a unos terceros? ¡O, puede ser, nuevamente a los primeros?"

¿Por qué me quedo en el Partido?

Desde luego, podría comportarme de otra manera, tal como lo han hecho muchos de quienes hasta hace poco habían estado junto conmigo en un mismo Partido: devolver el carnet. Tan sólo en mi taller lo han hecho 45 de los 60 militantes de nuestra organización de base. Yo no los condeno por eso. Muy pocos querrán cargar con la responsabilidad por los errores, deslices, estupideces y hasta delitos, de los que se culpa hoy al Partido. Y, en el fondo, con razón y fundamento. Hay otra cosa: la gente está harta ya de la mentira, la demagogia, el fingimiento y la humillación que uno experimenta cuando se le obliga a aprobar aquello contra lo que se debe protestar, cuando en nombre suyo se cometen injusticias e inmoralidades, cuando tiene que proclamar consignas "alentadoras", pero a cada paso ve una escandalosa contradicción entre lo que se dice y lo que se hace.

Ahora, cuando se ha presentado la oportunidad de quitarse de encima ese pesado fardo, el sentido común y hasta el instinto de autoconservación cívica sugieren: rompe con quienes te han humillado, con quienes te han obligado a fingir, con quienes han mancillado tu buen nombre. Y es que hoy podemos, todos juntos, limpiarnos de inmundicias, hacer renacer al país sobre la base de la verdad, el humanitarismo, la libertad y la democracia.

Con toda la seguridad, yo hubiera renunciado a mi militancia, si no estuviera acostumbrado durante toda mi vida a darme cuenta de las motivaciones y consecuencias de mis actos. Y, más aún, cuando sobran razones para presentar mis reclamaciones personales al Partido. En dos ocasiones estuve a punto de salir expulsado de éste. La primera, en 1968, cuando los ejércitos de cinco países del Tratado de Varsovia habían entrado en Checoslovaquia so pretexto de prestarnos "ayuda internacionalista". Entonces, en una reunión de nuestra organización de base dije: "Lo que ha pasado es horrible, pero la vida no puede detenerse y debemos proseguir nuestra lucha por los justos ideales del socialismo. No veo ninguna otra solución para mí". La mayoría vio entonces ese pronunciamiento mío como "prosoviético", y se planteó la propuesta de expulsarme del PCCh. Al cabo de dos años poco faltó, nuevamente, para que me echaran del Partido. En esa oca-

sión me opuse a los despidos de los profesores de la Facultad de Filosofía —en donde cursaba mis estudios—, considerados como "sospechosos" a raíz de las purgas que, en ese entonces, tenían lugar en todas las organizaciones partidarias. El caso terminó para mí con una severa amonestación, formulada directamente por la Comisión Revisora Central del PCCh.

También en años posteriores me tocó, más de una vez, ser objeto de injusticias y hasta de persecuciones. Y no en última instancia, esta ha sido la razón de que yo, graduado de la Universidad Carolina, con experiencia de labor científica en mi haber, volviera a trabajar de operario en la misma empresa donde, años atrás, había aprendido el oficio de fresador. Entonces ¿qué es lo que me retiene, hoy en día, en las filas del Partido?

Tal vez desempeña en esto un cierto papel mi abolengo político: provengo de una familia con bondas tradiciones comunistas. Mi abuelo, mi padre y mi madre habían sido militantes del Partido Comunista. Hasta ahora se los recuerda, se los estima y se los tiene por personas decentes y honestas. Si no hubieran estado a mi lado, quizás no se me hubiera ocurrido a mí ingresar en el Partido, a los 17 años de edad. Romper hoy con éste, equivaldría para mí a renunciar a mis parientes, declarar que estuvieron extraviados y me encaminaron mal.

Y lo digo, porque si el Partido se ha desprestigiado, entonces su desprestigio es extensivo no sólo al presente, sino también a su pasado; no sólo a mí, sino también a mis parientes y a mis compañeros que ya no pueden alzar su voz en defensa propia.

¿Quién si no yo, entonces, debe defender la dignidad de ellos? Y lo puedo hacer únicamente si permanezco en el Partido. Si éste recupera la confianza del pueblo, conservará immaculado con esto el buen nombre de aquellos a quienes debe su ascensión y prestigio de otrora. Sin embargo, lo principal no radica en esto.

Ahora se habla mucho, en nuestro país, de la necesidad de volver a los más elevados criterios morales, de pedir cuentas a sí mismo con el mayor rigor. Correcto, así es como se debe vivir. Pero, si en estos momentos yo abandono las filas del Partido, este acto mío podría interpretarse de una sola forma, al menos así lo vería yo en el espejo: mientras todo había ido viento en popa, mientras el Partido había permanecido en una posición privilegiada, extendiéndose, de una u otra manera, los beneficios de la misma a todos sus

milитantes, yo estuve conforme, al parecer, con todo lo que ocurría.

No es ningún secreto para nadie que, en los últimos veinte años, la perniciosa práctica de conceder todo tipo de privilegios en razón de la militancia en el PCCh, literalmente ha penetrado en todos los poros de la sociedad. Un obrero miembro del Partido podía confiar en un trabajo más ventajoso; un ingeniero, en el ascenso; un científico, en condiciones más favorables para defender sus tesis de grado. Inclusive los hijos de comunistas parecían gozar de ventaja en el ingreso a centros de enseñanza superior. Es más, en nuestra propia fábrica conozco casos de jóvenes a quienes se había enviado a cursar estudios, únicamente después de que habían solicitado ingreso en el Partido.

Yo jamás disfruté de ningún privilegio; es más, siempre los combatí, pero sin apreciable éxito. Lo reconozco. Pero, si no he salido del Partido con anterioridad, un día antes o siquiera en la víspera del 17 de noviembre, sin esperar la posterior deserción en masa, no me considero ahora en el derecho de hacerlo. En fin, no quiero parecer una rata huyendo del barco que se va al pique, ni tampoco quiero hundirme junto con éste. Sí, es cierto: el Partido está pasando ahora por momentos difíciles en los que debe demostrar su firmeza, pero yo no veo en esto su colapso, sino su purificación.

Considero haber tenido una decorosa vida de militante, siempre he defendido mis opiniones, y no he sido ni un aprovechado ni un arrastrado. Por eso afirmo, con pleno sentido de responsabilidad, que no todos los militantes observamos impasibles lo que ocurría. Nuestro error consistió en no haber sabido, mejor dicho, en no habernos decidido a emprender una lucha abierta contra las tendencias negativas que, germinadas en el seno de la dirección, iban propagándose en todo el Partido y la sociedad. Esta es, sin duda, nuestra culpa.

Los de arriba no querían hacernos caso

Recuerdo cómo todos juntos —cuando todavía éramos sesenta— planteamos más de una vez, en las reuniones, que en el Partido y en el país iba madurando una situación de crisis, y aprobamos resoluciones dirigidas al comité distrital, al comité urbano del PC y a sus órganos centrales. Señalamos en las mismas que el divorcio entre los dirigentes y la base iba en aumento; que nuestras iniciativas se agotaban atrapadas en las redes tendidas por el aparato partidario. Hicimos cons-

tar la preocupación provocada en la gente por el recrudescimiento de medidas prohibitivas y represivas, que se iban tomando para aplastar el libre pensamiento, y expresamos la indignación con motivo de que el trabajo político con las masas fuera suplantado por porras policiales y chorros de agua.

Nosotros dijimos que el Partido debía ganarse a la gente y no apartarla de sí, advertimos que, en modo alguno, se podía reprimir manifestaciones juveniles, porque quienes salían a las calles eran nuestros hijos, y era bueno que se sintieran descontentos por la situación en el país. Lo malo era que el Partido, y especialmente su dirección, en la práctica no hacían nada por mejorar el estado de cosas. Llamamos la atención de quienes estaban obligados a tomar decisiones políticas sobre la necesidad de entablar un diálogo normal, en pie de igualdad, con las organizaciones, asociaciones y movimientos no formales. El propio Partido necesitaba ese diálogo, si no quería verse aislado.

Por último, mucho antes de que los estudiantes y el Foro Cívico formularan sus demandas, planteamos la necesidad de renovar la dirección del Partido y del Estado, no aparentar reformas sino emprenderlas de verdad, tanto en la economía como en la esfera política.

En una de esas resoluciones aprobada por unanimidad recalcamos que no se debía permitir que el país cayera en otra ronda más de infructuosas reformas. Y lo planteamos así porque incluso nuestra Motorlet, considerada como una de las mejores empresas, había descendido a tal punto que ya no podía subsistir sin subvenciones estatales. Su base productora se encuentra en un estado deplorable, la iniciativa económica está sofocada por innumerables directrices y prescripciones, la plantilla del personal administrativo está hipertrofiada hasta lo increíble, la productividad del trabajo en los talleres aumenta sólo a expensas de una mayor intensidad del mismo, desde hace muchos años que no se realiza ninguna modernización.

De esto último me percaté yo mismo, cuando al cabo de veinte años regresé a la fábrica y vi en los talleres las mismas máquinas y herramientas de antaño. Entretanto, las normas de productividad habían aumentado al triple, mientras que los salarios habían permanecido prácticamente sin cambiar. Se redujo el número de trabajadores ocupados directamente en la producción, incrementándose, en cambio, el de oficinistas. Hoy, por cada operario hay casi cinco empleados de per-

sonal administrativo. Claro está que, en tales condiciones, resulta imposible garantizar un trabajo eficiente. De todo esto hablamos en las reuniones del partido y llevamos nuestros reclamos a "los de arriba". Pero todo fue en vano. No querían hacernos caso.

Estoy seguro de que esa actitud suya no fue meramente error, miopía política o negligencia sino una actitud del todo consciente. Hacía mucho que era alarmante la situación en la economía, la esfera política, la cultura y hasta en las relaciones partidarias. Por lo visto, la dirección velaba no tanto por la situación en el país cuanto más bien por su propio prestigio político. En los últimos años, los documentos partidarios prodigaban cada vez más altisonantes valoraciones de los éxitos supuestamente alcanzados, afirmaban que el país avanzaba siguiendo una trayectoria ascendente, y que los dirigentes del Partido habían logrado solucionar problemas complejos. Era evidente que la conciencia política de los ex dirigentes hallábase agobiada por el peso de los compromisos asumidos pero no cumplidos, aunque ellos no deseaban reconocerlo en público y así salvar de la descomposición al Partido y de la vergüenza a sí mismos. Más bien optaron por poner las cosas al revés, llamando lo negro blanco y éxitos los fracasos.

Por supuesto, hay que reconocer francamente que en esto los dirigentes checoslovacos no han sido una excepción, ni mucho menos. Por desgracia, el inmovilismo ha sido durante muchos años un fenómeno internacional, característico para todos los países socialistas. Y cualquier persona con un mínimo conocimiento político, comprendía perfectamente que mientras el proceso de cambios no comenzara en la URSS y el PCUS, nada mejoraría en nuestro país. Por eso fue que en Checoslovaquia se acogiera con tanto entusiasmo y, yo diría, hasta con inspiración la perestroika soviética. Cuando digo en Checoslovaquia, no me refiero a la dirección del Partido ni a su aparato.

Recuerdo como, aún en mayo de 1985 —después de una de mis intervenciones, en la que dije que la perestroika iniciada en la URSS debía servir de ejemplo a nosotros mismos y a nuestro PCCh—, fui llamado al comité partidario de la fábrica, y allí me dejaron como un trapo exprimido. Se me aconsejó insistentemente a que "no corriera delante de la locomotora", que respetara la disciplina del partido y no me apresurara por opinar hasta tanto se impartiera "desde arriba" una pauta al respecto.

Esa "pauta" resultó, sin embargo, muy sintomática: "No vamos a apresurarnos, esperemos mejor a ver qué resultados da aquello". No faltaron tampoco opiniones como ésta: "Si en la URSS la gente viviera como aquí, no habría allí ninguna perestroika. Miren, por ejemplo, el caso de la RDA. O por el contrario, el caso de Polonia, en donde desde hace diez años andan metidos en reformas y ¿qué han logrado? Sumir al país en el caos. ¿Esto mismo es lo que pretenden ustedes?" Digo con franqueza que el pueblo no deseaba ni desea perder lo que tiene ahora; pero existe un límite, más allá del cual dejan de surtir efecto las razones de aparente bienestar. En Checoslovaquia hemos rebasado ese límite. Lo hemos rebasado nosotros, pero no la dirección del Partido ni su aparato.

Hace año y medio me dirigí al secretario de ideología en nuestro comité distrital del Partido, Jan Bernard, para solicitarle que nos ayudara a gestionar una charla en nuestra organización fabril sobre la perestroika soviética. Cuando formulé nuestra petición, oí por respuesta: "Ya se les ha dicho que no tengan prisa. No todo está claro aún". "Bueno, si es así, querido camarada —respondí a mi interlocutor—, entonces nos veremos en la cervecería U Kalicha, a las seis de la tarde, después de la perestroika". En vísperas de los acontecimientos que habrían de conmocionar a Praga entera, otro funcionario partidario respondió lo siguiente al oír una petición semejante a la anterior: "No está claro si Gorbachov quedará como dirigente del Partido o no, ni tampoco se sabe hacia dónde van las cosas". Eso fue dicho de modo que la cautela denotaba más bien la esperanza: ¡qué bueno sería que la perestroika diera marcha atrás en la URSS!

Claro, en aquel momento no me figuraba que faltaban contados días, para que Praga se integrara en el proceso de cambios radicales. Eso sí, no dudaba de que esto llegaría. Lástima que haya ocurrido cinco años más tarde de lo que pudo ser, y no por iniciativa de la dirección de nuestro Partido, sino en contra de su voluntad.

¿Qué hacer ahora?

Mis compatriotas tienen un rasgo notable: introducir un asomo de ironía y hasta de burla, a veces, en la apreciación de cualesquiera acontecimientos que se presenten. "Ze vseho si delat srandu" (Hacer de todo una broma), así suena esto en checo. Igual sucede ahora: el país vive una situación dramática en extremo, pero ese afán de expresar en una broma

lo más doloroso sigue inextinguible. Hace poco cayó en mis manos un dibujo: la azafata entra en el salón de una aeronave diciendo: "Dentro de unos minutos aterrizamos en Praga. Adelanten los relojes en una hora y atrásenlos en veintiún años".

Parece que sí, es cierto que las raíces de los actuales procesos, de lo que aplaudimos y censuramos ahora, se remontan a los sucesos de 1968-1969. Ahora se está criticando al Partido; y más que criticar, se lo está estigmatizando de vergüenza. Pero, recuérdese que fue el Partido, quien diera impulsos a la *primavera de Praga* al plantear la consigna del *socialismo con rostro humano*, y fue el Partido, el que más sufriera a causa de esa iniciativa suya. No me atrevo a censurar a los dirigentes del PCCh por *Las enseñanzas del desarrollo crítico en el Partido y la sociedad*, aprobadas después de que entraran en el país los ejércitos de cinco Estados del Tratado de Varsovia. Quiero que se me diga: ¿qué otro documento se podría aprobar en aquella situación? ¿La *Carta-77*? ¿Unas cuantas frases? Lo podían hacer cualesquiera otras fuerzas, pero no la dirección del Partido.

Ahora decimos que el aplastamiento de la *primavera de Praga* fue una tragedia para todo el pueblo checoslovaco; pero quiero que la gente se ponga a meditar en qué situación se encontraba la dirección del Partido y del país. (En este caso, no me refiero a los directamente responsables de la "invitación" al país de ejércitos amigos.) Ella fue degradando no porque estuviera formada sólo por estúpidos o cretinos. Se encontró en una situación *kafkiana*, absurda, pues al principio tuvo que aparentar que realmente creía en las causas de los sucesos de 1968, al igual que en las *Enseñanzas* sacadas de éstos. Luego, ya no tuvo otra alternativa. Había que justificar no sólo su propio ascenso al poder sino, además, la llegada al país de los ejércitos amigos. Así las cosas, las *Enseñanzas* ataron las manos a la sociedad, en tanto que la dirección no tenía siquiera la posibilidad de portarse razonablemente. De ese modo, el reconocimiento de las *Enseñanzas* fue visto poco a poco no como un documento de algún contenido político sino únicamente como prueba de lealtad a los dirigentes del Partido y del Estado.

Ahora, tanto nosotros mismos como los comunistas de los países que prestaron esa "ayuda internacionalista" a Checoslovaquia, estamos revisando de manera radical nuestras concepciones. Estoy seguro de que es un trabajo que incumbe realmente a todos. En 1968 sufrimos no

sólo nosotros, o en todo caso, no fuimos los únicos en sufrir. En aquel entonces fueron golpeados los destinos y el ideario del socialismo en general. A mi entender, el *deshielo moscovita* de 1956, el XX Congreso del PCUS, en el que se puso al desnudo el culto a la personalidad de Stalin, dieron impulsos a la *primavera de Praga*.

Ahora, la mayoría de los militantes del Partido experimenta amargura y vergüenza. Hace poco, vi en el vestíbulo de la sede del CC del PCCh a una joven y hermosa mujer. Tenía lágrimas en los ojos y no quería ocultarlas. Oí como ella decía: "Quiero devolver mi carnet de militante".

Yo estaba a su lado y permanecía callado, aunque en mi fuero interno quería gritarle: "No lo haga, por favor. Porque entregando el carnet de militante en nada se ayudará a sí misma. Para una persona honesta hay un solo camino para purificarse: construir un partido cuya militancia no se sienta avergonzada de pertenecer a sus filas".

Hace veinte años también permanecí callado. Entonces lloraban todas las muchachas y las madres de mi pueblo. Los hombres sólo miraban en silencio. Los tanques avanzaban por las calles, oprimiendo mi propia alma, el alma de mi pueblo y de mi Patria. No podíamos hacer nada. Fue nuestra tragedia común. Algunos de mis compatriotas ya entonces se daban cuenta de que aquella no sólo era una tragedia para nosotros, sino también para los soldados soviéticos, para el pueblo soviético. Fue algo peor que lo de Afganistán, porque entonces, en agosto de 1968, comenzó nuestro "Absurdistán" común. Entonces no era la muerte física, sino la espiritual.

Cuando lloran las muchachas y las madres, los hombres no tienen derecho a permanecer impasibles. Pero ellos nada podían hacer. Unos, parados en las calles, miraban cómo pasaban los tanques; los otros no podían, por su propia voluntad, dar marcha atrás. Esta es la razón por la cual durante mucho tiempo faltaron individualidades tanto entre nosotros como entre nuestros aliados. También faltan hoy, y faltarán por mucho tiempo. Y ahora los necesitamos más que nunca.

Hoy tampoco lloraré. No soy un niño. Ya no tenemos ni a dónde ni hacia quién retroceder. Debemos superar la amargura, los agravios y las decepciones. Será difícil, pero debemos hacerlo. Me alegro sinceramente de que hoy, a los 21 años de 1968, nosotros, nuestros aliados y amigos tengamos obras y tareas comunes que

cumplir, así como ideas comunes sobre el pasado y el futuro.

No fueron ni la "contrarrevolución interna" ni las "maquinaciones de Occidente", sino el triunfo del rumbo neostalinista el que acabó con la *primavera de Praga* y ocasionó un grave daño a todos los países. Acabó con ella la "internacional neostalinista". Después de aplastada la *primavera de Praga*, tanto la Unión Soviética como Hungría, Polonia, Bulgaria y la RDA, sin hablar ya de Checoslovaquia, no pudieron evadir el inmovilismo o un posterior desajuste interno. En cada uno de esos países, la sociedad se vio moralmente oprimida, carente de seguridad en sí misma, porque se había cometido una injusticia, y porque había que convencer a la ciudadanía de que se trataba de una buena obra. Menos mal que los pueblos de esos países encontraron fuerzas para sacudirse esas trabas. Con ellos ayudaron a ponernos de pie. Aunque, desde luego, no podremos recuperar los años perdidos. Lamentablemente, el tiempo no puede dar marcha atrás en 21 años.

Por eso hay que actuar partiendo de las condiciones existentes ahora, completamente distintas de las de antes. No veo ninguna tragedia en que el PCCh haya perdido su situación privilegiada. Por el contrario, la rivalidad política resultará para él de efecto beneficioso. Un partido que tenga rivales políticos, apreciará más a individuos enérgicos, con mucha inventiva e iniciativa, capaces de pensar por su cuenta y defender sus ideas. Ello obligará al Partido a desechar la arraigada costumbre nociva de adoctrinar, llamar la atención y poner al orden a la gente; la costumbre de desempeñar, cueste lo que cueste, las funciones de director, supervisor y censor, al mismo tiempo. En fin, conducirse como corresponde a una "fuerza dirigente y orientadora".

Seguramente pasará un tiempo considerable para que se forme en nuestro país una estructura pluralista nueva, en la que tengan cabida todos los partidos, organizaciones y movimientos que existan en la vida de la sociedad. En eso habrá de desempeñar un papel trascendental el diálogo, el diálogo a todos los niveles.

Como hombre que trabaja con una máquina herramienta, como hombre que se comunica con centenares de personas, no veo en este plano ningún problema, ni ninguna cuestión que no sea posible discutir y resolver en común.

Al volver a ser un partido, como todos los demás, con los mismos derechos, el PCCh puede apoyarse únicamente en el prestigio personal de sus militantes. Por eso, ahora importa sobremanera que su programa de acción quede libre de frases y declaraciones generales, de llamamientos y esquemas abstractos. Se precisan obras y objetivos finales concretos. Pero, hay algo fundamental: tenemos que aprender a no ir a la zaga de los acontecimientos, sino a seguir su compás y, mejor aún, a adelantarnos a ellos.

NO PIERDO LA ESPERANZA de que llegue el día en que, al encontrarme con mis compañeros, con quienes hasta hace poco militaba en el mismo partido, nos saludemos diciendo: "¡Hola, camarada!".

Hacia la unidad de la izquierda

'Obroda' significa 'renacimiento'

El 30 de noviembre de 1989 visitó la Redacción de *Revista Internacional* un grupo de representantes del Club *Obroda*, que es un componente importante del Foro Cívico.

— Doctor Cestmír Císar (véase págs. 44-46);

— Profesor Venek Silhan (1927), científico y catedrático; en el Congreso Extraordinario, celebrado en agosto de 1968 en Vysochany, fue elegido secretario del CC del PCCh y durante cuatro días presidió el Comité Central; después de expulsado del PCCh trabajó como obrero y, más tarde, en una cooperativa de viviendas; desde el 28 de diciembre de 1989 es diputado de la Asamblea Federal.

— Vlado Prikazsky, periodista; antiguo colaborador de la Radio Eslovaca, donde encabezó la organización del partido en 1968; después de expulsado de las filas del PCCh trabajó de buldozerista;

— Vladimír Brabec (1931), periodista; en 1964-68 fue corresponsal de la Radio Checoslovaca en Moscú; después de

El tempestuoso torrente de cambios en Checoslovaquia hizo que, en noviembre de 1989, a la arena política afloraran fuerzas patrióticas de diferente orientación. Aparecen numerosas organizaciones, clubes, sociedades y movimientos. El acontecer sigue una marcha impetuosa. Cuando este número llegue a manos del lector, será mucho lo que habrá cambiado en la situación política. Pero, pensamos que la atmósfera que imperó en el comienzo de los acontecimientos permitirá a la opinión pública mundial comprender mejor esta *primavera en noviembre*. *Revista Internacional* publica un material preparado por sus colaboradores sobre la base de una serie de entrevistas con militantes comunistas y dirigentes de algunas de las nuevas

expulsado del PCCh trabajó de obrero y, más tarde, en una oficina de diseño;

— Doctor Antonín Zrustek (1927), en 1943-45 participó en el movimiento guerrillero de Checoslovaquia, funcionario político, periodista; en 1968 presidió la organización del partido en la Editorial de una revista del Ministerio de Defensa; después de expulsado del PCCh trabajó en los estudios de películas documentales.

Obroda, dijeron los representantes del Club, significa "renacimiento", renacimiento del país y de la sociedad sobre la base de un socialismo auténticamente democrático, auténticamente humanista, li-

bre de todo vestigio de stalinismo, que inmovilizó a la sociedad y al PCCh en todas las etapas del desarrollo postbélico de Checoslovaquia.

El Club *Obroda* por la Reestructuración Socialista (este es su nombre oficial) surgió a comienzos de 1989, habiéndose nucleado en torno a las ideas de la *primavera de Praga* de 1968: un socialismo democrático, un socialismo con rostro humano. Según los miembros de *Obroda*, la perestroika en la URSS ha dado un gran impulso a las fuerzas progresistas de la sociedad checoslovaca, en especial, a quienes después de la *primavera de Praga* fueron expulsados del PCCh (muchos de

ellos se han incorporado activamente al trabajo del Club *Obroda*).

A los representantes de *Obroda* se les invitó a utilizar las páginas de *Revista Internacional* para que expusieran sus opiniones —que los lectores encontrarán en los próximos números— sobre una amplia gama de cuestiones relacionadas con las causas de la crisis y con las perspectivas de desarrollo y renovación de la sociedad checoslovaca.

Una oportunidad de seguir siendo comunista

La asamblea del Foro Democrático de los Comunistas (FDC), instituido el 27 de noviembre de 1989, transcurrió en la Escuela Técnica Superior Checa. A la puerta, el servicio de orden, formado por estudiantes, cortesmente, pero con firmeza, verifica los documentos. En los stands, instalados en el vestíbulo, hay muchas hojas volantes, fotografías y periódicos. Se ven asimismo llamamientos en apoyo del Foro Cívico, la primera organización que respaldó las reivindicaciones de los estudiantes. Entre las propuestas planteadas en la asamblea unas eran actuales en ese momento —una o dos semanas después se hicieron realidad— y otras requieren tiempo para su materialización. Se señaló que la Asamblea Federal, el máximo órgano legislativo del país, y el CC del Partido Comunista se habían “anquilosado”. De allí la necesidad de convocar un nuevo congreso del PC y celebrar elecciones generales a los órganos representativos de todos los niveles. Se dejaron oír voces que demandaban que todo el sistema político se estructurara sobre el principio de conceder iguales derechos a los distintos partidos tanto en los lugares de trabajo como de residencia. Los asistentes exigían que se adoptara una decisión definitiva sobre los casos de corrupción de varios funcionarios, independientemente de su militancia política y los cargos que ocupan.

— La asamblea demostró que en el PCCh, que como toda nuestra sociedad se encuentra en crisis, hay fuerzas sanas que quieren renovarlo y democratizarlo —resumió los resultados de las apasionadas discusiones **Miroslav Grossmann**, uno de los dirigentes del FDC—. Desearía destacar que existen dos direcciones en nuestra labor: dar respuesta a las reivindicaciones políticas del día e impulsar la búsqueda teórica con vistas al futuro. Hablando en general, la idea de constituir nuestro Foro surgió mucho antes de noviembre. Era una reacción de muchos militantes del PCCh ante el optimismo

infundado de los máximos dirigentes, los ritmos extremadamente lentos de la reestructuración y el divorcio entre las palabras y los hechos. Ya en la primavera de 1989 un grupo de compañeros comenzó a elaborar un programa alternativo para renovar el partido. Para nosotros estaba claro que no había otra manera de poner fin al estancamiento y acometer la modernización de la sociedad.

Nuestro grupo vinculaba sus propósitos con el nombre de **Bohumír Smeral**, uno de los fundadores del PCCh que, gracias a él, y prácticamente después de su surgimiento, en 1921, se convirtió — caso excepcional en la historia del movimiento comunista— en un partido de masas. A las filas del PCCh se integró la mayoría de los miembros del Partido Socialdemócrata. Las ideas de Smeral, que luchó contra los extremistas de izquierda y por una organización revolucionaria de masas, representan para nosotros todo lo mejor que hubo en los socialdemócratas y los comunistas hasta la posterior estalinización del partido (a partir de su V Congreso, celebrado en 1929), cuando a la dirección llegó **Klement Gottwald**.

La base del FDC está compuesta asimismo por otros dos grupos de comunistas. El uno está formado por colaboradores del Instituto de Pronósticos de la Academia de Ciencias Checoslovaca, y el otro, por científicos de la Escuela Superior de Economía. Tenemos un objetivo común: renovar el partido. Hoy en día se trata de acelerar este proceso, pero no por sí mismo, sino en aras del socialismo. Sólo en esto vemos una oportunidad para los comunistas. Esta fue la razón por la cual nosotros defendíamos la convocatoria del Congreso del PCCh ya en 1989, y no a fines de enero de 1990, como proponía el Pleno del CC, ciñéndose a los Estatutos del partido. Pienso que no era el momento de atenerse a la letra de la ley. El tiempo no espera y, lamentablemente, no trabaja a nuestro favor.

¿Qué otras reivindicaciones proponen?

— Como Uds. se habrán convencido, nuestras reivindicaciones son dinámicas, pues la situación cambia constantemente. Tiene lugar una lucha política tensa, agotadora. Y lo importante es no perder el dominio, no equivocarse, no promover consignas prematuras ni obsoletas. Tenemos opositores no sólo fuera del partido. A veces hay que moderar el ardor ofensivo, a fin de no dar motivo para que nuestros adversarios conservadores lancen una contraofensiva. Pero, a mi entender, lo principal es que el Foro Democrático

de los Comunistas ha logrado ponerse al día en la actividad política. Al 20 de diciembre ya contaba con 60 mil miembros, no sólo en Praga, sino también en otras ciudades.

Pero, en ningún caso hay que contentarse con lo que hemos logrado. Lo importante es avanzar, para no perder la perspectiva ni el prestigio adquirido. El FDC se está convirtiendo en un movimiento al que se incorporan activamente las masas del partido, es decir, todos cuantos en el período de estancamiento no mancillaron su honor de comunistas y vincularon su vida al partido no por hacer carrera ni obtener beneficios materiales.

Mientras la situación en el partido siga siendo crítica, nuestro Foro debe ser una fuerza de renovación social. El FDC ya se ha hecho conocer y deja su impronta en el proceso de democratización de la sociedad.

Pienso que, en general, también en condiciones normales es indispensable que el Foro, en una u otra forma, exista dentro del partido: su función consistiría en adelantar propuestas alternativas al curso oficial. ¿Con qué objetivo? Para que la vida intrapartidaria sea dinámica y no pierda las fuerzas vivas de la renovación. Para esto me parece necesario que la dirección del partido dialogue e incluso “patrocine” a la oposición en sus propias filas. Por ahora, la situación sigue siendo muy tensa. En semejantes condiciones, **Lenin** preveía la posibilidad de formar en el partido diversas plataformas, que podrían elegir sus delegados...

¿Ud. no excluye, por consiguiente, la posibilidad de constituir fracciones dentro del PCCh? ¿No agravará esto la situación?

— Haremos todo lo posible para no contribuir a la escisión del partido. Nos acusan de actividades fraccionalistas, pero en el partido desde hace tiempo hay grupos que ignoran absolutamente los intereses, las demandas y las aspiraciones políticas de las masas. Tengo en cuenta, por ejemplo, el Comité Central elegido en noviembre. Así, pues, de hecho las fracciones han existido antes de la fundación del Foro.

¿Cuáles son los planes futuros del FDC?

— En los encuentros y debates, los comunistas hablan de la necesidad de redactar un nuevo Programa y unos nuevos Estatutos del PCCh. El documento puesto a discusión ha sido elaborado siguiendo las viejas pautas y no responde a las necesidades vitales de democratizar el

partido. Hasta donde yo sé, el aparato trabaja a la chita callando en la redacción del Programa del PCCh. Nosotros proponemos preparar, y este no es un simple planteamiento, variantes alternativas de ambos documentos.

Consideramos que ha madurado la necesidad de reorganizar el aparato: no sólo el CC, sino también la dirección de las organizaciones distritales, urbanas y regionales. La cuestión consiste no sólo en reducirlo, sino en estructurarlo de una manera nueva, a fin de que la gente venga nuevamente a nosotros, viendo en el partido a una organización que, lejos de preocuparse de privilegios para los escogidos, es una fuerza que se siente responsable por el futuro del país. Una parte esencial de la nueva estructura debe ser el mecanismo de relación inversa, que evita el monopolio del poder en el partido y en la sociedad.

Hablando en general, en los años de estancamiento en el partido se han acumulado bastantes proyectos, que por mucho tiempo han estado guardados en los cajones de los escritorios. Ha llegado el momento de compartir nuestras ideas. El sentido principal de este trabajo, la consigna de la lucha política que se ha desplegado en el país es la siguiente: un partido renovado para una sociedad renovada.

No vamos a repetir viejos errores

"...Llegamos a la conclusión de que era necesario constituir, sobre la base del semanario *Tvorba* (Creación), el Club de la Intelectualidad Marxista, abierto para todos cuantos comparten la idea de que el socialismo no es una realidad fetichizada, sino una posibilidad abierta para desarrollarse en condiciones reales y siempre históricas. Por cuanto los criterios de los intelectuales no son puramente académicos, sino que están dirigidos a la gente, proponemos esta plataforma no sólo a la intelectualidad, sino también a todos cuantos son capaces de reflexionar, y no sólo de escuchar. Valoramos nuestra iniciativa como un factor que, en esta época intranquila, no permitirá la dispersión en la sociedad, sino que, al contrario, coadyuvará a diferenciarse de manera consecuente para otra vez cohesionarse." Este llamamiento a los lectores, que apareció a fines de noviembre en las páginas del influyente semanario *Tvorba*, llamó la atención de muchas personas.

— A la Redacción se dirigieron también quienes no querían abandonar sus viejas nociones sobre el socialismo (aunque, para decir verdad, era un pequeño porcentaje). Por lo visto, el monolito del

stalinismo vio en nuestra posición una posibilidad de mantenerse en la actual situación, pero se vieron frustrados en sus esperanzas, nos dice Zdenko Pavelka, subdirector de *Tvorba*.

En la Redacción, donde conversamos con él, reina una gran animación: el colectivo por fin adquirió independencia real. Y esta libertad, más los acontecimientos que se reflejan en las páginas del semanario en forma de crónicas, entrevistas breves con personalidades de la cultura, artículos y fotografías que transmiten el "espíritu" de la calle, inciden en el estado de ánimo de la gente, en su actividad creadora. No por simple casualidad, y de manera espontánea, en muchos comunistas surgió la idea de organizar, en vísperas del congreso del partido, un club de la intelectualidad marxista, abierto para todas las fuerzas de izquierda que, teniendo diferentes criterios sobre la renovación socialista de Checoslovaquia, sin embargo consideran categóricamente que este es el único camino correcto.

¿Por qué precisamente en *Tvorba* nació la idea de formar este club?

— La respuesta, por lo visto, en parte hay que buscarla en el pasado —prosiguió Pavelka—. Hace más de seis décadas, el semanario estuvo dirigido por el crítico independiente Frantisek Xaver Salda, que no en todas las cosas estaba de acuerdo con los comunistas checoslovacos. Sin embargo, él quería que *Tvorba* se convirtiera en una tribuna del Partido Comunista, que en ese entonces no tenía un órgano de prensa para la intelectualidad. Así, en 1928 y, a propósito sea dicho, también en noviembre, salió el primer número del periódico, dirigido por su discípulo, Julius Fucík. Ahora, en esencia, hacemos lo mismo: damos la posibilidad de expresar sus criterios a diversas capas de la población de Checoslovaquia, no sólo a los intelectuales, sino también a todos los ciudadanos que profesan ideas socialistas.

¿Pero acaso antes *Tvorba* no era un semanario de este tipo?

— Hasta principios de 1988 fue un semanario del CC del PCCh dedicado a cuestiones de la cultura. Luego, pareció que nos habíamos liberado de una tutela que reglamentaba cada paso, cada iniciativa. Puede decirse que gozábamos de una independencia muy sui géneris. Sin embargo, como antes, existía el aparato del partido que dejaba sentir su influencia en *Tvorba*.

Zdenko Pavelka sacó de un armario

algunas páginas ya levantadas y listas para entrar en prensa.

— Estas cinco páginas no pudimos publicarlas a mediados de 1989.

¿Quizás valdría la pena publicarlas ahora?

— Los acontecimientos en su impetuoso devenir han dejado atrás las reflexiones de los autores. Estas páginas ya son historia, y la historia no puede volver sobre sus pasos.

¿Qué fuerzas comparten las ideas del Club de la Intelectualidad Marxista?

— Por ahora es bastante complejo responder a esta pregunta. Estoy convencido de que parte considerable de nuestro pueblo apoya el socialismo. Es significativo que hayan manifestado interés por las actividades de nuestro club antiguos miembros del PCCh, expulsados después de 1968.

¿Cómo ve, en general, las perspectivas del socialismo en Checoslovaquia?

— En nuestro país, las grandes tradiciones del movimiento socialista tienen sus raíces en el siglo XIX. En aquel entonces, las fuerzas progresistas de Europa defendían los valores socialdemócratas. Recordemos que en los años 20 de este siglo el movimiento se dividió en socialdemócrata y comunista. En Checoslovaquia, el primero desapareció después de 1948, como consecuencia del *diktat* del PCCh y de la dirigencia de la socialdemocracia, pero en la actualidad está volviendo a estructurarse. No obstante, pienso que *Obroda* (organización constituida, ante todo, por antiguos miembros del PCCh), el Partido Socialdemócrata en proceso de reconstitución, el Partido Socialista, que se reactivó durante los acontecimientos de noviembre, así como otras organizaciones y diversas corrientes de izquierda, deben empeñarse en estabilizar la situación en el país y prestar respaldo al Gobierno, a fin de, en primer término, salvar la economía, evitar conmociones o explosiones de cualquier tipo. En mi opinión, hoy en día esto es lo fundamental.

¿Cuáles son las particularidades de los procesos que tienen lugar en Checoslovaquia?

— No diría que comenzaron el 17 de noviembre. Me parece que se puede considerar como un punto de viraje la muerte de Leonid Brézhnev y la publicación, en 1983, del artículo de Yuri Andrópov, *La doctrina de Carlos Marx y algunas cuestio-*

nes de la edificación socialista en la URSS. Lamentablemente, en cierta manera este artículo ha sido olvidado, pero precisamente en las ideas expresadas en él veo el comienzo intelectual de nuestros cambios.

En verdad, el carácter específico checoslovaco consiste en que la sociedad durante mucho tiempo reflexiona sobre los acontecimientos y analiza lo que ocurre y, sólo después, viene el viraje. Pero, y esto es importante subrayarlo, es una singular explosión sin violencia. Recordemos la historia. En 1918, cuando se derrumbó la monarquía de los Habsburgo, el pueblo salió a las calles y sin mayores esfuerzos tomó el poder en sus manos. Puede decirse que tampoco fue violenta la transición de 1948, cuando tuvo lugar el avance socialista. Me parece que en el siglo XX en ningún país han ocurrido cambios pacíficos semejantes. En noviembre de 1989, la principal consigna del movimiento fue la no violencia. Y, hablando metafóricamente, puede decirse que esta consigna arrancó las armas de manos de los extremistas, siendo respaldada por todos

los partidos, por las fuerzas progresistas, por todo el pueblo. Además, se hizo presente otro rasgo característico de Checoslovaquia: el humor que acompaña a todos los procesos. En las calles aparecieron carteles improvisados con aforismos, caricaturas, llamamientos a los ciudadanos realizados de manera bastante interesante.

Es difícil decir en qué formas proseguirá el desarrollo del movimiento social, pues es muy impetuoso el curso de los acontecimientos. Lo más probable es que, en el mejor de los casos, el poder pase a una coalición de comunistas, socialistas, socialdemócratas, en una palabra, a toda la izquierda. En la actualidad, ninguno de ellos está en capacidad de elaborar por sí solo un programa constructivo que sea adoptado sin discusión por todos los miembros de la sociedad. Sólo una coalición puede llevarnos a un socialismo democrático y humanista. La unión de fuerzas nuevas, progresistas y renovadas.

Por cuanto Ud. es comunista, ¿cómo ve el futuro del PCCh?

— En relación a la situación del partido no siento optimismo, más bien al contrario. El PCCh se encuentra en una situación muy compleja, crítica. De hecho, en él existen dos partes, dos fuerzas: el aparato y los comunistas de base. Es necesario destruir en los plazos más breves esta estructura divisoria que se ha ido formando durante decenios. O las fuerzas progresistas logran conservar el partido, pero ya no como una nomenclatura, o el PCCh dejará de existir como organización y aparecerá otro partido, también comunista, pero nuevo.

Cada uno de los partidos, organizaciones y movimientos que actúan en Checoslovaquia (y el más poderoso de ellos es el Foro Cívico) tienen, indiscutiblemente, sus propias tareas, ideas y plataformas. La abrumadora mayoría de los ciudadanos de Checoslovaquia tiene un solo objetivo: la prosperidad de su Patria. Hay que buscar las formas para vivir. Estoy convencido de que, después de la euforia, triunfará la razón, y nosotros no volveremos a repetir los viejos errores.

El artista y la política

MILAN LUKES,
doctor en Ciencias
Filosóficas, responde
a las preguntas
de *Revista Internacional*

Muchos artistas y escritores checoslovacos aparecen hoy en el escenario de la vida pública del país como políticos experimentados. ¿Puede decirse lo mismo de usted?

— Hasta hace poco mi actividad ha estado estrictamente circunscrita al marco académico: daba clases de Historia de los Teatros Inglés y Norteamericano en la Universidad. Hasta 1985, año en que fui nombrado director del elenco dramático del Teatro Nacional, no tuve más que una vinculación indirecta con la práctica escénográfica propiamente dicha. Y es sólo en fechas todavía más recientes, a partir de julio de 1989, es decir, después de que los

miembros de la Unión de Artistas Dramáticos Checos me eligieran presidente de su sección teatral, cuando me incorporé de lleno a la vida social, que estos últimos meses se ha caracterizado por su extraordinario dinamismo.

No creo que pueda caracterizarme a mí mismo como un ciudadano muy activo. Nunca he firmado ninguna de las peticiones y llamamientos que circulaban de vez en cuando en los ambientes intelectuales.

Y es que mi experiencia de la vida y mis criterios estéticos y políticos no me permiten sobrevalorar la importancia de mi propia persona ni el papel que puedo desempeñar. Me siento inclinado a la prudencia y la moderación. No soy partidario

Milan Lukes, de nacionalidad checo, es especialista en historia del arte. En el momento de la entrevista ocupaba el cargo de director del elenco dramático del Teatro Nacional. Desde el 5 de diciembre de 1989, es ministro de Cultura de la República Socialista Checa.

de la polarización. Por el contrario, hago todo lo posible para contribuir al logro de acuerdos mutuamente aceptables, para impulsar la búsqueda conjunta de soluciones acertadas desde el punto de vista táctico. Y trato de prevenir a mis colegas contra una intervención prematura en la vida política para influir directamente sobre la situación. Creo que esto es importante subrayarlo, porque hay gente que quiere hacer de la política una especie de hobby.

De radical no tengo nada. Yo diría que soy un hombre realista y pragmático. Pienso que, por esta razón, no me es difícil ver las cosas tal como son en realidad.

¿Y supo prever el desarrollo de los acontecimientos?

— Aunque pueda parecer una falta de modestia, le diré que para mí era evidente, por ejemplo, el carácter irreversible de los procesos sociales que venían madurando en los últimos tiempos. En cierto grado supe prever también cuál sería la

respuesta de la dirección política a esas tendencias de desarrollo.

Ahora bien, yo pensaba que el período del estancamiento social y económico, que adquirió contornos muy nítidos en los años 80, duraría más tiempo. Y pensaba así porque la atmósfera de indiferencia, apolitismo, egoísmo y avidez abarcaba a los más vastos sectores de la población. Era un fenómeno del que los profesionales del arte nos dábamos cuenta por el estado de ánimo del público.

En tal caso, ¿qué es lo que movió a la gente a volcarse a la calle?

— Hay que decir en honor a la verdad que en los últimos tiempos las autoridades procuraban evitar el uso en gran escala de sanciones contra quienes no estaban de acuerdo con ellas y expresaban públicamente su punto de vista. En realidad, la nuestra no era una sociedad represiva, ni mucho menos, sino que se caracterizaba más bien por un ambiente de indiferencia general.

Los dirigentes del país carecían de una concepción realista del desarrollo, aunque tal como se presentaban las cosas en los discursos, podía parecer que teníamos un sistema muy dinámico. Se fue creando así una situación —yo diría, de chiste— en que los hombres en el poder declaraban muy en serio que estaban dispuestos a dialogar únicamente con quienes estuvieran de acuerdo con su política.

Los acontecimientos que se desarrollaron a partir del 17 de noviembre no fueron el resultado de acciones coherentes y bien planeadas de la oposición. Fueron, en primer término, una consecuencia de la impotencia de los *de arriba* y de su alienación respecto a los *de abajo*. Cabe decir, por tanto, que la sociedad se rebeló contra la falta de profesionalismo político. Creo que esto es un indicio del despertar de la autoconciencia nacional, cívica, del pueblo, que ha madurado para considerar con criterio propio las realidades, su condición, el papel y el lugar que le corresponden en la historia.

No parece usted tener muy buena opinión de los ya dimitidos dirigentes del PCCh.

— He tenido bastantes entrevistas con exponentes del poder estatal y del aparato del partido, para resolver cuestiones relacionadas con la actividad de nuestro teatro y de la asociación de profesionales a que pertenezco. Y debo reconocer que algunos de ellos se mostraban interesados en conocer las diferentes opiniones. Sobre todo, en el período inmediatamente

anterior a los acontecimientos de noviembre.

Sin embargo, cuando la situación política alcanzó el punto crítico, la dirección del país no supo comprender lo que ocurría. De ahí que su respuesta no fuera adecuada; fue un encadenamiento de medidas erróneas. La impresión de falta de profesionalismo e incompetencia era tan fuerte que no pude aguantarme y en conversaciones telefónicas con varios funcionarios calificué la situación con el término de “cretinismo político”.

Soy duro en mis apreciaciones porque hasta las decisiones más recientes denotan desconcierto y están llenas de contradicciones. Esto es un síntoma del proceso de esclerosis crónica, del que padece desde hace tiempo la estructura ideológica del aparato del partido.

Y por ahora no he captado ningún dato más o menos significativo que me induzca a cambiar de opinión sobre este punto. Hay, eso sí, excepciones a nivel de personas concretas. Pero, por lo general, se trata de gente con responsabilidades en la esfera económica, que no en el terreno político.

Usted es miembro del PCCh. ¿Cómo se siente en tanto que comunista en la situación actual?

— Ingresé en el Partido Comunista en 1965. Por ser nacido en 1933, hubiera podido adherir antes, en la década del 50. Pero por aquel entonces era ya un hombre con suficiente capacidad de raciocinio para analizar lo que estaba ocurriendo. Me refiero a los famosos procesos que marcaron el acontecer de aquellos años.

El XX Congreso del PCUS y los sucesos que le siguieron infundieron en mí cierto optimismo. Creo que ese fue un período de renacimiento, de esfuerzo por superar una etapa dogmática de nuestra historia. La sociedad estaba en auge, y pocos intelectuales de mi generación permanecieron al margen del partido. Se inició entonces dentro del PCCh un diálogo en el que las fuerzas conservadoras y las tendencias radicales participaban en igualdad de condiciones. Y aunque yo nunca aspiré a situarme en el epicentro del acontecer político, esa circunstancia terminó de convencerme de que, si quería ejercer mi profesión no sólo para mi propio placer, sino en bien de toda la sociedad, debía ingresar en el partido. Así, y sólo así, era como podía trabajar con máxima eficiencia. Desde entonces no he cambiado de opinión.

Bueno, y después vino, claro, el

agosto de 1968... ¿Qué piensa usted de aquel período?

— A diferencia de algunos colegas míos, pienso que incluso en vísperas de ese momento álgido, el partido, por cuanto seguía siendo la fuerza rectora del país, podía haber dirigido el desarrollo de los acontecimientos por otro cauce, con resultados más positivos para la sociedad. Pero no supimos aprovechar esa oportunidad. Y no supimos aprovecharla, a mi juicio, por varias causas. Entre ellas hay que mencionar, ante todo, la situación internacional, el estado del movimiento comunista y una manera de interpretar el marxismo que prevalecía entonces, el dogmatismo ideológico, cuya manifestación más fehaciente fue la llamada *doctrina Brézhnev*. Es obvio también que a algunos políticos de aquel período les faltó realismo y capacidad de reflexión.

Me es difícil hacer ahora apreciaciones concretas, por cuanto a buen seguro hubo otros factores de los que tengo escaso conocimiento.

Por lo que a mí se refiere, fui uno de los intelectuales que sufrieron de manera directa las consecuencias de agosto del 68. Ciertamente es que en mi caso no llegaron a ser tan dramáticas como lo fueron para muchos colegas y conocidos míos, aunque yo también pasé por la fase de averiguación de los expedientes. Por suerte, a mí me tocó el turno un poco más tarde, cuando la situación se había estabilizado. La nueva dirección del partido ya se había dado cuenta de la necesidad de consolidar la sociedad y procuraba atraer a la gente a esta causa.

¿Este punto de vista es compartido por muchos intelectuales?

— Creo que sería un tanto irresponsable de mi parte decir hasta qué punto sus opiniones coinciden con las mías. Pero está claro que las preguntas que nos hacemos todos son, más o menos, las mismas. Diré solamente que algunos de mis conocidos se muestran inclinados a sacar conclusiones y obrar impulsivamente. A veces lo que les mueve es el desencanto y cierto sentimiento de culpabilidad propia. Conozco casos de colegas que en respuesta a determinadas acciones de las autoridades han devuelto el carné del partido. No creo que hayan actuado así por consideraciones coyunturales. Se trata pura y simplemente de una reacción ético-emocional a los acontecimientos. Pero esto va en contra de mis principios.

A juzgar por todo, los intelectuales, particularmente los que han estado con el partido durante todos estos

años, están dispuestos a compartir la responsabilidad por lo ocurrido, por la forma en que se ha desarrollado la sociedad durante los últimos dos decenios...

— Por supuesto, los intelectuales que son miembros del partido han tenido algo que ver con su política. Pero esta es una cuestión de orden más bien moral, que no práctico. Muchos hechos indican claramente que la dirección del partido no supo prestar oído a las voces que la prevenían desde abajo. Miroslav Štěpán, el antiguo primer secretario del Comité Urbano del PCCh en Praga, solía reunirse y conversar con representantes de la cultura. Es decir que, a primera vista, teníamos la posibilidad de expresar nuestra opinión e incluso de hacer observaciones muy críticas. Pero los resultados eran mínimos. Nos escuchaban, asentaban con la cabeza, luego nos despedíamos y... las cosas seguían como antes. Además, la información escueta y peinada que se daba de esos encuentros hacía pensar a la gente que se trataba de reuniones en que todos estábamos como una seda.

Por eso pienso que a los intelectuales del partido, si exceptuamos a los dirigentes de algunas asociaciones creativas, no se les puede imputar responsabilidad por la política que ha practicado la Sección Ideológica del Comité Central del PCCh en los últimos decenios. Es más, en diferentes etapas del pasado, la inmensa mayoría de los intelectuales comunistas ha manifestado su desacuerdo con esa política y se han opuesto abiertamente al aparato. Y lo que, a pesar de todo, se ha logrado hacer en el campo de la creación artística es justamente fruto de serios enfrentamientos ideológicos y de nuestra oposición a la línea oficial.

Por lo que a mí se refiere, no pienso haber cometido errores tan graves de los que tenga que arrepentirme. En este sentido estoy absolutamente tranquilo, y lo digo sin la menor exageración. No he devuelto mi carné de militante comunista ni pienso hacerlo en adelante, porque siempre he estado seguro de que la renovación del partido y de su política era sólo cuestión de tiempo.

¿Son compatibles la cultura y la ideología? ¿Es posible crear condiciones en que estas dos categorías coexistan como factores del desarrollo social que se complementen recíprocamente?

— La cultura es un sistema abierto de valores y pareceres, en constante proceso de desarrollo y de enriquecimiento. En

cambio, la ideología (tal como entendían este concepto los funcionarios del partido) es una estructura inerte, un conglomerado de citas y postulados. No tiene capacidad de regeneración. Y me parece que es imposible combinar orgánicamente dos cosas tan diferentes. Lo peor es que el intento de lograr esa combinación puede terminar con la cultura en general. Por eso hoy se plantea al orden del día el tema de desideologizar la cultura.

¿Y qué permitirá lograr esa desideologización?

— Ante todo, quiero destacar un hecho históricamente demostrado: en lo fundamental, los principios del socialismo crean un contexto muy favorable para el desarrollo de la cultura, para su difusión y asimilación. Ahora bien, para seguir avanzando hay que proteger el trabajo creativo contra la influencia de la coyuntura ideológica. Los únicos límites a la libertad de creación deben ser los que dicten la moral y la ley. El desarrollo de la autoconciencia nacional requiere que se creen condiciones óptimas para una sana competencia en el terreno de las artes, inclusive para aquellas corrientes que fueron prohibidas en su tiempo por razones ideológicas de índole dogmática. Es sólo así como se podrá justipreciar su productividad y su valor estético y ético.

Usted conoce las condiciones que ofrece la democracia occidental para la labor creativa. ¿Puede compararla con las condiciones en que le ha tocado trabajar a usted?

— Mucha gente tiene una concepción bastante ingenua de la libertad de creación en Occidente. La refinada competencia de talentos es inseparable de la competencia de capitales. El filtro comercial que funciona en esos países impide que llegue a las masas la voz de la minoría, de quienes no cuentan con el indispensable apoyo económico. No menos infundada es la idea de que el arte en los estados burgueses es independiente de la ideología. Esta ejerce una influencia evidente y determinante. Allí también la élite trata de presionar con fuerza sobre la conciencia de los hombres. Pero es verdad que no lo hace con tanta torpeza como nuestros ideólogos domésticos.

En su actividad profesional, ¿procura usted separar la estética de la política?

— Como profesional y como hombre realista, está claro que no puedo ignorar en mi actividad las realidades políticas ni inhibirme de ellas. Por eso el repertorio del

Teatro Nacional, de cuya confección respondo yo, no persigue únicamente fines estéticos. En general, el esteticismo es indicio de cierta indiferencia o apatía cívica, mientras que yo soy partidario de una influencia activa del arte sobre la conciencia social. Además, el teatro es un espejo de la sociedad y de la época que vivimos. Y yo no quisiera que ese espejo deformara la imagen de lo que está llamado a reflejar.

¿Desearía usted que los máximos responsables del poder acudieran con más frecuencia a mirarse en ese espejo?

— El Teatro Nacional es uno de los más frecuentados por esa categoría de gente. Por eso, dentro del propio teatro y entre los funcionarios de cultura que tenían que ver con él, siempre ha existido una determinada tendencia a poner en escena espectáculos que no dañaran su reputación a los ojos del poder. No obstante, más de una vez se nos han hecho observaciones, señalando supuestas divergencias entre la realidad y la forma en que nuestros actores la interpretaban. Hay un adagio ruso que viene al caso: "No te quejes del espejo, si lo que pasa es que eres feo".

Naturalmente, a nuestro teatro seguirá viniendo gente que ocupa altos puestos en la sociedad y en los organismos estatales. Y yo quisiera que acudieran a las funciones con sana curiosidad, con un sentimiento de confianza hacia el teatro en tanto que espejo de la sociedad. Un espejo que puede ayudarles a enterarse de muchas cosas.

Así pues, ¿usted considera que la intelectualidad debe estar politizada?

— Básicamente, sí. Esto no quiere decir que el intelectual deba estar necesariamente adscrito a un partido u otro. Desde hace tiempo he llegado a la conclusión de que la afiliación política, entendida como pertenencia a un partido, no debe jugar un papel substancial en el futuro desarrollo de la sociedad ni en el destino de cada individuo por separado.

¿Qué significa tener preocupaciones políticas? Para mí, es tener sentido de responsabilidad ante la sociedad, aspirar a la autorrealización en aras del progreso. Creo que el concepto de preocupación política es equiparable al de actitud cívica. En este sentido, Bertolt Brecht es fascinante. Es un autor muy politizado y uno de los más grandes dramaturgos del siglo XX. Yo he aprendido mucho de Brecht. Y la admiración que siento por él me impide aceptar la idea de que el artista tenga derecho a ser apolítico.

Ya he dicho antes que, a mi modo de ver, la creación artística debe integrar en sí la política y la estética. Pero el artista no tiene necesidad de entrometerse en la esfera de competencia de los políticos profesionales. Los intelectuales del arte, en su gran mayoría, son propensos al radicalismo y al romanticismo. En el campo de la política propiamente dicha, la cual requiere más que nada cordura y pragmatismo, dos cualidades que juntas conforman el sentido de responsabilidad, deben fungir especialistas. La célebre frase de Goethe acerca de que lo propio del artista no es hablar, sino crear, me parece muy sensata, aunque sabemos que él mismo no rehuyó la actividad política y hubo incluso un tiempo en que incluso cosechó éxitos en este terreno.

¿Es que la existencia de una intelectualidad politizada puede suponer un peligro para el socialismo?

— Claro que no. Al fin y al cabo, la actual generación de intelectuales se ha formado en el marco del socialismo, si bien se trata de un socialismo con múltiples deformaciones. Por otra parte, el socialismo no puede pasarse sin la intelectualidad, prescindir de su influencia indirecta sobre las elaboraciones políticas.

Durante las últimas semanas hemos descubierto nuevos astros en el firmamento político. Son estrellas que se han formado en el ambiente de la intelectualidad científica y se han granjeado notoriedad gracias a sus concepciones. No soy especialista en la materia y, por tanto, no puedo juzgar de esas concepciones, pero el hecho de que se hayan ganado, en el transcurso de un lapso relativamente corto, el respaldo de vastos sectores de la población, es de por sí muy elocuente. Y esas personas con sus concepciones son precisamente aquellas a las que se quiso ignorar en el pasado.

Hoy nos convencemos una vez más de que disponemos de un ingente potencial creativo, intelectual, que puede influir favorablemente, aun sea de modo indirecto, sobre la vida política, sobre el desarrollo de la sociedad. La tarea consiste en saber aprovechar ese potencial en beneficio del progreso, de la democracia y del socialismo.

¿Cómo comentaría usted la situación en el país?

— A mi juicio, el momento actual se caracteriza por un serio avance en dirección a la democracia. Sin embargo, en la práctica, esta tendencia puede traducirse en un deslizamiento general hacia la derecha. Pero esto nos hará plantear con

mayor urgencia la necesidad de articular y consolidar las fuerzas de izquierda. La cuestión es saber hasta qué punto la actual estructura de nuestro partido es capaz de captar este imperativo y de actuar como promotora de la integración de la sociedad sobre la base de los principios socialistas. Hoy por hoy me es difícil responder a este interrogante, pero los acontecimientos en curso me hacen ver las cosas con optimismo.

Como es sabido, la Asamblea Federal ha excluido de la Constitución el tan discutido artículo 4 sobre el papel dirigente del PCC. A algunos puede parecerles que esta decisión fue adoptada bajo la presión de la coyuntura política del momento. Pero yo pienso que es un acuerdo acertado, a tono con la lógica del desarrollo de la sociedad. Es más, pienso que la situación que se está creando no implica ninguna amenaza para el Partido Comunista. Por el contrario, le brinda una oportunidad excepcional para reforzar su prestigio en la sociedad sobre una base democrática.

En Checoslovaquia contamos hoy con todas las posibilidades para poner en pie un nuevo modelo de socialismo, un modelo viable, que se distinguirá no sólo de los que se están creando en otros países socialistas, sino también del que se trató de promover aquí mismo en 1968.

Ahora bien, existe el riesgo de que se vaya por la vía más fácil y se reduzca la idea del pluralismo a una especie de mercado libre de las fuerzas políticas, en el marco del cual se desplegaría una encarnizada pugna por los puestos y las poltronas. Sería muy lamentable que tal contingencia se hiciera realidad.

Nos encontramos en una encrucijada de la historia. Es una situación en la que convendría tener una clara concepción del socialismo, ponernos de acuerdo sobre lo que deseamos. Pero hoy por hoy, todo son dudas.

Pienso que no descubriré ninguna América si digo que, incluso en el caso de una sociedad en que reine la unanimidad de criterios y de intereses (situación ideal y probablemente imposible), debe haber sitio para quienes en un momento u otro estimen necesario adoptar una actitud contestataria.

Las posiciones contestatarias no implican de por sí desconfianza, sino que permiten promover alternativas de carácter constructivo. Por cuanto seguimos siendo partidarios de una interpretación dialéctica de la realidad, debemos precavernos contra uno de los errores más graves de nuestro pasado reciente: el de negar la existencia y la lucha de los contra-

rios e incluso de antagonismos en la sociedad socialista.

Al encontrarnos hoy en una situación en que no tenemos una idea bien definida del futuro del socialismo, en que no vemos claramente sus perspectivas, ¿acaso es lógico querer fijar el marco límite del diálogo sobre este tema, sobre las posibles plasmaciones concretas de ese ideal? ¿Y qué sentido tiene, cuando aún no hemos definido con precisión el objeto de la discusión, determinar de antemano lo que es "socialista" y lo que no lo es? Si todavía no hemos comprendido que es absurdo enfocar el problema en semejantes términos, esto quiere decir que el voluntarismo y el dogmatismo laten aún en nuestra conciencia. Y no sólo en la de los comunistas, sino también en la de aquellos que recaban el derecho a participar en la búsqueda de las vías de nuestro futuro desarrollo.

En Checoslovaquia hablar hoy del socialismo es tratar un tema muy impopular. A la gente le parecen más atractivas las consignas centradas en el vocablo democracia. Pero son lemas formulados en términos muy vagos. Más aún, algunos partidarios de la "democracia" se arrojan el derecho a decir ellos mismos lo que es democrático y lo que no lo es. Por este camino se volverá inevitablemente a colgar sambenitos a todos los que piensen de otra manera.

De todos modos, me siento muy optimista. Y aunque en diferentes mítines oímos a veces discursos políticamente desafortunados y que denotan bajo nivel cultural, esto no puede quebrantar mi convencimiento de que el pueblo está tanteando el buen camino.

Nuestra sociedad realiza hoy serios esfuerzos a fin de determinar las formas y el contenido del futuro sistema político. Creo que sería erróneo tirar por la borda la experiencia del Frente Nacional. Es verdad que éste está muy desacreditado por su actividad en el pasado. Pero ello tiene que ver únicamente con las formas de trabajo. La propia idea de la representación de los intereses por medio de una coalición conserva su valor impercedero. Permite evitar las especulaciones políticas basadas en las diferencias de posiciones y criterios, salir al paso de la confrontación y la polarización de los sectores y grupos sociales.

Por así decirlo, se trata de asentar una estructura suprapolítica y civil de responsabilidad mutua con respecto al Estado, a la sociedad y al socialismo y sin pretensión alguna al poder.

La formación del nuevo sistema político en nuestro país está vinculada con la aparición de nuevos movimientos y parti-

dos políticos. En este contexto, la intelectualidad puede desempeñar un papel importante, si no decisivo. En todo caso, en los medios intelectuales hay gente realmente competente y cualificada, capaz de interpretar los diversos intereses que existen en la sociedad y de orientarse en los diversos procesos y tendencias.

Nota de la Redacción. Cuando este material estaba ya listo para ser editado, recibimos la noticia de que Milan Lukes había sido nombrado ministro de Cultura de la República Socialista Checa, una de las dos repúblicas que integran la federación checoslovaca. Comunicamos con él para preguntarle si en estas nuevas circunstancias no había modificado

su posición respecto a los problemas abordados en la entrevista. M. Lukes contestó que sus puntos de vista permanecerían invariables.

Correspondencia de RI

Tres semanas antes del 21 de agosto

(Recuerdos de una intérprete)

CUANDO ME ENTERÉ de que los dirigentes de Bulgaria, Hungría, la RDA, Polonia y la Unión Soviética habían condenado la entrada de tropas de sus países en Checoslovaquia en 1968, pensé que, tal vez, los lectores de *Revista Internacional* desearían conocer algunos detalles, desde mi punto de vista importantes, de los acontecimientos que precedieron inmediatamente a la tragedia de agosto de 1968. En calidad de intérprete tuve que participar en el histórico encuentro de los líderes de la *primavera de Praga* con la dirección soviética, que se celebró del 29 de julio al 3 de agosto en la pequeña ciudad fronteriza de Cierna nad Tisou.

El 28 de julio recibí un telefonema de la sección internacional del CC del PCCh pidiéndome que me presentara de urgencia y llevara todo lo necesario para algunos días. No me proporcionaron ningún detalle, diciéndome tan sólo que se trataba de traducir en "una reunión a puertas cerradas de orden interno", de la cual no debía hablar con nadie. Cuando me presenté en el CC, me informaron que debía acompañar, como intérprete, a los dirigentes del partido que iban a participar en una conferencia en Cierna nad Tisou. Y, de nuevo, ningún otro detalle.

Poco tiempo después nos llevaron al aeropuerto donde ya estaba listo para despegar un avión gubernamental, en el que toda la delegación checoslovaca voló a Kosice, en Eslovaquia, para desde allí dirigirse en tren a Cierna. En la estación ferroviaria de esta pequeña ciudad ubicada en la frontera soviético-checoslovaca ya estaba esperando un largo tren, en el que todos nosotros, los miembros de la delegación y el personal auxiliar, íbamos a vivir cinco días. Frente al andén se encontraba el gris edificio de la Casa de la Cultura de los Ferrovianos, en cuya sala de actos se celebrarían las reuniones.

La delegación soviética tenía que llegar el 29 de julio. Pero, ya la víspera de su llegada la atmósfera comenzó a ponerse al rojo vivo, aunque exteriormente todo permanecía tranquilo. El 29 de julio por la mañana la tensión subió aún más. Todos nos levantamos temprano, desayunamos de prisa y nos pusimos a esperar. El tiempo pasaba muy lentamente, pero la delegación soviética no llegaba. Por fin, a lo lejos apareció un tren. El pesado convoy blindado se detuvo junto al andén. Se apearon los miembros del Buró Político soviético, encabezados por Brézhnev. Los saludos fueron muy protocolarios. Nada de abrazos ni besos. Sin embargo, Brézhnev y Svoboda sí se besaron; a los demás, los dirigentes soviéticos les dieron un simple

apretón de manos, y eso fue todo. A continuación, Brézhnev y Dubcek subieron al tren soviético. Los demás se quedaron en el andén hablando en voz baja. La conversación giraba en torno a nada, tal vez se habló del tiempo. Todos esperábamos lo que iba a ocurrir. Hora y media después Brézhnev y Dubcek salieron, y las dos delegaciones, acompañadas de algunos expertos y de los intérpretes, se dirigieron a la sala de actos.

Esta era bastante grande y poco confortable. En el centro había una mesa larga. A un lado de ella se sentaron los miembros de la delegación checoslovaca y, al otro, los de la soviética. Junto a las paredes se encontraban sillas para los ascensos y expertos checoslovacos y soviéticos. También había dos cabinas encristaladas para los intérpretes.

Brézhnev fue el primero en tomar la palabra, pronunciando un extenso discurso que duró casi tres horas. No sé por qué, la delegación soviética tenía una sola intérprete que tradujo todo el discurso. Hacia el fin de la intervención de Brézhnev ella casi se moría de la fatiga, pero no nos autorizaron a reemplazarla. No está permitido (normalmente, un intérprete no permanece ante el micrófono más de 15-20 minutos sin interrupción).

Brézhnev hablaba con voz monótona, sin expresión ni grandes emociones. Pero decía

cosas muy graves: en Checoslovaquia crecía la amenaza desde la derecha; habían surgido organizaciones contrarrevolucionarias como el Club de Activistas sin Partido y el C-231 (Club de Presos Políticos condenados en los años 50 y 60 según el Artículo 231); el partido estaba perdiendo su papel rector; en él existía un "segundo centro" (entre sus integrantes se mencionó a mi esposo); la prensa, la radio y la televisión checoslovacas se habían convertido en voceros de las fuerzas de derecha, encontrándose fuera del control del partido, etc. Al hacer estas terribles acusaciones, Brézhnev, sin embargo, hablaba con un tono paternal, de mentor. Otros dirigentes soviéticos fueron mucho más groseros y categóricos.

Después de Brézhnev intervino Dubcek con un informe serio y bien argumentado que demostraba que no había peligro de contrarrevolución en el país. Dubcek defendió la radio, la televisión y la prensa, acerca de las cuales Brézhnev se había expresado en términos tan duros. Pero teníamos la impresión de que Dubcek hablaba en el vacío: la parte soviética lo escuchaba con frialdad; era obvio que no aceptaba sus argumentos.

Con cada nueva intervención de los delegados soviéticos se hacía más y más evidente que no deseaban oír nada, comprender nada ni ponerse de

acuerdo sobre nada. Ahora no puedo decir con exactitud qué decía cada cual, pero recuerdo perfectamente que la intervención de Kosiguin me pareció la más agresiva. Cada frase suya traslucía literalmente irritación y amenazas. Recuerdo que cuando Dubcek dijo que la nueva política de la dirección checoslovaca gozaba del respaldo de toda la población y que el CC del partido recibía miles de resoluciones en apoyo de él, Dubcek, Kosiguin replicó con sonrisa burlona: "¿De qué diablos de resoluciones nos está hablando todo el tiempo! ¡Baste con dar un telefonazo a Moscú, y le mandarán tantas resoluciones contra la contrarrevolución en Checoslovaquia que van a llenar esta sala hasta el techo!". Kosiguin ni siquiera podía concebir que hombres comunes y corrientes enviaran cartas por iniciativa propia, sin recibir órdenes de arriba. También a Kosiguin se debe la siguiente frase: "Su frontera es nuestra frontera", en el sentido de que las fronteras occidentales de Checoslovaquia son también las del campo socialista y de que la Unión Soviética tomaría cualquier medida para defenderlas.

Como ya he dicho, desde el comienzo mismo de la reunión estaba claro que la parte soviética no deseaba comprender la situación. Los representantes del ala reformista de la dirección checoslovaca parecía que hablaban en una sala vacía: sonrisas burlonas eran la única reacción de los dirigentes soviéticos, que se animaban tan sólo cuando tomaban la palabra Bil'ak, Kolder, Rigo y Svestka, a quienes escuchaban con especial atención. La intervención de Vasil Bil'ak fue seguida con exclamaciones de aprobación, sobre todo cuando habló de los sentimientos antisocialistas y antisoviéticos que supuestamente había en Checoslovaquia, y de que de un momento a otro se iba a empezar a ahorcar comunistas en las farolas de la calle. Todos nosotros escuchábamos perplejos: ¿cómo uno puede decir semejantes mentiras de su propio país!

No recuerdo el orden de las intervenciones. Por su forma la de Shelepin fue la más moderada. Súslov discurrió sobre ideología, tratando de demostrar que en Checoslovaquia "el revisionismo florecía con exuberancia".

Los representantes checoslovacos y soviéticos intervenían alternativamente. En la reunión no había programa, reglamento y ni siquiera presidente. Sin consultar con nadie, Brézhnev asumió este papel. Las cosas siguieron así durante día y medio, hasta que tomó la palabra Shélest, cuya intervención fue la más grosera y violenta por su forma. Literalmente babeando de cólera habló de la contrarrevolución en Checoslovaquia, y gritando se refirió a "un tal Kriegel, judío de Galitzia". Y justamente frente a él, y con una sonrisa de comprensión en los labios, estaba ese tal Frantisek Kriegel, Presidente del Frente Nacional de la RSCh, hombre inteligente y con un corazón de oro que había combatido en la guerra civil en España y en China.

La intervención de Shélest pareció poner los puntos sobre las "fes". Se nos dijo sin tapujos: ustedes han perdido el camino, pero nosotros no lo permitiremos y les haremos sentar la cabeza a nuestro modo, "a lo proletario". Después de la intervención de Shélest, la marcha de la reunión experimentó un cambio brusco. Shélest se refirió en términos muy ordinarios a Dubcek, acusándole de haber traicionado la causa del socialismo. Dubcek reaccionó como toda persona normal, grosera e injustamente ultrajada. Tomó la palabra y dijo que rechazaba categóricamente las expresiones de Shélest y el tono con que habían sido dichas, pues la amistad con la Unión Soviética para él era sagrada, siendo sumamente injusto acusarle de alentar sentimientos antisocialistas. Dubcek recordó que en los años 20 su familia había participado en la construcción del socialismo en la URSS, trabajando en la cooperativa agrícola checoslovaca Interhelpo en Ka-

zajia. En ese momento, la voz de Dubcek se quebró y él, sin terminar sus palabras, se levantó de su asiento, dirigiéndose hacia la salida. Alguien, me parece que fue Smrkovsky, echó a correr en pos de Dubcek y empezó a decirle algo. En el salón reinaba la confusión. Los soviéticos estaban sentados con sus rostros imperturbables. No diría que estaban asombrados. Creo, simplemente, que no esperaban que un político pudiera tener una reacción humana normal. Luego se pusieron a cuchichear y alguien, pienso que Podgorni, se fue de prisa al andén en busca de Dubcek.

La sesión se dio por terminada. Los delegados soviéticos se fueron a sus vagones, y sólo al caer la noche uno de ellos vino a ver a Dubcek. Como se aclaró más tarde, allí se convino en que las futuras reuniones se celebrarían a puertas cerradas. Ahora, en las negociaciones participarían sólo Brézhnev, Kosiguin, Podgorni y Súslov, por la parte soviética, y Dubcek, Cerník, Svoboda y Smrkovsky, por la checoslovaca.

El tercer día, 31 de julio, las conversaciones continuaron, pero ya sin intérpretes, secretarios ni expertos. No sé de qué se trató concretamente en ella.

Cuando el pesado convoy se llevó a los miembros del Buró Político soviético a pasar la noche en "territorio seguro" (cada día el tren de la delegación soviética llegaba a Cierna y, por la noche, regresaba a la Unión Soviética), nos invitaron al vagón-salón donde nos esperaba... un lechón asado. Lo había traído una delegación de Eslovaquia Oriental. No sé cómo lograron penetrar en el andén que estaba completamente aislado. Durante la reunión, en Cierna no hubo ningún periodista, ningún visitante ni ninguna otra delegación. No se permitía llamar por teléfono más que en caso de emergencia y con autorización especial.

Como quiera que sea, el lechón estaba sobre la mesa, y el Presidente del Gobierno, Cerník, armándose con cuchillo y tenedor, empezó a cortarlo, di-

ciendo que sabía hacerlo muy bien, pues su padre había sido carnicero. Pero nuestro estado de ánimo era terrible, nos sentíamos incómodos. En la cena estaban los partidarios de Dubcek y también quienes dos semanas más tarde serían llamados el "núcleo sano" del PCCh. Estos últimos permanecieron callados casi todo el tiempo, mientras que nosotros adrede parecíamos no hacerles caso. Los primeros en retirarse, casi a hurtadillas, fueron los del "núcleo sano"; luego nos fuimos también nosotros, no sin antes invitar a Dubcek a venir por la noche a nuestro cupé para charlar y tomar una copa de vodka.

Por la noche, a nuestro pequeño cupé vinieron Dubcek, Cerník y Kriegel. De alguna manera, siete personas nos acomodamos en un asiento, alguien se puso en cuclillas, otro permaneció parado junto a la puerta. Abrimos una botella de vodka y nos servimos en vasitos de plástico... La conversación se generalizó. De tiempo a tiempo, se hacían preguntas concretas. Dubcek y Cerník respondían con optimismo en el sentido de que la parte checoslovaca no había hecho ninguna concesión de principio. Kriegel permanecía callado. Pienso que para él la situación estaba clara, pero prefería no decir nada. Luego alguien contó un chiste muy viejo, y Dubcek se echó a reír con tantas ganas que todos empezaron a contar chistes a cual mejor, aunque no fuera más que por hacerle pasar un momento agradable.

Nuestra "tertulia" fue interrumpida por la llegada de un sujeto bastante desagradable que, en forma muy poco cortés, informó a Dubcek que tenía que presentarse en no sé que reunión. Esa misma noche, un tipo de igual catadura recorrió los vagones, recogiendo todos los materiales escritos que teníamos. Se llevó también los textos de las intervenciones de los delegados soviéticos, que nos habían dado para que corrigiéramos y puliéramos nuestra versión. Cuando se trabaja en

traducción simultánea eso es lo usual, pues el texto es tan sólo un material de trabajo y, por lo general, el traductor hace sus acotaciones al margen. En esta ocasión, en el de la intervención de Kosiguin, a más de las notas de trabajo, había también comentarios de la traductora nada halagüeños para él. Más tarde, ya después de la entrada de los tanques soviéticos en Praga, Bil'ak, en una asamblea de activistas del partido, dijo que en Checoslovaquia el antisovietismo estaba tan arraigado que incluso traductoras de confianza, presentes en la reunión de Cierna, se habían permitido hacer observaciones groseras con respecto a los "camaradas soviéticos dirigentes".

Al día siguiente, la delegación soviética tenía que haber llegado temprano en la mañana, pero el tren no apareció hasta las dos de la tarde. La reunión (en esta ocasión nosotros también asistimos a ella) fue muy breve. Brézhnev dio lectura al proyecto de comunicación soviético y, sin siquiera inquirir si había preguntas (la parte checoslovaca tenía su propio proyecto), lo sometió a votación. El proyecto fue adoptado siguiendo el principio: "sin objeciones, aprobado". Para finalizar, en el salón de la Casa de la Cultura de los Ferroviarios hubo una recepción. La atmósfera era tensa, se hablaba de cosas triviales. No se sabe de dónde apareció un fotógrafo, y delante del edificio de la Casa de la Cultura se tomó la foto que luego apareció en la prensa: un Brézhnev sonriente y de buen humor, con un ramo de flores en la mano, y a su lado

Dubcek. A continuación, los dirigentes checoslovacos acompañaron a la delegación soviética hasta el tren, que emprendió la marcha. Cuando el andén fue abierto al público, los pobladores de Cierna rodearon a Dubcek, Cernik, Smrkovsky y Krieger, abrazándoles y expresándoles su simpatía y solidaridad.

En Cierna, por primera vez conocí lo que se ha dado en llamar "cocina política". Yo no temía que de allí nos enviaran directamente a Siberia (tema sobre el que muchos bromeaban). Rechazaba de manera categórica la eventualidad de la llegada de los tanques "hermanos". Simplemente no podía creer en que tal amenaza se hiciera realidad. Me parecía que no iba a haber intervención, pues todo el mundo sabía que en Checoslovaquia estábamos construyendo un socialismo nuevo, auténtico, un socialismo con "rostro humano". ¿Cómo podía la Unión Soviética, el primer Estado socialista del mundo, enviar sus tanques contra un país también socialista!

Más tarde, ya en agosto, asistí en Bratislava a una conferencia de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas. Pero, en esta ocasión, todas las reuniones transcurrieron a puertas cerradas, y sólo nos cupo en suerte la "honrosa obligación" de traducir los comunicados sobre la apertura y la clausura de la conferencia. Uno de nuestros expertos, que participó en el encuentro de Bratislava, nos dijo más tarde que había tenido la impresión de estar asistiendo a su propio

entierro, siendo los sepultureiros sus peores enemigos. Huelgan los comentarios.

Los días que antecedieron a la llegada de los tanques soviéticos los pasé en Praga. La ciudad estaba llena de turistas. Una de las calles más céntricas, Na príkope, se había convertido en una especie de Hyde Park: desde la mañana hasta bien entrada la noche se agolpaba la gente y se discutía animadamente. Me tomo la libertad de afirmar que no había manifestaciones abiertas ni contra el socialismo ni contra la Unión Soviética.

El 21 de agosto, ya muy avanzada la noche, mi esposo y yo regresamos de la casa de unos amigos, donde los hombres habían discutido largamente si los tanques soviéticos iban o no a venir para "poner orden" en Praga. Hacia las dos de la madrugada nos separamos, habiendo llegado a la conclusión de que la situación, desde luego, era sumamente grave, pero que, a pesar de todo, no había peligro inmediato de intervención. Al otro día muy temprano, serían las cinco o seis de la mañana, nos despertó el sonar insistente del teléfono. Mi esposo tomó el auricular: — "¿Dónde has estado metido?", le preguntó a gritos uno de nuestros amigos. — "Pero, ¿qué pasa?" — "¿No sabes nada? ¡Los tanques soviéticos están en Praga!". Mi esposo se vistió de prisa y salió de la casa. Durante algún tiempo deambulé sin sentido por nuestro apartamento, y luego salí a la calle. En ese entonces vivía-

mos en el centro de Praga. Por doquier se aglomeraba la gente. En la Plaza de la República estaban algunos tanques soviéticos, rodeados por pragueños que, excitados, trataban de explicar a los soldados que aquí "nada tenían que hacer".

Me acerqué a un grupo. Sobre un tanque estaba sentado un soldado con una metralleta en sus manos. No recuerdo si era uzbeko o kazajo. Su cara denotaba que él no tenía la menor noción de lo que ocurría. Y, en efecto, era muy difícil comprender: gente afligida y emocionada no podía hilvanar frases correctas con las pocas palabras que conocía de ruso. Me acerqué aún más y me sumé a la conversación. "¿Para qué han venido? Este es un país socialista normal. ¿Por qué han venido con sus tanques?", le pregunté al soldado. Al principio no hubo reacción alguna. "¿Es posible que no se dé cuenta de que las personas que hablan con usted no tienen nada de contrarrevolucionarios?" Por la expresión de su rostro se veía que comenzaba a comprender.

Tamara Reimanová

* Tamara Reimanová, en una u otra forma, publicó sus memorias en algunos órganos de prensa oostereuropea, en particular, en la revista *El país y el mundo*, que se edita en Alemania Federal.

¡Un monumento a Jan Palach!

LOS GOBIERNOS DE CINCO PAISES — Unión Soviética, RDA, Hungría, Polonia y Bulgaria — se han reconocido culpables de haber interrumpido, en 1968, la renovación del socialismo en Checoslovaquia.

Los gobiernos... Pero, y nosotros, los ciudadanos y los pueblos de esos países, ¿somos responsables de que el "socialismo con rostro humano", que tanto prometía, fuera aplastado por los tanques?

Tuve la suerte de vivir casi once años en Praga, donde trabajaba en *Revista Internacional*. Y fui testigo de lo que significó para Checoslovaquia el aplastamiento del movimiento popular. Es verdad que nues-

tros soldados no cometieron atrocidades ni tropelías, que no humillaron a la gente. Pero los tanques arrebataron al pueblo la oportunidad de arreglar su vida como a bien tuviere, ahogaron su impulso creador, con-

denándolo a la impotencia y la pasividad. Estando en Praga, sentíamos el tormento de esta impotencia, pero hubo algo más terrible: los mejores militantes fueron expulsados del partido, marginados de la vida pública, privados de la libertad de expresión y empujados a la clandestinidad. Los peores —conservadores, conformistas e, incluso, delatores, hipócritas y arribistas— camparon por sus respetos, salieron a la superficie y se aferraron a las palancas de poder para oprimir a su pueblo, cuyo desarrollo natural y libre se vio interrumpido. ¿Somos responsables de ello los hombres sencillos?

Muchos no sabían claramente lo que estaba ocurriendo. Otros no veían lo que se podía hacer, aunque comprendían muchas cosas. Hubo quienes se lanzaron a calles y plazas con carteles y pancartas, pero

fueron reprimidos; otros, perdieron la fe en la utilidad de emprender acción alguna. Hoy día, muchos dicen que el sistema burocrático partidista de los países intervencionistas y de la propia Checoslovaquia supo imponerse a sus pueblos. Sí, no se suele acusar a los pueblos. Ahora, no es tan difícil que cada uno encuentre justificación. Nuestros amigos checoslovacos no nos identificaban con quienes habían dado la orden a las tropas y dirigido la situación. Durante los largos años que viví entre este pueblo tan culto jamás escuché que nadie me hiciera un reproche en este sentido. Pero, por mi propia experiencia y la de mis camaradas sé que nos remuerde un sentimiento de culpabilidad, y la conciencia no admite ninguna justificación. Y hoy este sentimiento es más fuerte todavía, porque sabemos mejor lo que

hicimos ayer. Aún más, surge la idea de que también en aquel entonces fue posible hacer algo...

Y hay otra cosa que no deja tranquila nuestra conciencia: la hazaña de Jan Palach*. ¿Debemos reconocer que su protesta carecía de sentido, porque creíamos sin sentido la nuestra por no tener resultados inmediatos? Entonces, ¿también fue vano el heroísmo de Giordano Bruno y Jan Hus que los llevó a la hoguera? Entonces, ¿se sacrificaron también en vano tantos hombres que con su muerte defendieron la verdad, la libertad y el honor? No, no podemos reconocer que todo esto carece de sentido, y justificarnos con ello a nosotros mismos, pues significaría nuestra total decadencia moral. Otra cosa es que no pudimos hacer lo que hizo él. Pero, tampoco podemos

quitarnos la culpa ni rehuir nuestra responsabilidad.

Expresemos, pues, nuestro arrepentimiento con una acción, aunque pequeña, simbólica: hagamos una colecta para erigir un monumento a Jan Palach. Hago este llamamiento a los ciudadanos de mi país y a los de aquellos estados que tomaron parte en el aplastamiento de la *primavera de Praga*.

**Profesor Alexandr
Vólkov,
Doctor en Historia**

* Estudiante de la Facultad de Filosofía de la Universidad Carolina de Praga que se inmoló, el 16 de enero de 1969, como protesta por la entrada de las tropas en Checoslovaquia. (N. de la Red.)

¿Es necesario el concepto del 'nuevo antiimperialismo'?

El año pasado publicamos en el núm. 1 de *RI* un suelto en el que invitábamos a los lectores a colaborar en nuestra revista. Nos es grato informarles de que esta invitación no cayó en el vacío. En 1989 nuestra correspondencia ha sido más copiosa y enjundiosa que en años anteriores.

En este número de *RI* insertamos una carta del historiador soviético Vladímir TOTSKI, quien plantea un tema por el que se han interesado los miembros de la Comisión para el estudio de los problemas de los países de América Latina y del Caribe. Al publicar esta carta y un resumen de la discusión de que fue objeto en dicha comisión, invitamos a todos los que se interesen por este tema a proseguir el debate. Ofrecemos asimismo a nuestros lectores un material de discusión centrado en ese mismo problema y que nos ha sido remitido por el Partido del Trabajo de Corea.

Coexistencia, cooperación

Quiero proponer a la Redacción de *RI* y a los lectores de la revista —ante todo, a los comunistas de América Latina— algunas consideraciones, bastante discutibles, sobre una de las cuestiones más candentes de cuantas se plantean ante el movimiento revolucionario de esa región.

El problema más grave de América Latina es, a mi juicio, el problema del desarrollo económico. La experiencia indica que hasta ahora no se ha propuesto en este plano una estrategia adecuada a las necesidades del continente. Incluso en los países donde en diferentes épocas accedieron al poder fuerzas progresistas, el atraso, la dependencia y las desproporciones de la economía han originado siempre tremendas dificultades.

Los programas de desarrollo formulados por los comunistas plantean la necesidad de establecer un orden económico internacional nuevo y democrático y aprovechar los recursos que se invierten

actualmente en armamentos. En el plano interno, la solución de los agudísimos problemas sociales y económicos se vincula al triunfo de la revolución antiimperialista, antioligárquica, democrática y popular, que despeje la perspectiva socialista, y la instauración de un régimen de democracia avanzada. Los planteamientos de orden táctico, *intermedio*, concernientes a la financiación del desarrollo y a la deuda externa, son de carácter muy radical, revolucionario. Sin embargo, como lo señalan los propios comunistas latinoamericanos, el régimen capitalista en sus países, por ahora, no da muestras de pronta defunción. En vista de ello conviene partir de la premisa de que es posible y necesario resolver muchos problemas globales aun en un contexto marcado por la dominación capitalista en una parte del planeta.¹

A la hora de definir los enfoques del desarrollo en los países latinoamericanos se plantea de manera inevitable el tema

de la actitud hacia el capital foráneo. En este continente, los sentimientos antiimperialistas han sido tradicionalmente fuertes y siguen siéndolo. Y es que, indiscutiblemente, el imperialismo es el culpable de muchos males y desgracias que ha sufrido América Latina, de muchos graves problemas de su realidad actual. Por eso, la oposición al capital extranjero y al predominio de las transnacionales es rasgo distintivo de la lucha de los latinoamericanos por un porvenir mejor.

Ahora bien, la experiencia de las revoluciones liberadoras del siglo XX evidencia que con frecuencia las transformaciones antiimperialistas han repercutido más bien en perjuicio de las fuerzas progresistas que en detrimento del capital foráneo. No quisiera, desde luego, que se interpretara lo dicho como si estuviera exhortando a renunciar a la revolución antiimperialista. Pero pienso que esta lucha requiere una mayor flexibilidad y una toma en consideración permanente

de las condiciones históricas concretas. ¿A qué me refiero?

Históricamente, en América Latina han cristalizado unas estructuras capitalistas complejas y específicas, cuyo componente "foráneo" se ha convertido con el tiempo en un sector orgánico de las economías nacionales. Las consignas antiimperialistas tradicionales, caso de ser llevadas a la práctica, originarían un cambio radical de las estructuras económicas existentes y de sus modos de funcionar. Dadas las actuales condiciones —interiores e internacionales—, esas mutaciones provocarían una profunda y prolongada crisis económica, agravando aún más los problemas sociales y de otro tipo. Por eso, a mi modo de ver, convendría reexaminar muchos postulados tradicionales y elaborar la concepción de un *nuevo antiimperialismo*, sobre todo en estos momentos en que las fuerzas progresistas del continente ponen cada vez mayor empeño en buscar las vías de revolución dentro de la democracia.

Sin que ello signifique renunciar al objetivo principal, el de acabar por completo con la superexplotación imperialista, hay que determinar con precisión las etapas intermedias, erradicando el vanguardismo y la tendencia a precipitarse demasiado. A mi juicio, debe ponerse énfasis no tanto en la presencia misma del capital extranjero, sino más bien en los rasgos cualitativos de esta presencia: la explotación rapaz de los recursos humanos y naturales de América Latina. Me parece que convendría abandonar los postulados en que se plantea la necesidad de expulsar a las compañías extranjeras o de crearles condiciones que las obliguen a retirarse ellas mismas. Semejantes consignas no hacen sino instigar a los monopolios foráneos al bandidaje: ante la amenaza de nacionalización, se esfuerzan por sacar

cuanto antes el máximo posible de ganancias e intervienen activamente en los procesos políticos de los países en que están asentados.

En el marco del *nuevo antiimperialismo* habrá que definir también las condiciones en que la nacionalización sea deseable e indispensable. Me refiero a los casos en que el capital extranjero cause evidente perjuicio a los intereses vitales de un país dado y de su pueblo.

Pero, salvo estos casos, las fuerzas de izquierda, cuando estén en el poder, deben **no sólo permitir, sino incluso estimular** la actividad de empresas extranjeras, que obedece a la lógica de los vínculos económicos internacionales. Por supuesto, la sociedad debe controlar esa actividad, exigir la inversión de *dinero nuevo*, la aplicación de métodos avanzados para organizar la producción, el empleo de modernas tecnologías, la capacitación del personal nativo y la participación activa de dichas empresas en la solución de los problemas sociales, ecológicos y de otro tipo. Hay que forzar a las transnacionales a conceder una justa remuneración del trabajo y la correspondiente cobertura social, incluida la construcción de viviendas, centros infantiles, etc. En este sentido pueden servir de punto de referencia las condiciones salariales y sociales de los trabajadores en las empresas matrices, sobre todo cuando los índices de productividad en éstas y en sus sucursales de otros países sean equiparables.

En general, el *nuevo antiimperialismo* presupone, a mi juicio, una lucha basada en el empleo de métodos flexibles, escalonada y *dosificada*, contra la superexplotación monopolista, prescindiendo de formas inadecuadas de enfrentamiento con las corporaciones y buscando de manera consecuente la satisfacción de las necesidades vitales de los trabajadores.

Teniendo en cuenta el actual nivel de desarrollo de los vínculos económicos internacionales, las condiciones de coexistencia de los dos sistemas y las grandes posibilidades con que cuentan las transnacionales para maniobrar en el terreno social, creo que la reglamentación —en beneficio de las masas populares— de la actividad del capital extranjero podría influir también sobre la burguesía latinoamericana, la cual se distingue por su actitud ultraconservadora ante las demandas socioeconómicas de los trabajadores.

La adopción de semejante enfoque con respecto a la actividad de los monopolios foráneos en América Latina brindaría a las fuerzas progresistas, una vez en el poder, la posibilidad de mejorar la situación de las amplias masas, crear condiciones favorables para pasar a un nuevo estado de la sociedad, evitando grandes conmociones económicas, y aminorar los riesgos de contrarrevolución interna o externa, así como las dificultades consubstanciales a todo período de transición.

Como lo evidencia la práctica de los últimos años, los métodos de *confrontación* propios del antiimperialismo tradicional no permiten terminar con el actual carácter y nivel de dependencia de los estados latinoamericanos. Por eso pienso que conviene elaborar una concepción más realista para poner fin a la superexplotación imperialista de los países y pueblos del continente, una concepción basada en el principio de *coexistencia y cooperación* de fuerzas que parecerían a primera vista absolutamente antagónicas, en la búsqueda de soluciones mutuamente aceptables.

Vladimir Totski,
candidato a doctor en Ciencias
Históricas, ciudad de Tuia, URSS

En el marco de la discusión se emitieron diferentes opiniones

EDUARDO GUTIERREZ (representante del Partido Comunista Colombiano): Pienso que en esta carta que estamos discutiendo se abordan problemas de importancia vital para los comunistas latinoamericanos. Tenemos que reflexionar sobre las metas que para nosotros son realizables en la presente etapa del desa-

rollo histórico. He de decir que en el pasado Congreso del PCC no fue aprobado programa, precisamente porque veíamos que los cambios enormes que se están dando en la economía —tanto a nivel mundial como en escala del país— exigían una reflexión profunda y que nuestro partido no estaba preparado aún para pre-

sentar fórmulas en ese Congreso. Se decidió, por tanto, crear una comisión que se encargara de ventilar estas cuestiones por medio de una discusión entre nuestra militancia. Para elaborar el Programa se convocará una conferencia especial.

Quiero decir también que las inquietudes que tiene nuestro lector soviético

son compartidas por algunos investigadores colombianos, especialistas en economía, tanto de nuestro partido como de otros sectores de izquierda. Se sabe que en relación con los recursos naturales nuestras consignas siempre han sido de nacionalización. Pero en el caso de la industria petrolera, aunque llevamos muchos años planteando la nacionalización, las multinacionales intervienen cada vez más en la explotación de los yacimientos colombianos. Hay una empresa del Estado, que surgió por la acción de los trabajadores, como resultado de grandes huelgas, pero que no puede competir con los monopolios extranjeros y cede terreno. Por supuesto hay que cambiar el actual estado de cosas en que el grueso de las ganancias producidas por la explotación de los recursos naturales se lo llevan las multinacionales, mientras que el país se queda con las migajas y los trabajadores deben sufrir por salarios que casi podríamos considerar de hambre. No podremos convencer al pueblo de la necesidad de luchar por que se revisen los contratos con las compañías extranjeras, si permanecemos con consignas maximalistas, si las masas no son educadas en torno a la necesidad de buscar nuevas formas de relación con las multinacionales, que tienen las tecnologías de punta y disponen de ingentes recursos financieros de que carece el país.

Los comunistas hemos visto que la radicalidad y la profundidad de nuestros programas está en relación no sólo con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, sino también con la situación política, con nuestra influencia. Es decir, que debemos apreciar hasta qué punto tenemos fuerzas que nos permitan conseguir cambios en la vida del país, ya sea en el marco de procesos democráticos o por la vía armada.

El autor de la carta sostiene una tesis que valdría la pena discutir. El plantea que el radicalismo antiimperialista empuja a las transnacionales a la expropiación económica de los países del Tercer Mundo, en particular, de los de América Latina, y da lugar a un mayor intervencionismo político por parte de esas compañías. Pero uno podría plantearse la cuestión desde otro punto de vista: ¿no será la debilidad del antiimperialismo lo que ha permitido que la expropiación económica de los monopolios extranjeros sea más grande y que su intervencionismo político sea mayor?

En la presente etapa de democratización de América Latina no podemos proponernos como objetivo el romper con el capital extranjero. La ruptura de esos

vínculos no sería una solución económicamente adecuada ni tampoco políticamente viable. Lo que debemos buscar son relaciones de igualdad, mayor respeto a la soberanía económica y política de nuestros países, y para eso se necesita un gran movimiento social. Yo creo que incluso hay ciertos sectores de la burguesía que están interesados en este tipo de alternativa. Desde este punto de vista, nuestro radicalismo excesivo dificulta la aplicación de una política de alianza con dichos sectores para lograr cambios. Efectivamente, el mundo cambia, y esto debemos tenerlo en cuenta en nuestros programas. Por eso es necesario que haya debate. Y en este sentido debemos celebrar que los científicos de los países socialistas participen en estas discusiones y presenten propuestas, incluso las más atrevidas.

ANTONIO GRANJA (representante del Partido Comunista Brasileño): Las ideas expuestas en la carta son consonantes en varios puntos con la línea política de mi partido. Los comunistas brasileños estimamos que hay diferencias entre los imperialismos: entre el más agresivo, el norteamericano, contra el cual sostenemos una lucha cotidiana, y otros tipos de imperialismo, como, por ejemplo, el japonés y el germanooccidental.

Muchos estados están interesados en participar en el aprovechamiento de los recursos naturales de Brasil, por eso presentan programas que tienen en cuenta las reivindicaciones de los trabajadores, prestando atención a las cuestiones de la salud y de la asistencia social. De ahí que las vías para resolver los problemas de Brasil sean específicas. Nosotros luchamos por una solución dentro de la democracia. Los comunistas, que actuamos en alianza con otras fuerzas sociales, no planteamos la necesidad de expulsar las empresas extranjeras. Lo que perseguimos en el marco del proceso de democratización es disminuir la superexplotación de los trabajadores por dichas empresas. Tenemos en cuenta la existencia de monopolios y consideramos que su actividad debe ser regulada por la legislación nacional para que participen en los planes de desarrollo político y económico del país y que no prevalezcan sus ambiciones egoístas, sino los intereses de la nación. Las fuerzas progresistas deben obligar a las multinacionales a respetar las leyes del país. Y si se retiran de Brasil, no será porque las expulsemos nosotros, sino por no querer cumplir las leyes nacionales. Hace poco, por ejemplo, uno de los monopolios extranjeros de la industria

del automóvil amenazó con cerrar sus fábricas en Brasil porque no estaba de acuerdo con algunas cláusulas de la nueva Constitución, pero finalmente optó por quedarse.

RAFAEL TAVAREZ (representante del Partido Comunista Dominicano): Creo que esta discusión es muy positiva. Realmente, el imperialismo está cambiando, y este cambio empieza a influir sobre nuestras propias posiciones y convicciones. Para mí, la esencia del imperialismo no ha cambiado. Sí, indiscutiblemente, hay una serie de nuevos elementos y nuevas formas de expresión del mismo. Pero los rasgos fundamentales del imperialismo, señalados en su tiempo por Lenin, se han conservado y hoy día se manifiestan incluso con mucha más intensidad. Prueba de ello es, para no dar más que un ejemplo, el proceso de concentración del capital, que ha adquirido carácter planetario.

Las ideas formuladas en la carta que estamos discutiendo no son nuevas. Muchos partidos socialdemócratas de América Latina han llegado al poder precisamente bajo los lemas del reformismo, abriendo las puertas de sus países al capital extranjero, buscando acuerdos con el imperialismo. Nadie puede decir que como resultado de esta política se haya logrado avanzar notablemente por el camino del desarrollo. En la República Dominicana, la socialdemocracia ha gobernado dos veces y ambas veces ha estimulado las inversiones extranjeras. Y en nuestro país todavía se está discutiendo si esta política de puertas abiertas ha sido mínimamente útil. Veamos un ejemplo típico: una empresa extranjera dedicada a la explotación de los yacimientos de ferrocarril se instaló en la República Dominicana con una inversión original de unos 200 millones de dólares. De ellos, alrededor de 12 millones los puso la propia empresa y el resto lo tomó prestado a la banca internacional con la acreencia del Estado dominicano. Hay una lucha de más de 20 años tratando de reformar las regulaciones contractuales, pero esto no se ha podido lograr. Es más, se ha demostrado que dicha empresa ha evadido y sigue evadiendo el fisco.

Es posible que con un gobierno que represente realmente los intereses del pueblo se pueda imprimir una variación al comportamiento de los monopolios extranjeros y conseguir incluso ciertas ventajas para el país, porque es cierto que las transnacionales manejan las tecnologías de punta. Pero la experiencia demuestra que en las famosas zonas francas dichas

empresas no traspasan esas tecnologías a los países donde asentaron. En la República Dominicana, por ejemplo, han surgido únicamente simples fábricas de ensamblaje, donde se utiliza mano de obra no especializada.

El autor de la carta constata que el capitalismo no da muestras de pronta defunción. Ahora bien, ¿cabe deducir de este hecho que los revolucionarios deban convertirse en reformistas? Pienso que el capitalismo de los tiempos de Marx presentaba todavía menos señales de defunción inminente que el de ahora. Y yo me pregunto: ¿los éxitos del movimiento revolucionario mundial después de 1917, el que muchos países hayan emprendido el camino del desarrollo socialista (con sus errores, que nosotros mismos somos los primeros en criticar), todo lo que se ha progresado en 72 años se deben a las posiciones conciliadoras frente al gran capital o a la tenacidad y combatividad de los comunistas?

Sólo el movimiento revolucionario puede influir sobre el imperialismo. En América Latina, a pesar de los esfuerzos de los socialdemócratas y de los reformistas e incluso a pesar de la apertura de los comunistas, no observamos cambio alguno en las posiciones de EE.UU. Washington se reserva el "derecho" de intervenir e incluso a eliminar físicamente a los dirigentes políticos "indeseables" en cualquier país donde, a su juicio, surja peligro para los "intereses norteamericanos".

RANDOLFO BANEAS (representante del Partido Comunista de Honduras): A mi juicio, esta carta contiene un llamado a analizar con óptica crítica la nueva situación que se está abriendo en el contexto de coexistencia de los dos sistemas y las amplias posibilidades con que cuenta el capital transnacional para maniobrar. Pero los planteamientos que hace el doctor Totski son muy discutibles. En esencia, lo que él propone es limitar la lucha antiimperialista, circunscribiéndola a los objetivos de acabar con lo que él llama los excesos del capitalismo, de acabar con la superexplotación capitalista como tal. Este es un enfoque con el que no puedo estar de acuerdo.

El autor de la carta pasa por alto el hecho de que las transnacionales son parte integrante del imperialismo en tanto que sistema. Tal como plantea el problema, parecería que el imperialismo existe por sí solo y que las transnacionales son simples compañías dedicadas a la actividad económica y financiera, aunque de vez en cuando intervengan también en el terreno político. El camarada Totski esti-

ma que las consignas radicales de los comunistas son las que obligan al capital extranjero a superexplotar los países donde opera. Es como decir que la culpa es nuestra. Esto no es así. **La superexplotación, el saqueo económico son fenómenos en que se manifiesta la esencia de los monopolios, su tendencia a obtener ganancias máximas.** Y esto ha sido probado en la experiencia, por lo menos, de mi país, y creo que también en otras muchas naciones latinoamericanas.

Como conclusión de su análisis, el doctor Totski plantea la necesidad de un nuevo antiimperialismo. A nuestro juicio, este antiimperialismo debe tener un carácter patriótico, democrático, que abra las perspectivas revolucionarias para transformar las estructuras socioeconómicas. Y estos son ya rasgos distintivos de la posición de los comunistas latinoamericanos en relación con los postulados del nuevo orden económico internacional, que es una política antiimperialista amplia y flexible.

JAIME BARRIOS (representante del Partido Comunista de El Salvador): En la carta se plantea una cuestión importante que nos obliga a analizar con mayor profundidad el papel de las transnacionales en América Latina. Yo no participo de algunas ideas de Totski. Propiamente, él quiere convencernos de que debemos revisar la estrategia y la táctica de los partidos comunistas latinoamericanos. No se trata simplemente de una opinión, sino de un intento de dictarnos una línea. Es así, al menos, como interpreto su carta.

El hecho real es que América Latina, desde el punto de vista norteamericano, es su "patio trasero" y hasta su "cuarta frontera". Los Estados Unidos podrán llegar a acuerdos con la Unión Soviética, pero no modificarán su actitud imperialista hacia nuestra región. Lo único que puede obligar a Washington a modificar su comportamiento respecto a nuestros países es la lucha enérgica de los pueblos del continente.

Recordemos la experiencia de Guatemala. En 1954, el Gobierno de este país, que se proponía realizar la reforma agraria y otros cambios históricamente necesarios, fue derrocado con la participación directa de la United Fruit Company. En 1965, los *marines* desembarcaron en la República Dominicana para aplastar el movimiento revolucionario. La pequeñísima Granada también ha sido víctima de la agresión norteamericana. ¿Y el caso chileno? En realidad, quien derrocó a Salvador Allende fue la International Telephone and Telegraph. Vemos también

como el imperialismo sigue interviniendo en Nicaragua y en El Salvador.

No hay que embellecer el imperialismo. La carta que discutimos hoy es producto de una tendencia que ha cobrado fuerza en la URSS. Baste recordar en este sentido un artículo publicado en el núm. 3 de *Ciencias Sociales*², en el cual se afirma, en particular, que, gracias al desarrollo de la microelectrónica, la biología y la ingeniería genética y dada la disminución del consumo de recursos energéticos y materias primas, el imperialismo ya no necesita del Tercer Mundo. Esto es inexacto. En América Latina no percibimos ningún indicio de mutaciones de la esencia del imperialismo. Lo que sí está cambiando, son sus métodos. Los comunistas, indudablemente, tenemos que revisar nuestra visión de la sociedad que queremos construir, y cómo construirla dentro de nuestras posibilidades reales. Es una tarea que requiere de nosotros gran elasticidad y profundidad en el pensamiento, pero sin hacernos ilusiones acerca del imperialismo.

Como ha señalado con razón R. Baneas, las transnacionales utilizan en América Latina sólo tecnologías obsoletas o ecológicamente nocivas, convirtiendo nuestros países en basureros industriales. Los monopolios extranjeros forman parte de las estructuras económicas del continente, y esto es un factor de división entre nuestros países.

Por otra parte, en nuestra región ha surgido un nuevo latinoamericanismo, una nueva conciencia de la identidad de destinos de nuestros pueblos. Y los comunistas debemos cultivar y desarrollar estos sentimientos, contribuir al acercamiento de los países y pueblos del continente, para plasmar en realidades los ideales de José Martí, Augusto César Sandino y Francisco Morazán.

ELFIDIO CANO (representante del Partido Guatemalteco del Trabajo): A mi juicio, el entusiasmo suscitado por los éxitos de la distensión está generando serios problemas de orden ideológico, ante los cuales nosotros tenemos que estar muy atentos. En varios países socialistas observamos una tendencia académica que trata de remozar la imagen del imperialismo.

En la carta hay, desde luego, elementos positivos, pero hay otros que denotan una especie de amnesia histórica. No se debe considerar la historia a través del prisma de las relaciones soviético-norteamericanas. Nada indica que el imperialismo haya redefinido su estrategia; los cambios que se observan son apenas va-

riaciones tácticas. El compañero Barrios se ha referido ya a los acontecimientos de 1954 en Guatemala. Yo quisiera agregar que el Gobierno guatemalteco no se había planteado en ningún momento la expulsión de la United Fruit ni de otras compañías extranjeras. El objetivo de su proyecto era, como diríamos hoy, el de modernizar la economía. Pero entraron en juego entonces los intereses geopolíticos de Washington: la revolución democrática en nuestro país fue aplastada, argumentando que ponía en peligro la seguridad nacional de EE.UU.

Tampoco estará de más recordar la experiencia mexicana. Si se hubiese aplicado allí la lógica del autor, jamás la revolución mexicana hubiera tenido lugar y jamás el presidente Cárdenas hubiera nacionalizado el petróleo. Y es precisamente gracias a la nacionalización que México logró una determinada independencia.

De haberse aplicado la lógica de Totski, jamás hubiera triunfado la Revolución Sandinista. J. Barrios ha dicho que es importante contar con un programa revolucionario amplio que permita aglutinar a distintas fuerzas. Recordemos que los sandinistas propusieron establecer una economía mixta y proclamaron que podían quedarse en Nicaragua todas las empresas extranjeras que operaban allí, a condición de que respetaran las leyes del país. Creo que es partiendo de este enfoque como se puede resolver el problema del poder.

Al autor de la carta se le podría contestar que el tema de que venimos tratando implica también una opción de clase: o estamos con las grandes mayorías, de las que forma parte un sector de la burguesía no monopólica, o cedemos a la voracidad del imperialismo. Los comunistas guatemaltecos hemos definido muy claramente cuál es nuestro enemigo principal: en lo inmediato son las llamadas fuerzas contrainsurgentes que impiden la creación de una sociedad más justa. Pero nuestras aspiraciones de democracia y de paz chocan con los intereses estratégicos del imperialismo, que, conjuntamente con los sectores más reaccionarios del Ejército guatemalteco, torpedean la posibilidad de un diálogo nacional.

Efectivamente, en América Latina tenemos también el problema de la dependencia tecnológica. Pero ¿cómo deben comportarse los revolucionarios para que las transnacionales no se vayan, quebrando la economía del país de la noche a la mañana? En Guatemala, por ejemplo, al momento del triunfo, no quisiéramos que la IBM se marchara del país. Ahora bien, ¿cómo determinar en rela-

ción con ese desarrollo tecnológico traído por los monopolios extranjeros si es real o no, si está verdaderamente enraizado en las fuerzas productivas del país o es algo que en cualquier momento se puede empaquetar y llevar a otra parte?

Otra cuestión a tratar es la siguiente: ¿qué clase de sociedad proponen los comunistas a sus pueblos? La dialéctica de la historia es bastante compleja. En Nicaragua la gente de algunos sectores dice que con Somoza se vivía mejor. ¿Significa esto que no se debería haber tumbado a Somoza? No. Estaban mejor determinadas capas de la población, pero ahora el objetivo estratégico del imperialismo es justamente (así como pretendía hacerlo con Cuba) impedir que Nicaragua sirva de ejemplo para la liberación nacional de otros pueblos. Estados Unidos trata de demostrar que los procesos revolucionarios son revertibles.

JUAN TUTUY (representante del Partido Comunista Peruano): Efectivamente, como se ha dicho aquí, en algunos sectores de la prensa soviética vienen haciéndose publicaciones que pueden ser interpretadas como una capitulación ante el imperialismo. Pero no es el caso de esta carta, que nos ofrece una reflexión profunda e interesante.

Si nosotros insistimos en la letanía ino-cua de la voracidad de las transnacionales, no avanzaremos ni un paso. La preocupación central de este autor soviético es la siguiente: ¿qué deben hacer los comunistas en las nuevas condiciones que existen hoy en el mundo? Y se dirige no a las transnacionales, sino a nosotros. ¿Por qué a nosotros? Porque, efectivamente, hemos estado equivocados, hemos estado todo este tiempo aferrados a clisés, a consignas, a metas utópicas. Y si seguimos así, corremos el riesgo no sólo de conducir a nuestros partidos a la condición de marginales, sino de convertirlos en organizaciones reaccionarias, conservadoras, históricamente desfasadas. Recordemos lo que hemos estado diciendo hasta hace muy poco: que vivimos la época del capitalismo agonizante y de tránsito imparable al socialismo triunfante. Y a partir de estas premisas, elaborábamos estrategias para derrotar el capitalismo basadas a mi juicio en concepciones putschistas, voluntaristas; resolver el problema del poder, sin conocer previamente nuestra realidad y sin haber ganado a nuestras posiciones a las masas, sin haber estructurado partido ni frente revolucionario de masas sólidos. Es que los problemas históricos no los resuelven minorías iluminadas ni vanguardias que se

creen poseedoras del monopolio de la verdad.

Objetivamente, en algunas intervenciones de compañeros que ponen mayor énfasis en las discrepancias con las expresiones de este lector de Tula, lo que se hace, a mi juicio, es persistir en esa vieja prédica, en esa vieja estrategia, que, desde mi punto de vista, es una estrategia de derrota. De derrota estando en la oposición y también de derrota siendo gobierno o poder. Pienso que podría ser prematuro decir que algunas revoluciones en América Latina son revoluciones socialistas triunfantes, porque los períodos de desarrollo por los que han pasado hasta el momento son históricamente cortísimos. La toma del poder por sí sola no resuelve la superioridad del socialismo sobre el capitalismo. Y sabemos también que ha habido revoluciones "triunfantes" que mejor habría sido que nunca se hubieran realizado, porque sólo sirvieron para desacreditar los ideales del socialismo. Por ejemplo, la de Kampuchea de Pol Pot y el régimen de Ceausescu en Rumania.

Para desarrollar con más éxito nuestras luchas, debemos reformular nuestras estrategias, renovar nuestros partidos programática, ideológica y orgánicamente. En la discusión de hoy las dos partes, nosotros y el compañero que ha escrito esta carta, estamos del mismo lado, en las posiciones de la lucha contra el imperialismo. Lo que está en discusión no es si el imperialismo es bueno o si es malo: Totski lo define él mismo como el causante principal de los males de nuestros pueblos. Pero no se trata de un enemigo cualquiera, al que podamos subestimar. Por eso debemos elaborar una estrategia que no le brinde al adversario victorias gratuitas por culpa nuestra, sino una estrategia que le inflija derrotas irreversibles.

ANTONIO DIAZ RUIZ (representante del Partido Comunista de Cuba): El compañero Totski, como ha dicho el orador anterior, nos propone reflexionar para buscar una nueva estrategia. Al mismo tiempo, traza algunas líneas para esa estrategia, las cuales, y en esto estoy de acuerdo con muchos compañeros que han intervenido en esta discusión, tienden a limitar nuestra lucha antiimperialista. Por mi parte, pienso que sería erróneo reducir nuestro combate a acciones dirigidas únicamente contra los excesos de la superexplotación, olvidando que las transnacionales son la avanzada del imperialismo, un eslabón del sistema de opresión en nuestro continente.

Yo no comparto el criterio del compañero Tutuy: yo diría que esta carta refleja por entero las posiciones de ciertos científicos de la Unión Soviética y otros países socialistas, quienes sostienen que la esencia del imperialismo se está transformando. Se llega a decir incluso que la superexplotación no es producto de esa característica esencial del capitalismo y del imperialismo, sino que es resultado de los errores de los comunistas. Esta posición es inadmisiblemente.

Tampoco puedo estar de acuerdo con el planteamiento de que la izquierda, cuando asume el poder, debe no sólo permitir, sino estimular la actividad de las compañías extranjeras. Esto es absurdo. La experiencia de las revoluciones triunfantes (porque para mí las revoluciones cubana y sandinista sí son triunfantes) y también la experiencia del Gobierno de la Unidad Popular en Chile demuestran lo contrario. ¿Qué hicieron en Cuba las transnacionales? Las compañías extranjeras se retiraron inmediatamente, cuando todavía no se había declarado el carácter socialista de nuestra revolución. Recuerdo que a pocos días del 1º de enero de 1959, la Shell cerró sus empresas en la isla.

¿Y acaso no ocurrió algo semejante en Chile, en Nicaragua o en Angola? En el momento mismo en que accede al poder un Gobierno, ya no revolucionario, sino mínimamente progresista, se inicia la acción coordinada de las transnacionales y de la Administración de EE.UU., comienzan las presiones y se empieza a complotar para su derrocamiento.

Desde mi punto de vista, en América Latina no existen las burguesías nacionales clásicas. Las burguesías están vinculadas a las transnacionales y actúan en convivencia con ellas. ¿De qué nuevo enfoque hacia los monopolios cabe hablar, cuando éstos se retiran inmediatamente del país y de hecho le declaran la guerra? En Cuba, para mantener el poder revolucionario, tuvimos que nacionalizar incluso algunas pequeñas empresas. Y es que si no se liquida la base del poder económico de los sectores burgueses, la alianza de éstos con el imperialismo se convierte en un serio peligro para el proceso revolucionario.

La esencia del imperialismo no ha cambiado, ni tampoco su política agresiva. Ahora, como antes, mantienen su objetivo de liquidar la Revolución Sandinista por medio de las armas o por la vía de la penetración, la desestabilización o la imposición del principio de alternancia en el poder. Con respecto a Cuba, la actual Administración Bush sigue aplicando la misma política que mantuvo Reagan.

JORGE BERGSTEIN (representante del Partido Comunista de Argentina): La carta de Vladimir Totski me preocupa hondamente, pues es un elemento más de lo que va conformando una corriente entre los politólogos soviéticos que aconsejan suplantarse la lucha de clases por la concertación, la flexibilidad, la moderación y la búsqueda de caminos intermedios. Para ello utilizan un argumento como el de la revolución científico-técnica, que habría cambiado las cualidades del capitalismo, y, por lo tanto, los partidos comunistas y otras fuerzas de izquierda deberíamos revisar nuestras propuestas.

Totski habla de elaborar un nuevo antiimperialismo. Nos aconseja no ser tan duros con el capital extranjero, pues ello repercute en contra de las fuerzas progresistas. Pero cabe preguntar: ¿Quiénes son los responsables del atraso, de la miseria y de la constante explotación de los pueblos latinoamericanos? ¿Quiénes tienen hoy, y desde hace mucho, las riendas de la economía de países como el mío? ¿Es que se puede ignorar que el imperialismo y la oligarquía son los dueños de nuestra economía?

El autor de la carta considera que hay que tratar con buenas maneras al capital foráneo, pedirle que pague buenos sueldos y que tenga en cuenta los problemas nacionales. ¡Pero si eso es lo que hacen muchos gobiernos latinoamericanos! Negocian constantemente con el FMI y las empresas multinacionales, y los resultados son siempre catastróficos para el pueblo. No se puede hablar del imperialismo como un concepto abstracto. Por ejemplo, el tema de la deuda externa, como forma moderna de explotación, sí merece que le dediquemos más atención, pero sobre todo para terminar con ella.

El autor de la carta nos habla de un "nuevo antiimperialismo". Ello supone que existe un nuevo imperialismo, y me parece que efectivamente hay cambios. Que la RTC ha acelerado el proceso de concentración del capital y han surgido las empresas multinacionales y el capitalismo transnacional, lo cual ha acentuado el carácter capitalista dependiente de los países del Tercer Mundo y, en concreto, de Argentina.

La parte fundamental de la reproducción ampliada de mi país va a parar a los centros imperialistas, principalmente vía pago de los intereses de la deuda y del intercambio desigual; impidiendo de esa manera nuestra propia acumulación. Ello explica por qué un país como Argentina vive hoy la crisis más grande de su historia y por qué hay tanta hambre en un país con tanta producción de alimentos.

También es cierto que el mundo se ha hecho cada vez más interdependiente. Pero no es lo mismo la interdependencia entre países soberanos, iguales entre sí, que la relación entre países dominados y sus opresores. Y de eso se trata, de lograr primero la plena liberación nacional, y luego, naturalmente, cada país determinará su política frente al capital extranjero. Un país cuyo pueblo tiene el dominio de las palancas fundamentales de su economía puede, y en el mundo de hoy es necesario, hacer acuerdos con los capitales de terceros países que convengan a sus intereses. Pero subrayo: el punto de partida no puede ser el de aceptar el sometimiento y así lograr que nos dejen algunas migajas más, sino realizar la revolución patriótica y antiimperialista que al amigo de Tula le parece demasiado. El aconseja que ello se haga en democracia, pero ¡si es lo que más quisiéramos que ocurra! ¿Acaso no sabe como historiador quiénes han impedido la democracia en América Latina?

1 Véase *Revista Internacional*, 1988, núm. 9, p. 5; 1989, núm. 2, p. 56; núm. 3, p. 14; núm. 4, pp. 6, 31 y 33.

2 Véase V. Sheinis. *Problemas de los países en desarrollo: nuevos enfoques*, en *Ciencias Sociales*, Moscú, núm. 3, 1989.

Diálogo con un trotskista sobre el futuro del capitalismo

STANISLAV MENSHIKOV,
 Profesor, Doctor en Ciencias
 Económicas y colaborador
 de *Revista Internacional*

ERNEST MANDEL,
 Profesor de la Universidad Libre
 de Bruselas, teórico de la Cuarta
 Internacional (trotskista)

S. MENSHIKOV. Desearía analizar con Ud. la situación actual y las perspectivas de la economía capitalista en su interrelación con la situación política en los países de Occidente.

¿Es posible un nuevo auge?

Hagámonos una pregunta: ¿es posible en un futuro cercano un nuevo y prolongado auge de la economía capitalista? ¿Llevará éste al fin de la larga crisis de los años 70 y 80? Yo, personalmente, considero que las contradicciones fundamentales del capitalismo conservan su vigencia y constituyen un serio obstáculo para ese auge. Pero, al mismo tiempo, es propio del capitalismo experimentar auges y declinaciones periódicas, las llamadas "ondas largas". Es perfectamente posible un nuevo y prolongado auge sobre la base de una nueva etapa de la revolución científico-técnica. Pienso que eso respondería a los intereses del movimiento obrero y de otras fuerzas progresistas.

¿Por qué razón? Por cuanto ayudaría a mejorar la situación general en el mercado de mano de obra, reducir el desempleo y contribuir a que aumente numéricamente la clase obrera y se refuercen las posiciones de los sindicatos y otras organizaciones de los trabajadores. Un auge prolongado facilitaría también la lucha por la redistribución —en favor del Tercer Mundo— de los ingresos y la riqueza en la economía mundial.

Las fuerzas de izquierda han promovido programas alternativos para salir de la crisis estructural. Pero, en principio, ¿acaso esto es posible en el marco del

régimen capitalista? En caso negativo quedará tan sólo la perspectiva de la explosión revolucionaria. Sin embargo, la crisis estructural no ha creado las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para semejante solución. Me parece que la tarea inmediata de la clase obrera es batallar por el mejoramiento de su situación en el marco del capitalismo.

E. MANDEL. Con Ud. tenemos serias divergencias en lo que se refiere a la profundidad de las contradicciones internas del sistema capitalista y sus consecuencias sociales. Pienso que esas contradicciones son tan hondas que de tiempo en tiempo conducen a graves crisis económicas, sociales, políticas y también revolucionarias. Si Ud. analiza la historia de los últimos cuarenta años, verá que esto ha ocurrido periódicamente en muchos países.

S. M. El tema de la discusión no es si las grandes crisis son inevitables en el capitalismo. Desde luego, son irreversibles. La cuestión es otra: ¿pueden ser resueltas en el marco del sistema capitalista y, con ello, desbrozar el camino a auges periódicos prolongados? Por lo visto, Ud. considera que tal cosa no es posible o, bien, que es resultado de circunstancias externas fortuitas o extraordinarias.

E. M. No veo ningún signo concreto que permita colegir que está llegando a su fin esta larga depresión. Hay que diferenciar los períodos de crecimiento en una onda larga, de los *booms* corrientes en los ciclos de diez años. Además, en la economía del capitalismo internacional han acaecido cambios cualitativos que impiden que se reanude una etapa de rápido

crecimiento. Ante todo, ha aumentado de manera colosal la influencia de las corporaciones transnacionales (CTN), que han escapado a la capacidad de control del Estado. Esto significa que pierde su significado uno de los principales mecanismos de estabilización, que ha funcionado durante el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial: el papel regulador del Estado.

S. M. El desarrollo de las CTN es ciertamente una causa importante de la crisis de la regulación económica a nivel de los Estados nacionales. Al propio tiempo, precisamente en las CTN el capitalismo busca resolver algunas de sus dificultades, y con su ayuda trata de librarse de los sectores "no rentables", transfiriéndolos a los países en desarrollo, a los que utiliza como reserva para seguir creciendo.

La regulación estatal ha provocado asimismo estancamiento e inflación. Por ejemplo, allí tiene Ud. el aumento colosal de los gastos militares. Es cierto que al comienzo permitió crear nuevos mercados para la industria, pero más tarde los exorbitantes gastos militares se convirtieron en un obstáculo para el desarrollo económico, constituyendo hoy en día una seria barrera para un nuevo auge de la economía mundial.

La deuda de los ricos y los pobres

E. M. Quisiera volver al tema de las mutaciones cualitativas en el capitalismo. En este plano un cambio importantísimo ha sido también el incremento colosal de la deuda a nivel mundial. Nadie sabe con

exactitud su verdadera magnitud. Yo la valoraría, a *grosso modo*, en 8 ó 9 billones de dólares. Esta suma incluye la deuda de EE.UU. al resto del mundo y el endeudamiento en dólares de los otros países y también de las corporaciones y los consumidores norteamericanos. En una palabra, se trata de toda la deuda expresada en dólares.

S. M. Sólo la deuda externa de los países del Tercer Mundo pasa del billón de dólares.

E. M. Eso es apenas una octava parte de la deuda mundial en dólares.

S. M. El contraste de cifras no siempre da un panorama completo. La crisis de la deuda del Tercer Mundo puede parecer relativamente pequeña, en comparación con la deuda de los países capitalistas industrializados, pero precisamente aquella se ha convertido en un factor clave de la situación económica internacional. Existe una diferencia cualitativa entre las deudas de los países pobres y ricos.

E. M. ¿Pero qué se encuentra tras la hipertrofia del capital monetario? Ante todo, la depreciación inflacionaria del dinero acumulado en los bancos, con ayuda de la cual el capitalismo, temporal y parcialmente, atenuó sus contradicciones después de la Segunda Guerra Mundial. El mundo capitalista en ese entonces navegaba literalmente hacia la prosperidad sobre las olas de la deuda. Pero, las deudas y la inflación se las puede aumentar sólo hasta cierto límite, tras el cual comienza la estagflación, es decir, la inflación deja de ser un estímulo para el auge y comienza a bloquearlo. ¿Por qué ocurre eso?

S. M. Porque la regulación monopolista de Estado entró en crisis.

E. M. Quisiera explicar por qué no me gusta la fórmula de "capitalismo monopolista de Estado": corresponde a una situación en la cual tiene lugar una creciente fusión del Estado nacional con los monopolios nacionales, como la principal forma organizativa del capitalismo. Pero esta fusión ha declinado con el desarrollo de las corporaciones transnacionales. Y esto nos lleva al tercer cambio cualitativo importante en el capitalismo. En los años 50 y 60, el sistema pudo funcionar con cierta eficacia gracias a la posición hegemónica del capitalismo norteamericano en el mundo. Cuando en el planeta domina un imperialismo, éste se encuentra en condiciones de imponer su moneda — como dinero mundial — en lugar del oro. Pero, hoy en día la hegemonía de los EE.UU. se encuentra socavada.

S. M. Sí, existen tres centros del capitalismo, más o menos iguales en la esfera

económica, aunque dependientes dos de ellos del imperialismo norteamericano en el aspecto militar. Pero, con todo, quisiera advertir que es necesario no subestimar el poderío económico y financiero del imperialismo norteamericano. Es verdad que las exportaciones de los EE.UU. son en la actualidad algo inferiores a las de la RFA. Pero, si les agregamos el valor total de las mercancías producidas por las CTN norteamericanas fuera de los EE.UU. y vendidas en el mercado externo, vemos que la influencia económica del capital norteamericano no tiene igual. Además, también el dólar USA, pese a los zigzagues en su cotización, se mantiene como la principal divisa en las cuentas internacionales. Por último, es incuestionable que el capital monopolista de los EE.UU. sigue siendo el principal explotador de los países del Tercer Mundo. Es cierto que la hegemonía de los EE.UU. se ha debilitado un tanto, pero aún es prematuro hablar de su desaparición total.

E. M. Cuando no hay una potencia hegemónica claramente definida, la inflación de la deuda provoca un creciente caos monetario. El sistema es cada vez menos capaz de autorregularse a nivel mundial. No hay un Estado mundial, un dinero mundial, ni una coordinación mundial entre los países capitalistas. Las cumbres de los "siete", desde la primera, en 1974, hasta la última, han dado un resultado cero en la esfera económica. Después del *crac* de la bolsa, en 1987, la necesidad de coordinación se ha vuelto objetivamente más imperiosa. Los gobiernos y los capitalistas sensatos comprenden esto, pero nada pueden hacer. Aumenta la rivalidad entre ellos y no pueden ponerse de acuerdo ni siquiera en cuestiones pequeñas.

S. M. Se está configurando una situación interesante. Vino al mundo el capital transnacional, el cual, según Kautsky, debería haber atenuado las contradicciones y llevado a la formación de un trust mundial único. Pero, en la realidad ocurre algo diametralmente opuesto. A la tendencia centrípeta se opone una poderosa tendencia centrífuga.

E. M. Y ésta es más fuerte que aquella.

S. M. Pienso que en esto Ud. también simplifica las cosas. Las relaciones entre las fuerzas centrífugas y centrípetas son en la actualidad mucho más complejas. Ambas tendencias no sólo existen, sino que al mismo tiempo se intensifican y, además, se encuentran tan claramente definidas que no se puede aseverar sencillamente: la una domina a la otra. El asun-

to reside en que, como quiera que sea, funciona el sistema de coordinación entre las principales potencias capitalistas. Esto es cierto, ante todo, en las esferas política y militar, pero también en la economía y las finanzas. Hay límites para la rivalidad y la inestabilidad monetaria, tras los cuales dichas potencias se abstienen de involucrarse en un juego peligroso. Esto en nada asombra si se tiene en cuenta el colosal desarrollo de los intereses entrelazados de las CTN, que tienen su sede en diferentes países. Además, hay la tendencia de elaborar y seguir una política común con respecto al Tercer Mundo y los países socialistas.

Pasemos ahora a las contradicciones específicas al interior de los países capitalistas industrialmente desarrollados.

¿Cuánto peor, mejor?

E. M. Aquí se observa otro cambio cualitativo. La lógica interna de esta, la tercera revolución técnica (la de la electrónica y la informática), es tal que puede tener éxito único y exclusivamente si existe una mano de obra responsable y altamente calificada e instruida que cumpla dos funciones principales: crear plusvalía y preservar el valor de los equipos. Cuando éstos son sumamente caros y frágiles, no es lógico que sean manejados por trabajadores que no posean los conocimientos necesarios. Surge una contradicción entre el deseo de los capitalistas de incrementar el grado de explotación y la tasa de ganancia, por un lado, y la necesidad de elevar constantemente la calificación de parte considerable de la clase obrera, por otro. No se trata simplemente de la cuestión de adquirir los hábitos de trabajo necesarios, sino también de la disposición a emplearlos plenamente. Pero, los obreros no lo harán mientras no se sientan dueños de los equipos. Para eliminar todos estos obstáculos se requiere un período más prolongado que cinco o diez años.

S. M. No estoy de acuerdo con esto. Ud. se ha referido a dos funciones de la mano de obra. Pero hay una tercera que no todos los marxistas toman en consideración en grado suficiente. Los obreros son también consumidores, compran artículos y servicios que ellos mismos producen. Existe un mecanismo espontáneo, por medio del cual el capitalismo crea sus propios mercados de venta, entre ellos, el mercado de artículos de consumo para la clase obrera.

E. M. La demanda de los obreros está limitada por su salario.

S. M. Así es, pero tiene lugar un incremento continuo del valor de la mano de

obra, incluso como consecuencia de la lucha de la clase obrera y el desarrollo del sistema de previsión social. En adición a la producción en masa, el capitalismo ha logrado crear un sistema de consumo masivo. Esto ocurrió algunos decenios atrás. Hubo quienes, en aquel entonces, aseguraban que la adquisición masiva de automóviles y otros artículos de larga duración era imposible en el capitalismo. Sin embargo, éste se vio obligado a marchar por esa vía. Es perfectamente posible que algo semejante ocurra también ahora.

Nos encontramos frente a un proceso contradictorio, frente a cierto desdoblamiento de la clase obrera. Los neoconservadores aplican conscientemente una política que busca aislar a los obreros altamente calificados de quienes se ven forzados a trabajar por una baja remuneración en la esfera de los servicios. Con este propósito es utilizado también el desempleo en masa. Por consiguiente, se eleva el *status* de una parte de la clase obrera; el capitalismo ya hoy en día está creando esa mano de obra altamente calificada a la que Ud. se ha referido, y la utiliza. En lo que se refiere a una más elevada tasa de plusvalía, ya en la actualidad es resultado del incremento de la productividad del trabajo, lo que está vinculado a la aplicación de los ordenadores y otras nuevas tecnologías. Por tal motivo, volviendo otra vez al comienzo de la discusión, pienso que en un futuro cercano es posible un nuevo y prolongado auge económico y, para nosotros, los marxistas, es importante prever sus consecuencias, entre ellas, también el desdoblamiento objetivo de la clase obrera. La cuestión fundamental es la siguiente: ¿contribuirá ese auge, si es que tiene lugar, a la lucha de la clase obrera y de otras fuerzas progresistas? O, por el contrario, ¿para ellas es "preferible" la continuación de la crisis estructural? Ya he expuesto las razones por las cuales la primera variante es más deseable. No creo en la fórmula: "mientras peor, mejor".

E. M. Es más que evidente que la nueva revolución tecnológica ya se ha iniciado. Pero la cuestión radica en si ella se difundirá de manera lo suficientemente amplia. Como lo demostró Marx, el capitalismo, en el curso de toda su historia, ha tratado de alcanzar dos objetivos. Es verdad que no puede sobrevivir y mantener unos ritmos de crecimiento relativamente elevados, sin aumentar la venta masiva de nuevas mercancías. Estoy de acuerdo en este punto. Pero, al propio tiempo, el capitalismo no puede dejar de elevar la tasa de explotación. Para garantizar un auge prolongado es necesario que coincidan dos tendencias contradictorias: al mismo tiempo, deben tener lugar un con-

siderable aumento de las ventas de consumo y un incremento muy grande de la tasa de ganancia. Por lo general, en el capitalismo los factores que provocan una elevación en flecha de la rentabilidad, reducen la demanda efectiva de los consumidores, y viceversa. La coincidencia de estas dos tendencias ha tenido lugar en la historia del capitalismo (por ejemplo, en 1842, 1893 y 1947), y puede ocurrir otra vez. Pero, alcanzar esto es extremadamente difícil.

S. M. No estoy de acuerdo. Ud. se refiere a la tasa de ganancia, pero el propio aumento del consumo personal durante el período de auge es resultado del incremento de la tasa de ganancia. El aumento de la rentabilidad provoca una expansión de las inversiones, la difusión de nuevas tecnologías, la creación de una nueva infraestructura y, por ende, el incremento del empleo y de la demanda global de consumo. En el comienzo de un período de auge prolongado, el crecimiento acelerado de la productividad del trabajo permite, al mismo tiempo, aumentar también la tasa de ganancia, la ocupación y el consumo individual. Las técnicas modernas de información permiten ahorrar tanto el capital como el trabajo vivo y, por consiguiente, conducen a un aumento de la tasa de ganancia.

E. M. En mi criterio, para obtener un drástico incremento de la tasa de ganancia, los capitalistas necesitan, ante todo, un debilitamiento cualitativo de la resistencia de la clase obrera y de los movimientos de liberación en el Tercer Mundo, a los que procuran asestar una gran derrota, como sucedió en los años 30.

S. M. Pienso que debemos constatar que diferimos sustancialmente en nuestra comprensión del mecanismo de funcionamiento de la economía capitalista.

Hacia el renacimiento de la combatividad

Desde luego, no se puede dejar de ver que, gracias a la crisis estructural y el desempleo masivo, el capitalismo ya ahora ha alcanzado un incremento de la tasa de explotación, y que en varios países la izquierda se ha visto obligada a replegarse y los sindicatos se han vuelto más débiles, en particular, en las ramas tradicionales, que se han considerado bastiones proletarios. La cohesión de la clase capitalista contra los obreros, con frecuencia es más fuerte que la de la clase obrera contra los capitalistas.

Por consiguiente, la tasa de explotación ya ha aumentado, y también según la lógica suya se encuentra expedito el cami-

no para un nuevo auge económico. Cuando éste llegue, la situación de la clase obrera puede mejorar, creándose condiciones objetivas más favorables para arrancar nuevas concesiones a la burguesía. Por otra parte, no vale la pena esperar simplemente el comienzo del auge. La pasividad no ayuda en nada. Al combatir hoy por un programa alternativo para salir de la crisis estructural, el movimiento obrero coadyuva a la formación de las condiciones subjetivas y objetivas de su renacimiento.

E. M. Es incuestionable que la prolongada depresión y el desempleo masivo tomaron por sorpresa al movimiento obrero organizado, por lo menos en los principales países capitalistas. Antes existía la opinión casi unánime —con excepción de la de quienes pertenecen a mi corriente— de que el auge económico y el pleno empleo se mantendrían poco menos que por una eternidad. Pero ocurrió todo lo contrario. Se desencadenó una gran crisis. El primer resultado de este acontecimiento inesperado fue la división ideológica y de otro tipo. La burguesía desplegó una amplia ofensiva, haciendo responsables a los sindicatos por los altos salarios, la amplia injerencia estatal y el gasto público, por el desempleo masivo. Pero, y esto es fundamental, se creó una atmósfera de miedo general a perder el trabajo, lo que en ocasiones es peor que el mismo paro. Decayó la capacidad de la clase obrera de reaccionar rápidamente frente a la ofensiva capitalista.

En suma, la elevada combatividad de los obreros fue una realidad sólo en las condiciones del pleno empleo. En el clima económico, político y social de mediados de los años 70, esa combatividad se vio debilitada. En la actualidad se requiere una reestructuración del movimiento obrero en nuevas direcciones. Se necesitan una nueva combatividad, una nueva experiencia, nuevas formas de lucha y nuevas reivindicaciones. Por lo visto, a partir de 1986 se observa un cambio positivo en la lucha clasista en Europa Occidental. Así lo testimonian las estadísticas de las huelgas. La clase obrera se vuelve más activa. Aparecen nuevas formas de solidaridad y unidad de los trabajadores.

La gente no guarda ilusiones respecto al sistema capitalista. Empero, este potencial anticapitalista se encuentra fragmentado, expresándose en acciones aisladas por diversos motivos. La gente se lanza a la calle para participar en la lucha por la paz, para protestar contra el recorte de los gastos sociales, contra el desempleo, contra la energía atómica, por la ecología. Pero no son siempre las mismas

personas y, además, no actúan juntas. La explicación de esto no es económica, sino política e ideológica.

La historia del movimiento obrero demuestra que para salir del marco de la lucha por las reivindicaciones cotidianas es necesario tener un programa positivo, una alternativa, el ejemplo de otra sociedad mejor. Antes de la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después de ella —en parte gracias a la Revolución de Octubre— ese modelo socialista existía. Hasta comienzos de los años 30 la gente veía que el capitalismo estaba en crisis, en bancarota, y la salida se encontraba en la planificación socialista. Así hablaban los obreros, incluso los católicos. En la actualidad, nadie piensa que se debe tomar el ejemplo del sistema burocrático soviético. Frente al capitalismo no existe un contramodelo universalmente reconocido. Y este es un obstáculo formidable. Para todos está claro el elevado grado de criminalidad del sistema capitalista: corrupción en las altas esferas, narcotráfico, miseria terrible en el Tercer Mundo. El sistema se ha desacreditado, pero la gente no sabe con qué sustituirlo.

S. M. ¿Quiere hacer recaer toda la responsabilidad sobre nosotros? El sistema de mando administrativo en la URSS, y en otros países socialistas, vive realmente una crisis. Aún más, se lo está desmontando, siendo este un proceso muy difícil y lleno de contradicciones. Pero, recuerde que en 1919 Lincoln Steffens viajó a Rusia, que se encontraba en ruinas, y al volver a su patria, dijo: "Yo he visto el futuro, y éste funciona". Aunque en aquel entonces la situación en nuestro país era mucho peor que en la actualidad. Y las gentes progresistas de Occidente la miraban con ojos completamente diferentes.

E. M. Para ellos ustedes fueron la esperanza que, parecía, se volvía realidad.

S. M. Pero, hoy en día la URSS vive nuevamente cambios revolucionarios. Está renovando radicalmente su sistema económico. Es posible que más importante que los éxitos en la economía sea el desarrollo de la democracia en nuestro país. Todo esto requiere tiempo. Pero, no pienso que el movimiento obrero en Occidente va a esperar la aparición de un nuevo modelo de socialismo. Allí, las fuerzas de izquierda ya están proponiendo su propia alternativa.

El capítulo más difícil del marxismo

E. M. Este es el capítulo más difícil de la teoría marxista. Se trata del problema de la conciencia de la clase obrera, de su organización. No se pueden comprender

las dificultades del movimiento obrero en Occidente al margen de los procesos históricos concretos. Y éstos no son un "pizarrón limpio", en el que se puede escribir lo que se quiera. En todos los viejos países capitalistas, la clase obrera ha vivido dos experiencias traumáticas. Los acontecimientos en la URSS se han reflejado en los partidos y las tendencias políticas de Occidente; la planificación burocrática resultó no ser eficaz; la represión estalinista desacreditó al comunismo. Pero, nuestra social-democracia tampoco funcionó. De ella esperaban mucho en Gran Bretaña, cuando al poder llegaron los laboristas, y lo mismo en Francia, a comienzos de los años 80. Yo recuerdo la época en que los social-demócratas decían: sólo denos el poder, la mayoría en el parlamento. La coalición de izquierda obtuvo el 65% de los diputados, mas nada ha cambiado. Se han disipado las ilusiones que existían entre los obreros respecto a los dos grandes partidos de la izquierda.

Si los cambios revolucionarios en la URSS conducen a una mayor libertad de prensa, a un mayor pluralismo cultural, a una mayor libertad de organización, de manifestación y de pluralismo político, a elecciones más libres que en Occidente, a mayores libertades y derechos de los obreros en las empresas y en la economía en su conjunto, entonces desaparecerán las nueve décimas partes de todos los argumentos políticos, morales e ideológicos contra el socialismo. En esto reside el interés común del movimiento obrero de Occidente y de las fuerzas progresistas de la sociedad soviética.

S. M. Es importante que la gente conozca la verdad. Cuando se convenza que el viejo modelo de socialismo está cambiando, cambiará también su noción sobre nuestro modelo de socialismo. Pero lo fundamental radica en cómo ve la alternativa socialista a la sociedad en que vive. No se trata simplemente de la lucha por el pan y el mínimo vital. Es posible que esto sea cierto para la parte más pobre de la población. Pero, para la mayoría de obreros que trabajan, y cuyo salario supera considerablemente el nivel vital, la alternativa al capitalismo significa: una calidad de vida más elevada, libertad política y cultural, mayor estabilidad económica y social, mejores servicios sociales, eliminación de la corrupción y de la opresión de las minorías, auténtica democracia.

E. M. Estoy de acuerdo, pero desearía agregar que gran parte de la población del Tercer Mundo carece incluso de un nivel de vida humanamente aceptable. Allí lo prioritario sigue siendo la satisfacción de

las necesidades vitales, lo que tropieza con la dificultad colosal de reorganizar la economía mundial. En el presente, este es uno de los argumentos más convincentes en favor del socialismo como sistema mundial. Estoy convencido de que el capitalismo no está en condiciones de redistribuir los recursos a nivel global.

S. M. Este resultado no será realidad sin una lucha tenaz, sin la eliminación del neocolonialismo y sin la democratización de las relaciones económicas internacionales. Pero no olvidemos que la pobreza social tampoco ha sido erradicada en los países capitalistas industrialmente desarrollados. Para una minoría considerable de estos países la conquista de un nivel de existencia digno sigue siendo una necesidad vital.

E. M. Ud. tiene razón. En Europa Occidental hay 40 millones de pobres, y en los EE.UU. su número, posiblemente, no es menor.

En lo que se refiere a la alternativa socialista, considero que en nuestras manos hay, además, otra arma importante. Creo que el primer decreto de un gobierno auténticamente socialista, en cualquier país industrializado, debe ser el decreto que reduzca inmediatamente a la mitad la duración de la jornada laboral. Aquí se encuentra el verdadero talón de Aquiles del capitalismo. Todas las encuestas confirman lo siguiente: los obreros piensan que el tiempo que pasan en sus empresas están alejados de la vida. Marx hizo un pronóstico verdaderamente revolucionario al aseverar: cuando se alcance un determinado nivel en la ciencia y la técnica, será absurdo considerar el tiempo de trabajo como medida de la riqueza. Esta medida será el tiempo libre.

Como quiera que sea, el mundo del futuro, por el cual batallamos, se diferenciará considerablemente del actual. Es ilusorio suponer que es posible limitarse a pequeños cambios, a pequeñas reformas y rectificaciones. Es imposible resolver los problemas globales siguiendo vías reformistas. Es demasiada seria la crisis, son demasiadas profundas las contradicciones.

S. M. No estoy de acuerdo. Si mantenemos posiciones realistas, las posiciones de la nueva mentalidad, hay que reconocer que la solución de los problemas globales es posible únicamente a través de la cooperación permanente y multifacética entre países con diferentes sistemas sociales. Sencillamente no existe otro camino.

Desearía agregar que existen otras dos fuerzas en el mundo actual que es necesario limitar y poner bajo control. Primera, la burocracia, que es tan peligrosa

como los monopolios capitalistas y no capitalistas, pues también se desarrolla en el capitalismo: la burocracia corporativa, estatal, municipal. Y segunda, el complejo industrial-militar que constituye, posiblemente, la mayor amenaza no sólo para la

paz, sino también para la democracia y, por ende, para la sociedad socialista y sus perspectivas. Esta es otra razón por la cual la lucha por la paz se entrelaza estrechamente con la lucha por la alternativa

anticapitalista, por un mejor sistema social.

En vez de epílogo

Ya en el proceso de preparación de los materiales del encuentro con Ernest Mandel, para su publicación, deseaba subrayar lo siguiente: en esencia, lo que he tratado de rebatir en esta polémica es una interpretación dogmática y unilateral de las contradicciones del capitalismo contemporáneo, que se manifiesta, en primer término, en la subestimación de su capacidad de adaptarse a la revolución científico-técnica y utilizarla en su provecho. En el curso de esta adaptación, el capitalismo vive crisis prolongadas que, sin embargo, crean una base que permite superarlas y desbrozan el camino para nuevos auge. Si no existiera este mecanismo dialéctico, entonces también el programa alternativo para superar la crisis, propuesto por la izquierda, sería

vanos deseos, y no una posibilidad real.

Pero, la salida de la crisis puede ser reaccionaria —a expensas de la clase obrera y en perjuicio del Tercer Mundo— o democrática, es decir, elevando el nivel de vida de los trabajadores, debilitando la explotación neocolonial y reduciendo los armamentos. Para el Profesor Mandel, el nuevo auge, por lo general, es resultado del reforzamiento de la explotación y las grandes derrotas asestadas a las fuerzas liberadoras y revolucionarias. Y si sucede de otra manera, eso se debe a una casualidad histórica.

Pienso que la debilidad de tal posición se explica por una comprensión incorrecta del papel dialéctico de la clase obrera y las fuerzas emancipadoras. Al batallar por sus demandas económi-

cas y obligar a la clase gobernante a realizar concesiones, los obreros contribuyen con ello a ampliar los mercados y resolver parcialmente las contradicciones económicas del capitalismo. Al luchar contra el neocolonialismo y por un nuevo orden económico, los países del Tercer Mundo también ayudan a eliminar algunas barreras que obstaculizan el desarrollo del sistema capitalista. Pero, en fin de cuentas, esto lleva al fortalecimiento de las posiciones de las fuerzas emancipadoras y progresistas, así como a la retirada de las fuerzas del militarismo y el neocolonialismo.

Una visión un tanto simplista y unilateral caracteriza también al enfoque de Mandel respecto a las contradicciones interimperialistas y la correlación entre las tendencias centrífugas y centrí-

petas en el capitalismo contemporáneo. A nuestro criterio, subestimar el poderío del imperialismo norteamericano y la estrategia común del imperialismo frente al socialismo y el Tercer Mundo, es tan poco realista como subestimar la rivalidad interna y los conflictos entre las potencias capitalistas.

Sin embargo, sería erróneo suponer que las divergencias anotadas hacen imposible el diálogo entre los comunistas y la tendencia política que representa el Profesor Mandel.

**Stanislav
Ménshikov**

Ahora tienen la palabra las fuerzas de izquierda

MIGUEL ANACLETO JUNIOR, miembro de la Comisión Ejecutiva del Estado de Pernambuco, del PC Brasileño

Las ideas, concepciones y líneas estratégicas elaboradas por varias fuerzas políticas progresistas para salir del histórico cuadro de dependencia y explotación a que está sometida la inmensa mayoría de los países latinoamericanos, presentan una gran diversidad, variando de acuerdo con las situaciones concretas en cada país, y con la forma de lucha predominante, asumida en función de esa misma realidad. No siendo una peculiaridad regional, puesto que lo mismo ocurre en otras partes del mundo. Pero particularmente en América Latina sobresalen algunos rasgos específicos que

dan sustentación al eje central de la lucha antimperialista en la actualidad: el carácter democrático y nacional de la revolución como etapa indispensable en el tránsito hacia el socialismo.

Es precisamente en la conquista y ampliación de las libertades democráticas y en la defensa del patrimonio nacional, con la consecuente reorientación del modelo económico dependiente y concentrador, donde convergen las distintas formulaciones contenidas en las concepciones estratégicas de las principales fuerzas progresistas y revolucionarias de América Latina.

En la actual coyuntura, es importante destacar la etapa de desarrollo cualitati-

Hace poco, en la ciudad brasileña de Belo Horizonte tuvo lugar un seminario organizado por el PCB conjuntamente con nuestra revista. El presente artículo expone algunos de los planteamientos formulados en ese evento, cuyo tema fue: Los comunistas y la política de alianzas.

Los comunistas y la política de alianzas

vamente nueva que reflejan estas formulaciones. Los puntos de convergencia en el análisis teórico comienzan a incidir también en la efectiva unidad de acción política, vista ya no sólo como un fin en sí misma, sino como forma y condición necesaria para acabar con la dominación imperialista y aunar a las fuerzas capaces de sentar las premisas políticas que viabilicen el triunfo del socialismo.

A diferencia de otras épocas, ya no se trata de una interpretación *etapista* del proceso revolucionario (según la cual, la revolución socialista seguiría inevitablemente a la burguesa). En primer lugar, porque, en los tiempos actuales, la lucha por las libertades democráticas está prácticamente identificada con la lucha por el socialismo. Hoy, en América Latina, como en el resto del mundo, no existe fuerza política que, situada en el campo antimperialista, no se identifique, de una forma o de otra, con la lucha por el socialismo.

En segundo lugar, porque no existe la mínima perspectiva de que un gobierno, con hegemonía burguesa, sea capaz de

llevar hasta las últimas consecuencias la lucha contra los monopolios imperialistas. Y es que la burguesía, en cuanto clase, en América Latina ya no tiene ninguno de los rasgos que antes permitían caracterizarla como fuerza revolucionaria y transformadora. Por el contrario, hoy está, en mayor o menor grado, ligada al imperialismo y sus monopolios. Por otro lado, una parte de esa clase, denominada comúnmente **burguesía nacional**, no tiene suficiente base política y social de apoyo, ni poder económico efectivo, ni voluntad política para enfrentarse al imperialismo. En su tiempo, el populismo lo intentó, pero ante la disyuntiva de romper definitivamente con el modelo capitalista o aliarse al imperialismo, prefirió o, como en la mayoría de los casos, fue obligado a capitular. En el momento crucial, los líderes populistas no supieron dar respuestas a las cuestiones planteadas, desorientando cualquier resistencia de las masas que, consciente o inconscientemente, apoyaban sus proyectos reformistas. Hoy, la llamada burguesía nacional oscila entre una tímida oposición a los monopolios y la dominación imperialista, cuando la acción de éstos le ocasiona prejuicios económicos —sin que esto implique necesariamente su inmediato alineamiento con las fuerzas progresistas—, y el papel de aliado subordinado a ellos, cuando está en curso un proceso real de transformación. Sin embargo, dado que no constituye un bloque homogéneo, es posible la incorporación de algunos sectores suyos, a veces significativos, a la lucha antimperialista, sin que esto implique tampoco el abandono de sus propios proyectos de clase.

En tercer lugar, la crisis estructural del capitalismo, que acentúa enormemente la contradicción entre la dominación imperialista y el desenvolvimiento de los países dependientes, y, consecuentemente, la lucha de clases, no deja margen para que ninguno de los países "periféricos" pueda desarrollarse plenamente en el marco del sistema capitalista.

En cuarto lugar, habida cuenta de todos los factores antes mencionados, se perfila la tendencia a que la conquista de la democracia popular y del socialismo vengan a constituir etapas inmediatas de un mismo proceso revolucionario. Evidentemente, esto dependerá de las condiciones objetivas y subjetivas de cada país y, en especial, de la correlación de fuerzas y de la madurez de la vanguardia revolucionaria en lo que se refiere a su grado de unidad y de vinculación con las masas populares.

Superando la división

Los presupuestos fundamentales para que los puntos de vista coincidentes en la esfera estratégica desembocaran en unidad de acción en un plano concreto, comenzaron a madurar a medida que tomaba impulso la revisión de determinadas prácticas exclusivistas y sectarias que, en general, caracterizaron las relaciones entre las fuerzas políticas progresistas. A partir de la segunda mitad de los años 70 y, más específicamente, a inicios de la década del 80, esta tendencia se fue consolidando como resultado de todo un proceso de maduración y revisión de plataformas estratégicas confusas y discontinuas que signaron al movimiento revolucionario latinoamericano por un largo período.

Durante los años 60 y 70, las diferencias en los análisis coyunturales originaron escisiones que se tradujeron frecuentemente en relaciones de hostilidad, cuando no de confrontación abierta, para gozo y beneficio de las clases dominantes alineadas con el imperialismo. La elaboración teórica sobre bases unilaterales, por un lado, y la absolutización de vías y formas de lucha, por otro, dejaron en el movimiento revolucionario serias secuelas, cuyos efectos negativos se dejan sentir hasta el presente.

La intransigencia y la arrogancia desproporcionadas a la real potencialidad política, unidas a las discordias y los esfuerzos subjetivistas por determinar quiénes eran los verdaderos revolucionarios, no sólo profundizaron la división en el seno de las fuerzas progresistas, sino que también contribuyeron a alejar a capas y sectores sociales dispuestos a integrarse en un amplio bloque de fuerzas opuestas a la dominación imperialista.

De la concepción compartimentada del mundo se pasó a la transposición mecánica de modelos, generando enfoques propagandísticos delirantes y presentándose tesis formuladas bajo la mística unificadora, generales y hasta obligatorias para la victoria de la revolución. Era tiempos en los que se defendía lo "suyo", costase lo que costase. Incluso aquellas fuerzas que buscaban otras vías, fueron vencidas por la inercia y la perplejidad general ante la dispersión.

La interpretación esquemática y simplista de la realidad latinoamericana — desde posiciones extremistas —, a veces atractiva en su forma, mas poco profunda en su contenido, no resistió la prueba del tiempo. Las transformaciones operadas en la base económica del sistema, con todo su manantial de reflejos en la superestructura de la sociedad, la desplazó del

escenario. La realidad, vista con los ojos del deseo y la voluntad, se desmoronó con la misma velocidad con que fuera erigida. Para algunos significó la desilusión y el abandono de la lucha. Para otros, representó una fase de la lucha antimperialista que por imposición de la propia coyuntura de la época no podía ser evitada.

Evidentemente, todo este proceso, como cualquier otro en la historia del desarrollo de la humanidad, no transcurrió de forma homogénea, al mismo tiempo, pero, como regla, caracterizó el análisis y las acciones de las fuerzas revolucionarias en el continente. Excepción hecha de los partidos comunistas que, en su mayoría, rehusaron respaldar los métodos y acciones voluntaristas, predominantes en aquella época. Acusados de inmovilismo y reformismo, los partidos comunistas fueron las principales víctimas de las escisiones y disidencias ocurridas en dicho período.

La caída de la mayoría de los regímenes de fuerza, seguida de los procesos de transición democrática sin la ruptura con el sistema de poder; las nuevas formas de dominación imperialista, que incluso prescinde de la imposición y sostenimiento de regímenes dictatoriales; los cambios operados en la infraestructura de la sociedad, que determinaron la aparición de nuevas capas sociales, y el surgimiento de nuevos mecanismos y estructuras políticas y sociales, a través de los cuales el movimiento popular pudo manifestar de forma más diversificada su descontento ante la crisis económica, **he aquí algunos factores que fueron decisivos para que las principales formaciones políticas revolucionarias del continente implementasen importantes reformulaciones y actualizaciones de sus lineamientos estratégicos.**

Influencia de la situación internacional

En los últimos años hay que destacar también los cambios positivos operados en la situación mundial, marcada por la distensión de las relaciones internacionales. El retorno al diálogo y la actualidad de los procesos de negociación política para eliminar los focos de tensión en el mundo parecen afirmar el triunfo definitivo de la razón. No cabe ignorar, tampoco, la influencia que las profundas transformaciones que están ocurriendo en la comunidad de los países socialistas, especialmente en la Unión Soviética, ejercen sobre todo este proceso renovador en curso, en que la concepción de integridad e indivisibilidad planetarias —determina-

da por la creciente integración económica mundial y por la interdependencia de pueblos y naciones— constituye un indicador seguro para superar, por medios pacíficos, las tensiones internacionales y abre perspectivas reales para la conquista del desarme y de la paz mundial.

A diferencia de lo que afirman los ideólogos de la burguesía, la perestroika aparece en el escenario mundial no sólo como un proceso de reestructuración interna en la URSS sino también como un fenómeno que, privilegiando la visión integral e interdependiente del mundo contemporáneo, incide, de una forma o de otra, en todo el sistema de relaciones internacionales y en todos los campos de la actividad humana, dentro y fuera de los países socialistas, lógicamente, sin excluir de este contexto a América Latina. En el plano político, la perestroika fortalece la unidad del movimiento comunista internacional proyectándose, inclusive, hacia el reencuentro con las grandes corrientes socialistas. En un plano más general, impulsa la cohesión de todas las fuerzas democráticas en torno a un proyecto universal, la conquista definitiva de la paz mundial.

Con la perestroika, el socialismo es capaz de constituirse en un arma poderosa contra las fuerzas belicistas y antidemocráticas, sin tener que fabricar un solo gramo de pólvora o disparar un solo tiro. La perestroika revela la verdadera faz del socialismo, reafirma su actualidad y vigencia, revitaliza sus iniciativas y determina un rápido ensanchamiento de su base social y política.

Hoy en día, los comunistas han dejado de ser los únicos defensores del socialismo. Nuevas corrientes y nuevas fuerzas políticas, sociales y religiosas se han incorporado a su defensa, aunque desde posiciones diferentes y con ópticas múltiples, escamoteando a veces el fundamento científico de aquél. Pero lo cierto es que, en medio de esta diversidad natural, ha resultado posible, especialmente en los últimos años, avanzar hacia una política de amplio entendimiento, en sustitución de esquemas caducos y tentativas de imposición doctrinaria, sin que esto significase, desde luego, la renuncia a los principios.

Alianza de nuevo tipo

En América Latina, la propia realidad trata de demostrar que la unidad en la diversidad no sólo es posible y necesaria, sino que se ha convertido en una exigencia para el pleno éxito de la lucha antimperialista y para la promoción de cambios estructurales.

Buscando el alineamiento con el conjunto de transformaciones ocurridas en la situación internacional, y procurando entrar en sintonía con el movimiento popular en su creciente exigencia de obtener respuestas concretas a sus anhelos y necesidades materiales y espirituales, las fuerzas revolucionarias, democráticas y progresistas latinoamericanas van protagonizando, a lo largo de los últimos años, la construcción de un movimiento de nuevas dimensiones históricas, donde la claridad de objetivos y la madurez política prometen sepultar la dispersión y el voluntarismo pequeñoburgués, predominantes hasta hace poco. No se trata de renunciar a una u otra forma de lucha, sino de establecer nuevos parámetros en la conducción de la lucha antimperialista, condicionados por la preocupación general por sistematizar los puntos convergentes; lucha en que las consignas y dogmas vacíos irán cediendo lugar, poco a poco, a una nueva teoría y práctica políticas orientadas en el sentido de viabilizar cambios reales en un modelo político, económico y social ya agotado.

Abandonando cada vez más las concepciones dogmáticas exigidas por el supuesto "purismo ortodoxo", se comienza a estructurar un nuevo sistema de alianzas, de esencia pluralista y democrática, donde las fronteras políticas e ideológicas dejan de ser delimitadas por la disputa por la hegemonía a toda costa, lo que, en otras épocas, equivalía a la trascendental controversia en torno a quién tenía la razón final o a quién pertenecía la verdad absoluta.

Dejando de lado las nefastas manifestaciones de sectarismos, dogmatismos y hegemonismos, ahora se procura tomar como norte los intereses comunes y los puntos de convergencia de la lucha antimperialista, reflejando las aspiraciones y las demandas de la inmensa mayoría de la población. Comienza, así, a ser forjada una alianza de carácter histórico y estratégico entre las fuerzas revolucionarias y progresistas de América Latina. Y, al tiempo que va madurando y permeando todo el tejido social, esta alianza trasciende ya los límites de las estructuras partidarias, sin que esto venga a eclipsar o disminuir el papel de los partidos como principales conductores de las transformaciones políticas y sociales. Antes por el contrario, refuerza ese papel en la medida en que, vinculándose a través de múltiples canales de integración con el movimiento popular organizado (sindicatos, comités de barrios, comunidades eclesiales de base, movimiento femenino, etc.), impulsa la vertebración de un poderoso movimiento capaz de transformarse en una alternativa real de gobierno y de poder.

Un rasgo característico del proceso de formación de esas alianzas consiste en que se desarrolla a través de la iniciativa y las orientaciones programáticas de corrientes democráticas y progresistas que no sólo se oponen al imperialismo, sino que contemplan en sus proyectos cambios sociales de fondo que permitan edificar estructuras nuevas, no vinculadas al sistema capitalista, aunque varios de sus componentes no se identifiquen con el socialismo científico o marxista. Aquí cabe resaltar el ejemplo de Nicaragua. La Revolución Popular Sandinista integró las más variadas corrientes del pensamiento y capas sociales en un proyecto revolucionario unitario. Probó, en la práctica, que el pluralismo y la revolución no son elementos mutuamente excluyentes. Este es un ejemplo peligrosísimo para la esfera de dominación del imperialismo. Por ello no es casual que éste descargue todo su poderío —a través del cerco económico y agresiones militares— contra ese pequeño país centroamericano.

Claro está que el socialismo, en cuanto formación socio-económica superior, ha sido y será siempre resultado final de todo proceso transformador que busque la democracia real, la paz y el progreso social. Pero, en la actual etapa de la coyuntura latinoamericana, y teniéndose en cuenta los diferentes grados de madurez política e ideológica de las fuerzas democráticas y progresistas, la identificación con el socialismo pasa por visiones diferenciadas, adquiriendo, al mismo tiempo, interpretaciones distintas, sin que esto constituya un factor de división o un obstáculo para alcanzar la unidad al nivel de un programa mínimo común, de carácter esencialmente democrático, nacional y antimperialista.

Frentes y bloques

La formación de alianzas bajo nuevos parámetros es un proceso que ya está en marcha en la mayoría de los países latinoamericanos. En una primera etapa, generalmente van siendo formadas en el ámbito de amplias coaliciones político-electorales, teniendo, con frecuencia, como punto de unidad un programa común mínimo, sin que éste exprese, *a priori*, la ideología ni los objetivos finales de ninguna de las fuerzas asociadas.

La experiencia positiva acumulada y los progresos registrados en torno a esas alianzas electorales han creado condiciones para nuevos avances en la lucha, en un sentido más general, permitiendo que varios de esos frentes asuman un carácter permanente y no sólo electoral. Además, y dependiendo del grado de unidad alcan-

zados, pueden rebasar los límites de los partidos e incorporar una variada gama de movimientos populares organizados, a nivel nacional, dando forma a una amplia y pluralista alianza político-social antimperialista de nuevo tipo. En determinados países, donde la lucha adquiere otras connotaciones, ese proceso tropieza con la existencia de alianzas político-militares, como ocurre, por ejemplo, en Guatemala y El Salvador. Pero aún así, algunos de esos procesos pueden avanzar, inclusive, a la unidad orgánica, como es el caso del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador.

Como ejemplos de alianzas político-electorales de carácter temporal o permanente tenemos la Izquierda Unida en Chile, Perú y también en Bolivia, y el Frente Amplio en Uruguay. Procesos similares ocurren en Argentina, Colombia, Ecuador, Costa Rica, Panamá, Paraguay, Haití, República Dominicana y Honduras. En Colombia, las alianzas se dan a dos niveles: la Unión Patriótica, en el plano político-electoral, y la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, en el plano político-militar.

La mayoría de dichas alianzas están naturalmente nucleadas por las fuerzas de izquierda que se identifican, en mayor o menor grado, con el socialismo científico, pero en ningún caso se circunscriben únicamente a ellas. Por lo general, esas nuevas formaciones políticas engloban diferentes corrientes progresistas, incluyendo a comunistas, socialdemócratas, liberales, nacionalistas y socialistas de varios matices, religiosos progresistas, etc. Son raros los casos en que fuerzas situadas en el campo de la izquierda se coloquen al margen de este proceso o se le opongan, ya sea por incompreensión política, posiciones sectarias o aislacionistas. Tal es el caso, por ejemplo, de Sendero Luminoso, en el Perú.

Es obvio que en diversos países del continente este proceso de formación de alianzas de nuevo tipo sigue formas y ritmos diferentes, sin que por ello se altere la tendencia general presente en la actual situación latinoamericana.

Brasil

En Brasil, las fuerzas progresistas, particularmente las que se proyectan hacia el socialismo como resultado final de la lucha antimperialista, aún no han encontrado caminos adecuados para romper las barreras de la división. Cuando más, la unidad se da en torno a banderas de lucha generales o en alianzas electorales episódicas y locales. Opiniones preconcebidas y elementos de

dogmatismo todavía están presentes en las relaciones entre dichas fuerzas, aunque comienzan a aparecer señales positivas para superar esa debilidad.

El atraso político generalizado de las masas y la falta de una efectiva vinculación entre la política partidaria y el movimiento popular —productos de la histórica herencia autoritaria de la sociedad brasileña, que se remonta a la etapa de la propia formación de la nación— han contribuido, sin duda, a retardar la constitución de un amplio frente progresista con objetivos programáticos definidos, capaz de acumular fuerzas suficientes para avanzar en la vía de las transformaciones revolucionarias. Salvo raras excepciones, las estructuras político-partidarias en el Brasil son fluidas, creándose sin prestar atención a la unidad programática e ideológica. Es un fenómeno que se da no sólo en los partidos burgueses, sino también en los de izquierda, por ejemplo, en el Partido Democrático Trabalhista y el Partido de los Trabajadores.

El período de transición democrática, impulsado sin rupturas en la estructura de poder, fue captado con habilidad por las élites políticas ya a partir de los primeros años de la década del 80, generando cierta perplejidad en la izquierda brasileña. El peso conservador en el gran frente antidictatorial, constituido en los años 70 por los sectores políticos más avanzados, aumentaba a medida que el régimen autoritario iba desintegrándose. Cuando la caída del régimen ya era inevitable, algunos elementos de derecha y proimperialistas se pasaron rápidamente a la oposición, en una actitud claramente oportunista. Si, por un lado, este reagrupamiento de fuerzas apresuró el fin del régimen autoritario, por otro, determinó la hegemonía conservadora en la conducción de la transición que, a partir de ahí, comenzó a imponer serias restricciones a los cambios. La izquierda, minoritaria, dividida y sin efectiva integración con el movimiento de masas, fue aplastada por el rodillo conservador. Surgió entonces el dilema: permanecer en el Frente (ahora con el nombre de Alianza Democrática), para contrarrestar el peso de la derecha, o romper con él y buscar su propio camino, su propio proyecto. Prevalció la segunda opción. Opción correcta —dicho sea de paso—, pero encaminada erróneamente, desde el momento en que la preocupación principal empezó a girar en torno a la afirmación de nuevos partidos en el escenario nacional, relegando a segundo plano la constitución de un nuevo bloque de fuerzas para contraponerlo al bloque conservador ya formado.

Es preciso destacar que el papel de-

sempeñado por el frente antidictatorial se agotó tan pronto éste alcanzó su objetivo más inmediato: el fin de la dictadura y el retorno a la convivencia democrática. Fue natural, por lo tanto, que ya durante la conducción del proceso de transición comenzara a producirse un nuevo alineamiento de fuerzas.

Ya están en el orden del día nuevos objetivos orientados hacia el avance y la profundización de la democracia en la perspectiva del socialismo. **Preven la formación de un frente o bloque progresista de perfil nuevo, o sea, la formación de una alianza de nuevo tipo, con bases unificadoras en torno a programas y plataformas políticas definidos, sintonizados con la realidad nacional y los intereses del movimiento popular.** Lamentablemente, la constitución de este frente parece avanzar lentamente, a menos que se den pasos concretos para llegar a la unidad.

La única fuerza política que ha avanzado algo en este plano ha sido el Partido Comunista Brasileño, con su consigna de formar un nuevo Bloque Histórico Democrático y Progresista. Sin embargo, hasta ahora no se han dejado sentir los efectos prácticos de esta propuesta, ya sea por la poca integración de los comunistas en el movimiento de masas, ya sea por la negativa, velada o no, de otros sectores de izquierda, embriagados aún por dogmas históricamente obsoletos. A pesar de ello, la izquierda brasileña avanza. Lo prueban los resultados positivos alcanzados en las elecciones municipales de noviembre de 1988. Con todo, tampoco cabe subestimar el hecho de que muchos votos obtenidos por la izquierda fueron fruto de la inmensa insatisfacción popular con el llamado gobierno de transición. Fueron más bien votos de protesta, que votos ideológicos. Por otra parte, no hay que contentarse con los resultados electorales. **Es preciso avanzar hacia la constitución de un amplio frente en todos los niveles, reuniendo a todas las fuerzas revolucionarias, democráticas y progresistas de la sociedad brasileña.** Sólo así será posible presentar una alternativa real a la actual estructura del poder, asentada, fundamentalmente, en el gran capital y en la alianza con el imperialismo.

La realidad actual del Brasil y la necesidad de cambios estructurales reclaman, con urgencia, la formación de ese nuevo bloque de fuerzas. Menos retórica y más acción, que traiga resultados concretos, es lo que exige cada día el pueblo brasileño. La izquierda tiene la palabra.

El imperialismo al desnudo

Kim Chang Won,
 Director del Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias Sociales de la República Democrática Popular de Corea

La Revolución Coreana prosigue hoy día en un contexto particularmente difícil y complejo, en condiciones de confrontación directa con EE.UU., cabecilla del imperialismo contemporáneo, y su aliado, el Japón reaccionario. Las peculiaridades de nuestra revolución requieren que el pueblo coreano se atenga firmemente a los principios revolucionarios y despliegue una enérgica lucha antimperialista.

Después de la Segunda Guerra Mundial, ha cambiado mucho la fisonomía del imperialismo, aunque las evaluaciones de estos cambios difieren. En los últimos años han aparecido también algunas que demuestran que el sistema capitalista tiene ventajas en el desarrollo de la ciencia, la técnica y las relaciones de producción. A medida que prosigue este desarrollo —aseveran otras voces, haciendo coro a tales valoraciones— se debilitan las aspiraciones de la sociedad al socialismo y se reduce la base social y clasista del movimiento comunista. En una palabra, al igual que cien años atrás, cuando el capitalismo echaba las bases de la industria pesada, resurge la tendencia a hablar del atenuamiento de las contradicciones del capitalismo. Esto sucede al mismo tiempo que se menoscaban los logros del socialismo y se intensifican los ataques calumniosos contra él.

El trabajo del miembro de la Presidencia del Buró Político y secretario del CC del Partido del Trabajo de Corea, Kim Jong Il, *Con la bandera de la lucha antimperialista en alto, avancemos con firmeza por el camino del socialismo y el comunismo*, tiene verdaderamente una importancia programática. Da una visión científica de la esencia del imperialismo contemporáneo y alumbró a los pueblos revolucionarios el camino de la lucha antimperialista.

Después de la Segunda Guerra Mundial tuvieron lugar cambios en las relaciones de las potencias imperialistas. Si en el pasado éstas dedicaban ingentes energías a competir con sus rivales y derrotarlos, ahora, por el contrario, unen sus esfuerzos para oponerse al socialismo y proseguir su política de explotación y saqueo. Y a la vanguardia de este curso marcha el

imperialismo norteamericano, que se apoya en su potencial militar y económico. Desde luego, las contradicciones interimperialistas no han desaparecido, sino que han pasado a un segundo plano. Ahora los complós y la colaboración son lo principal. Ha tenido lugar un reagrupamiento de las fuerzas imperialistas. Después de la segunda conflagración mundial se han desatado unas 170 guerras grandes y pequeñas, pero ninguna entre las potencias capitalistas, cuya cooperación técnica y militar se ha fortalecido aún más. Tenemos el ejemplo de la confabulación de la reacción norteamericana y japonesa, cuyo objetivo es perpetuar la división de Corea.

Hoy en día se han vuelto más péfidos los métodos a que recurre el imperialismo para seguir exoliando y mantener su dominio. Ha aumentado la capa de la aristocracia obrera, a la que se concede una "ayuda" que es fruto del saqueo de otros pueblos. La conquista por la comunidad de potencias capitalistas de enormes mercados y la explotación de las materias primas de los países en desarrollo han contribuido a elevar el nivel de socialización de la producción. En otras palabras, el rápido desarrollo técnico en el capitalismo ha sido resultado de la colusión antisocialista y antipopular de los grandes monopolios imperialistas, y del saqueo de que son objeto los pueblos bajo un orden económico mundial injusto.

Sin embargo, todo esto ha ampliado y profundizado inevitablemente las contradicciones del propio capitalismo a nivel internacional. Como resultado de la explotación neocolonial ha empeorado dramáticamente la situación económica de los países en desarrollo, a causa de lo cual se ha agudizado también la crisis de la economía capitalista. La degradación del imperialismo es cada vez más evidente. Y el propio imperialismo norteamericano se encuentra en una situación difícil, pues sus posiciones dominantes han comenzado a tambalearse. Han aparecido nuevas y agudas contradicciones entre las potencias capitalistas.

Su prosperidad es aparente, pues en realidad se están pudriendo. Al estudiar este aspecto de la cuestión, Lenin demos-

tró cómo este proceso incide en la economía. La naturaleza antipopular y el parasitismo del imperialismo contemporáneo se han intensificado, manifestándose ya en todas las esferas de la sociedad, comenzando por la material y terminando por la cultural. El consumo se ha vuelto monstruoso, tiene un carácter anormal y causa daño a la salud física de la gente y a su desarrollo intelectual. Se observa un proceso de empobrecimiento espiritual y declinación de la vida política. Va en aumento el desfase entre el bienestar material y la vida cultural.

Todo lo señalado agudiza las contradicciones entre la burguesía y el pueblo. A fin de evitar el colapso, los círculos reaccionarios de las potencias imperialistas dirigen sus ataques contra el socialismo, tratan de engañar a las masas, a la clase obrera, y procuran escindir el movimiento comunista y obrero internacional. El chantaje militar, el soborno económico y la penetración cultural son los principales medios a los que recurre el imperialismo en sus maquinaciones contra los países socialistas y las fuerzas progresistas del mundo entero.

En la lucha antimperialista tiene un significado decisivo la preparación de las propias fuerzas revolucionarias. Es particularmente importante elevar el papel del partido de la clase obrera, vanguardia de la revolución. "Para consolidar las fuerzas revolucionarias —señala Kim Jong Il— es necesario analizar y evaluar correctamente los cambios que acaecen en la composición social y clasista de la sociedad." Sólo de esa manera el partido de la clase obrera puede distinguir a los suyos del enemigo, agrupar a las fuerzas de la revolución y adoptar las medidas adecuadas para desarrollar su factor subjetivo.

¿Cuál es la esencia de los grandes cambios ocurridos en los últimos tiempos en la composición social y clasista de los países capitalistas industrializados? A medida que se ha ido mecanizando y automatizando la producción se ha reducido considerablemente el número de trabajadores ocupados en tareas manuales, aumentando en flecha la cantidad de trabajadores intelectuales, que constituyen precisamente la mayoría absoluta de la pobla-

ción económicamente activa. Tales mutaciones son características no sólo para las ramas industriales, sino también para la esfera de los servicios. Los grandes monopolistas saben que los elevados beneficios dependen de la introducción de las nuevas tecnologías.

El aumento del número de personas ocupadas en trabajos intelectuales y que requieren una elevada calificación, significa el crecimiento de las filas de la intelectualidad. Este es un fenómeno lógico, pues el saber y la técnica adquieren en la vida de la sociedad una importancia cada vez mayor. Y los trabajadores vinculados a ellos reciben salarios relativamente altos. Frente a esta situación, ante los partidos de la clase obrera, en los países capitalistas desarrollados, se plantean serios problemas.

Al aumentar rápidamente el número de intelectuales entre los trabajadores, puede intensificarse la influencia de la ideología pequeñoburguesa, lo que está condicionado por que la intelectualidad no tiene la debida educación revolucionaria. ¿Cómo entender esto? Las personas con un nivel cultural más elevado deben recibir una mayor educación revolucionaria que los trabajadores sencillos. Lamentablemente, en el capitalismo no hay condiciones para ello. Desde luego, el espíritu pequeñoburgués de la intelectualidad

no es un fenómeno congénito. Es necesario contribuir al despertar ideológico de esta categoría de la población, apoyándose en su nivel de instrucción. Sólo entonces se pondrá al lado de la revolución.

¿Puede considerarse que los cambios en la composición social y clasista reducen la base del partido de la clase obrera y crean condiciones desfavorables para acometer transformaciones sociales radicales? De ninguna manera. El crecimiento de los nuevos destacamentos de trabajadores ha fortalecido la base social y clasista de los partidos comunistas y obreros. Por supuesto, hay diferencias entre las personas que se dedican al trabajo intelectual y manual. Pero no son diferencias sustantivas desde un punto de vista clasista. A los trabajadores les unen, primero, el hecho de que no poseen medios de producción; segundo, el que son asalariados de los capitalistas, y, tercero, el que reciben un salario. Este tipo de trabajador constituye ya el 80-90% de toda la población económicamente activa. Son gente explotada y que, por consiguiente, tiene sentimientos hostiles hacia el capitalismo.

Esta es la razón por la cual los partidos comunistas y obreros están llamados a desplegar activamente la lucha revolucionaria, a inspirar a las masas para que se incorporen a ella. La clase obrera de los

países capitalistas desarrollados no es el proletariado del pasado. Y el movilizarla a la lucha ya no depende de si cada individuo es o no propietario. El atropello a la dignidad y la independencia es la causa principal de la protesta social. La gente no se siente dueña de su propia vida, de su Estado, de su sociedad. Ven que se han convertido en víctimas del curso antipopular y la descomposición del capitalismo, de su política reaccionaria, de su pobreza espiritual y cultural. En cambio, aspirar a vivir de manera independiente, como seres humanos, y librarse del yugo capitalista es aspirar al socialismo. A decir verdad, en los países capitalistas toda la intelectualidad, de una manera o de otra, sentía simpatía por el socialismo. Pero, ¿por qué no sigue luchando por él? Esto no se debe a un cambio en su *status* social y clasista, sino al hecho de que no ha recibido una educación ideológica adecuada, de que nadie la ha llevado por el camino correcto. Para que llegue a él, a la intelectualidad hay que inculcarle el espíritu de independencia y cohesionarla alrededor de las organizaciones revolucionarias. El despertar de la conciencia revolucionaria y la implementación activa de tal trabajo político por los partidos comunistas y obreros constituyen una garantía del auge del proceso revolucionario. ■

Combinando firmeza y flexibilidad

RANDOLFO BANEGAS,
miembro del CC del Partido
Comunista de Honduras
(PCH)

En política de alianzas no hay recetas dadas de una vez y para siempre. Es una política bien concreta que da origen, en ocasiones, a problemas complejos, inesperados, problemas que los comunistas debemos resolver con alto sentido de responsabilidad y espíritu creador.

EL ESTADO DE ANIMO de las masas populares de Honduras —país considerado tradicionalmente una especie de

traspatio del imperialismo norteamericano— es influenciado más y más por la situación de los países vecinos: Nicaragua, El Salvador, Guatemala, pues las simpatías y antipatías por unas u otras fuerzas de esos países polarizan a la sociedad hondureña. Esta experimenta también una gran influencia de la política de Washington, que ha asignado a nuestra república un rol especial dentro de su estrategia para Centroamérica.

En un período muy corto, nuestro país fue convertido en una base gigantesca del Pentágono, en el baluarte de la contrarrevolución centroamericana. El imperialismo norteamericano supeditó a sus intereses a los círculos gobernantes del país, a los partidos políticos tradicionales, Liberal (PLH) y Nacional (PNH), y a sectores decisivos del ejército hondureño. A su

vez, muchos oligarcas se incorporaron a los planes imperialistas, deslumbrados por la ilusión de que a cambio de su "fiel amistad" podrían recibir una jugosa indemnización en forma de abundantes inyecciones de dólares.

El gobierno hondureño se ve obligado a recurrir, cada vez más a fondo, a todo un complejo de "medidas de seguridad", que incluye —en términos generales— la violencia "institucionalizada" combinada con el intento de usar los métodos de la democracia burguesa. Así, con el reforzamiento de las posiciones de los militares en los centros decisivos de poder del Estado hondureño, que posibilitó la instauración de un régimen inspirado en la "doctrina de seguridad nacional", se hizo posible la entrega formal del aparato gubernamental a los partidos civiles.

Las elecciones "estilo Honduras" —donde la imposición y el fraude descarados convertían en presidentes constitucionales a candidatos de los dictadores de turno y no pocas veces a ellos mismos— han cedido paso a la variante "hollywoodense" que, sin cambiar la esencia impositiva y fraudulenta, ni el resultado final favorable a los dos partidos tradicionales, dan la impresión de un proceso electoral "limpio y democrático". ¿Cómo se logra esto? Por ejemplo, "cedulando" como hondureños a los *contras* nicaragüenses, para que voten por los partidos burgueses tradicionales, y manipulando electrónicamente los resultados electorales.

Además, se utilizan en mayor escala los servicios de empresas norteamericanas especializadas en "fabricar" imágenes candidaturales a semejanza de las que tienen aceptación en los Estados Unidos. De esa manera, los partidos tradicionales diluyen el discurso político serio sobre la dramática situación que vive Honduras, en una maraña publicitaria sin contenido programático, eludiendo así cualquier compromiso con el pueblo.

Todo esto quedó patentizado fehacientemente con el triunfo del PNH en las elecciones del 26 de noviembre de 1989, para Presidente, tres Designados a la Presidencia, 128 diputados a la Asamblea Nacional, 20 al Parlamento Centroamericano y miembros de las 289 Alcaldías Municipales. En esa lucha electoral intervinieron el gobernante PLH, el opositor PNH, así como el Partido Demócrata Cristiano (PDCH) y el Partido de Innovación y Unidad — Social-Demócrata (PINU-SD). Los planteamientos políticos de los candidatos a la primera magistratura de la nación, por el PLH y el PNH, tenían más puntos coincidentes que discordantes, reflejando así comunidad en la defensa de los intereses oligárquicos y reaccionarios.

Mientras los partidos tradicionales gozaron de condiciones privilegiadas gracias a la parcialidad de la legislación electoral vigente —que además excluye la participación directa de los comunistas y fuerzas de izquierda—, el PDCH y el PINU-SD compitieron por obtener una modesta presencia en los órganos del Estado y para concientizar al electorado en torno a los elementos esenciales de su programa político. Enrique Aguilar Cerrato, candidato del PINU-SD, declaró que su partido y los aliados de éste llegarían al poder, pero no en esta ocasión. Para ello hacía falta —según él— armarse de paciencia y obtener el respaldo de la mayoría de la población.

El fruto de tales procesos indica que,

supeditados a la cúpula militar y al imperialismo norteamericano, los presidentes civiles que se han sucedido en el cargo, incluyendo al actual Rafael Leonardo Callejas, pasan a ser protagonistas o cómplices de: la más desvergonzada ocupación militar del país, los altos niveles de corrupción administrativa, el endeudamiento externo e interno, la aplicación irresponsable de los dictados del FMI que han agudizado la crisis política y estructural del país. En esas condiciones creció seriamente la represión y matanza de activistas y militantes de partidos políticos y movimientos populares —no sólo comunistas y revolucionarios, sino también socialdemócratas, socialcristianos y democristianos—, y se incrementó la actividad licenciosa de las bandas paramilitares y los escuadrones de la muerte, como el Batallón 3-16 o La Triple A.

Pero el desarrollo de los acontecimientos en Honduras no sigue con rigurosa exactitud la partitura ordenada por la reacción. Las masas populares reclaman cambios, la clase obrera, los trabajadores organizan huelgas y manifestaciones, las fuerzas revolucionarias realizan acciones armadas, los estudiantes y maestros ocupan colegios y centros de enseñanza, los campesinos toman tierras, se amplían las campañas por la defensa de los derechos humanos, cobra fuerza la solidaridad con Nicaragua, presionando también por la búsqueda de nuevas soluciones políticas a la aguda crisis centroamericana.

AL MISMO TIEMPO es conveniente preguntarse: ¿Por qué en las condiciones de la profunda crisis cambia tan lentamente la correlación de fuerzas entre la reacción, que trata de conservar su *status*, y los partidarios del progreso?

Para responder en forma concreta y cierta, hay que ver objetivamente, con honestidad y espíritu autocrítico, los problemas políticos más importantes, renunciar a la esquematizada y simplificada lectura de la realidad hondureña, examinar las direcciones de nuestra actividad, desprenderse de la interpretación dogmática de los postulados teóricos y de la absolutización de algunas formas y métodos de lucha. Hay que estudiar detalladamente las experiencias positivas y negativas. Ello conduciría al desarrollo creador de nuestra teoría. Nuestro atraso en este sentido es evidente, y la responsabilidad es atribuible sólo a nosotros, los comunistas.

El leninismo nos enseña que la actitud de un partido político frente a sus errores es uno de los más importantes criterios para juzgar su seriedad y su

cumplimiento, en la práctica, de sus deberes con la clase que representa y con las masas populares. Reconocer abiertamente el error cometido y analizar la situación que lo produjo, significa educar tanto al partido mismo como al pueblo. La situación internacional, regional y la de nuestro país exigen superar la ruptura entre las premisas objetivas de los cambios y la eficiencia de la acción de quienes aspiramos a situarnos a la vanguardia del proceso de transformaciones.

Creo que para superar las tendencias negativas es preciso evaluar la realidad y la ubicación de las fuerzas políticas, pero evaluarlas a fondo, con espíritu imparcial y no con ánimos coyunturales; formular las respuestas concretas a los reclamos y anhelos espirituales y materiales del movimiento popular; plantear ante éste objetivos claros que se correspondan con las reivindicaciones de la mayoría de la población; renovar la actividad del partido y dar enfoques modernos a la solución de problemas impostergables.

Considero deber ineludible del Partido Comunista y del combativo movimiento antimperialista el estar a la cabeza del proceso de liberación nacional y de reformas democráticas. No sólo participar en ese proceso o convertirse en un factor de influencia más, sino tratar de jugar el papel decisivo en la transformación a fondo de la sociedad explotadora. El partido no debe quedarse como observador pasivo, ni dejarse arrastrar por la corriente del río de los acontecimientos.

La crisis ha puesto en primer plano la cuestión del programa alternativo del poder que tenga en cuenta el carácter del momento actual, el deseo de las masas populares de rescatar la soberanía nacional, liquidar el régimen que defiende intereses oligárquicos y reaccionarios. La lucha política por el poder del pueblo ya está planteada en el orden del día como una tarea concreta. La plataforma del PCH contempla y delinea varias direcciones hacia dónde enlazar esta lucha.

Primero, lograr la salida del país de las tropas norteamericanas de ocupación y las bandas contrarrevolucionarias somocistas, el cese inmediato de las maniobras militares conjuntas —que vienen realizándose ininterrumpidamente en territorio hondureño desde 1981— con el ejército de Estados Unidos, la liquidación de sus bases y objetivos militares, así como la toma de otras medidas que conlleven el restablecimiento de la dignidad y soberanía nacionales.

Segundo, la adopción de un complejo de acciones y planes de trabajo que permitan superar la aguda crisis económica,

entre esas medidas, reactivación inmediata de la reforma agraria, asignación de subvenciones estatales a los productos de consumo popular, restablecimiento del control de precios y el aumento real del nivel de vida del pueblo. Se requiere también contener la sangría económica ocasionada por el pago de la deuda externa, que gira alrededor de los 4 mil millones de dólares y sustrae, por concepto de pago del "servicio", un promedio del 40% de todas las divisas provenientes del comercio exterior hondureño, y usar los recursos así liberados para fines del desarrollo económico y social y para la ayuda financiera a todas las empresas de capital nacional.

Tercero, dicha plataforma presupone la reestructuración de la sociedad hondureña sobre una base democrática: derecho a la formación y libre actividad de organizaciones políticas, profesionales, sociales y otras; la no injerencia del Estado y de sus cuerpos represivos en el funcionamiento de aquéllas; la amnistía plena e incondicional a todos los presos y emigrados políticos; la derogación de la Ley Antiterrorista, la disolución de los grupos y bandas paramilitares, la depuración del ejército y los entes jurídicos y policiales, la investigación de los casos de asesinatos y desaparecidos políticos, la entrega a los tribunales de justicia de todos los implicados en crímenes y delitos contra el pueblo.

Cuarto, establecer un régimen de pluralismo ideológico y político, con una política exterior de paz y no injerencia en los asuntos internos de otros países.

En la realización de nuestro programa buscamos ampliar la cooperación con todas las capas, grupos y organizaciones sociales que están luchando por estos objetivos. Extendemos también nuestra mano a la Iglesia Católica y a los militares descontentos con la situación actual de nuestro país.

Analizando la composición social de los integrantes del proceso revolucionario hondureño, pienso que **ha llegado la hora de desembarazarnos de esquemas rechazados por la vida misma**; tener en cuenta el amplio espectro de gente pobre, explotada, humillada, que puede jugar un papel significativo en la transformación del régimen existente; ponernos cara a cara con los movimientos culturales, juveniles, femeninos, ecológicos, étnicos, religiosos, etc. La esencia del asunto radica en que el programa del proletariado sea el principal compás político del movimiento popular, ampliamente reivindicativo, pero apuntando objetivamente ha-

cia los cambios en la estructura política y económica de la sociedad.

LAS TAREAS PLANTEADAS ante los comunistas generan nuevos desafíos, ante todo, a nuestra política de alianzas, uno de los puntos principales de falsificación de la política del PCH por sus adversarios. Así vemos que, si unos nos adjudican la pretensión a la "hegemonía", otros piensan que en la "marcha común" debemos perder nuestra propia fisonomía. Unos nos llaman "instigadores que actúan tras bastidores", otros nos califican de "oportunistas". La falsedad de tales elucubraciones queda al desnudo cuando se analizan los principios fundamentales de la política de alianzas expuestos en los documentos programáticos del PCH.

Igualdad y respeto mutuo de todos los participantes en la coalición no son ninguna "maniobra táctica". Se trata de una posición de principios de los comunistas, argumentada por Engels ya en el año 1848. Subrayando la necesidad de relaciones en que prevalezcan la igualdad recíproca, en las coaliciones democráticas, él decía en su trabajo *La mayoría "satisfecha"*: "Cualquier alianza, que no reconociera esa igualdad como base, sería antidemocrática por sí misma".

Una cooperación auténtica reclama que ninguno de los aliados pretenda dirigir a los demás, sino que aspira a situar en primer plano los intereses comunes y los puntos de vista coincidentes. En lo que se refiere al PCH, estamos dispuestos a lograr respeto y autoridad sólo por medio de la iniciativa en el desarrollo de acciones comunes, sólo a través de la energía y consecuencia de nuestros militantes.

Las relaciones de aliados significan para nosotros el **enriquecimiento de la experiencia mutua**. Nuestro partido no sólo dota al movimiento democrático con fuerzas adicionales, sino, además, aporta sus propias ideas y alternativas; pero a la vez toma de él su inspiración y encuentra muchos elementos de juicio nuevos para hacer reflexiones más sensatas, la crítica y la autocrítica de ciertos errores, especialmente los que derivan del miedo a concertar alianzas y hasta contactos con otras organizaciones políticas.

La amplitud máxima de las alianzas abre las perspectivas de la realización exitosa de sus demandas. Por eso no debe inquietarnos tanto que los participantes en estos movimientos tengan su propia "concepción ideológica y creencias", pues sólo respetando las motivaciones políticas y la independencia orgánica de nuestros aliados obtendremos de éstos la misma actitud hacia el PCH.

Con toda la diversidad de nuevos enfoques, para nosotros sigue vigente el principio confirmado por la propia vida, según el cual es más conveniente impulsar todas las formas y métodos de lucha que **ayuden a ampliar los movimientos democráticos, desarrollen la conciencia y aumenten la combatividad de las masas populares**.

Los trabajadores podrán cumplir exitosamente su papel como principal fuerza en el proceso de cambios sociales, en la medida en que logren en su seno la **unidad** de sus acciones conjuntas. A diferencia de los sindicatos unitarios, donde pueden agruparse para la defensa de sus intereses los obreros, empleados y funcionarios de distinta orientación política e ideológica, el partido revolucionario puede funcionar sólo sobre la base de principios políticos e ideológicos unitarios. Pero aun cuando en el movimiento obrero haya tendencias diferentes o no existan las premisas adecuadas para su unificación orgánica, surge la necesidad de aumentar las fuerzas por medio de actividades conjuntas.

La cooperación no es un objetivo en sí, sino una premisa indispensable para la lucha concreta por los intereses del pueblo hondureño. En la medida en que nuestros aliados estén a favor del rescate de la soberanía y dignidad nacionales, la liquidación de las bases militares extranjeras en nuestro territorio, en la medida en que ellos demanden transformaciones democráticas, podrán contar con todo el apoyo de los comunistas.

Consideramos que el partido no tiene que disolverse en ninguna alianza sino mantener su **independencia** política, ideológica y orgánica. En cada alianza, los comunistas planteamos en primer plano las reivindicaciones comunes. Sin embargo, no renunciamos a la realización de nuestra propia política. Por ejemplo, al lado del apoyo activo al movimiento por la liberación del país de la presencia de las tropas norteamericanas, planteamos alternativas democráticas de largo alcance, incluyendo la perspectiva socialista.

No podemos olvidar que en la coalición de fuerzas se presenta a menudo diversidad de puntos de vista, que es importante tenerlos en consideración. Antes se consideraba prioritario atenernos a lo que nos unía; pero esto ya no es suficiente. Si queremos evitar situaciones cuando las diferencias entre aliados desemboquen en discordancias que amenacen incluso la posibilidad misma de elaborar una posición conjunta, debemos prestar mayor atención a nuestras diferencias, para que de la confrontación de ideas

contrapuestas surjan otras nuevas que posibiliten un mayor acercamiento entre las distintas posiciones.

El trabajo ideológico independiente del partido es necesario también por otra razón. Cuanto más dinámica sea la cooperación de los comunistas dentro de los movimientos democráticos, tanto más fuerte será la influencia sobre ellos de los enfoques pequeñoburgueses y otras ideas no comunistas.

No perder su propia esencia. Tal es una de las premisas para la realización del principio de la igualdad en la política de alianzas. Los comunistas debemos expresar públicamente nuestros enfoques y objetivos. Ello se facilita mediante la formación de círculos de estudio y células de partido en diversas organizaciones, coaliciones o asociaciones (políticas, profesionales, militares, cooperativas, educacionales, deportivas, etc.). Estos círculos y células, unidos entre sí y con la dirección del partido, intercambiando experiencias y adentrándose en todos los aspectos de la vida social, harán un extraordinario

proceso de educación sistemática tanto a sí mismos, al partido, como a las clases y masas populares.

Sin una participación activa de los militantes del PCH en una u otra coalición no es posible pretender un puesto meritorio en la misma. Si los comunistas diluyen en los movimientos democráticos su propia esencia, los aliados podrán recibir la impresión de que apoyamos estos movimientos sólo de palabra y no con acciones reales, o, lo que es peor, podrán sacar la conclusión de que los comunistas tenemos "planes de infiltración", de que perseguimos objetivos "inconfesables" y no las metas concretas de la alianza.

HACIENDO UN BALANCE de las reflexiones expuestas, podemos concluir que la política de alianzas exige la **unidad de la firmeza de principios con la flexibilidad**. La forma concentrada de la expresión de esta unidad es el compromiso político con los aliados que tienen otra orientación ideológico-política, el reconocimiento de su necesidad y su aplicación

correcta en la práctica. Nuestro partido piensa que los compromisos deben:

— estar orientados al logro, por lo menos, de un éxito parcial en la lucha contra la ocupación militar norteamericana y la presencia de la *contra* nicaragüense;

— coadyuvar al desarrollo de la conciencia y combatividad de la clase obrera y sus aliados; servir a los intereses de todos los aliados;

— no reducir la independencia del Partido Comunista y no obstaculizar el enfoque ni la realización de sus tareas de perspectiva.

Estos compromisos necesarios, como lo muestra la historia del movimiento obrero internacional —y el de Honduras no podía ser la excepción—, exigen a menudo superar, dentro de sus propias filas, las tendencias sectarias y oportunistas. ■

Valioso aporte contra el dogmatismo

Juan Gervasio Paz. *El dogmatismo, fascinación y servidumbre*. Ediciones Dialéctica, Buenos Aires, 1989. 190 págs.

Hasta no hace mucho tiempo había muy pocos trabajos marxistas sobre el dogmatismo. La perestroika y la glásnost en la Unión Soviética están actuando como factor impulsor de publicaciones que tratan sobre este fenómeno, responsable en buena parte de la así llamada "crisis del marxismo".

Juan Gervasio Paz, autor del libro que presentamos al lector, es médico psicoanalista, agudo pensador marxista-leninista y militante del Partido Comunista de la Argentina, con actuación dirigente en varios institutos de investigación social.

El dogmatismo, fascinación y servidumbre es un valioso estudio que contribuye a desentrañar los orígenes del pensamiento dogmático en la sociedad de clases antagónicas y trata de esclarecer, en mi opinión con éxito, su presencia y sus efectos en la sociedad socialista y en el seno de los partidos comunistas. El autor tiene el mérito de la impiedad. Introduce

el bisturí para descubrir las excrescencias más perniciosas, sobre todo las desarrolladas por el stalinismo, aunque duele, y el libro es un libro que duele, porque como dice el autor en el prólogo: "...me detendré todo lo que juzgue necesario y me den las fuerzas, para combatir esa mala hierba que con devastadora fecundidad ha entorpecido nuestro camino y extraviado o perdido tantos compañeros" (p. 13).

El libro aborda cuestiones que le permiten al autor demostrar que no es precisamente en la izquierda donde tienen su origen las raíces históricas del dogmatismo. En la búsqueda de una explicación de las causas del dogmatismo Juan Gervasio Paz afirma: "El dogmatismo no es, ni ha sido, una patología del pensamiento, una especie de enfermedad que ataca a las ideas puras y de la que el pensador puede protegerse empleando las reglas lógicas del buen pensar o el correcto método de las ciencias. Tampoco se reduce a un invento oportunista de hombres poderosos que protegen así sus intereses ante una masa crédula. Sin embargo, dogma,

creencia y poder juegan en un complejo entramado desde los comienzos de la historia. La posibilidad dogmática aparece en el hombre con su religiosidad y pensamiento mágico. Se organiza y perfecciona con el advenimiento de la sociedad clasista, especialmente con la aparición del Estado, la burocracia y la casta sacerdotal" (p. 26).

A partir de estas afirmaciones nos va demostrando cómo el Estado, que es una creación humana, se va distanciando de los hombres y adquiriendo una apariencia trascendente, sobrenatural. Desde el culto faraónico de Egipto hasta la propia Revolución Francesa, que adoptó el culto del Ser Supremo, se va creando un cuerpo de doctrina de carácter inapelable, que regula minuciosamente la relación entre los hombres, en particular entre los desposeídos y los poseedores, que en la cúspide se identificaban con los dioses.

Siguiendo con este tema, el autor pasa revista a los dogmas del Estado burgués, que se fueron trasvasando al primer Estado socialista, dedicando especial atención al "dogma del progreso indefinido".

Nuevos libros

Esta idea, que surge al compás de la gigantesca expansión que produce la revolución industrial, plantea que la humanidad ha emprendido un camino de progreso sin retorno ni retroceso. El autor señala que dicho dogma quedó inmodificado al pasar de la burguesía a la sociedad socialista y critica el analogismo biológico, que presentaba el desarrollo del socialismo como una marcha ininterrumpida hacia el comunismo.

Gervasio Paz coteja el dogmatismo religioso y el político, sobre todo el surgido en los partidos comunistas. Con una síntesis muy bien lograda enumera los principales dogmas de la Iglesia Católica a lo largo de su historia. Ello es más que suficiente para quienes hemos vivido las vicisitudes del marxismo contemporáneo: nos vemos retratados en un negativo impecable. Quiero, sin embargo, dejar en claro que el autor pone de relieve que su objetivo no es criticar a la religión, más bien al contrario. Dice: "El dogma es esencial, consustancial a la religión que no existe sin él. En cambio, por frecuente que sea, de ninguna manera es condición de existencia del socialismo o de los partidos marxistas. En el primer caso existe una relación armónica que no se da en el segundo. Probablemente ésta es una de las razones de la a veces exhuberante creatividad de la sociedad religiosa dogmática. Pienso en las catedrales góticas y no puedo evitar compararlas con la esterilidad y el predominio del mal gusto a que condujo el dogmatismo stalinista a la creativa arquitectura soviética de la década del '20" (p. 45).

A partir de ahí, el libro que reseñamos entra, en mi concepto, en los temas más apasionados precisamente por su complejidad: el dogmatismo, la teoría del conocimiento, el sujeto en el poder, el discurso, la fe, el mito, la creencia, es decir, lo sobreestructural, lo subjetivo. Al analizarlos, el autor parte de la existencia de las clases y la lucha entre ellas, pero critica a quienes la presentan como una mera disputa entre fuerzas económicas. "Todo poder se ejerce sobre y a través de los sujetos, lo que le da una dimensión social y, a la vez, otra subjetiva. Se internaliza en sujetos sociales concretos, manipulando el temor y el deseo de los hombres, y entre esos deseos el del propio poder" (p. 50).

Para el estudio de la teoría de la subjetividad, Gervasio Paz considera imprescindibles los aportes de la antropología, la sociología, la lingüística y el psicoanálisis. Precisamente, haciendo referencia a este último, el autor escribe: "En lo que sigue utilizaré a menudo ideas provenientes del campo del psicoanálisis. No lo haré por

que crea que así reparo en ínfima medida, la descalificación que el dogmatismo hizo de ésta como de otras disciplinas. Tampoco es porque atribuya, como efectivamente lo hago, gran importancia a sus desarrollos. Se trata de que, desde la problemática que nos ocupa que es la del dogmatismo, el psicoanálisis es el que más ha avanzado en su elucidación desde la teoría del sujeto quizás, entre otras causas, por el examen despiadado de muchos psicoanalistas sobre su propia posibilidad dogmática" (p. 52).

El autor entra en la consideración del "deseo" como la reunificación de lo social objetivo y las relaciones de sujeción y dominación de clase con el propio sujeto humano, con sus ilusiones. Recordando una cita de Marx, dice: "(...) exigir al hombre que renuncie a las ilusiones sobre su situación es exigirle que renuncie a una situación que tiene necesidad de ilusiones" (p. 53). Luego, recalca: "Toda revolución tiene sus mitos, sus símbolos que movilizan y socializan las emociones y anhelos de cada uno de sus participantes" (ídem).

Al analizar el surgimiento espontáneo del mito o su promoción desde el poder, afirma que aquél no es lo opuesto a la historia real, sino una lectura tendenciosa dirigida a extraer conclusiones ideológicas. Tiene, por lo tanto, la doble función de revelar y ocultar. Generalmente, el mito está relacionado con las virtudes infalibles de un jefe genial, a través del cual el pueblo vive su ilusión y su lucha. Es cierto que a través de Stalin el pueblo soviético vivía la construcción del socialismo (véase p. 54). El autor demuestra cómo se manejó el mito de Stalin desde el poder y sus nefastas consecuencias, no sólo para la Unión Soviética. Sin embargo, es necesario, y Juan Gervasio Paz lo hace, diferenciar el respeto y la admiración que producen los grandes hombres, del culto a ellos. Los jefes revolucionarios que corporizan las tradiciones democráticas y populares como José Martí, Sandino, Farabundo Martí o Che Guevara, para citar sólo a latinoamericanos, hubiesen rechazado toda señal de endiosamiento.

Al reflexionar sobre la relación del sujeto con la institución-partido, el autor hace una traslación psicoanalítica de la relación padre o madre con el militante, una compleja trama similar a la familia, en la que se articulan el amor, identificado en la madre, y la ley, encarnada en el padre. El militante idealiza al partido de manera ambivalente, viéndolo como madre protectora y como padre exigente y tolerante. "Rivales en el amor de la ma-

dre-esposa, padre e hijo constituyen una nueva pareja de amor. Se reconocen uno en el otro actualizando sus propios narcisismos. Pero a la vez el padre introduce en la familia la ley, producto social que el niño supone producido por su progenitor. Aquí surge una síntesis pasional y apasionante: el padre que prohíbe es objeto de amor; para ser amado por él es preciso someterse" (p. 61). Luego se las tendrá que ver con el padre que le ha tocado en suerte, y siempre le quedará el recurso del "padre idealizado". Pienso que esta reflexión no es ociosa, pues, como dice el autor, después del XX Congreso del PCUS se genera una gran decepción entre la militancia, pero surge también una nueva esperanza, una nueva ilusión.

Los dos capítulos finales del libro —*Resumen del stalinismo e Ideología, cultura y ciencia stalinistas*— están destinados a generalizar y sacar algunas conclusiones sobre el stalinismo. El autor explica cómo este último término hoy es equívoco, pues mientras en el pasado tenía un significado enriquecedor, hoy es profundamente negativo. Pasa revista a diversos enfoques sobre el stalinismo, provenientes de diferentes fuentes. Deteniéndose en los originados en nuestro propio campo, especialmente en el XX Congreso del PCUS, que el autor califica de "una crítica stalinista del stalinismo", pues fueron críticas que se centraron en los errores de Stalin separados de la vida y la estructura del partido. Menciona, además, el caso de las direcciones de numerosos partidos que, después de la muerte de Stalin, hicieron prodigios para no darse por aludidas con esas críticas. Todo esto sin desmedro de destacar los méritos de Jruschov, el primero en combatir tales fenómenos.

El autor trata de demostrar que la apelación a la psicopatología de Stalin, a su "rudeza", al decir de Lenin, o a su conducta paranoide en el último período, es insuficiente. "No se trata, de ningún modo, de subestimar 'el papel del individuo en la historia', tal como lo decía el primer marxista ruso, Plejánov, en el título de su bello libro. Stalin fue una gran personalidad de la historia, uno de los grandes líderes en el siglo actual. Para muchos fue un dictador totalitario, para otros, como su biógrafo Deutscher, 'perteneció a la estirpe de los grandes déspotas revolucionarios' como Cromwell, Robespierre y Napoleón. Algunos establecen un cercano parentesco con Pedro el Grande, zar absoluto que sin piedad forzó cambios revolucionarios burgueses en la Rusia de los boyardos feudales" (p. 143).

Las reflexiones de estos capítulos que mencionamos abarcan temas como la burocracia en los años del stalinismo y la acumulación primitiva del socialismo en base a la expropiación de los campesinos ricos y no tan ricos, teoría que en verdad Stalin tomó —sin pago de patente— de Trotski, y finalmente, la disociación entre los postulados ideológicos que se manifestaban en los discursos y resoluciones, y la ideología latente que se operaba desde el poder, con sus manifestaciones sociales, económicas y políticas concretas en la vida de la Unión Soviética. En otro plano temático, pero interrelacionado, el autor

habla de las verdaderas aberraciones que se produjeron en el terreno de la ciencia y del arte, con las conocidas consecuencias para todos los considerados disidentes; de tantos inocentes que perecieron en las cárceles y campos de concentración.

Quisiera terminar esta reseña con un párrafo redactado a manera de advertencia, en mi opinión plenamente justificada: "La compleja estructura del stalinismo es hoy un edificio en ruinas. Como los antiguos templos paganos, sus fragmentos pueden ser utilizados para edificar nuevas iglesias dogmáticas" (p. 145).

En resumen, la obra escrita por el des-

tacado investigador argentino, Juan Gervasio Paz, constituye un encomiable aporte a los animados debates que hoy en día se despliegan en el seno de partidos comunistas y de otras corrientes políticas que buscan renovarse.

Jorge Bergstein,
miembro del CC
del Partido Comunista
de la Argentina y representante
del PCA en Revista Internacional

Teníamos razón cuando rechazamos la 'doctrina Brézhnev'

SANTIAGO ALVAREZ,
miembro de honor del CC
del PC de España

Los trabajos preparatorios para el foro comenzaron en febrero de 1968 en Budapest. La delegación del Partido Comunista de España estuvo constituida por tres miembros del Comité Ejecutivo: Ramón Mendezona, Manuel Azcárate¹ y yo mismo, que la presidí. Formamos parte también de la delegación que asistió a la propia Conferencia en Moscú, encabezada por la camarada Dolores Ibárruri, como Presidenta del PCE, y por Santiago Carrillo, que era su Secretario General.²

En el movimiento comunista, a pesar de éxitos que avalaban y enaltecían su lucha en algunas zonas del mundo, como, por ejemplo, el triunfo de la Revolución Cubana, existía una profunda división y una grave crisis, que provenía de la ruptura entre los soviéticos y los chinos en 1960, seguida por diversos enfrentamientos militares en las zonas fronterizas. Los acontecimientos de Checoslovaquia agravaron aún más esa crisis.

Ante la convocatoria de la primera reunión en Budapest, en el Comité Ejecutivo del PCE (en el exilio, en París) se realizó un gran esfuerzo de análisis de la situación y, con un criterio muy responsable, se definió la posición que debíamos defender en las reuniones preparatorias de dicha Conferencia. Ante el interrogante de si habían de ser debatidos todos los problemas ideológicos y políticos existentes en el movimiento comunista, decidimos defender el criterio de que la Conferencia debía centrarse en condenar la política del imperialismo mundial y, muy especialmente, del norteamericano, agresor en Vietnam, y esforzarse por coordinar y desarrollar al máximo la lucha contra esa política en todas las esferas. Se debía iniciar, además, un gran esfuerzo de búsqueda de las vías para rehacer la unidad del movimiento comunista tan deteriorada. Era necesario afirmar, con toda fuerza, el carácter internacionalista de di-

Los años 60 fueron los más agitados en todo el período de la posguerra. Justamente entonces se intentó elaborar por última vez el punto de vista colectivo de los comunistas sobre los procesos del desarrollo mundial. Con este fin se convocó una Conferencia Internacional de Partidos Comunistas y Obreros. Un participante de dicho encuentro comenta a continuación los acalorados debates y discrepancias que presidieron la labor preparatoria de la Conferencia.

cho movimiento, pero, con la misma decisión, había que excluir la idea o propósito de proclamar a cualquier partido como guía o institucionalizar algún tipo de centro dirigente.³ Había que desechar, categóricamente, el que la Conferencia condenase a los dirigentes chinos ni a ningún otro partido comunista.

Las anteriores Conferencias de Partidos Comunistas y Obreros (1957 y 1960), aunque con matices diferenciales de forma, habían sido preparadas, básicamente, por el PCUS y algunos otros partidos comunistas de países socialistas, siendo invitados, después, los partidos comunistas de los países capitalistas, entre ellos, el nuestro, a sumarse a la iniciativa. Este método no dejaba lugar a la discusión sobre la situación mundial y a emitir una opinión propia, razonada, sobre los fundamentos teórico-políticos de los documentos elaborados. Considerábamos que era imprescindible otro método: el de la discusión democrática para que cada partido pudiese emitir su opinión desde el momento mismo de iniciarse los preparativos de la Conferencia. Estimábamos que había que realizar los máximos esfuerzos por atraer a la Conferencia a todos los partidos comunistas, y que, ni por lo más remoto, se debía excomulgar a ninguno. La Comisión Redactora debía estar abierta a la participación de todos los partidos comunistas. Y esa fue, en lo

fundamental, la posición expuesta por el PCE ante la primera reunión preparatoria de Budapest, celebrada en febrero de 1968⁴.

¿Cómo se realizó aquel evento? Los representantes del Partido Comunista de China no se proponían participar ni en la propia Conferencia ni en la preparatoria. Esa y otras motivaciones llevaban a que los camaradas rumanos mostrasen grandes reticencias hacia aquélla. Estaba claro que, a pesar de los cambios positivos en las relaciones PCUS— Liga de los Comunistas de Yugoslavia, la LCY seguiría estando ausente. Los camaradas cubanos tampoco asistían. Estaban, además, en esos momentos, en una situación muy tirante con la URSS. Los camaradas del Partido Comunista Italiano habían decidido inhibirse respecto a la discusión global de los problemas, interesándose únicamente por el aspecto solidario con la lucha del pueblo vietnamita.

La víspera de iniciarse la primera Conferencia preparatoria, a invitación de los camaradas Súslov, Ponomariov y Kátushhev, que componían la delegación del PCUS, tuvimos con ellos una entrevista. Un tanto diplomáticamente se nos dijo que tenían entendido que estábamos interesados en ser los primeros en intervenir en Budapest. El hecho no dejó de producirnos cierta sorpresa. En nombre de nuestra delegación, les contesté, sin ambages diplomáticos, que no teníamos en esa primacía mayor interés ni habíamos pensado en ello. Pero que, si su propuesta suponía el interés y el propósito de su delegación y de otras, de que así lo hiciésemos, tampoco teníamos inconveniente. Nosotros hemos elaborado — les dijimos — una línea de actuación propia e independiente y la expondremos con entera franqueza ante todos los partidos presentes. Con la anuencia de otros partidos, rompimos la marcha. Fuimos los primeros en intervenir en aquella preparatoria que habría de iniciar una serie de otras reuniones que durarían más de un año.

Por cuanto nuestro discurso fue publicado, casi íntegro, en los órganos centrales de los respectivos partidos comunistas de los países socialistas y tuvo también un

gran eco en la prensa occidental, no voy a detenerme a exponer aquí todos los puntos de su contenido. Citaré únicamente su parte final en que se decía, entre otras cosas, lo siguiente: "Creemos que es evidente que la unidad del movimiento comunista, que tratamos de restablecer y de reforzar, no puede ser la de los tiempos de la Internacional Comunista o la de otras etapas pasadas. Hoy no existe, ni en la realidad puede existir, ningún centro dirigente internacional. Esa unidad hemos de basarla en la igualdad entre los partidos comunistas, en la diversidad y en la autonomía de cada partido para elaborar, inspirándose en el marxismo-leninismo, su propia línea de marcha hacia la revolución, esforzándose por lograr un verdadero frente antiimperialista, una alianza de fuerzas capaz de realizar ese grandioso objetivo. Esa unidad debe tener siempre en cuenta las particularidades y las originalidades de la situación concreta en que luchamos los distintos partidos comunistas. **Nuestro partido considera este postulado como algo esencial para el movimiento comunista.** Sólo sobre esa base se pueden establecer y se establecen, efectivamente, relaciones de plena igualdad y de fraternal camaradería entre nuestros partidos".

Al finalizar nuestra intervención, notamos que los camaradas soviéticos nos habían aplaudido formalmente y estaban un poco nerviosos. ¿Por qué? ¿Qué motivos había? Pronto nos enteráramos que era porque no habíamos propuesto que la Conferencia se celebrase en Moscú. Nosotros no teníamos nada en contra de que fuese la capital soviética el escenario del foro. Pero nos parecía prematuro que nada más abrir la primera preparatoria, sin abordar otros aspectos esenciales del debate, proponer el lugar donde debía realizarse. Algunos partidos tenían, a este respecto, sus reservas. Los rumanos, por ejemplo, creían que, puesto que las Conferencias de 1957 y 1960 se habían celebrado en Moscú, había que buscar una rotación. Pero, en fin de cuentas, se optó por Moscú como lugar del encuentro.⁵

En aquella misma sesión, celebrada al borde del apacible Danubio y en aquel hotel Gellert que era tan apropiado para calmar los nervios, se produjeron, sin embargo, desagradables incidentes. En el curso de una reunión, los camaradas rumanos replicaron fuertemente en señal de protesta contra la intervención del representante del Partido Comunista Sirio y decidieron retirarse de la sala. Nos consideramos en el deber de proponer a la presidencia que se levantara la sesión para buscar una solución al conflicto, y de

subir a dialogar con los camaradas rumanos para que no se fueran de Budapest y regresaran a la reunión.⁶

Hubo también momentos de tensión a raíz de la intervención del jefe de la delegación del Partido Obrero Unificado Polaco que censuró la postura del Partido Comunista Italiano. Nosotros habíamos criticado, criticamos en aquel momento, y, por mi parte, sigo criticando aún hoy, a los camaradas italianos por aquella automarginación ante los graves problemas que tenía nuestro movimiento. Sin embargo, pedí la palabra y defendí el derecho del PCI y de cualquier otro partido a mantener su soberanía e independencia de criterio y a que se le respetase ésta. Para nosotros se trataba de una cuestión fundamental.

Había, entonces, varias cuestiones políticas e ideológicas que considerábamos muy negativas para el conjunto de nuestro movimiento. El más grave era el enfrentamiento chino-soviético. Este ofrecía una cierta base para la idea de condenar a los chinos.⁷

A nosotros, que en 1949 habíamos saludado el triunfo de la revolución china como un gran acontecimiento, nos resultaba doblemente dolorosa esa división. Y todo lo que pudiese profundizarla nos parecía nefasto. Por esta razón, a lo largo de todo el período preparatorio hasta la convocatoria de la Conferencia, nos oponíamos a cualquier intento, que a veces adquirían formas de presión, de utilizar consideraciones teóricas y políticas para argumentar tal condena. Estábamos convencidos de que esos planes contradecían los intereses del socialismo y la revolución. Cuando se puso claro que nuestra posición era compartida por otros partidos, incluidos los PP.CC. Italiano y Francés, así como algunos partidos de los países socialistas, la idea de condenar a China que, cual un fantasma se cernía sobre la Conferencia, se disipó.

También estimábamos muy negativas las pretensiones de establecer definiciones o criterios que "ahorasen" la conducta de los partidos comunistas, en contraposición con lo que considerábamos eran las necesidades de la lucha revolucionaria y sus tareas, en las nuevas condiciones.

En el marco de los preparativos para la Conferencia, que duraron de febrero de 1968 a junio de 1969, los problemas en litigio se irían acumulando, conforme se trataba de precisar ideas o conceptos, tanto en el plano teórico como político: estrategia global o no del imperialismo; contradicciones o no en el socialismo; contradicciones o no entre países socialis-

tas; un único modelo o diversos modelos de socialismo; un Estado palestino pero no un Estado judío, y así casi hasta lo infinito. En lo único que entonces existía unidad de criterio y de acción era en la condena de la agresión norteamericana a Vietnam y en la solidaridad con el heroico pueblo vietnamita.

De todos modos, en aquella primera reunión preparatoria de Budapest, hubo cosas positivas. Porque en la discusión se llegó a un acuerdo para celebrar la Conferencia Internacional con un orden del día centrado en las tareas esenciales de la lucha contra el imperialismo, como nosotros habíamos propuesto, se obviaron aquellos problemas sobre los cuales era imposible ponerse de acuerdo y también se acordó crear una Comisión Preparatoria de la Conferencia abierta a todos los partidos comunistas y obreros. Esta se reunió del 24 al 28 de abril de 1968 en Budapest. La reunión preparatoria acordó:

— que la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros se iniciase el 25 de noviembre de 1968 en Moscú;

— crear un llamado Grupo de Trabajo que elaborase los materiales para la Conferencia. Se aceptó nuestra propuesta de que dicho grupo estuviese abierto a todos los partidos comunistas.

A la primera reunión del Grupo de Trabajo, que se celebró el 28 de abril, asistieron la mayoría de los partidos comunistas presentes en Budapest. Se repartió un llamado documento indicativo, conteniendo ideas para el documento básico cuyo proyecto definitivo había de ser puesto a punto para someterlo a consideración de la próxima Conferencia. Con este fin se acordó crear una única subcomisión que reuniese las propuestas y redactase el documento.⁸

Esta subcomisión o grupo de los ocho empezó su trabajo en junio y, al cabo de unos meses, recibimos el proyecto que había elaborado, que, desde nuestro punto de vista, era muy insatisfactorio por su contenido. No hacía un análisis realista, objetivo, de la situación mundial y su óptica era semidiplomática, por no decir, burocrática. En nuestro Comité Ejecutivo discutimos a fondo este documento. Lo que realmente apetece era su rechazo global. Pero eso no nos parecía político, dadas las dificultades para avanzar en la unidad. Decidimos llevar a la nueva preparatoria un voluminoso paquete de enmiendas. Además, insistimos en lo siguiente: que los trabajos preparatorios y la Conferencia misma, continuasen realizándose con espíritu abierto, colectivo,

unitario y democrático; que había que esforzarse al máximo por atraer a la Conferencia a la mayor cantidad posible de partidos comunistas hermanos; por cuanto la unidad de nuestro movimiento no existía, no había, subrayamos, "tarea más importante que el trabajar por ella".

En nuestra óptica no sólo pensábamos que había que realizar esfuerzos por la vuelta de los rumanos. Creíamos, incluso, que era posible consultar a los partidos no presentes en las preparatorias: por ejemplo, al PC de China. Nos dolía, especialmente, el que no participasen en la Conferencia los camaradas cubanos. A este respecto, me considero en el deber de decir que, en aquellas circunstancias, nos esforzamos por contribuir a aclarar las posturas referentes a las relaciones entre el PCUS y el PC de Cuba y entre los dirigentes de ambos países.

Además de nuestras posiciones ya mencionadas que nuestro partido defendió en diversas etapas preparatorias de la Conferencia, abordamos otros problemas. En particular, el papel y las consecuencias sociales de la revolución científico-técnica, las relaciones entre los comunistas y la juventud, los problemas complejos que surgían ante nuestro movimiento a causa del retraso del socialismo en importantes terrenos de la emulación con el capitalismo.

Algunos de nuestros planteamientos llamaron la atención y causaron cierta extrañeza en varias delegaciones, porque no existía el hábito de abordar las dificultades y cuestiones surgidas con la claridad necesaria. La tradicional tendencia a autoengañarse interfería en los preparativos para la Conferencia y tenía repercusiones negativas en el trabajo de redacción de los documentos.

Los turbulentos acontecimientos políticos de aquel entonces y, sobre todo, la entrada en Checoslovaquia, en agosto de 1968, de las tropas de los cinco países signatarios del Tratado de Varsovia resultaron los problemas que más afectaron a las labores de preparación de aquella Conferencia. Todos los partidos comunistas de Europa Occidental, salvo uno, nos pronunciamos contra esa acción del 21 de agosto.

Los sucesos de Checoslovaquia tuvieron tremendo impacto en todo el movimiento comunista y obligaron a suspender por varios meses la preparación de la Conferencia. Era obvio que los camaradas soviéticos no querían discutir lo ocurrido en Checoslovaquia. Pero, ¿cómo no mencionarlo, si para todos los partidos comunistas era un problema fundamental? En mi intervención en una de las

sesiones de la Comisión Preparatoria, cuando ésta reanudó sus labores, dije en nombre de nuestro partido: "Creemos también que (...) no podemos abstraernos de hechos como los acontecimientos de Checoslovaquia, que están en la mente de todos e influyen en toda la situación".

Quiero señalar que, desde el comienzo mismo, el PCE seguía con particular interés y simpatía el proceso de democratización en Checoslovaquia. A mediados de mayo de 1968, por decisión de la dirección del PCE, escribí para *Mundo Obrero* un artículo exponiendo nuestra posición al respecto. El material terminaba con la siguiente conclusión:

"Resumiendo nuestras impresiones sobre lo que ocurre en Checoslovaquia, podríamos añadir que nuestra simpatía, con ese proceso renovador, está determinada: porque se trata de la democratización de la sociedad socialista y, en modo alguno, contra ésta; porque la ha iniciado, la impulsa y la dirige el Partido Comunista, que pone de relieve así su madurez política y su fidelidad al pueblo y al socialismo, por encima de intereses personales; porque tiende a fortalecer, por un más amplio apoyo de masas, las bases de la sociedad socialista; porque la coronación de esa democratización, si no se cometen serios errores, hará aún más sólida, en la realidad, la alianza de Checoslovaquia con la Unión Soviética y demás países del campo socialista, fortaleciendo al conjunto de éste y a todas las fuerzas antiimperialistas.

"Finalmente, dos razones más: la primera es que la sociedad socialista, cuyo perfeccionamiento democrático se esfuerzan por lograr los camaradas del Partido Comunista de Checoslovaquia, aunque varíen algunas formas, tiene mucha afinidad con el tipo de sociedad socialista que, desde nuestras condiciones concretas y teniendo en cuenta nuestra experiencia, pensamos que deberá ser realidad en España. Por cuya razón, el éxito de esa experiencia y su consolidación, además de fortalecer al sistema socialista, puede proporcionar un elemento suplementario de ayuda a nuestra actividad.

"La segunda razón es que la acción renovadora que llevan a cabo los camaradas checoslovacos, contribuye a reafirmar nuestra convicción (y a enriquecer la experiencia ya existente en este dominio) de que, contrariamente a lo que dicen nuestros enemigos, el socialismo, en determinadas y adecuadas posiciones políticas, y, si el Partido Comunista desempeña realmente su papel dirigente, con el apoyo de las masas trabajadoras, puede corregir sus insuficiencias, superar las de-

formaciones sin hacer concesión alguna a la reacción interna o al imperialismo y, por el contrario, al reforzar sus vínculos con el pueblo, fortalecerse más como sistema social".

Como puede apreciarse, nuestra visión y la de los partidos que habían decidido realizar la acción checoslovaca, era tan distante como los dos polos del globo terrestre.

Debo aclarar que, antes de la intervención y presumiendo lo que se tramaba, tanto desde nuestro centro del Comité Ejecutivo con sede en París, bajo la dirección de Santiago Carrillo, como por parte de la camarada Dolores y otros camaradas en Moscú, así como en Praga, y en algunas entrevistas conjuntas con los representantes del PCUS, hicimos ímprobos esfuerzos para que no se diera tan nefasto paso. Pero nuestros razonamientos no tuvieron éxito.

Al enunciar nuestro punto de vista, nosotros considerábamos y seguimos considerando que ello no significaba injerirnos, en lo más mínimo, en la vida interna de ningún partido. No podemos silenciar nuestra opinión ante acontecimientos de trascendencia internacional que afectan a todo nuestro movimiento, que preocupan a las masas trabajadoras y, en primer lugar, a nuestros propios militantes. En este sentido, nuestro criterio hoy es exactamente el mismo que hace 20 años.

De todas maneras, me parece que vale la pena rememorar los hechos relacionados con la redacción de aquella parte de nuestra intervención fundamental en la propia Conferencia de Moscú que guarda relación con nuestra valoración de lo acontecido en Checoslovaquia. En el texto preliminarmente preparado y aprobado colectivamente por la dirección del PCE, hay el siguiente párrafo:

"En nuestra Conferencia, la solución más positiva, la que puede evitar que el desacuerdo se encone, la que permite dar una respuesta contundente a las especulaciones de la propaganda imperialista, es la que recomendamos en la enmienda que hemos propuesto al punto 3 del documento: partir de la realidad tal como es y declarar que, entre nosotros, los partidos presentes en la Conferencia, a pesar de las divergencias acerca de lo ocurrido en agosto de 1968, existe la firme voluntad de mantener y reforzar nuestra unidad en la lucha contra el imperialismo". A renglón seguido, se añadía: "Por otra parte, el documento (...) ganaría eficacia si evitase algunas expresiones triunfalistas y reconociese realidades evidentes, por ejemplo, la existencia de contradicciones

entre Estados socialistas. Ello sería, además, un estímulo para que el pensamiento marxista contemporáneo avanzase en un terreno en el que lleva evidente retraso".

Como se esperaba, la traducción de nuestro discurso al ruso desató la tormenta. Brézhnev pidió a Dolores que suprimiera el párrafo referido a Checoslovaquia. Dolores, lógicamente, no aceptó y nos lo comunicó al resto de la delegación. Fuimos a discutir con Brézhnev. En actitud, más que seria, rígida, el Secretario General del CC del PCUS nos reiteró la petición de que suprimiésemos del dis-

curso dicho párrafo. En la negativa y la contrarréplica, Brézhnev habló en tono de amenaza, de la fuerza del PCUS y de la Unión Soviética, etc. No tuvo ningún éxito.

Después de aquella entrevista, nos reunimos la delegación y decidimos mantener el discurso tal como estaba. Resolvimos que, en lugar de que lo pronunciase la camarada Dolores, que entonces residía en Moscú como exiliada, lo leyese Santiago Carrillo. Eramos conscientes de que la posición nuestra no sería comprendida correctamente por todos los participantes de la Conferencia, pero decidimos

que no podíamos abdicar de una posición de principio. Actualmente, cuando los países cuyas tropas entraron en Checoslovaquia han declarado su condena conjunta de aquella acción y asegurado que la trágica experiencia del 68 en Checoslovaquia no se repetiría jamás, me siento más convencido que nunca de que nuestra actitud en la Conferencia de Moscú era correcta, de que teníamos razón cuando rechazamos la *doctrina Brézhnev* sobre la responsabilidad colectiva por los destinos del socialismo. ■

¹ Manuel Azcárate utilizaba entonces el seudónimo de Juan Díaz.

² También formaban parte de la delegación otros tres miembros del Comité Ejecutivo: Simón Sánchez Montero, Gregorio López Raimundo (Secretario General del Partido Socialista Unificado de Cataluña) y Enrique Líster.

³ Hay que decir que consumimos buena parte de nuestras energías para que en el Documento Final de la Conferencia figurase la referencia a la no existencia de ningún partido gufa ni de ningún centro dirigente en nuestro movimiento. Después de que Waldeck Rochet, Secretario General del PC Francés, apoyara nuestra propuesta, se decidió crear una subcomisión presidida por Dezső Nemes, miembro del Buró Político del CC del Partido Socialista Obrero Húngaro (formaron parte de la misma

también Borís Ponomariov por el PCUS, Jean Kanapá por el PCF, Ramón Mendezona, Manuel Azcárate y yo por el PCE), para redactar una enmienda a esa parte del documento.

⁴ Participaron en ella 67 partidos comunistas y obreros de los cinco continentes. Entre ellos, el PCUS y la mayoría de los partidos comunistas de los países socialistas. Noruega e Islandia asistieron sólo como observadores.

⁵ Yo mismo sugerí esa idea en una entrevista concedida a Radio Moscú. Pero una cosa era la idea a debatirse, y otra, una propuesta concreta de nuestra delegación.

⁶ En lo sucesivo, la delegación del Partido Comunista Rumano asistió únicamente a las sesiones plenarias de la Conferencia de Moscú.

⁷ Al margen de los choques militares en la

frontera (de la responsabilidad por los cuales no nos era dado ser jueces más que para condenarlos en bloque y pedir que los litigios y diferencias se resolviesen por la negociación), el PC de China, con una línea izquierdista, había estimulado durante cierto período la creación de grupos escisionistas en los partidos comunistas, en particular en el PCE.

⁸ Esta subcomisión quedó constituida por los siguientes partidos: PCUS (Presidencia), PSOH (Secretaría), PP.CC. de los EE.UU., Francés, Italiano, de la India, Sudanes, y del Uruguay.

⁹ *Mundo Obrero*, 17 de mayo de 1968.

Llamamiento a la solidaridad

Esta criminal acción coincidió en el tiempo con la brutal intervención de los Estados Unidos en Panamá, que culminó con la ocupación de este país por las tropas norteamericanas, lo que constituye una grosera violación de las normas más elementales del Derecho Internacional. Este acto es el último eslabón en la cadena de bárbaras incursiones realizadas en los últimos tiempos por Israel contra el Líbano, con el objetivo de respaldar al sedicioso general Michel Aoune; obstaculizar el proceso de restablecimiento de la legalidad en el Líbano, personificada por Elias Al-Hrawi, recientemente electo Presidente del país, y por el Gobierno del

El 26 de diciembre de 1989 Israel realizó dos ataques aéreos contra las sedes del Partido Comunista Libanés en Bekaa Occidental y en la aldea de Rmeili, situada cerca de Beirut. Durante las incursiones resultaron muertos ocho miembros del PCL.

Primer Ministro Selim Hoss; impedir la implementación de los Acuerdos de At-Taif (Arabia Saudí), que han recibido la aprobación y el respaldo en el mundo entero, y con ello dificultar la búsqueda de una solución a la crisis libanesa, que se prolonga ya casi quince años.

Nosotros, representantes de partidos comunistas y obreros de distintos países y

continentes en *Revista Internacional*, exhortamos a la opinión pública mundial y a los combatientes por la libertad, la paz y el progreso a condenar este nuevo crimen de Israel y desplegar una amplia campaña de solidaridad y apoyo con el hermano Partido Comunista Libanés y con todas las fuerzas patrióticas del país. ■

El eurocomunismo: los más y los menos de la experiencia histórica

Mesa redonda en Praga

R. Samhoun.

Nuestra mesa redonda tiene por objeto debatir uno de los temas más controvertidos, que durante mucho tiempo ha sido cuestión batallona en el seno del movimiento comunista y obrero, dando lugar a opiniones distintas y a menudo diametralmente opuestas. Nos inducen a tratar este tema los vientos de transparencia que se abren paso en nuestros días y penetran por todas las puertas y ventanas que estuvieron cerradas en el pasado, así como nuestro convencimiento de que no existen más tabúes en los debates entre comunistas y de que nadie posee el monopolio de la verdad.

Así bien, hablemos del eurocomunismo. ¿Qué factores subjetivos y objetivos determinaron su aparición? ¿Qué efectos tuvo en la vida interna y en la actividad internacional de los partidos comunistas de Europa Occidental? ¿Cómo reaccionó ante ese fenómeno el movimiento comunista? ¿Es correcto interpretar la teoría del comunismo científico a partir de las características regionales o se trata, más bien, de aplicar las leyes generales a distintas condiciones concretas? Estos interrogantes surgirán seguramente en el curso de nuestro debate. Intentemos, pues, esclarecerlos.

Encontrar una salida a la crisis

A. Guerra.

Yo marcaría como el punto inicial del eurocomunismo la Conferencia celebrada en Bruselas, en 1974, donde se puso de manifiesto una coincidencia de posi-

La Comisión de *RI* para problemas del movimiento comunista internacional y el intercambio de experiencias del trabajo partidista organizó en Praga una mesa redonda de científicos marxistas, en que se trató de la génesis, la evolución y la importancia de las concepciones a las que en su tiempo se dio en llamar *eurocomunismo*. Presentaron sendas ponencias Damián PRETEL (España), doctor en filosofía; Adriano GUERRA (Italia), doctor en historia, y Grigori VODOLAZOV (URSS), doctor en filosofía. Los miembros del Consejo de Redacción de *RI* que asistieron al coloquio hicieron preguntas a los ponentes y expusieron sus propias ideas sobre las cuestiones examinadas. Ofrecemos a continuación un resumen de este debate, que fue inaugurado por Rafik SAMHOUN, presidente de la Comisión y miembro del Buró Político del CC del Partido Comunista Libanés.

ciones de los PP. CC. de España, Italia, Finlandia, Francia y algunos otros. En años posteriores, esas posiciones fueron acercándose más y más sobre la base de una plataforma ideológica común, lo cual se puso de manifiesto, en particular, en la Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros de Europa, convocada en Berlín

en 1976, donde Enrico Berlinguer empleó oficialmente, por primera vez, el término *eurocomunismo*. Dicho proceso tuvo su punto culminante en el encuentro que celebraron en Madrid, en 1977, los líderes del PC Italiano, el PC de España y el PC Francés. Las ideas expuestas en aquel evento eran sustentadas por todo un grupo de partidos comunistas de Europa Occidental; a más de eso, eran muy afines a las que sustentaban los comunistas de Japón y los de varios países latinoamericanos. ¿Qué causas fundamentales determinaban esa identidad de pareceres?

Ante todo, la aspiración a comprender mejor por qué el movimiento obrero en Occidente se había rezagado, por qué no había logrado incorporarse al proceso de transformaciones revolucionarias iniciado por el triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia.

Iba ganando terreno la opinión de que el modelo soviético de socialismo era inaceptable para los países del capitalismo desarrollado. Comenzó así una reevaluación de la experiencia soviética con base en un nuevo concepto de la relación entre socialismo y democracia y la comprensión de que esta última requería un sistema pluripartidista que admitiera la movilidad del poder y la alternancia de fuerzas políticas en el gobierno.

Cabe afirmar que el eurocomunismo se afanaba por hacer suya la tradición del movimiento obrero de luchar por la democracia y el pluralismo, tradición que había sido monopolizada hasta entonces por la socialdemocracia.

Se precisaban, pues, estudios complementarios y una nueva lectura de la historia del socialismo, en particular de su parte relacionada con la continuidad de las tres revoluciones en Rusia. Cada una de éstas representaba tan sólo un momento de un proceso único, de modo que hoy enfocar, por ejemplo, la Revolución de Febrero de 1917 con la óptica de los ideólogos de los años 30 sería un anacronismo. De ahí la necesidad de recuperar tradiciones comunistas que fuesen, al mismo tiempo, antistalinistas.

Por otro lado, se hicieron intentos de aplicar a las realidades actuales el ideario del austromarxismo. Se estudiaba la experiencia de los frentes populares de preguerra, que habían delineado vías para transformar la sociedad, distintas del camino que se había seguido en Rusia. Se profundizó también en el estudio del período de 1944-1947, en el transcurso del cual se había desarrollado en Occidente la ideología democrática antifascista, uniendo en este marco a los comunistas y amplios sectores progresistas.

Varios partidos comunistas de Occidente insistían en la necesidad de efectuar reformas democráticas en los países socialistas. Fueron objeto de análisis las crisis ocurridas en los años 50 y 60 en Hungría, Polonia y Checoslovaquia. Entre los comunistas occidentales despertó singular interés el primer reconocimiento en Polonia de la central sindical Solidaridad y del derecho de los obreros a declararse en huelga, considerándose ese gesto como un avance hacia la sociedad pluralista.

Emergieron asimismo ciertos elementos de identidad en los enfoques de los mayores partidos comunistas eurooccidentales con respecto al conjunto de las relaciones internacionales. Se formularon serias críticas a la dirección soviética por mantener una concepción de dichas relaciones en que se proyectaba la lucha de clases. El Partido Comunista Italiano declaró firme y explícitamente que no enfocaba las cuestiones de la política mundial desde posiciones clasistas, y que la amenaza nuclear exigía un sistema de relaciones internacionales completamente nuevo. Censuró varias acciones emprendidas en el período brezhneviano, tales como el emplazamiento de nuevos misiles en Europa, la injerencia en los asuntos de Checoslovaquia y Afganistán y las tentativas de articular un bloque político-militar en África. Nosotros planteamos la tesis de que el rumbo de Italia y del PCI no debía ser ni antiestadounidense ni antisoviético.

Pese a todos los elementos de identidad que existían entre ellos, los partidos

eurocomunistas sustentaban con relación a determinadas cuestiones concretas opiniones y enfoques demasiado disímiles que les impidieron llegar a constituir un movimiento único. Así, por ejemplo, los PP.CC. Italiano, de España y Francés divergían sustancialmente en sus respectivos análisis de la compleja problemática que se planteó al orden del día a raíz de los acontecimientos revolucionarios de Portugal: el papel del ejército, las relaciones entre comunistas y socialistas, las posibilidades de colaborar con la burguesía.

En ese mismo período, el eurocomunismo fue objeto de violentos ataques desde fuera, se desplegó una campaña propagandística contra el "revisionismo", se estimularon los intentos de crear dentro de algunos partidos grupos que se pronunciaban contra las concepciones y la práctica eurocomunistas.

Algunos partidos comunistas de Occidente, que se encontraban en crisis desde mucho antes de que apareciera el eurocomunismo, intentaron dar con su ayuda un primer paso para corregir la situación y ofrecer una respuesta socialista a los problemas de la actualidad: la amenaza nuclear, la crisis ecológica, la "explosión" demográfica, etc.

Pero pronto se puso en claro que para resolver esos problemas había que unir los esfuerzos de todas las izquierdas: la URSS, otros países socialistas, los partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas de Occidente. Por otra parte, los partidarios del eurocomunismo querían encontrar las soluciones desde dentro, haciendo hincapié en la renovación de los partidos comunistas. De ahí que el propio eurocomunismo entrara en crisis y, finalmente, los diferentes PP.CC. optaran por seguir cada uno su propio camino.

Polemizando sobre este punto con los camaradas españoles, el PCI se opuso a que sobre la base del eurocomunismo se creara un nuevo centro u organización independiente y planteó que no se podía hallar —en el marco del llamado movimiento comunista internacional— la respuesta al desafío de la hora. En rigor, la idea consistía en renunciar a toda pretensión de desempeñarse como vanguardia política o ideológica y el fomento del diálogo con los socialistas y otras fuerzas de izquierda, para buscar enfoques comunes a los problemas del mundo contemporáneo.

G. Vodolázov.

Igual que muchos camaradas, yo me hago la siguiente pregunta: ¿por qué un paso tan positivo en el plano teórico como fue, a su juicio, el eurocomunismo no se tra-

dujo en los correspondientes avances a nivel de la práctica? Más bien, sucedió lo contrario: la mayoría de los partidos que proclamaron su adhesión al eurocomunismo, muy pronto se vieron afectados —en mayor o menor grado— por fenómenos de crisis.

A. Guerra.

El eurocomunismo era consecuencia de la crisis del movimiento comunista y, al mismo tiempo, una tentativa de encontrar una salida. Esa crisis, que surgió en el curso de la polémica con el Partido Comunista de China y se vio agravada por el inmovilismo en la URSS, afectó al ideario y la fisonomía del socialismo. En mi opinión, dicha crisis todavía no ha sido superada, ni mucho menos.

Veamos ahora otra cuestión: ¿qué es lo que ve el joven elector en los países occidentales? Ve que el movimiento comunista está en crisis, hecho que reconocen públicamente sus propios líderes; ve también que en muchos países socialistas se procede a un reexamen crítico de la experiencia del pasado, que antes se enjuiciaba exclusivamente de modo positivo. Y, como es natural, no se apresura a izar la bandera roja a la hora de los comicios. Si estuviéramos a la ofensiva, nos acompañaría, pero eso de retroceder o de hacerse la autocrítica no es muy sugestivo.

Por lo demás, dificultades las experimenta hoy toda la izquierda, que no puede oponer una respuesta adecuada a las maniobras y los éxitos de la derecha. Otro factor a tener en cuenta es la crisis de la democracia en Occidente, fenómeno que se manifiesta, ante todo, en una pérdida de capacidad del actual sistema partidista para controlar al Estado y administrarlo con eficiencia. De ahí que nuevos movimientos —como los *verdes*, por ejemplo— se estén ganando las simpatías de las masas. Es cierto que los comunistas estamos perdiendo influencia política, pero sería injusto culpar de ello al eurocomunismo, el cual significó precisamente un intento de enfrentar la crisis.

H. Mujica (Partido Comunista de Venezuela).

Según parece, con el eurocomunismo o sin él, el movimiento comunista no habría esquivado la crisis, que se ha abatido no sólo sobre los partidos comunistas de Europa Occidental sino también sobre los de América Latina, los del área socialista y los de otras regiones. Serios estudios politológicos muestran que en la conciencia social, particularmente entre jóvenes, los

partidos tradicionales de izquierda, comprendidos los comunistas, gozan de un apoyo cada vez menor, mientras que los *verdes* y, en algunos casos, incluso la extrema derecha se van apuntando tantos. Estoy seguro que la perestroika soviética significa una salida real a esta crisis. ¿Tiene la perestroika rasgos comunes con el eurocomunismo?

S. A. Mukbil (Partido Socialista Yemení). Quiero hacer una pregunta que guarda relación con la anterior. Si el eurocomunismo significó reestructuración, entonces ¿en qué se asemeja y en qué se distingue de los actuales procesos de reestructuración promovidos por muchos países socialistas de acuerdo con sus propias condiciones específicas?

A. Guerra. Creo que, en efecto, hay similitud. En primer término, porque los líderes de la perestroika están dejando de hacer distinción entre diversos tipos de democracia en función de criterios sociales ("democracia socialista", "democracia burguesa", etc.) y pasan a enfocarla como un valor universal. Este dato es de por sí suficiente para que podamos hablar de afinidad entre la perestroika y el eurocomunismo. Cabe destacar otro importante rasgo común: la crítica del pasado, cuya finalidad principal consiste en superar el estalinismo. Esta crítica conduce inevitablemente a la contraposición de Lenin a Stalin y viceversa. Esto es muy natural, pero pienso que, al distinguir entre leninismo y estalinismo, debemos evitar de colocar estos dos conceptos en un contexto ideológico que pueda frenar la búsqueda teórica creativa.

B. Ramelson (Partido Comunista de Gran Bretaña). Quiero señalar que los principales elementos conceptuales del eurocomunismo, de los que se ha hablado aquí: pluralismo, vinculación indisoluble entre socialismo y democracia, alternancia de los partidos en el poder, etc., figuraban —ya en los años 50— en un documento de nuestro partido titulado *El camino de Bretaña hacia el socialismo*, aunque nosotros jamás aceptamos el término en cuestión. En general, no acabo de explicarme cómo pudo ocurrir que algunos partidos comunistas hicieran suyo un concepto científico acuñado por periodistas burgueses. El movimiento comunista ya había estudiado y formulado mucho antes cuanto hay de positivo en

dicho concepto. Pero el eurocomunismo introdujo un elemento ajeno al marxismo, la renuncia al papel protagónico de la clase obrera en la transformación de la sociedad. Este papel, sin embargo, permanece invariable. Quiero apuntar también que, desgraciadamente, el término *eurocomunismo* no ha caído en desuso, sino que lo emplean a menudo representantes de la joven generación de comunistas y hasta algunos partidos.

A. Guerra. El propio término nos fue impuesto desde fuera, en cierto sentido; pero el proceso que se ha dado en designar con ese nombre surgió en el seno del movimiento comunista. Y el que muchas ideas del eurocomunismo apareciesen ya reflejadas en el mencionado documento del PC de Gran Bretaña no hace sino confirmar que se trataba de un proceso enmarcado en la propia lógica de desarrollo de nuestro movimiento. En cuanto al papel de la clase obrera, me limitaré a decir —sin entrar en detalles— que nuestra nueva visión de la correlación entre democracia y socialismo reclama que lo reconsideremos.

B. Furch (Partido Comunista de Austria). Considero que la discusión de este tema ha perdido su valor de actualidad. El PCA rechazó el eurocomunismo como manifestación del oportunismo de derecha en el movimiento obrero. No se trataba de un intento de dar un análisis marxista a las tareas contemporáneas de la lucha por la transformación de la sociedad, sino de adaptarse, desde posiciones derechistas, al contexto de aquel entonces marcado por la guerra fría y de fundamentar este paso desde el punto de vista teórico. El eurocomunismo dirigió el filo de sus críticas contra la Unión Soviética con la ilusoria esperanza de granjearse nuevas simpatías y obtener oportunidades de cooperación en los gobiernos de los respectivos países.

Mi partido defendió firmemente el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario, mientras que los eurocomunistas colgaban los sambenitos de "estalinista" a todo el que disenta de su política. Esto no fue óbice para que el PCA desarrollara un análisis marxista-leninista de la situación en el país e incluyera en su programa tanto la tesis relativa a la institucionalización de un sistema pluripartidista en el marco del socialismo con los colores de Austria como también

otros valores democráticos: libertad de expresión, de creación, de investigación científica, etc. Entretanto, el eurocomunismo pretendía casi al monopolio de estos valores y, al referirse al período de los años 60 y 70 en la historia de los partidos que no comulgaban con él, lo presentaban como una continua retahíla de errores, lo cual ha tenido reflejos en la intervención del camarada Guerra.

Si queremos evaluar correctamente el pasado y sacar de él enseñanzas para el presente y el futuro, debemos enfocarlo la historia de modo sopesado y objetivo. Sí, hubo errores, pero también hubo grandes éxitos. Ahora hay tendencia a olvidarlos. ¿Acaso no fueron, por ejemplo, un éxito la Conferencia de Helsinki y el documento aprobado allí? ¿Acaso no fueron la URSS, los partidos comunistas europeos y otras fuerzas progresistas, quienes contribuyeron con un decisivo aporte a los preparativos de esa Conferencia? Recordemos también que, después de los sucesos de 1968 en Checoslovaquia, algunos partidos de corte eurocomunista proclamaron que no tenía sentido seguir luchando por la seguridad y la colaboración y decidieron romper sus relaciones con otros partidos. ¿Fue correcta acaso esa decisión? ¿No se excedieron los líderes del eurocomunismo en su polémica con la Unión Soviética? Considero que estos excesos fueron serios errores.

Tampoco cabe olvidar logros tales como el reconocimiento internacional de la RDA y de las fronteras surgidas en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, así como la promoción de la colaboración entre el PCUS y los socialdemócratas. La Declaración firmada en Vladivostok por Leonid Brézhnev y Gerald Ford, en la que EE.UU. reconoció el principio de la coexistencia pacífica, significó un enorme paso adelante. Y podríamos mencionar aún otros progresos sustanciales. ¿Por qué usted, camarada Guerra, habla únicamente de la "crisis" y no advierte los éxitos históricos alcanzados en la lucha por la paz, el desarme, la seguridad y la colaboración entre los pueblos?

A. Guerra. En estos tiempos de renovación en la URSS y en el movimiento comunista, no vale la pena, a mi entender, bucear en el conglomerado de los más y los menos de la experiencia histórica. Esta tiene, desde luego, muchos aspectos positivos, de los que también nosotros hemos hablado más de una vez.

J. Lava (Partido Comunista Filipino).
 Últimamente nos pasamos el tiempo repitiendo a cada paso que no poseemos el monopolio de la verdad. La verdad es que yo no sé de nadie que haya pretendido en el pasado ejercer ese monopolio, pero quizás se dieron casos de esta índole. Ahora cada partido abdica ese monopolio. Pero, entonces, ¿dónde está la verdad? ¿No habrá llegado la hora de fomentar el diálogo para buscar en común la solución a los problemas?

A. Guerra.
 Nadie puede pretender al monopolio de la verdad. Estoy de acuerdo en que ésta nazca de la discusión.

J. Barrios (Partido Comunista de El Salvador).
 ¿Cuál es, según el eurocomunismo, la correlación entre el camino reformista del socialismo y el camino revolucionario?

A. Guerra.
 Estimo que, en el presente, no se debe plantear la cuestión en términos de rígida disyuntiva —o reforma o revolución— como se hizo en el pasado. No se trata de un dilema, sino de un problema. En Moscú, por ejemplo, se habla ahora de reformas revolucionarias. El eurocomunismo, por su parte, sin rechazar la vía reformadora, señaló la ineficacia del reformismo socialdemócrata.

M. Azzaoui (Partido del Progreso y del Socialismo de Mar-Fruecos).
 En mi opinión, el eurocomunismo fue una respuesta necesaria y natural a la crisis interna del movimiento comunista. Pero ¿por qué esa respuesta resultó incompleta? Creo que lo esencial en este sentido no es lo que han apuntado aquí los opositores del camarada Guerra, sino el hecho de que los partidos eurocomunistas carecían de enfoques globales. Sus elaboraciones eran eminentemente eurocentristas, lo cual se manifestó, por ejemplo, en el desprecio por la problemática del Tercer Mundo.

A. Guerra.
 El reproche de que el eurocomunismo carecía de una visión global de los problemas es, en buen grado, justo. No sólo los comunistas sino también otros movimientos de Europa Occidental adolecen de este defecto y, en particular, tienden a subestimar los problemas del Tercer Mundo.

Vuelta al presente y al futuro

D. Pretel.
 Mantener y desarrollar las tradiciones positivas del movimiento obrero, en particular las experiencias innovadoras de las últimas décadas, es hoy una tarea de actualidad en España y, por lo que a este tema se refiere, creo que lo es también en los países capitalistas altamente industrializados. Y eso, a mi juicio, es así independientemente de que se use el vocablo eurocomunismo, dada la esfera geográfico-política en que ha surgido, o, por el contrario, se deseche por innecesario en el museo de la historia.

A nosotros, los comunistas, nos interesa el pasado, pero, sobre todo, nos preocupa el presente y el futuro. Por eso debemos saber recoger y llevar adelante todo lo que hubo de creador en nuestro pasado inmediato, todo lo que hubo de innovador en las elaboraciones políticas y teóricas, que para el PCE tienen vigencia en nuestros días y no perderán su valor incluso en el futuro.

El eurocomunismo es un fenómeno muy normal y natural en el movimiento comunista de dichos países, por ejemplo, de España, y debe entenderse como un esfuerzo por aplicar de manera creadora el marxismo a nuestras condiciones concretas. No es un fenómeno pasajero, sino un fenómeno en constante desarrollo. Insisto en esto último por cuanto se intenta a menudo presentarlo como algo ajeno al comunismo, como un proceso maligno, originado por el nacionalismo, el antisovietismo y así por el estilo. Hace varios años que no utilizamos este término, y no sólo porque no encaje en el marco de una terminología científica estricta sino, por ejemplo, por haber sido objeto de los ataques recién mencionados.

Algunos creían que si dudoso era el término mismo, no sería de confiar la propia teoría que él designaba. En el caso presente, esto no es así. Como vertiente teórica y política, el eurocomunismo empezó a desarrollarse en nuestro país aún a mediados de los años 50, cuando el PCE comenzó a redactar una política nueva, de cara a la necesidad de superar el espíritu de la Guerra Civil y crear condiciones adecuadas para poder viabilizar alianzas amplias hacia la reconciliación nacional, así como de cara a los cambios radicales que se habían operado, en primer lugar, en los movimientos obrero y estudiantil y en la vida cultural de la sociedad. A partir de esos años, fue desarrollándose la crítica al dogmatismo estalinista y al estalinismo en su conjunto. Recalco que el adver-

sario principal del partido no era ni es hoy el revisionismo, sino el dogmatismo y el neodogmatismo, que provienen a menudo de la izquierda.

El hecho de fundamentar el PCE en 1956 su política de reconciliación nacional marcó el inicio de la aplicación creativa del marxismo revolucionario a las nuevas condiciones existentes en España. Antes de examinar en detalle algunos problemas esenciales de dicho proceso, destaquemos que durante la lucha contra la dictadura franquista desempeñaron un papel específico las concepciones teóricas y políticas del partido relacionadas con la problemática de la formación de las Comisiones Obreras, y del nuevo movimiento obrero, a fines de los años 50 y comienzos de los 60.

Los comunistas españoles unieron en sus elaboraciones los conceptos de la *huelga general* y la *huelga nacional*. En la segunda, además de los trabajadores, debían participar los estudiantes, los campesinos, los pequeños y medianos propietarios, los profesionales, etc. Es decir, la *huelga nacional* se concebía como una nueva forma, una forma moderna del levantamiento popular, cuya viabilidad se vio confirmada, sobre todo, por los inolvidables acontecimientos del mayo y el junio franceses de 1968, acontecimientos con los que, dicho sea de paso, todavía estamos en deuda (aún requieren, a mi juicio, un estudio serio y riguroso).

Además, el partido de los comunistas españoles empezó a funcionar como un partido laico, en el que cabía no sólo la ideología marxista, sino también, por ejemplo, la ideología cristiana. En general, la unidad de los afiliados al partido se concibió en torno de los planteamientos políticos que contenía su programa.

Una de las elaboraciones del PCE aborda el tema del Estado, más concretamente, el problema de la hegemonía política en el Estado y, sobre todo, la transformación democrática de sus aparatos. La convergencia política y social y la creación de Izquierda Unida, en tanto que alternativa táctica y estratégica de poder, es la más reciente y más importante aportación teórico-política del PCE. Las elecciones legislativas celebradas en 1989 la avalan como una aportación certera.

Las elaboraciones políticas y teóricas del PCE no podían no referirse al partido. En las condiciones de la clandestinidad, debía mantenerse el centralismo, pero en la legalidad éste se redujo al mínimo imprescindible, ampliando, sin embargo, las áreas del debate y de la acción democrática.

Todos estos cambios fueron propi-

ciando que el partido se convirtiera en una organización dirigente cambiando todo el estilo, el ambiente y hasta el sentido del ejercicio de la práctica del partido.

A la vez, se plantearon de una manera nueva las relaciones entre los partidos comunistas, proclamando el principio de la unidad en la diversidad y rechazando la idea de centro-guía que, en los años 60, 70 y hasta la primera mitad de los 80, se pretendía que ostentase el PCUS (aunque no se declarara explícitamente).

No menos importante y novedosa fue la sustitución del concepto *internacionalismo proletario* por el de *solidaridad internacional*, ya que, dados los cambios habidos en el mundo y la amplitud de las fuerzas antiimperialistas, el primero se quedaba muy atrasado respecto al proceso solidario internacional, que ya no abarcaba solamente al proletariado.

En estos temas de política internacional, el PCE rechazó la política de intervención en los asuntos de otros estados y partidos; criticó inmediatamente la llamada doctrina Brézhnev; se opuso categóricamente al *statu quo* en Europa por entender que también en el viejo continente la tarea de los revolucionarios es hacer la revolución, y planteó claramente que, en la coexistencia pacífica, las relaciones entre las dos potencias no tienen un carácter de clase, defendiendo la tesis de que, en esas relaciones, no cabía la posibilidad de vencedores ni vencidos.

El PCE no podía pasar por alto qué modelo de socialismo esperaba a España después del establecimiento de un sistema de libertades democráticas, por la composición social de su población, por sus tradiciones culturales y porque durante nuestra guerra nacional-revolucionaria (1936-1939) en nuestro país se llevó a cabo una profunda revolución democrática, sentando ciertas premisas para avanzar hacia el socialismo, hecho histórico que estaba en la mente de amplios sectores de la opinión pública española. Dicho sea de paso, esto no ocurría en otros países europeos.

La realidad española nos obligaba a tratar los problemas del futuro socialismo en nuestras condiciones. Por otra parte, hay que tener en cuenta que al PCE y a otras fuerzas democráticas no les satisfacía el socialismo de corte estaliniano o neostaliniano, existente en la mayoría de los estados socialistas, que han llegado a una situación insostenible.

Por lo tanto, no se trataba de que el PCE se inmiscuyera en los asuntos de otros países, sino de plantear problemas eminentemente internos que exigían ine-

ludiblemente un esclarecimiento político y teórico. Otra cosa es que, en ocasiones, las críticas que hacían al socialismo algunos dirigentes a la sazón del PCE estuviesen insuficientemente argumentadas.

Nosotros entendíamos y entendemos que el régimen socialista —con la socialización de los medios fundamentales de producción y de cambio— es, ante todo y sobre todo, el desarrollo de la democracia, que debe concebirse en sí misma no como un valor de orden táctico, sino estratégico. Por lo tanto, el futuro Estado socialista debería ser un Estado de derecho, en el que se respetaran escrupulosamente los derechos humanos en el más amplio sentido de la palabra. Por supuesto que los trabajadores deberían y deben disponer del derecho de huelga al objeto de poder defender sus intereses, recurriendo a la fuerza, cuando las negociaciones no dieran los resultados necesarios.

El socialismo, conseguido con la participación de la inmensa mayoría, debería ser un régimen pluripartidista, con las correspondientes oposiciones y alternancias en el poder. Por eso exigíamos, además, la separación del partido comunista del Estado, a la vez que defendíamos que no existiera una ideología oficial.

Los estudios teóricos de carácter eurocomunista, acometidos por el PCE, fueron acogidos de distintas maneras en el marco del movimiento comunista. Hubo varios partidos que nos apoyaron. Algunos nos informaron de su decisión de no participar en ninguna crítica oficial de las posiciones del PCE. En cuanto a nuestros críticos —tales como Mijaíl Súslov, por ejemplo—, que propiciaron tendencias escisionistas en nuestro partido, en la mayoría de los casos ellos prácticamente no tenían idea de lo que estaban criticando.

En la actualidad, es necesario adelantar nuevos estudios teóricos marxistas en los problemas abordados por el eurocomunismo, teniendo presentes los cambios en marcha en la sociedad capitalista desarrollada. Sigue al orden del día la necesidad de combatir el dogmatismo y el neodogmatismo, que son verdaderas calamidades tanto para los partidos comunistas de Occidente como para los países socialistas y sus partidos.

Una última observación. Para modificar la fisonomía del planeta no basta con propugnar transformaciones en los países en desarrollo, como algunos consideran. El socialismo triunfará en escala mundial, cuando triunfe también en los actuales estados capitalistas industrializados, ante todo en Europa. Por eso, quiero insistir

en la importancia de seguir desarrollando las concepciones a las que se designó en los años 70 con el calificativo de eurocomunistas.

G. Vodolázov.

Usted ha delineado con claridad la división entre eurocomunismo y estalinismo. ¿Podría exponer con la misma precisión la diferencia entre eurocomunismo y socialdemocracia?

D. Pretel.

Creo que no poseen rasgos comunes, si nos referimos, por supuesto, a la esencia de las cosas. En España, por ejemplo, durante casi cuarenta años los socialistas tuvieron escasa participación en la resistencia antifranquista, mientras que el eurocomunismo ha sido un importante factor de la lucha antifascista. Sea como sea, pero la socialdemocracia es uno de los puntales de la sociedad burguesa; el eurocomunismo, en cambio, significa marxismo, significa teoría y política comunistas, significa transformaciones en España y en otros países desarrollados. Por eso, es políticamente erróneo y absurdo poner signo de igualdad entre ambos conceptos.

B. Furch.

Como comunista que se siente vinculado con el PCE desde los tiempos de la Guerra Civil en España, he seguido con inquietud su desarrollo "eurocomunista" y la correspondiente práctica política. En ellos se encontraba el germen de la escisión y la crisis que vivió el partido en el período de transición al régimen democrático-burgués. Fui testigo de la confrontación en el IX Congreso del PCE, cuando en contra de la opinión de una importante minoría se suprimió la definición del PCE como partido marxista-leninista, esparciendo de este modo nuevas semillas de discordia.

Observé con alarma como la dirección del PCE renunciaba a las demandas de la reforma agraria, de la nacionalización y de retirar del aparato de Estado a antiguos franquistas, uniéndose al *pacto de la Moncloa* que, en esencia, fue un pacto social. Con ello el PCE se comprometió a mantener la calma en el mundo laboral, cuando los trabajadores eran víctimas de drásticas medidas de "saneamiento" capitalista de la economía. Esta política, inspirada por la esperanza de convertirse en fuerza de gobierno, originó nuevos focos de división y se tradujo en una reducción catastrófica del apoyo electoral al partido.

Dado que la Revolución de Abril de

1974 en Portugal no se inscribía en los esquemas trazados por los dirigentes del PCE, éstos, junto con el PC Italiano, criticaron acerbamente al Partido Comunista Portugués y se solidarizaron abiertamente con Mario Soares, que se había puesto a la cabeza de la campaña de liquidación de las conquistas revolucionarias. Es así como se manifestó en los hechos ese nuevo "internacionalismo eurocomunista". ¿No le parece que se cometieron errores muy graves?

D. Pretel.

Estimado camarada Furch, aunque tengo en alto aprecio su interés por los asuntos de nuestro partido, me veo obligado a puntualizar que nos hemos reunido aquí no para debatir los errores, reales o imaginarios, del PCE, sino para deliberar sobre el tema del eurocomunismo. Y es en este tema en el que he centrado yo la atención. El que un partido eurocomunista haya cometido errores no significa forzosamente que el eurocomunismo sea un error. Nuestros fallos y deslices, en lo esencial, no guardan relación con el eurocomunismo; en todo caso, no debemos interpretar esta teoría basándonos sólo en los fallos. En ocasiones, se aplicó mal y se cometieron errores. Uno de ellos fue la crítica al Partido Comunista Portugués. En la actualidad, sin embargo, mantenemos magníficas relaciones basadas en la solidaridad fraternal.

D. Lopes. (Partido Comunista Portugués).

Nuestro partido actúa desde las posiciones del marxismo-leninismo, que, para nosotros, es una teoría abierta, orientada al futuro y llamada a enriquecerse de continuo. Inspirándonos en esta teoría y actuando conjuntamente con otras fuerzas progresistas, hemos logrado en el curso de la Revolución transformaciones sociales por las que los partidos de otros países están luchando todavía. Nuestro programa contempla el pluralismo, las libertades democráticas, en tanto que valores universales, y la articulación de amplias alianzas políticas y sociales.

Aunque sabemos que el eurocomunismo se ha contrapuesto a nuestro partido, no nos proponemos ahora polemizar con los partidos que han seguido esa corriente. Y, por supuesto, no es éste el lugar para entrar en polémica. El PCP siempre se ha esforzado por asentar sobre bases constructivas sus relaciones con los partidos que se calificaban de eurocomunistas. Teníamos discrepancias, pero procuramos que éstas no degenerasen en

ataques recíprocos ni en la imposición de modelos de desarrollo.

Nuestro partido no hizo suyo el concepto del eurocomunismo. Nunca hemos comprendido del todo lo que significaba este concepto. Creo que hasta sus propios adeptos no han llegado a tener una idea muy clara del mismo, como lo demuestra incluso su encuentro de Madrid, algunas de cuyas conclusiones son rechazadas por varios de sus participantes.

Difícilmente quepa afirmar que el eurocomunismo tiene algo de común, en su esencia, con la perestroika. Si ésta significa retorno al leninismo, el eurocomunismo, en cambio, es una doctrina que de hecho fundamenta la ruptura con aquél. Pienso que no debemos enfatizar nuestras divergencias sino analizar en común las nuevas realidades y esclarecer las causas objetivas y subjetivas de los fenómenos de crisis en el movimiento comunista para elaborar —en un espíritu de respeto mutuo y tomando en consideración las condiciones concretas en que se desenvuelven nuestros partidos— alternativas que permitan responder tanto a la ofensiva del neoconservadurismo como a los intentos socialdemócratas de debilitar las posiciones de los comunistas. Estoy persuadido de que de este modo podremos asegurar un nuevo auge de nuestro movimiento.

J. Lava.

Camarada Pretel, usted ha recalcado varias veces que el eurocomunismo es el marxismo contemporáneo, pero no ha hecho mención del leninismo. ¿Por qué?

D. Pretel.

La renuncia al leninismo en general sería una estupidez increíble, como lo sería también el desentenderse de las aportaciones de cualquier otra gran figura del pensamiento humano. Hemos abandonado la definición de partido marxista-leninista porque, en los cuarenta años del franquismo, se machacó que, bajo la bandera del leninismo, los comunistas conducirían el país a una nueva guerra civil, que, por supuesto, nadie desea, aun cuando pudiera culminar, que no es este el caso, con el triunfo del socialismo. Pero nosotros no abjuramos de la herencia de Marx, de Engels, de Lenin ni de otros teóricos revolucionarios.

Dar una valoración sopesada y dialéctica

G. Vodolázov.

Algunos compañeros preguntan si vale la

pena poner a debate la experiencia del eurocomunismo, puesto que se trata de una cuestión que ha dejado de ser tema de actualidad, de un fenómeno que, al parecer, ha quedado relegado al pasado. Además, este mismo tema suscitó en un pasado todavía reciente enconados conflictos y discusiones. ¿Tiene sentido entonces provocar una nueva y peligrosa controversia cuando las pasiones parecen haberse sosegado?

Creo que sí, tiene sentido discutir este problema. Primero, porque así lo reclama nuestro principio marxista común: analizar de continuo nuestra propia experiencia, y analizarla no cuando nos haya conducido al borde del abismo, sino analizarla a cada paso concreto de nuestra acción. Segundo, no se trata de ideas secundarias, de poco valor, sino de una importante concepción, por la que se han regido —en mayor o menor grado— diversos partidos, en cuyas filas milita la mayoría de los comunistas del área no socialista del mundo.

Por último, he aquí un argumento más en favor de que se debata hoy este tema: a mi juicio, es menester revisar a fondo la apreciación eminentemente negativa del eurocomunismo, formulada en su tiempo por una parte considerable de los medios científicos marxistas de todo el mundo, y en primer lugar, por los círculos de la llamada ciencia política oficial de mi país.

No se trata, por supuesto, de invertir mecánicamente los términos de apreciación: declarar positivo lo que antes se consideraba negativo, y viceversa. Me refiero a la necesidad de una valoración dialéctica y científicamente sopesada a la luz de los nuevos enfoques de las realidades del mundo contemporáneo y del lugar de los comunistas en este último, a la luz de la nueva mentalidad y la nueva concepción de la lucha por el progreso social.

Ahora bien, ¿qué puede apuntar en su haber la concepción del eurocomunismo?

Primero, en aquellos años significó el mayor y el más notable intento de plantear y resolver problemas derivados de las nuevas realidades surgidas en el mundo, problemas que se planteaban en un momento crucial del desarrollo internacional y en relación con los fenómenos de crisis que se observaban en algunos estados y regiones, incluidos los países socialistas.

Segundo, en esa concepción se reflejó una importantísima tarea teórica de muchos partidos: librarse del estalinismo en todas sus hipótesis. La tendencia euro-

comunista constituyó un serio desbloqueo en este frente.

Y, por fin, tercero, gracias a ella comenzó a formarse en el movimiento comunista un ambiente nuevo, más democrático, con mayor libertad y mayor pluralismo de opiniones. No sólo se proclamó, sino que se demostró en la práctica que nadie posee el monopolio de la verdad; que no hay ni puede haber un partido que sea el único intérprete del marxismo, y que toda unidad ideológica y política debe ser unidad voluntaria en la diversidad.

Y ahora quiero referirme en pocas palabras a una gran deficiencia del ideario eurocomunista que se manifestó en los trabajos y la praxis de sus adeptos. Se trata, en mi opinión, de una tendencia que surgió y se desarrolló entonces y en el marco de la cual el afán de librarse del estalinismo desembocaba en un intento de negación del leninismo. En algunos autores dicha tendencia cobraba contornos muy nítidos, en otros algo menos, pero el caso es que existió. Y creo que ello mermó notablemente el potencial transformador de las nuevas ideas.

La tarea primordial de nuestro desarrollo teórico consiste, a mi juicio, en separar el leninismo del estalinismo, en mostrar que se trata de dos concepciones filosóficas y sociopolíticas opuestas, fundamentalmente distintas. Semejante enfoque metodológico es indispensable para comprender la esencia del estalinismo y para superarlo. Creo que una parte considerable de los autores eurocomunistas subestimó las posibilidades potenciales del principio leniniano y del impulso que la Revolución de Octubre imprimió al desarrollo en nuestro país. Por eso, han resultado tan inesperados para ellos el abril de 1985 y la enérgica ofensiva de las fuerzas leninistas y democráticas.

Quiero hacer una salvedad: sería injusto cargar sobre los teóricos de dichos partidos toda la responsabilidad por esa deficiencia. La responsabilidad principal de que no se haya llevado a cabo un análisis exhaustivo de la esencia y las raíces del estalinismo recae sobre los estudiosos soviéticos, quienes hace apenas cinco años que abordaron de lleno este problema.

J. Lava.

Efectivamente, necesitamos un análisis serio y objetivo de la historia posbélica del movimiento comunista internacional, comprendidas las contradicciones yugoslavo-soviéticas, el conflicto sino-soviético y el eurocomunismo, para revelar las causas originales de los problemas surgidos.

Nuestros partidos se inspiran en las ideas de Marx, Engels y Lenin, y por eso es extraño que las divergencias hayan alcanzado tal magnitud. Yo pienso que no basta con declarar la renuncia al monopolio de la verdad; el movimiento comunista internacional ganaría mucho, si los partidos hermanos, y en particular sus dirigentes, realizaran en la práctica sus declaraciones en vez de mantener un diálogo de sordos.

H. Mujica.

Tengo una pregunta un poco ingenua, tal vez: ¿Por qué los especialistas en ciencias sociales, comprendidos los militantes del PCUS, esperaron hasta abril de 1985, para ponerse a decir cosas tan correctas?

G. Vodolázov.

Los que "esperaron" no fueron todos, ni mucho menos. Entre nuestros estudiosos no fueron pocos los que lucharon por mantener en alto el honor del pensamiento social en los años del inmovilismo, a pesar de sentirse presionados fuertemente por representantes de la ciencia "oficial". Con sus trabajos, sus intervenciones y su lucha tenaz, esos autores fueron preparando el abril de 1985.

J. Arizala (Partido Comunista Colombiano).

Me adhiero a la valoración positiva que hace usted del eurocomunismo en lo referente a su aporte a la teoría y la práctica de la lucha contra la metodología estalinista. ¿Podría usted citar de modo más concreto los problemas que han sido resueltos —por completo o en parte— con el concurso de las concepciones eurocomunistas?

G. Vodolázov.

Ante todo, hay que señalar las elaboraciones relativas a la vía democrática de avance hacia el socialismo, en la que se subraya de continuo que el socialismo significa plena democracia y que la democracia es no sólo un medio para alcanzar el socialismo sino que constituye el contenido político del mismo. Otra idea importante es la concepción del nuevo internacionalismo. Se hicieron también valiosas aportaciones en el contexto de la estrategia de alianzas de la clase obrera y los comunistas. Conviene señalar asimismo por su carácter fructífero los análisis efectuados por teóricos eurocomunistas en relación con los cambios en la estructura de la clase obrera en países capitalistas desarrollados, y las formas y motivaciones de

sus acciones revolucionarias. Creo que la crítica al *socialismo real* contenía también muchos elementos certeros.

F. Gamboa (Partido Vanguardia Popular, Costa Rica).

La teoría y la práctica del eurocomunismo plantean la necesidad de contar con una respuesta bien clara en lo referente a la correlación entre comunismo y socialdemocracia. ¿En qué ve usted los principales rasgos de similitud y de diferencia entre ambos, ahora?

G. Vodolázov.

La diferencia esencial entre los comunistas y los socialdemócratas, que siempre ha existido y sigue existiendo, es la diferencia entre la estrategia revolucionaria y la estrategia reformista. Sin embargo, en las condiciones actuales cobra nuevos contornos la concepción del tipo de transformaciones revolucionarias viables en los países capitalistas desarrollados. Me refiero a la concepción de la revolución pacífica, a la modificación de las estructuras capitalistas por etapas. El problema es que, a mi juicio, los comunistas aún no han elaborado de modo suficientemente concreto y detallado esa estrategia. Aunque sí se han formulado ya muchas ideas interesantes al respecto. Los compañeros italianos, por ejemplo, han acuñado un término nuevo: "la vía reformadora", que no es la vía revolucionaria, tal como entendíamos antes este concepto, ni tampoco una vía reformista, tal como la conciben los socialdemócratas. Se trata de una vía de profundas reformas democráticas, políticas y sociales, que conducen consecuentemente a la formación de estructuras nuevas, las socialistas.

Dicho en otras palabras, estimo que las peculiaridades del actual desarrollo social en los países de Occidente hacen que la divisoria entre comunistas y socialdemócratas sea menos ancha y rígida. Pero donde más se aproximan sus posiciones es en la lucha contra el militarismo, en la lucha por la sobrevivencia de la humanidad, por la solución de problemas globales y la reconversión de la industria bélica.

R. Samhoun.

Es sabido que el eurocomunismo aspiró a transformar la sociedad capitalista. Esto no se produjo, sino que ocurrió una cosa diferente: el retroceso de los partidos que habfan optado por el eurocomunismo. Pero ¿sería correcto afirmar que este retroceso se debe precisamente al euroco-

munismo? ¿No piensa usted que antes bien se trata de muchos otros factores de orden objetivo y subjetivo, de la aparición de nuevas realidades y de un determinado atraso en su intelección por parte de los comunistas?

M. Azzaoui.

Tengo la impresión de que usted elude la polémica directa con determinados planteamientos eurocomunistas. ¿Tal vez considere que las relaciones entre los partidos están por encima de los problemas teóricos de principios? Estimo que debemos desterrar semejante enfoque.

G. Vodolázov.

No he actuado aquí como apologista del eurocomunismo. He señalado varias deficiencias de éste, muy sustanciales, a mi parecer. Pero, en efecto, no he estimado oportuno concretar demasiado mis apreciaciones de las posiciones políticas de uno u otro partido. En particular, porque no quiero caer en esa situación a la que se refería el satírico polaco Jerzy Lec cuando dijo que "siempre habrá un esquimal del Norte que pretenda enseñar a los habitantes del África ecuatorial cómo deben vivir". Creo que la circunspección nunca está de más cuando se trata de criticar a los demás.

Estoy de acuerdo con el camarada Samhoun en que el eurocomunismo no es la causa principal de un determinado debilitamiento de las posiciones de algunos partidos comunistas de Europa Occidental. Formulémos una pregunta sencilla: ¿Han avanzado mucho los partidos que no aceptaron dicha concepción y la criticaron acerbamente? Las dificultades, los problemas y las manifestaciones de inmovilismo afloraron en el movimiento comunista mucho antes de que apareciera el eurocomunismo, y no fue a causa

de éste, por cierto. Como ya se ha señalado, el eurocomunismo significó precisamente uno de los intentos de detener ese proceso, pero —como lo constatan los propios partidos que promovieron el eurocomunismo— fue un remedio que tenía sus defectos y, por lo tanto, no surtió suficiente efecto.

El momento actual es crucial en el devenir de la teoría marxista: se están revisando tesis y planteamientos que, si bien fueron ciertos en épocas anteriores, "no funcionan" en el contexto actual; surgen nuevos enfoques y apreciaciones. En estas condiciones, deberíamos ser más prudentes a la hora de emplear la etiqueta de "revisionismo", por cuanto existe el peligro de tildar con este término esfuerzos que tienden a desarrollar nuestra teoría con espíritu creador. Debemos continuar la discusión, pero tal vez convenga establecer algo así como una moratoria al uso de "etiquetas".

K. Habib (Partido Comunista Iraquí).

El Partido Comunista de la Unión Soviética está realizando un gran trabajo que tiende no sólo a reestructurar las relaciones políticas y económicas, sino también a reconsiderar varias concepciones teóricas. En este sentido me interesaría saber si no va a tratar el PCUS de "promover la perestroika" en otros partidos. Y si procura lograr este objetivo empleando los métodos de antes, sin tener en cuenta la situación y las posibilidades específicas de los partidos comunistas en los diferentes países, no le parece a usted que dicha tendencia podría entrar en contradicción con la esencia de la perestroika?

G. Vodolázov.

Por supuesto. Nadie posee el monopolio de la verdad y, por consiguiente, nadie tiene derecho a imponer sus criterios a los

demás. Y si alguien intenta en alguna parte proceder de este modo, el que así actúe, no es ningún representante de la perestroika, sino un estalinista ligeramente maquillado de "perestroikista". Por otro lado, estimo que el exponer francamente, con claridad, las bases ideológicas de la perestroika, la concepción de la nueva mentalidad; el defender de esas ideas y aportar una argumentación detallada, que implica discusión conjunta, críticas, etc., no tiene nada que ver con la imposición de estas ideas. El PCUS comparte por entero los principios democráticos de las relaciones en el seno de nuestro movimiento y se pronuncia a favor de la unidad dentro de la independencia y soberanía de todos los partidos hermanos.

R. Samhoun.

Me parece que este encuentro, que ha transcurrido en un ambiente de cordialidad y camaradería, ha resultado bastante fecundo. Hemos abordado varias cuestiones con respecto a las cuales en nuestro movimiento se han mantenido hasta hace poco posiciones muy rígidas y que han sido incluso tema de confrontación. Hoy también se han expuesto criterios y apreciaciones diversos, y hasta contrarios. Esto es lógico. Nos hemos convencido de que el objeto mismo del debate y su interpretación en diversos partidos son contradictorios. Tanto más provechoso ha resultado este intercambio de opiniones, presidido por el afán de escuchar y comprender las opiniones de unos y otros, y en el que no se ha tratado de monopolizar la verdad, sino de buscarla juntos por el camino de la cooperación.

LA 'PERESTROIKA' DEL CAPITALISMO MUNDIAL

En la economía norteamericana, la recuperación de la tasa de ganancia fue favorecida adicionalmente por la devaluación del dólar. Esto permitió un aumento de la capacidad competitiva de las empresas norteamericanas que exportan, y también de las que compiten con las importaciones que la economía de EEUU hace de Japón y otros países.

Estos factores empezaron a dar pie al crecimiento de la producción real. Ya en el segundo semestre del 87 empiezan a crecer estos indicadores y a fines del año, la economía del mundo capitalista desarrollado se encuentra ya en un nivel de actividad bastante elevado. En ese momento y en esas condiciones, llega el crack, la caída de los valores, en la Bolsa de Nueva York.

Pregunta: ¿No marcaba eso el comienzo de una nueva crisis?

Caputo: Muchos lo pensaron así. Pero los hechos fueron diferentes. Conviene señalar que a fines del 87, el crédito se había desarrollado bastante, concentrándose en los países capitalistas desarrollados. Pero no fue sólo un crédito bancario vinculado a la producción. Hubo un fuerte movimiento de capitales que se localizaron en la Bolsa de Valores. Hubo un momento previo, el año 86, en que la economía crecía lentamente, se estancaba la producción y, sin embargo, la Bolsa de Valores seguía creciendo muchísimo. En el 87 se daba una cierta correspondencia: comienza a crecer la producción y sigue desarrollándose la Bolsa.

Pregunta: Pero, ¿cómo enfrentaron la caída de los valores bursátiles los países capitalistas desarrollados?

Caputo: Mediante los acuerdos de coordinación económica internacional, que se manifestaron eficaces y tuvieron un efecto importante. Advertimos que meses antes se había producido una ruptura de estos acuerdos y un gran conflicto, particularmente entre EEUU y la República Federal Alemana de romper los acuerdos de coordinación de las políticas económicas al provocar un aumento de la tasa de interés.

Entonces, el panorama no parecía promisorio. El crack provocó una desvalorización muy grande de lo que se llama "capital ficticio" a nivel global. Se originaron pérdidas de capital muy grandes para una cantidad de capitalistas, que aparecen con una pérdida real de activos; pero esa pérdida es ficticia a nivel global.

Bien, en aquel momento todos los economistas, creo, y los organismos económicos internacionales pensaron en la posibilidad cierta de una recesión y el desarrollo de una nueva crisis cíclica que podía llegar a ser una crisis monetaria.

Pregunta: Pero las cosas no sucedieron así.

Caputo: No sucedieron así. Todos los indicadores demuestran que a fines de 1987 y a lo largo de 1988, el capitalismo ha funcionado en forma bastante dinámica. El crecimiento para todo el año 88 se estima en un cuatro por ciento, global, para el conjunto de los países desarrollados. ¡Bastante alto! Ello conduce a poner en duda la tesis de la continuidad de la crisis.

EEUU creció un 4%; Japón 5,8%; Alemania 2,9%. El conjunto de los países capitalistas desarrollados, 3,9%.

Lo señala un informe del Fondo Monetario Internacional de fines de 1988. Este crecimiento tiene dos fases fundamentales: un crecimiento muy grande del comercio mundial, a nivel de siete por ciento en el 88, y también un crecimiento muy grande de las inversiones privadas. Tanto esos resultados como las bases de ese crecimiento llevan a pensar que probablemente el capitalismo esté transitando hacia una nueva situación.

Pregunta: ¿Cómo se explica, de qué proviene esa capacidad del capitalismo desarrollado de superar problemas tan serios como la quiebra de los valores?

Caputo: Un papel fundamental lo desempeña la coordinación de la política económica. Inicialmente, hay que reconocerlo, nosotros tuvimos cierta resistencia a aceptar el grado de influencia, la fuerza de la política económica en la economía real. Pero ya se ha demostrado, en algunos casos nacionales, y ahora en el plano internacional, la fuerza que puede tener. Nada asegura que esto signifique la superación definitiva de la serie de problemas y contradicciones que el sistema sigue acumulando. Pero, por ahora, se puede afirmar que la coordinación internacional de políticas económicas ha desarrollado un papel importante en el dinamismo de la economía capitalista en los años 87 y 88. Es una coordinación que, en algunos sentidos, limita la participación de los Estados en los acontecimientos económicos.

Esta coordinación demostró su eficiencia en el tratamiento del crack de la Bolsa de Valores en octubre del 87. El crack, claro está, muestra dos situaciones: primero, que se produce en condiciones que el capitalismo estaba funcionando muy bien. Por lo tanto, nadie puede asegurar que no volverá a suceder.

Segundo, demuestra la eficacia de la coordinación internacional de la política económica, que determinó un aumento muy rápido y en gran escala de la liquidez. (A diferencia de lo que ocurrió en el crack de 1929).

Esto provocó una disminución muy grande de la tasa de interés, lo que en primer lugar, evitó que la crisis de la Bolsa se convirtiera en crisis bancaria, afectando al conjunto de la economía. La reducción de la tasa de interés, que se mantuvo a fines del 87 y en el primer semestre de 1988, evitó que se produjera una disminución fuerte en el consumo de bienes durables y también de la inversión, que eran efectos temidos como consecuencia de la disminución de la riqueza que significó el propio crack.

Pregunta: ¿Entonces el capitalismo estaría entrando en una etapa nueva?

Caputo: Tomando un período bastante largo, es decir, desde el 70 hacia acá, con 18 años de crecimiento lento, con dos crisis cíclicas profundas y un ascenso en el último período, todo lleva a pensar que las modificaciones que la crisis estructural estaba exigiendo ya se están produciendo y tienen un cierto nivel de desarrollo. Se han dado profundas modificaciones en los procesos de producción, en las estructuras productivas del capitalismo, principalmente a través de la incorporación de nueva tecnología.

LA 'PERESTROIKA' DEL CAPITALISMO MUNDIAL

Pero, además, toda esta reestructuración del capitalismo en la economía mundial se realiza ahora sobre la base de pensar, precisamente, en escala mundial. Las empresas ya no se crean para participar en el mercado interno de un país, sino para participar en el mercado mundial. Su mercado interno es ahora sólo una esfera de la competencia global. Esta es una situación de una calidad nueva y es un proceso masivo.

Pregunta: ¿Y el mundo socialista se integra también a esa economía mundial?

Caputo: Sí. En su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, que he leído en la publicación que hizo Pluma y Pincel, Mijail Gorbachov lo plantea como una realidad. Antes, la economía política del socialismo hablaba de la existencia de dos mercados mundiales. Hoy, sus dirigentes y especialistas reconocen la existencia de un solo mercado mundial, en el que participan los dos sistemas.

Pregunta: ¿Y qué significa la "perestroika" de la URSS?

Caputo: La "perestroika", que se está iniciando, es un proceso profundo de reestructuración de la economía socialista, que está en una situación de crisis. Esto significa, entre otras cosas, que el socialismo está abriendo en este momento, para el capitalismo, una zona de colocación creciente de mercancías y también de capital, a través de préstamos e inversiones directas. La información internacional demuestra que este proceso se ha iniciado a un ritmo bastante fuerte y se prevén grandes programas de relaciones entre los dos sistemas. Yo diría, además, que en este momento el capitalismo resuelve en parte su tendencia a la sobreproducción sobre la base de que el socialismo se constituye en una nueva "zona de inversión".

América Latina, la crisis de la deuda... y Chile

Orlando Caputo muestra un cuadro sombrío de la situación económica de América Latina, que continúa —son sus palabras— "en estado de reposo al interior de la crisis". Después de la crisis cíclica de 1980-1982, los países capitalistas desarrollados inician una recuperación, que se basa en parte en el traspaso de recursos provenientes del servicio de la deuda externa de los países más atrasados, y en parte, en situaciones internas de esos países. Fundamentalmente, introducción de nueva tecnología y reducción de los salarios.

Caputo: Del 83 en adelante, América Latina sigue en crisis. Pese a ciertos niveles de crecimiento, no ha logrado una recuperación suficiente. Hay factores que así lo determinan. América Latina está pagando actualmente, por intereses de la deuda externa, entre treinta y cuarenta mil millones de dólares. Casi un 5% del producto global de la región. En 1988, América Latina no creció ni el uno por ciento. Si suponemos que haya crecido siquiera el uno por ciento, el crecimiento global habría sido del orden de unos 8 mil millones de dólares. Y algo inferior a eso. Y pagó, por intereses de la deuda

y remesas de utilidades, según la Cepal, ¡33 mil millones de dólares! El año anterior, el 87, había crecido 2,5 por ciento. Es decir, su crecimiento se puede cifrar en unos 20 mil millones de dólares y pagó por utilidades e intereses de la deuda, 31 mil millones de dólares. Todo el crecimiento económico, que es muy bajo, no alcanza a cubrir la totalidad de lo que debe pagar por concepto de utilidades de las empresas transnacionales e intereses de la deuda. El resto ha tenido que cubrirse con aquellos recursos que deberían permitir siquiera una especie de reproducción simple del capital.

Pregunta: ¿Y cómo se financia ese saldo?

Caputo: La cosa es clara. No sale de las masas de ganancias del capital, en América Latina, sino que sale de las masas de salario. Por eso, hay una relación directa entre la deuda, el pago de intereses y la reducción del nivel de vida de los pueblos. Pero también hay una relación muy directa entre otros elementos y la permanencia de América Latina en la situación de crisis.

Pregunta: ¿Por qué, en este cuadro, Chile aparece como una excepción, con una tasa de crecimiento elevado?

Caputo: Aparece como una excepción transitoria, que pudiera tener características más permanentes, por varias razones. Primero, porque el Estado dispuso de los recursos provenientes del cobre (cuyo precio se elevó notablemente), gracias a la nacionalización que llevó adelante el gobierno de Salvador Allende. Luego, porque la reforma agraria de los gobiernos de Frei y Allende, al liquidar el latifundio, creó las condiciones favorables básicas para la modernización capitalista del campo en Chile.

Pero además hay que agregar que los reajustes frente a la crisis del 80-82 fueron aquí muchísimo más profundos y más graves que en otros países. La disminución de la masa de salarios aquí ha sido tremenda. El régimen ha asegurado incluso el crecimiento de la masa del capital que sirve para distribuir las ganancias del capital industrial, del capital comercial, del capital financiero y también la parte que va a parar al servicio de la deuda.

Pregunta: Y la conversión de la deuda en pagarés, ¿también ha desempeñado un papel?

Caputo: Por cierto. Y tiene que ver con el grado de desnacionalización de la economía nacional. Chile ha tenido un cierto alivio en esto de la deuda financiera porque ha sido muy intenso el proceso de la transformación de esa deuda en activos. No es efectivo que haya disminuido la deuda externa. Lo que hay es una disminución de la deuda financiera. Pero los pasivos del país, la deuda global, que incluye la financiera y la real, siguen creciendo. Entonces, hay un alivio en el sentido de que los intereses serían menos porque ha disminuido la deuda financiera, pero como se ha incrementado la presencia del capital extranjero en las empresas nacionales, crecerán muchísimo las remesas de utilidades.